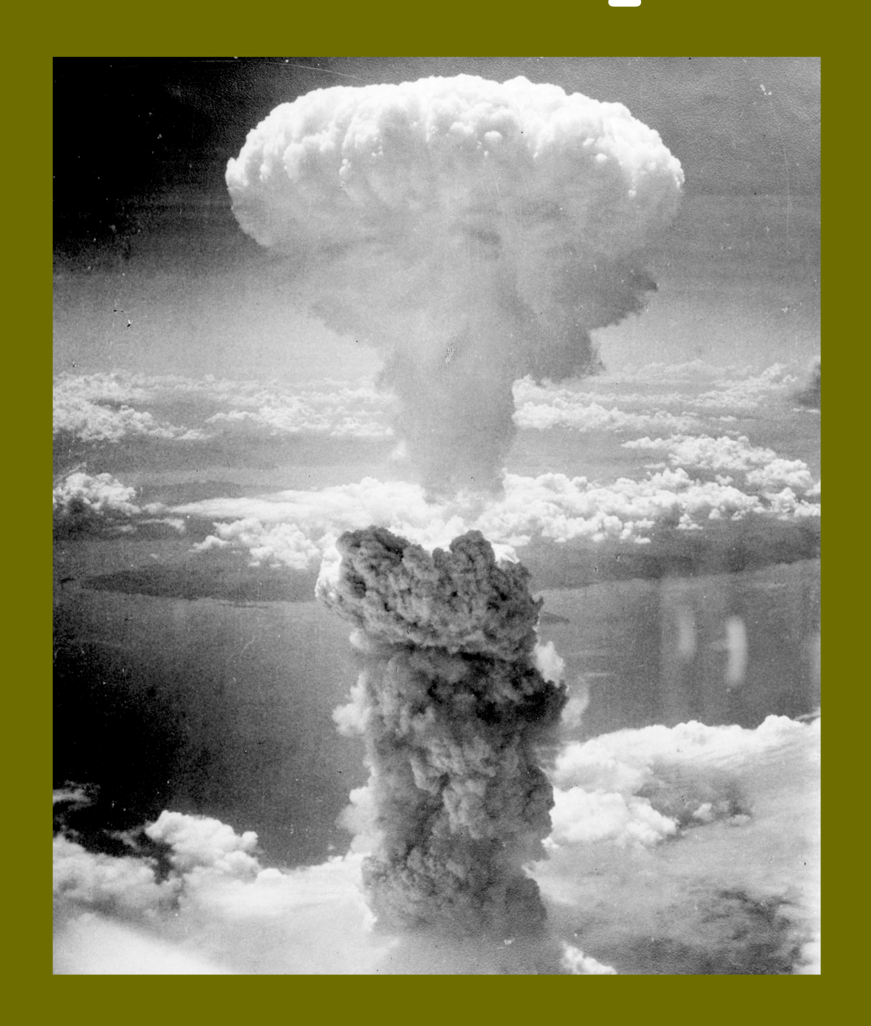
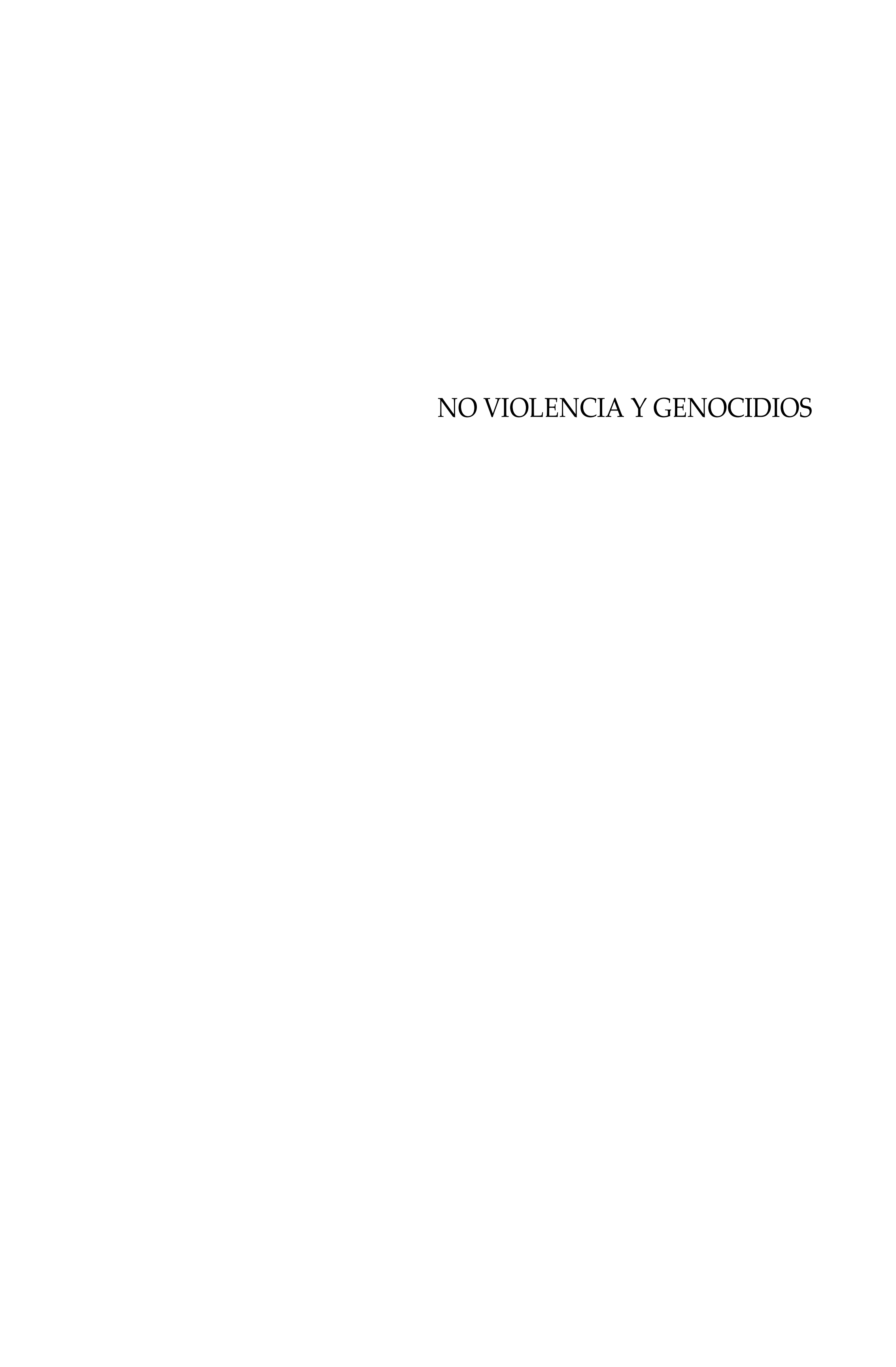
Dionisio Byler



NO VIOLENCIA Y GENOCIDIOS



NO VIOLENCIA Y GENOCIDIOS

Dionisio Byler

NO VIOLENCIA Y GENOCIDIOS

- Jesús y la no violencia
- Los genocidios en la Biblia
- y otros ensayos sobre justicia y no violencia

m Biblioteca Menno

m Biblioteca Menno
Secretaría de AMyHCE
www.menonitas.org

2ª edición ampliada

ISBN: 978-1503230392

Contenido

Prólogo

MI PRIMER LIBRITO sobre este tipo de temática —justicia, paz y acción cristiana no violenta—lleva muchos años desaparecido de las librerías (*Jesús y la no violencia*, reproducido en el presente libro). Entre tanto mi segundo librito, *Los genocidios en la Biblia*, suplía la ausencia del primero; pero ahora también lleva ya algún tiempo que me indican que es imposible de conseguir. Hace tiempo que vengo pensando en combinar los dos libritos en uno y volver a ofrecerlos a una generación nueva de lectores.

Entre tanto, tal vez porque al haber escrito aquello hay quien opina que soy la persona más indicada para hablar sobre estos temas, he recibido invitaciones a dar conferencias en distintos lugares de España y de las Américas. Y como no me suele gustar repetir oralmente cosas que ya he publicado —amén de que a veces las invitaciones especificaban un matiz concreto de la cuestión, que no había abordado ya por escrito— he seguido desarrollando mis ideas en otros escritos adicionales. Casi todos estos escritos están colgados en internet desde hace años, por cierto, a disposición de quien tuviera interés en leerlos: (www.menonitas.org).

Lo que ofrezco a continuación, sin embargo, no es una colección exhaustiva. Hay por ejemplo dos o tres capítulos en mi librito *Identidad Cristiana (en la corriente anabaptista/menonita)* —Biblioteca Menno, 2009, de venta en internet— que bien podrían haberse añadido a la presente colección.

Luego también hay sermones (algunos colgados en internet en la colección de SEUT, www.centroseut.org) y artículos muy breves aparecidos en la revista mensual *El Mensajero*, de la que soy responsable (y que también se puede acceder en internet), donde he tocado en estas cuestiones, aunque más no fuera tangencialmente. Como ya sabe el lector o la lectora que ha llegado hasta aquí, a mi juicio el cristianismo o es

activista por la paz y la reconciliación o si no, sencillamente deja de ser cristianismo. Me parece, entonces, que todos los temas de la teología cristiana tienen que acabar siempre —de una manera u otra— a los pies de esa cruz del Calvario que se constituye en ejemplo sumo de la entrega propiamente cristiana por el prójimo. Puesto que esa es mi manera habitual de razonar teológicamente, se comprenderá que en el presente compendio no sea posible brindar más que una colección incompleta de mis escritos que tocan en esta temática.

Mención aparte merece el extenso artículo —que sí he incluido aquí— sobre Números, capítulo 31, con mi contrarréplica a algunas críticas que recibió cuando se publicó en la revista *Aletheia*. El tema que me interesaba era la interpretación de la Biblia. La cuestión del genocidio sólo hacía de ejemplo extremo para reflexionar sobre las dificultades que existen para la aplicación de algunos textos bíblicos a la vida de los cristianos. El caso es que redacté ese artículo para promocionar mi libro *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (Libros CLIE, 2ª ed. 2002), no para tratar estrictamente sobre el tema de los genocidios en la Biblia. El reto de las críticas feministas de la Biblia es, si cabe, incluso más serio que la denuncia de la apología bíblica de la violencia religiosa. Sin embargo, en mi librito *Jesús y la no violencia*, ya había indicado que me parecen inseparables los temas de la justicia y de la paz. En este artículo volvía a mezclar estrechamente, como en algunos otros de mis escritos, la teología de la paz y la exigencia de superar el machismo histórico del cristianismo. Entonces, aunque la cuestión abordada es el reto de la crítica feminista de la Biblia, me parece que la relación con los demás temas que vengo abordando de distintas maneras en el presente compendio, justifica la inclusión de este artículo.

El artículo que aparece aquí como Ensayo 6, «¿Hasta cuándo, Señor?» y la última reflexión breve que figura a manera de epílogo, no sólo están estrechamente vinculados en el tiempo (son muy posteriores a todo lo demás que hay en esta colección) sino también en la temática. Ambos exploran el tema de la violencia *de Dios.* El tema no estaba del todo ausente ni siquiera en los más tempranos de mis trabajos sobre la no violencia y la Biblia. Pero con el paso de los años, tengo cada vez más claro que en la medida que la Biblia pareciera dejarnos con la impresión de que Dios mismo es violento y sufre arrebatos de ira incontrolada (constituyéndose así en el peor enemigo de la humanidad) tendremos que revisar a fondo nuestra interpretación bíblica. Tengo plenamente asumido e interiorizado

que nuestra colección canónica de la Biblia es inamovible y será siempre la Sagrada Escritura de los cristianos. Pero nada nos impide continuar evolucionando nuestra *interpretación* y *aplicación* de estos textos, para que su mensaje sea plenamente aceptable como guía para personas morales, que anhelan aprender a vivir en paz y armonía en sociedad humana.

Vamos a tener que hallar formas de erradicar de nuestra fe la idea de que Dios padece ataques de violencia psicópata, una furia que sólo puede saciar torturando y matando a la gente.

Como todo este compendio —dos libritos y varios artículos independientes entre sí— no se escribieron inicialmente con la idea de que formaran parte de un todo, es probable que haya cierto solapamiento en los temas abordados en un lugar y otro. Hasta es posible que en algunos casos haya algún párrafo que otro «plagiado» de otro de mis escritos que ahora se presentan juntos. A pesar de ello, creo que cada artículo tiene un enfoque particular que hacía que mereciera la pena incluirlo aquí.

Burgos, agosto de 2010

Segunda edición, 2014

Jamás lo hubiera imaginado, pero por cuanto me siguen invitando a hablar sobre estos temas, he reelaborado otra vez algunos conceptos en tres ensayos posteriores, que ya aparecieron oportunamente en la web www.menonitas.org. Puestos a hacer una 2ª edición, he decidido añadirlos a la presente colección (Ensayos 3, 5 y 9).

Dionisio Byler

Jesús y la no violencia

El ejemplo del Cordero

m Biblioteca Menno

Dedico estas páginas a todos los jóvenes cristianos, objetores de conciencia, en cualquiera parte del mundo, que hoy sufran persecución o incomprensión porque pretenden amar al enemigo como nos enseñó Jesús.

En el mundo tendréis aflicción;
pero confiad, yo he vencido al mundo —Jesús (Juan 16,33).

Índice

Prólogo

ESTE LIBRO ES EL FRUTO de una labor intelectual, paralela a un aprendizaje espiritual, que comenzó para mí hace más de veinticinco años. Lo primero que escribí sobre este tema fue una carta al *Selective Service System,* la agencia de conscripción militar que existía en aquel entonces en Estados Unidos de Norteamérica, explicando por qué no me sentía libre en mi conciencia para colaborar, ya no con la guerra en Vietnam como soldado, sino siquiera con el sistema de conscripción militar que la proveía de soldados.

Llegar a la decisión de tomar esa postura en lugar de aceptar el camino fácil de objeción de conciencia reconocido legalmente fue toda una lucha espiritual para mí. Conservo el recuerdo imborrable de aquella noche en la que estábamos reunidos una docena de estudiantes en oración y el Señor nos hablaba de la entrega absoluta a él. De repente yo supe muy bien cuál era la entrega que él me estaba exigiendo a mí, personalmente. Lloré mientras rogaba a Dios que me diera fuerzas para seguirle por aquel camino. Sabía que me enfrentaba a la posibilidad de pasar años de cárcel. Varios hermanos pusieron sobre mí sus manos mientras oraban por mí, sin saber precisamente cuál era mi lucha ni el motivo de mi llanto…

Algunos años más tarde me presentaba en una oficina militar de Buenos Aires el día en que me habían convocado para enrolarme en las Fuerzas Armadas argentinas. La circunstancia de tener dos ciudadanías me obligaba, curiosamente, a tener que rechazar dos servicios militares. Allí presenté mi segundo esfuerzo por exponer por escrito con claridad mis convicciones. Eran diez folios mecanografiados, repletos de citas bíblicas, que explicaban que aunque ese día me presentaba respetuosamente ante ellos, sin embargo no me enrolaría en las Fuerzas Armadas.

El *segundo capítulo* de este libro fue redactado en Argentina algunos años más tarde, entre 1976 y 1978, como una serie de artículos breves que

aparecían mensualmente en la revista *Perspectiva,* publicada por la Iglesia Evangélica Menonita Argentina. Desde entonces ha sufrido una serie de revisiones y adaptaciones importantes. Ha estado circulando en fotocopias entre hermanos y hermanas interesados en su temática, mayormente en España donde actualmente resido.

El *tercer capítulo,* sobre el problema de la guerra en el Antiguo Testamento, es la versión más reciente de un ensayo que leí por primera vez en febrero de 1983 en el Colegio Mayor San Juan de la Cosa, en Santander. Un grupo de cristianos universitarios había organizado una serie de charlas, patrocinadas por la Universidad de Santander, y habían solicitado mi colaboración. Aproveché la ocasión para poner por escrito algunas cosas que venía pensando y estudiando desde hacía algunos años.

Cuando una pequeña comunidad cristiana en Dos Hermanas, Sevilla, me invitó a dar una charla sobre el tema del cristianismo y la violencia, en diciembre de 1984, en el Aula de Cultura de aquella ciudad, redacté lo que aquí aparece como el *primer capítulo.*

Hace algunos años escribí el *cuarto capítulo,* que añade diversos conceptos sin los que me parecía que la colección de los otos tres ensayos quedaba incompleta.

Desde que este libro primero empezó a tomar forma, hace ya siete u ocho años, algunas cosas han cambiado. Los cambios políticos en Europa central y oriental han obligado a dibujar mapas nuevos y olvidar el conflicto ideológico internacional que ha caracterizado a nuestro siglo.

El problema de las guerras, tristemente, sigue en pie. Todo parece haber cambiado y sin embargo nada cambia. La raza humana seguimos hallando motivos para matarnos unos a otros sistemáticamente. La esperanza en un «nuevo orden mundial» que algunos predicaban, se ha esfumado por sus propias contradicciones e hipocresías.

De manera que aunque aquí se encuentran algunas cosas que vengo escribiendo desde hace varias décadas, lamento mantener la opinión de que este libro seguirá siendo útil y necesario para aquellos cristianos que se siguen preguntando si «en Cristo» las cosas no tendrían que verse de otra manera.

—Burgos, agosto de 1992

CAPÍTULO 1.

Una alternativa cristiana a la violencia

1.1 El concepto bíblico de la paz

ERA DE NOCHE hace muchos siglos, en una región no muy pacificada de la periferia del Imperio Romano, cuando unos pobres pastores que pernoctaban a la intemperie se despertaron sobresaltados. Alguien les anunciaba el nacimiento de uno que les salvaría de parte de Dios; un nuevo caudillo de la estirpe del rey David. De repente se corrieron las nubes, y vieron la aparición de un coro de ángeles. Era como si las estrellas del firmamento alabaran a Dios, vaticinando paz para los hombres de buena voluntad en la tierra.

¡Paz! ¿Qué sería lo que se estaba tramando? ¿Tendría acaso algo que ver con la poesía que había escrito algunos meses antes la chica que aquella noche daba a luz un hijo? Algunos versos de esta poesía decían:

> [El brazo de Dios] *interviene con fuerza,*
> *desbarata los planes de los orgullosos,*
> *derriba del trono a los poderosos*
> *y exalta a los humildes,*
> *colma a los hambrientos de bienes*
> *y despide a los ricos con las manos vacías* (Lc. 1:51-53).[1]

¿Qué es la paz? ¿Qué es la violencia? ¿Qué tiene que ver la paz anunciada a los pastores, con la revolución social anhelada por María?

---

[1] Las citas bíblicas están tomadas de distintas versiones castellanas. La más empleada ha sido la Reina-Valera 1960. También he usado la versión Dios Habla Hoy, la Nueva Biblia Española, y la Biblia de Jerusalén. En algunos casos, por diversos motivos, he traducido yo mismo los textos hebreos o griegos.

La paz en la Biblia es mucho más que la ausencia de guerra. Y si bien la violencia que suele preocuparnos hoy también preocupaba a los profetas y apóstoles, existen otras violencias, sobre las que hoy tendemos a callar, que reciben también una fuerte condena en la Biblia. Contra la violencia del asalto y del robo, el apóstol dice claramente: «El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje» (Ef. 4:28). Contra la violencia de las armas del terrorista, Jesús dice: «Todos los que tomen espada, a espada perecerán» (Mt. 26:52). Contra la violencia del armamentismo y de las grandes alianzas de bloques militares, dice el profeta Isaías: «¡Ay de los que descienden a Egipto por ayuda, y confían en caballos; y su esperanza ponen en carros, porque son muchos, y en jinetes, porque son valientes!» (Is. 31:1). Incluso, contra la venganza desmesurada ante daños y perjuicios, Moisés mantiene la justa medida de la ley del talión del Medio Oriente antiguo: «Ojo por ojo, diente por diente» (Ex. 21 :24).

Pero hay otras violencias contra las que no solemos estar tan concienciados. En el año 842 a.C. el general Jehú se dirige hacia Jezreel, en Israel. Tiene la intención de destituir al rey Joram, que se aloja allí. Mientras se acerca, el rey manda dos veces a jinetes para que pregunten a Jehú si hay paz. A ambos les dice Jehú: «¿Qué tienes tú que ver con la paz? Vuélvete conmigo». Y cuando el rey mismo sale a su encuentro con idéntica pregunta, la respuesta de Jehú es significativa: «¿Qué paz, con las fornicaciones de Jezabel tu madre, y sus muchas hechicerías?» Entonces, asesinando al rey, ordena echar su cadáver en la heredad por la que la madre del rey había hecho asesinar a Nabot (2º R. 9).

O sea que, según la perspectiva de Jehú y del profeta Eliseo que le había ungido sucesor al trono de Joram, muy al margen de la existencia o no de guerra, no había paz en el reino. La madre pagana del rey, con su tiranía ajena a las estipulaciones del pacto de Dios con Israel, había derramado la sangre inocente de Nabot para sustraer su propiedad hereditaria, y había perseguido a sacerdotes, profetas y fieles del Señor con su opresión despótica. De ahí que la paz, la paz por la que preguntaban los mensajeros del rey y finalmente el rey mismo, no era paz legítima. «¿Qué tienes tú que ver con esa paz, la paz de la tiranía, la opresión y el abandono del Dios de Israel?», les pregunta a los emisarios Jehú. Y al rey le pregunta: «¿Que si hay paz? ¿Qué paz? ¿Qué paz puede haber en estas condiciones?»

El profeta Jeremías, mucho más tarde, en el crepúsculo del reino de Judá, hace una estimación parecida de la situación cuando acusa a las autoridades de proclamar «Paz, paz», cuando no hay paz (Jer. 6: 14). Ezequiel tiene la misma opinión de los profetas de la corte real: «Engañaron a mi pueblo, diciendo Paz, no habiendo paz» (Ez. 13: 10). Aquí, nuevamente, el problema no es que alguien haya denominado paz a la guerra, al estilo de algunos gobiernos de nuestros días. (Recuerdo que en Vietnam, cuando los norteamericanos atacaban un poblado, decían que lo estaban pacificando.) No. Más bien se trata de que las condiciones interiores en la nación no eran las de la paz auténtica que defendían los profetas.

Esta paz que sostenían los profetas estaba basada en el pacto entre Dios y su pueblo. Dios había pactado: «Si anduviereis en mis decretos y guardareis mis mandamientos, y los pusiereis por obra, […] daré paz en la tierra, y dormiréis, y no habrá quien os espante, […] y la espada no pasará por vuestro país» (Lv. 26:3-6). La ley de Moisés estipulaba que el rey de Israel debía ser uno más entre hermanos dentro de su nación, en lugar de hacerse respetar con mucho protocolo; no debía cimentar su reino en la acumulación de armamentos ni en tratados militares; por el contrario, debía aprender bien la ley del Señor (Dt. 17: 14-20).

Y bien, ¿qué tal era esta ley? ¿Qué clase de cosas decía? Leamos algunos ejemplos:

> *No te aprovecharás del forastero, ni le maltrataréis, puesto que vosotros fuisteis forasteros en la tierra de Egipto. A ninguna viuda ni desamparada oprimiréis.* Si *la maltrataras con tiranía de modo que me tuviera que llamar a gritos, oiré atentamente sus quejas. Entonces se encenderá mi furia y os mataré a espada y vuestras mujeres quedarán viudas y vuestros hijos quedarán desamparados. Si prestas dinero a alguien de mi pueblo (al que padece miseria a tu lado), no te comportarás con él como un prestamista. No le impondrás intereses. Si le exiges su manta como fianza a tu prójimo, se la devolveréis en cuanto se ponga el sol. Porque su manta es lo único que tiene con qué protegerse el cuerpo. ¿Con qué se acostaría? Sucedería que me llamaría a gritos y yo le daría la razón puesto que soy compasivo* (Ex. 22:21-27.)

Así podemos comprender la denuncia del Señor en boca del profeta Amós:

Por tres pecados de Israel, y por el cuarto, no revocaré su castigo; porque vendieron por dinero al justo, y al pobre por un par de zapatos. Pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos, y tuercen el camino de los humildes; y el hijo y su padre se llegan a la misma joven, profanando mi santo nombre. Sobre las ropas empeñadas se acuestan junto a cualquier altar; y el vino de los multados beben en la casa de sus dioses […] ¡Ay de vosotros, que odiáis al defensor de la justicia y detestáis al testigo honrado! Puesto que pisoteáis al pobre y le cobráis impuestos de trigo, no podréis vivir en las casas de piedra que habéis construido, ni beberéis el vino de los viñedos que habéis plantado. Yo conozco vuestras muchas maldades y vuestros pecados sin fin: oprimís al justo, recibís soborno y en los tribunales hacéis que el pobre pierda su causa. […] Buscad el bien y no el mal, y viviréis; así será verdad lo que decís: que el Señor, el Dios todopoderoso, está con vosotros. ¡Odiad el mal! ¡Amad el bien! Aseguraos de que en los tribunales se hace justicia; quizá entonces el Señor, el Dios todopoderoso, tendrá piedad de los sobrevivientes de Israel (Am. 2:6-8; 5:10-15.)

Amós profetizó, en tiempos de Jeroboam II, un reinado de relativa prosperidad y paz. Pero no era la paz de Dios. La violencia del sistema injusto que agobiaba a los pobres reclamaba la venganza de Dios. Es como si la sociedad, que bien se pudiera considerar en paz por la ausencia de guerra con las naciones vecinas, de pronto descubriera que estaba en guerra contra ella su propio Dios. Pero, ¿por qué? Porque Dios se había constituido a sí mismo el defensor de los pobres, de los que no tenían medios para defenderse. Y un ataque contra los protegidos de Dios era un reto a Dios mismo. Si los pobres de la tierra no podían tener paz de parte de sus opresores, la sociedad entera no podía tener paz de parte de su Dios. La violencia de los poderosos, los ricos, los que tenían acceso legal a las armas, hacía necesaria la violencia de Dios mismo contra la sociedad injusta.

1.2. Jesús y la paz global

Está bastante claro que Jesús tuvo conciencia del carácter global de la paz bíblica, cuando él se dispuso a proclamar su evangelio. «Arrepentíos», exhortó desde el principio, «porque el gobierno de Dios se ha acercado» (Mt. 3:2). Un gobierno que sin lugar a dudas sería de la más absoluta

justicia social. O sea, un gobierno de paz, cuya venida exigía arrepentirse de la falta de paz en la sociedad y en la conducta personal de sus oyentes.

Hacia el comienzo del evangelio de Lucas, nos relata el evangelista la visita que hace Jesús a Nazaret, el pueblo de su infancia y juventud. Allí lee Jesús algunos versos de Isaías:

> *El Espíritu del Señor está sobre mí por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar a los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos, y vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a predicar el año agradable del Señor* (Lc. 4:18, 19).

Este anuncio de la llegada del año agradable del Señor que hace Jesús, tiene claramente que ver con el cumplimiento de la antigua ley de Moisés acerca de la celebración de años especiales de ajuste socioeconómico. Según aquellas leyes, cada siete años, los que empobrecían hasta el punto de tener que venderse como esclavos para poder sobrevivir debían recibir la libertad y lo que fuere necesario para volver a empezar su pequeña granja familiar. En esos años especiales también debían ser perdonadas todas las deudas, y cada cincuenta años debía ser devuelta a la familia de origen toda propiedad hereditaria que en el transcurso de aquellos años hubiese sido vendida.

Esta cita de Isaías con la que se identifica Jesús recoge el mensaje liberador de aquellas leyes. La versión griega de Isaías que cita el evangelista incluye junto con la liberación socioeconómica la restauración de la vista a los ciegos. Evidentemente se trata de mucho más que una obediencia humana de las antiguas leyes. Se trata más bien de la llegada sobrenatural del Mesías, a quien aguardaban ansiosamente las masas hebreas con la esperanza de que inauguraría un tiempo de prosperidad y bienestar eterno y utópico.

Y Jesús anuncia: «¡Ese soy yo! Y daré la vista a los ciegos… pero también abriré las puertas de los presos políticos, romperé las cadenas de los esclavos y exigiré la auténtica paz de Dios entre los hombres: la paz de justicia social».

Un par de capítulos más adelante en el evangelio de Lucas, Jesús grita: «Dichosos los pobres… dichosos los que ahora pasáis hambre… dichosos los que lloráis… dichosos cuando os desprecian» y «¡Ay de vosotros, los ricos…! ¡Ay de vosotros, los que ahora os llenáis…! ¡Ay de vosotros, los que reís…! ¡Ay de vosotros a quienes todo el mundo alaba!» (Lc. 6:20-26).

Jesús da su aprobación así a la opinión de los profetas que hemos citado anteriormente. Está de acuerdo con la tesis de que la violencia de los ricos y de los opresores, la falta de armonía entre los hombres que tiene su origen en la injusticia, exige la violencia de parte de Dios, que castigará a los malhechores privilegiados para traer su paz auténtica a la sociedad.

En el Sermón del Monte vuelve a aparecer el tema: «Guardaos de practicar vuestra justicia delante de la gente, donde os puedan ver… De modo que cuando tú ofrezcas algo al que lo necesite, ¡que ni tu mano izquierda se entere de lo que ha hecho la derecha!» (Mt. 6:1-3). Lo significativo aquí es que para Jesús, en la más pura tradición bíblica y profética, la justicia es equivalente a la generosidad con el necesitado. Mi generosidad no es el fruto de mi bondad, sino el derecho de mi prójimo necesitado. El que no es generoso es un violador de derechos humanos. Es un violento. No está en paz con su prójimo y por lo tanto tampoco está en paz con él Dios.

Si unimos este sentir con otro de los grandes temas del Sermón del Monte, a saber, el amor hacia los enemigos, devolver el bien por el mal, y tratar a otros como uno quisiera que se le trate, empezamos a vislumbrar los perfiles majestuosos de la paz anunciada por Jesús. Pero vamos a abordar esto desde otro ángulo; otro tema también predicado en este mismo sermón de Jesús. El tema de la imitación de Dios.

1.3. La imitación de Dios

En su carta a los colosenses, Pablo anuncia gozosamente la revelación del «misterio que había estado oculto desde los siglos y edades, pero que ahora ha sido manifestado a sus santos… que es Cristo en vosotros, la esperanza de gloria» (Col 1:26-28). Esta es una realidad que, de no haber sido revelada por Dios, nunca hubiéramos descubierto los hombres; a saber, que podemos todos abrigar la esperanza de que mediante nuestra propia vida viva y se haga manifiesto Cristo. Lo vuelve a expresar Pablo de una manera algo distinta en su carta a los romanos: «Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos» (Ro. 8:29). Y en la segunda carta a los corintios escribe: «Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la

gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del Señor» (2ª Co. 3:18).

La imitación del Señor es un tema con raíces muy arraigadas en el pensamiento bíblico. Ya en el relato de la creación, se nos dice que el ser humano ha sido creado en la imagen y semejanza de Dios. El propósito de Dios al crearnos fue que nos pareciéramos a él. No hay motivo para pensar que desde aquel momento él haya cambiado de idea en cuanto a lo que pretende de nosotros. Pero si decimos que hemos sido creados a la imagen de Dios, y que el propósito eterno de Dios para nosotros es que nos parezcamos a él, no decimos con esto que es necesario que seamos totalmente como él en todos los sentidos posibles. La tentación que ofreció a Eva la serpiente en el paraíso fue la de querer parecerse a Dios en cosas que le estaban prohibidas. El conocimiento del mal, por ejemplo, que fue el asunto en cuestión en aquella ocasión, es algo que al hombre le ocasiona la muerte. Dios es el único que puede conocer tanto el bien como el mal sin perecer por motivo de ese conocimiento. Cuando Eva decidió comer de ese fruto, pretendiendo imitar así a Dios en aquello en que él no debía ser imitado, determinó su propia ruina.

¿En qué, pues, debemos imitar a Dios?

En la carta de Pablo a los efesios podemos leer lo siguiente:

> *Quítense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo. Sed, pues, imitadores de Dios como hijos amados. Y andad en amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a* sí *mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante* (Ef. 4:31-5:2).

Es importante que notemos aquí la clave para saber en qué, precisamente, debe consistir nuestra imitación de Dios y de Cristo. Debemos imitarle en el perdón de las ofensas, en la entrega de la vida por el prójimo, y en el abandono de vicios como los del enfado, la amargura, los gritos de impaciencia, los insultos y la malicia. Es en el desarrollo de un carácter apacible, bondadoso y paciente que debemos parecemos a Dios.

Algo por el estilo nos dice Jesús en el Sermón del Monte, donde también nos exhorta a imitar a Dios:

Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos… Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto (Mt. 5:43-48).

En ningún otro aspecto de su enseñanza toma Jesús como punto de partida para su argumento la imitación de Dios. Pero cuando se trata del amor hacia el enemigo, cuando se trata del perdón en lugar de la venganza, cuando se trata del trato que es necesario que tengamos con los que nos odian, con quienes nos causan graves perjuicios, aquí sí Jesús apela a la naturaleza de Dios, mandándonos imitarle.

Cuando Jesús hace su famoso llamado: «Venid a mí, los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar» también agrega una exhortación a la imitación de su persona. ¿Y qué características suyas son las que requiere que imitemos? «Llevad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón». Son su mansedumbre y su humildad los puntos en los que nos toca parecérnosle (Mt. 11 :28, 29).

Hallamos en todo esto ecos de la invitación más característica de Jesús. La invitación a coger nuestra cruz para poder seguirle. La cruz para Jesús no fue un símbolo religioso. ¡Fue el instrumento de tortura con el que prefirió morir en lugar de defenderse en contra de los enemigos que le atacaban! Hoy hemos perdido de vista esta verdad tan evidente. La cruz ha llegado a significar el sufrimiento, en general. Hay quien piensa que al aguantar un dolor de cabeza sin quejarse, está cargando valientemente su cruz como cristiano. Pero eso es convertir en una trivialidad la agonía de la cruz de Cristo. Solamente cargamos con una cruz para seguir a Jesús cuando, como él, nos dejamos odiar, insultar, golpear y quizá hasta matar, sin responder más que con el amor.

¿Dónde se originan las otras maneras de responder al agresor? Ni en Dios ni en la naturaleza humana cual Dios primero la creara en su propia imagen. Aunque la existencia primitiva de Adán y Eva fue una de amor y armonía inigualables, una vez fueron seducidos por el pecado comenzaron las acusaciones egoístas con el fin de sacar ventaja en perjuicio del prójimo. La violencia se desata en escalada vertiginosa en los primeros

capítulos de Génesis, pasando del simple asesinato cometido por Caín a la venganza indiscriminada de Lamec y culminando con la aparición de los príncipes guerreros de renombre que figuran en el prólogo al castigo del diluvio (Gn. 4:8-10; 4:23, 24; 6:4, 5).

De igual modo Santiago se pregunta: «¿De dónde vienen las guerras y de dónde vienen las discusiones acaloradas entre vosotros? ¿No vienen acaso de aquí mismo, brotando de vuestros deseos egoístas que en vuestros mismos cuerpos también crean conflicto?» (Stg. 4:1). De modo que en esto no somos imitadores de Dios. Donde él quisiera establecer la paz, la armonía y la justicia, nosotros hemos levantado un monumento a nuestro descontrol egoísta, creando la discordia y la guerra.

Cuando Dios vuelve a establecer la creación después del diluvio, pronuncia una bendición para Noé, el nuevo Adán de quien ha de surgir otra vez la humanidad. Y nuevamente, como en tiempos de Adán y Eva, emite una prohibición con su correspondiente advertencia: «El que derramare sangre de hombre, por el hombre su sangre será derramada; porque a imagen de Dios es hecho el hombre» (Gn. 9:6). Desde el mismo principio, nunca ha deseado Dios que el hombre derramase sangre humana. Incluso antes de la ley de Moisés está ésta, la ley de la Creación. Una clara prohibición. La prohibición de tomar la vida humana.

Está clarísimo. La violencia no tiene su origen en Dios, sino en un profundo rechazo de Dios y del propósito de Dios al crear al hombre.

1.4. El efecto de la encarnación

Pero si las guerras y las discusiones acaloradas vienen de nuestro interior; si a partir de la caída del primer hombre, todos los hombres llevamos adentro la rebeldía contra Dios que se expresa en nuestra violencia egoísta, ¿de dónde vendrá nuestra salvación?

Nuestra salvación viene mediante la maravilla de la encarnación de Dios en Jesús de Nazaret. Ocurren dos cosas en Jesús que vienen al caso para nuestro tema.

Primero, Jesús nos manifiesta definitivamente la naturaleza de Dios.

Es indispensable recordar que Jesús de Nazaret era Dios con nosotros, Emmanuel, el verbo eterno de Dios, hecho hombre y habitando como en

una tienda entre nosotros (Jn. 1:14). Jesús fue lo que sería Dios si Dios fuese un ser humano. Hizo lo que haría Dios si Dios fuese un ser humano. Habló, se comportó y murió como lo haría Dios si Dios fuese un ser humano. El evangelio de Juan lo pone en boca de Jesús mismo: «No puede el Hijo hacer nada por sí mismo, sino lo que ve hacer al Padre; porque todo lo que el Padre hace, también lo hace el Hijo igualmente» (Jn. 5: 19). «Si me conocieseis, también a mi Padre conoceríais; y desde ahora le conocéis, y le habéis visto… El que me ha visto ha visto al Padre» (Jn. 14:7-9).

Pablo lo puede expresar con la misma claridad:

> *Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda la creación. Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten; y él es la cabeza del cuerpo que es la iglesia, él que es el principio, el primogénito de entre los muertos, para que en todo tenga la preeminencia; por cuanto agradó al Padre que en él habitase toda plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos, haciendo la paz mediante la sangre de su cruz* (Col. 1: 15-20).

De modo que este Jesús de Nazaret es la Palabra eterna de Dios, la expresión completa de su voluntad. Si no crees que Dios es como Jesús fue, no crees que Jesús es el Hijo de Dios. Y si no crees esto, no puedes llamarte cristiano.

Y bien: ¿Cómo es Jesús? ¿Cómo es esta representación viva y gráfica de la realidad de Dios?

El escándalo de la encarnación es que vemos a Jesús condenado como un criminal, muriendo bajo tortura mientras de él se burlan los malhechores. Este Jesús, de quien decimos que él es la mismísima imagen de Dios, muere en la cruz, objeto del desprecio y la enemistad de sus semejantes. Y estando en esta situación no se queja. No se defiende. No amenaza represalias ni jura venganza. Él había dicho de sí mismo: «No envió Dios a su Hijo al mundo para condenar al mundo, sino para que el mundo sea salvo por él» (Jn. 3:17). De modo que aunque el mundo le rechazó, escupió en su cara y en burla le coronó con espinas, Jesús no condenó a sus hostigadores criminales. Su último deseo fue que el Padre

perdonara a los que le hacían sufrir. Él había mandado a sus discípulos amar al prójimo y hasta al enemigo de la misma manera que él amaba a sus enemigos. Y ahora sus discípulos eran testigos del amor de Jesús para sus enemigos, amor que le hacía resistir la tentación (tentación que horas antes le había hecho sudar gotas como de sangre), tentación de llamar en su auxilio las tropas angelicales que borraran de la faz de la tierra a la humanidad enemistada contra él (Mt. 26:53).

Pero ahora, antes de que de nuestra imaginación se borre esta escena de Jesús crucificado, retorcido del dolor pero resistiéndose a condenar a sus enemigos, recordemos que ahí en la cruz misma Jesús está representando el papel de Dios. Ahí en la cruz Dios mismo fue rechazado. Ahí en la cruz el hombre descargó sobre Dios su rabia contra su Creador, su odio contra su Señor legítimo, su desprecio irreverente de la salvación que Dios le ofrecía. Y en Jesús, Dios mismo quiso perdonar. En Jesús, Dios mismo pensó pensamientos de amor contra nuestro odio. En Jesús, Dios mismo dio su Hijo unigénito, amado, precioso desde antes de la creación del universo, antes que condenar al hombre.

El evangelio de Jesucristo es éste: Dios, teniendo el derecho soberano de destruirnos por nuestra rebelión, en lugar de devolvernos mal por mal, nos colmó de amor y bendición, borrando en Cristo nuestros pecados, absorbiendo en su cuerpo agonizante nuestro odio y desprecio, amando, sufriendo, sin defenderse.

Así es Dios. Es importante que no divaguemos en pensamientos y opiniones contrarias a la clarísima revelación bíblica y apostólica. No sé qué opinión puedes tener tú de la naturaleza de Dios. Pero Jesús nos demostró que «Dios es amor» (1ª Jn. 4:16). ¿Cómo sabemos esto? Lo sabemos porque Jesús murió en lugar de defenderse. Eligió la agonía de la tortura mortal antes que traicionar el amor del Padre para con nosotros.

La segunda cosa que sucede en la encarnación, es que Jesús restaura lo arruinado por el pecado de Adán.

Juan el evangelista nos dice que aquel verbo divino que era originalmente con Dios, y mediante quien fue hecha la creación entera, «Aquel verbo se hizo carne» (Jn. 1:14). El autor de la carta a los Hebreos insiste de muchas maneras en que Jesús, como sumo sacerdote según la orden de Melquisedec, está plenamente capacitado para representar a la raza humana, siendo un hermano entre hermanos de la raza. «Porque no

tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades», escribe, «sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, aunque sin pecado» (He. 4: 15).

Y si Jesús es plenamente humano en su capacidad de ser tentado, es también plenamente humano en su gloria. Según el evangelio de Mateo, cuando Jesús al curar al paralítico certificó su autoridad para perdonar pecados, «La gente, al verlo, se maravilló y glorificó a Dios, que había dado tal potestad a los hombres» (Mt. 9:11). Para el evangelista el asunto en cuestión no es que por perdonar pecados Jesús fuera un hombre excepcional. Más bien es el descubrimiento de que, ya que este hombre Jesús podía perdonar pecados, estaba claro que los hombres, en general, podían hacer esto en representación de Dios.

En otra ocasión, Jesús prometió: «De cierto, de cierto os digo: El que en mí cree, las obras que yo hago, él las hará también; y aun mayores hará» (Jn. 14:12). De modo que aun aquello que nos parece más excepcional y sobrenatural en Jesús es algo que está al alcance de otros seres humanos. Jesús sanó a multitudes. Pero los enfermos se ponían por donde sabían que pasaría Pedro para ser curados por su sombra (Hch. 5:15), y «Dios hacía milagros extraordinarios por mano de Pablo, de tal manera que aun se llevaban a los enfermos los paños o delantales de su cuerpo, y las enfermedades se iban de ellos, y los espíritus malos salían» (Hch. 19:11, 12). Si Jesús resucitó a Lázaro, ya antes Eliseo había resucitado al hijo de la sunamita (2º R. 4:32-37) y después Pedro resucitaría a Dorcas (Hch. 9:36-43) y Pablo a Eutico (Hch. 20:9-12).

De modo que si en Jesús vemos a Dios como Dios es, también podemos ver en Jesús al hombre como Dios desea que el hombre sea. La Carta a los Romanos nos dice que en Cristo se efectúa la restauración de la raza humana a los propósitos eternos con los que Dios la creó. Si con Adán todos caímos, con Cristo todos hemos sido levantados (Ro. 5:12-19). Desde la muerte y resurrección de Jesús hay una nueva realidad en cuanto a las verdaderas posibilidades que hay en el ser humano. Ahora sí, puesto que Jesús nos abrió brecha, nos mostró el camino, nos dio el ejemplo y llegó a ser nuestro caudillo que va delante nuestro rehabilitándonos para lo que antes no éramos capaces. Ahora sí podemos lograr la imitación de Dios para la que fuimos creados.

En esto la muerte y resurrección de Jesús es única: En que él nos abrió brecha donde nosotros hallábamos muralla inexpugnable. En que él nos

mostró un camino donde nosotros hubiéramos errado toda la vida sin sospechar que un camino existiese. En que es su fe la que nos inspira a creer a nosotros. En que él creyó en la resurrección nada más que porque conocía al Padre, mientras que nosotros creemos en la resurrección porque conocemos al Padre; pero conocemos al Padre porque hemos visto a Jesús y somos testigos de su resurrección.

Si Santiago estaba convencido de que las guerras y las discusiones acaloradas surgen de nuestro propio interior egoísta, los apóstoles coinciden en declarar que, gracias al efecto que tiene sobre nosotros la muerte y resurrección de Jesucristo, están rotas las cadenas de esclavitud a nuestras pasiones egoístas, y podemos ahora vivir como Dios quiso desde un principio que viviésemos. Por eso Pablo, en su carta a los Colosenses, objeta con desprecio la impotencia de cualquier otra filosofía o religión aparte de la fe en Jesús, ya que dice: «Tales cosas tienen a la verdad cierta reputación de sabiduría en culto voluntario, en humildad, y en duro trato del cuerpo; pero no tienen valor alguno contra los apetitos de la carne» (Col. 2:23).

Es por motivo de esta rehabilitación del hombre lograda por Cristo en su cruz, que cuando Jesús y los apóstoles nos mandan imitar a Cristo y a Dios mismo, no nos piden nada imposible. Si nos mandaran imitar a alguien cuya naturaleza fuese contraria a la nuestra, estaríamos eximidos de la obediencia. Pero ya que nos mandan imitar al hombre Jesús en la gloria de su humanidad incondicionada, no podemos excusarnos de la obediencia. Si nos exigieran imitar a Dios en su conocimiento que trasciende el tiempo; si nos exigieran imitar a Dios en su capacidad de conocer el mal sin ser destruido por él (al estilo de la tentación en el Edén); si nos mandaran imitar a Dios en una perfección abstracta y matemática, no tendríamos motivos para ni siquiera intentarlo. Pero se nos manda imitarle en una sola cosa. Se nos manda imitarle donde el hombre Jesús logró imitarle y representarle perfectamente ante nuestros ojos, para que le conociéramos como él es en realidad. Se nos manda imitarle en su amor sufriente hacia todos los hombres. Se nos manda imitarle en su cruz. ¡La cruz sobre la que él murió torturado por nosotros, sus enemigos implacables! «Si alguno quiere venir en pos de mí», dice Jesús, «niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt. 16:24).

No debemos separar lo que los apóstoles nunca separaron. La justificación y rehabilitación que logra Jesús en nuestro favor, para los que

creemos en él, no es algo estático y formal. Es más bien la dinámica viva que, desde el momento que comprendimos que Dios nos amó en Jesús hasta la muerte sin contraatacarnos, nos capacita para la imitación de su amor en la cruz.

En ningún sitio predican los evangelistas y apóstoles una reconciliación con Dios que no sea simultáneamente una reconciliación entre los hombres. Recordemos que Dios no puede quedarse impasible ante la violencia, cualquiera que fuere su forma. Dios, por ser como es, ha de tomar siempre la parte de la víctima. Y por eso Dios es siempre un participante en el conflicto y la violencia humana. Por eso es un disparate hablar de una supuesta reconciliación con Dios, si a la vez continuamos los ataques de violencia contra nuestros semejantes.

El lenguaje de la primera carta de Juan es maravilloso en su claridad:

> *En esto se manifiestan los hijos de Dios, y los hijos del diablo: todo aquel que no hace justicia, y que no ama a su hermano, no es de Dios. Porque éste es el mensaje que habéis oído desde el principio: Que nos amemos unos a otros. No como Caín, que era del maligno y mató a su hermano* (1ª Jn. 3:10-12).

1.5. Las víctimas declaran la paz

Pero he aquí una contradicción. El mundo es un lugar de violencia. La injusticia, la falta de amor, el egoísmo, la explotación despiadada del prójimo son nuestra experiencia diaria. Y si Dios está a favor de las víctimas de la violencia, Dios tiene que estar a favor de la defensa de esas víctimas. Y muchas veces el único medio de defensa que encontramos es el de responder a la violencia injusta con la violencia justa, responder al agresor con las represalias necesarias para que deje de agredir.

Sin embargo, el recurso a la violencia en defensa de la justicia no tiene mucho éxito histórico que lo justifique. Lo más frecuente es que se desencadene un ciclo de violencia mayor que la que existía al principio. Y que las víctimas que se pretendía defender acaben peor que antes. Por eso no deberíamos tener mucha prisa en descartar el camino novedoso que nos indica Jesús.

Hay una realidad paradójica tocante a toda violencia. Toda violencia ocasiona víctimas. Sea la violencia del agresor u opresor, sea la violencia

del que se defiende o representa la justicia legal, siempre alguien acaba sufriendo. Y si hemos dicho que Dios se identifica con las víctimas, cabe sospechar que las víctimas de nuestra violencia justificada son tan preciosos y amados ante los ojos del Señor, como cualquier otra víctima. ¿No es esto lo que hemos aprendido de la cruz, donde nosotros, habiendo crucificado al Justo, en lugar de represalias recibimos amor y perdón?

La violencia es inútil para lograr la reconciliación y el respeto mutuo. Por su naturaleza exige que haya vencedores y vencidos. Y los vencidos siempre abrigarán resentimientos y recelos. Si es que sobreviven. ¿Esto es lo que pretendemos? ¿Un mundo en el que seamos nosotros los poderosos, nosotros los que somos motivo del resentimiento de los que se sienten atropellados? Si la violencia, por muy justificada que nos parezca, no es capaz de lograr la reconciliación, entonces es un elemento más en nuestra separación de Dios. Porque hemos visto que no existe tal cosa como reconciliación con Dios que no sea a su vez reconciliación con el prójimo.

Entre los elementos que hacen que la violencia sea terrible, figura éste: Una vez que la violencia se ha cometido, el que la ha cometido puede hacer muy poco para lograr la reconciliación. La única posibilidad de reconciliación depende de la disposición de la víctima. Porque sin su perdón la reconciliación es imposible.

Pero ¿cómo es posible perdonar?

Es necesario aprender la actitud que tuvo Jesús frente a la violencia que padeció. Jesús parece haber decidido, desde un principio, que no iba a defenderse contra la violencia de los que le atacarían, sino que se sometería a esa violencia voluntariamente. Es importante ver que para Jesús, someterse a la violencia fue algo que él decidió.

Ante la violencia la víctima siempre es capaz de decidir su propia actitud. A veces, ese poder de determinar su propia actitud es el único poder que le queda. El último reducto de dignidad humana.

Existen varias actitudes posibles. Una sería la de resistir la violencia con la violencia propia. Pero hemos visto que esto no puede conducir a la reconciliación y por tanto a la paz auténtica.

Otra actitud sería la de aceptar como natural ese despojo de sus derechos, sentirse de algún modo culpable por la violencia que uno ha sufrido. Esta actitud se emparienta con la depresión, el desánimo

profundo, la pasividad total. Este camino tampoco conduce a la reconciliación, puesto que tales sentimientos contienen la raíz de amargura, odio, rencor, y todas aquellas actitudes interiores que impiden el perdón y hasta el deseo de poder perdonar. Una persona sólo puede perdonar desde la dignidad de saber su propio valor como ser humano, desde la conciencia del atropello que supone ser víctima de la violencia y maldad ajena. Ni la pasividad depresiva ni la justificación del agresor pueden generar la energía moral y la dignidad humana desde la que es posible el perdón.

Pero Jesús se sometió voluntariamente a la violencia de sus agresores y así logró amarles hasta el final, hasta dar su vida por ellos. Así Jesús toma la iniciativa, desde la conciencia de su propia identidad como hijo de Dios, sabedor de su propio valor irreducible. Arrebata de los violentos la iniciativa. Ya no son ellos los que dominan la situación. Es el amor activo de Jesús, entregando voluntariamente su vida, la que domina la situación.

Jesús dio varios ejemplos de cómo funciona esa iniciativa de amor, que establece activamente la dignidad humana de la víctima y a la vez hace posible su perdón:

> *«No resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses»* (Mt. 5:39-42).

Aceptar como legítima esta enseñanza de Jesús requiere una relación con el Padre como la que él tenía. Supone haberse nutrido en la oración y la comunión con el Padre hasta tal punto que la fe y la esperanza en la salvación y reivindicación de Dios nunca pueda desfallecer. Desde esa postura de fe y confianza radical en un Dios conocido como Padre que se «conmueve en sus entrañas» (Jer. 31 :20) al ver el sufrimiento de sus hijos, es posible resistir. Esto supone nutrir la esperanza que el Dios de paz y amor pueda tener escondida todavía una «última palabra» sobre el asunto. Una última palabra de paz y reconciliación.

Pero, ¿pueden quedar así las cosas? ¿No hay otra posibilidad que la de someterse a la violencia de la que uno es víctima? Si queremos estar en paz con Dios, ¿tenemos acaso que aguantar todo el mal que los violentos nos quieran ocasionar a nosotros y a nuestros seres queridos?

No hay que confundir la no violencia cristiana con la pasividad. Nuestra lucha por la paz entre los hombres, que comienza con nuestro perdón y aguante sumiso, no acabará hasta que acabe toda violencia. Si, como Jesús, nuestra reacción de sumisión a la violencia de la que somos víctimas surge del amor, entonces ese mismo amor nos impulsará a hacer todo lo posible por lograr que cese aquella violencia también. Porque sabemos la enemistad con Dios que su violencia le está produciendo.

Una vez que hemos aprendido a amar y perdonar, cuando nuestras motivaciones ya no son la venganza, el rencor o el egoísmo, podemos dirigimos al que agrede, incluso al que nos agrede a nosotros mismos, con la palabra de Dios. Pablo dice que nosotros, los cristianos, los que vivimos en sumisión no violenta como Jesús, tenemos a nuestro cargo el «servicio de reconciliación» (2ª Co. 5: 18). ¿Qué es este servicio de reconciliación? Nada menos que la tarea de difundir entre los hombres esta posibilidad de vivir en armonía unos con otros, y todos con Dios. Y esto incluye la denuncia profética del mal dondequiera que exista. Someternos voluntariamente a la violencia de la que somos víctimas no tiene por qué dar a entender que aprobamos esa violencia. Al contrario, por amor y compasión para con el que nos agrede, ya sea físicamente o con injusticias legales, tenemos el deber y el privilegio de denunciar esa violencia, y de anunciar el evangelio de la paz. El evangelio mediante el cual es posible que aun el más violento abandone su proceder. Para que abandonando ese proceder pueda él también vivir en auténtica paz y reconciliación con su prójimo. Y si vive en paz con su prójimo, sabemos que también será suya la paz con Dios.

Pero si nuestro anuncio de estas buenas noticias de la posibilidad de abandonar la violencia ha de lograr su objetivo en el cambio de la conducta de la persona a que nos dirigimos, es necesario que lo anunciemos con autoridad. Y nuestra autoridad viene de haber abandonado nosotros mismos la violencia, dando así evidencia visible y objetiva de aquello que anunciamos. Es porque nosotros mismos nos sometemos voluntariamente a la violencia, que tenemos el derecho de invitar a los demás a renunciar a ella de la misma forma.

1.6. El poder de la resurrección

Esta sumisión voluntaria con que procederemos es posible gracias a un elemento que aún no hemos hecho más que apenas mencionar.

Es por un acontecimiento muy particular que los discípulos de Jesús lograron entender, por fin, que Jesús era más que un maestro bueno, más aún que el mesías político de la estirpe de David. Es por un acontecimiento muy particular que vieron en Jesús, cuanto más lo pensaron y lo rememoraron, al Verbo eterno que nos manifiesta con claridad cristalina la naturaleza incambiable de Dios. Es por un acontecimiento muy particular que podemos saber que Dios aprobaba la conducta del hombre Jesús al dirigirse hacia la cruz. Es por un acontecimiento muy particular que sabemos que Jesús, en efecto, cuando decidió someterse a la violencia de la cruz, evidenciaba conocer la voluntad de Dios para todos los hombres.

Dios hizo algo de lo más significativo una mañana hace casi dos mil años. Dios, inconteniblemente feliz al ver que por fin hubo un hombre capaz de entenderle y vivir y morir como él había querido que todos los hombres vivieran, derrochó aquella madrugada la gloria de su poder.

Después que Jesús se hubo entregado voluntariamente a la violencia… Después de que Jesús sufriera toda suerte de humillaciones, golpes, insultos, escupidas en la cara, homenajes farsantes, y tortura… Después que Jesús entregara confiado al Padre su alma antes que perjudicar a sus enemigos…

… ¡Dios le resucitó de la muerte!

Todo esto de una alternativa cristiana a la violencia se viene abajo si Jesús no resucitó. Si Jesús no resucitó, entonces podemos creer que existe un Dios que aprueba la violencia, que aprueba el homicidio, que aprueba las guerras, que aprueba la presunta defensa legítima de nuestros derechos mediante la violencia justa. Si Jesús no resucitó fue un farsante blasfemo y no el Verbo eterno de Dios. Si Jesús no resucitó fue un pobre iluso con sueños de grandeza, que murió una muerte inútil y disparatada, en lugar de defenderse como un macho valiente. Si Jesús no resucitó nuestra fe es vana, y seguimos enemistados con Dios, y no existe ninguna posibilidad de paz auténtica entre los hombres.

Pero si podemos creer que él resucitó, entonces también podremos seguirle con confianza. Si Jesús resucitó, le seguiremos hasta la cruz, hasta

la muerte indefensa, y más allá de la cruz, a la gloria eterna de la Vida. Si Jesús resucitó nuestro padecimiento de la violencia no es más que una vicisitud pasajera, mientras que nos espera lo perdurable, lo glorioso, aquello por lo que de buen grado moriríamos mil muertes. Si Jesús resucitó, la violencia fue derrotada. Y podemos gritar triunfantes, con Pablo, «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1 ª Co. 15:55).

Si Jesús resucitó de verdad, el aguante no violento no se basa en un sueño irreal acerca de un más allá fantástico, que nos haga aceptar con resignación estúpida la injusticia y perversidad del momento presente. Todo lo contrario. La esperanza escatológica en la resurrección de los santos para una existencia perfecta desarma el filo rencoroso de nuestro odio, permitiéndonos valorar la reconciliación por encima de todas las cosas. Nos hace capaces de evitar la trampa de caricaturar al agresor en términos infrahumanos, permitiéndonos recordar siempre que Dios a él también le ama y a él también le puede llegar a transformar mediante el testimonio fiel de sus hijos. Y esto, esto sí, promete traer cambios profundos a la realidad presente.

Es porque aquel hombre Jesús de Nazaret, nacido hace casi dos mil años entre anuncios de paz a los hombres, vive hoy, que sus discípulos seguimos desengañados acerca del supuesto poder de la violencia.

¡Hemos abandonado la violencia porque la violencia es inútil, porque ha quedado desacreditada, gracias a la resurrección de nuestro Señor Jesucristo!

El autor del Apocalipsis tiene una visión del trono de Dios. Y junto al trono, vivo y de pie, hay un cordero que ha sido sacrificado; su cuello degollado, su vellón manchado con sangre. Y dice:

> *Miré, y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra la gloria y la alabanza* (Ap. 5:11).

¡El Cordero ha vencido!

¡Jesús vive hoy!

¡La víctima ha triunfado sobre la violencia!

> *¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!* (Lc. 2:14).

CAPÍTULO 2.

Indefensión en los evangelios

2.1. Jesucristo se hizo indefenso

¿POR QUÉ HABLAMOS de «indefensión» en los evangelios? La actitud cristiana ante la agresión, a cuya explicación nos dedicaremos en las páginas siguientes, podría describirse con varios vocablos. Uno sería «pacifismo». Como se notará, aquí nos referimos a una actitud mucho más generalizada que la del rechazo de la guerra. Es posible argumentar que la enseñanza de Jesús incluye el pacifismo, o por lo menos cierto tipo de pacifismo, si bien oblicua e indirectamente. Y en ciertos párrafos trataremos directamente del rechazo de la guerra y de la objeción de conciencia. Sin embargo, esto no es más que un aspecto de la totalidad de la enseñanza que aquí nos interesa.

Otro término que viene a la mente sería «no violencia».

La no violencia, como medio positivo para lograr objetivos políticos o sociales, está perfectamente compaginada con la enseñanza cristiana que aquí intentaremos elucidar. Pero nuestro tema ahora es mucho más limitado. No se trata tanto de una metodología para lograr objetivos, sino, sencillamente, de la respuesta idónea del cristiano ante la agresión.

Por lo dicho hasta ahora, se comprenderá que al hablar de indefensión, de no defendernos, tenemos en mente un estilo muy particular de defensa. *Nos referimos específicamente a la defensa por medios violentos, a la defensa cuyo elemento característico es hacer daño a otra persona y en última instancia, destruirle.* En determinadas circunstancias pueden haber, lógicamente, otros medios que los violentos para defenderse. Pero nos sigue resultando útil el término «indefensión», porque la imagen que despierta en nuestra mente este término nos aproxima a la realidad que ejemplificó Jesús.

La postura inicial de todo cristiano es la de rechazar el recurso a la violencia. Para algunos, y entre ellos me hallo yo mismo, ésta sería una regla inflexible. De explicar esa convicción se trata este libro. También es cierto que muchos entienden que hay situaciones en las que es razonable abandonar esta postura no violenta que nos es natural como cristianos. Sin embargo, incluso para ellos, la violencia justificable no sería más que una excepción momentánea, que en cierto sentido no haría más que confirmar la regla.

Esta postura no violenta cristiana, que todos compartimos por lo menos como punto de partida, está basada inequívocamente en la persona de Jesucristo. Hemos visto su ejemplo, que ha sido el de negarse a sí mismo el derecho a defenderse, asumiendo la cualidad de indefenso (1 ª P. 2:21-23). Su fe fue que Dios defendería al indefenso.

Miremos, para empezar, algunos episodios de la vida de Jesús. Así veremos su postura no violenta en acción.

Veamos, por ejemplo, las circunstancias de su nacimiento. La mentalidad del mundo hubiese procedido de una manera totalmente distinta, de haber estado encargada de enviar al Hijo de Dios al mundo. En un mundo de política violenta, reinando Herodes, esta mentalidad hubiera rodeado al pequeño Jesús de una perpetua guarda armada dispuesta a defenderle contra todo complot de asesinato político. Pero Jesús no nace en casa de un oficial romano, ni de nobleza armada, sino en una familia de carpintero, cuyo único recurso para salvar la vida es la huida (Mt. 2:13-23). Para Cristo (y por lo tanto también para el cristiano) huir del peligro, huir de la batalla contra hombres, no es cobardía, sino el reconocimiento de que «su hora no ha llegado».

Jesús fue indefenso en Nazaret, años más tarde, cuando comenzó su ministerio. Como hablaba con claridad, sin temer a quién podría ofender con sus palabras, sucedió lo inevitable. Se formó una turba con el manifiesto propósito de matarle. ¿Qué hizo Jesús? ¿Sacó una navaja de entre sus ropas, dispuesto a defenderse heroicamente y dejar tendidos a cuantos pudiese antes de morir en la gloria de la batalla? ¿Clamó con voz de trueno pidiendo las huestes de ángeles o el fuego consumidor que el Padre no le hubiese negado?

Dice Lucas que le tomaron y llevaron fuera de la ciudad, al precipicio desde donde pensaban arrojarle. No hay ninguna indicación de que Jesús

se haya defendido. Estoy seguro de que no hicieron falta más que dos hombres, asiéndole firmemente de un brazo cada uno, para conducirle dócilmente adonde ellos quisieron. ¡Jesús indefenso! A la merced de los que le querían matar. Indefenso por su propia voluntad y decisión. A la espera de la posibilidad de un milagro, que en esta oportunidad sucedió: Por algún motivo inexplicable, los que le conducían le soltaron y «él pasó por en medio de ellos, y se fue» (Lc. 4:29, 30).

El siguiente ataque violento de los dirigentes religiosos, ensañados por las ideas revolucionarias de Jesús, no tuvo el mismo final. Jesús no era un mago capaz de repetir sus artificios cada vez que las circunstancias lo requiriesen. Estaba realmente sometido a la voluntad soberana de Dios. Pero que el incidente acabara como acabó (en la cruz) no fue porque Jesús estuviera desprovisto de medios para defenderse. Nos relata el evangelista que el Padre había puesto a disposición de Jesucristo una multitud de ángeles (Mt. 26:53). Los capítulos 8 y 9 de Apocalipsis nos dan una idea del tremendo poder destructor que se le atribuía a un solo ángel. Si quisiéramos tomamos al pie de la letra lo de «más de doce legiones» de ellos, veríamos que Jesús tenía a su disposición más de 72.000 ángeles para defenderle; cada uno de ellos inmortal, invencible, enviado con todo el poder de Dios. Es como Eliseo, tranquilo ante el asedio del rey de Siria: «Más son los que están con nosotros que los que están con ellos» (2º R. 6). Pero el número de ángeles ni siquiera viene a cuento. La cuestión es que Dios mismo es el protector de su Hijo, y quien lucha contra el Hijo está en la disparatada posición de luchar contra el Padre.

Llega el momento de la confrontación. Pedro, el primero entre los discípulos, desenvaina su espada. La oposición rodea a Jesús y los suyos. Los ángeles del cielo montan sus corceles celestiales, preparados para lanzarse a la batalla si son convocados. Se precipita la acción. Pedro toma la iniciativa. Da el primer golpe. Su espada hace un zumbido histórico por el aire. Una oreja enemiga recibe un tremendo tajo. Se oye un aullido de dolor. ¡Ha comenzado la batalla de los siglos!

¡Pero no!

Jesús mira sorprendido y dolorido a Pedro. El Maestro reprende al discípulo. El Rey alarga su mano. ¡Pero en ella no hay espada ni arma alguna! Toca la oreja herida. Sana al enemigo. El Maestro sigue su propia enseñanza: ama al enemigo, Luego perdonaría a los que le matarían.

Prefiere morir torturado antes que defenderse, si defenderse significa hacerle violencia a un ser humano. Por eso murió torturado.

Y así pasó el momento que más hubiera justificado el uso de la espada. Cualquier cristiano podría sentirse orgulloso de haber participado en la defensa de Jesucristo. De todas las batallas, ésta hubiese sido la más gloriosa. De todas las vidas importantes, dignas de ser defendidas, la de Jesús es la que sobresale; y luchar por defenderle, la violencia más justificada. ¡Pero Jesús prohibió enfáticamente el recurso a la violencia precisamente en esta situación, la situación en que la violencia más se hubiese justificado! Si Jesús no justificó la violencia en esa ocasión, ¿cómo hemos de suponer que la justificaría en ocasiones menos perfectas?

«Mi reino no es de este mundo», explicaba más tarde Jesús. «Si mi reino fuera de este mundo, mis servidores pelearían para que yo no fuera entregado a los judíos; pero mi reino no es de aquí» (Jn. 18:36). La cuestión del sitio del reino que inspira lealtad es, entonces, fundamental. Nuestra ciudadanía en el reino de Cristo, un reino que no es de este mundo, exige una lealtad tan absoluta que el compromiso con las guerras de las naciones de la tierra tiene que quedar excluido. Por lo menos es lo que parece haber sucedido con Jesús. De no haber sido así, ¿qué le hubiera impedido luchar junto a sus compatriotas judíos contra la opresión romana, a la vez que construía su reino espiritual? Precisamente porque nuestro reino (el reino de Jesús) no es de esta tierra, traicionaríamos a ese reino si lucháramos por un reino terrenal. Esto no constituye una evasiva del compromiso por mejorar la suerte del prójimo aquí y ahora; es tomar una posición inequívoca acerca de la naturaleza del cambio que pretendemos, y de los medios que emplearemos para lograrlo.

Sin embargo, curiosamente, a la pregunta que habíamos formulado: *Si Jesús no justificó la violencia en esa ocasión, ¿cómo hemos de suponer que la justificaría en ocasiones menos perfectas?*, tradicionalmente se ofrece una respuesta muy sencilla. Jesús no quiso defenderse *porque sabía que tenía que morir para redimir al hombre.* Es decir, la muerte de Jesús tiene un significado totalmente distinto a la nuestra. Su muerte en la cruz, el acto expiatorio por nuestros pecados, no tiene paralelos. ¡Claro que Jesús no se defendió, sino que entregó su vida por la humanidad perdida! Pero, ¿qué tiene eso que ver con nosotros y nuestra necesidad de defendemos?

Bueno, parece ser que Jesús pensó que tenía bastante que ver. Como todos sabemos, dijo que para seguirle, sus discípulos también debían aceptar la cruz.

2.2. El ejemplo de la cruz

Si quitamos nuestros conceptos previos de la mente y leemos el evangelio, vemos lo siguiente: Un hombre, Jesús de Nazaret, rabino entre los judíos, cuyo único curso de acción es hacer el bien. Sana a enfermos, echa fuera demonios, enseña a la gente a tener fe en Dios, explica el espíritu de la Ley en lugar de quedarse conforme con interpretaciones ancestrales, y proclama ante todo la inminencia del gobierno directo de Dios sobre los hombres: el reino de Dios, o de los cielos. Despierta así la enemistad de las autoridades religiosas y civiles que se ven amenazadas por el nuevo orden social que proclama, cuya base es el amor y la intervención directa del Espíritu de Dios en los asuntos humanos. Porque hace el bien es arrestado y muere bajo tortura. A pesar del tremendo poder que posee, no se defiende nunca, sino que absorbe en sí toda la maldad que se le hace. Carga sobre sí el odio y la injusticia humana. No devuelve mal por mal, sino que lo toma sobre sí. Muere por causa del odio de los demás, y porque no es capaz de menospreciar al enemigo y destruirle.

> *Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas el Señor cargó en él el pecado de todos nosotros. Angustiado él, y afligido, no abrió su boca; como cordero fue llevado al matadero; y como oveja delante de sus trasquiladores, enmudeció, y no abrió su boca* (Is. 53:4-7).

Por medio de él Dios acusó el tremendo golpe de nuestro desprecio, de nuestra rebelión contra él. Por medio de él Dios bebió la amarga copa del odio que el ser humano le guarda, del rencor por haber sido creados por él, de las frustraciones humanas acerca de la vida. En Cristo fue definitivamente desechado Dios; fue tenido por basura, como cosa abominable.

Y Jesús y Dios… no devolvieron mal por mal. Cargó sobre sus hombros moribundos nuestra maldad y la hizo desaparecer. Porque algo extraño

sucede en el corazón humano al leer el evangelio: Cuando la furia de la maldad del hombre se agota contra el amor de Cristo, ya no hay más maldad. Y el hombre, desconcertado, se da cuenta de que el amor ha vencido; que Jesús ha resucitado, que Dios sigue amando, que el mundo sigue en su órbita. Frente a este amor incondicional surge en nosotros el arrepentimiento. Cae sobre nosotros la convicción de nuestra maldad y nos abrimos al que no nos dio nuestro justo merecido. Nuestros deseos son transformados. Queremos aprender a ser como él.

Dice Juan que «la sangre de Cristo su Hijo nos limpia de todo pecado» (1 Jn. 1:7). Esto significa que en él hemos recibido el perdón por nuestra rebelión. Pero también quiere decir que al observar cómo Jesús derramó su sangre, tenemos una demostración viva de que es posible amar al enemigo, que en su caso fuimos nosotros. Así nos motivó Jesús para que le imitáramos. E imitándole somos limpiados de nuestra naturaleza pecadora. «Nos escogió en él antes de la fundación del mundo, para que fuésemos santos y sin mancha delante de él» (Ef. 1:4).

Mientras tanto, el milagro que hemos experimentado en nuestras propias vidas inspira también en nosotros la confianza de que Dios pueda obrar análogamente en otros corazones mediante nuestro sufrimiento perdonador. Recordemos las palabras de Jesús: «Si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda solo; pero si muere, lleva mucho fruto. […] Si alguno me sirve, sígame; y donde yo estuviere, allí también estará» (Jn. 12:24-26). Recordemos también las palabras sorprendentes de Pablo: «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo, que es la iglesia» (Col. 1:24). Hay un motivo histórico claro por el que la palabra «mártir», que en el griego normal significaba sencillamente «testigo», rápidamente llegó a tener entre los cristianos el significado que hoy entendemos. El martirio era el sumo testimonio del amor incondicional de Dios, y de los cristianos, para con la humanidad perdida en las tinieblas.

De modo que seguimos a Jesús. Nos llamamos «discípulos» suyos. Como él, recogemos en nuestros cuerpos la maldad del mundo. El mal no rebota en nosotros, volviendo como mal, sino que desaparece del mundo para siempre. En teoría por lo menos, se supone que los demás pueden descargar tranquilamente su furia sobre nosotros. Cuando su furia se haya abatido, nuestro amor, que no es otro que el amor de Cristo latiendo en nosotros, todavía permanecerá, haciendo posible la reconciliación.

Entonces, entonces sí, podremos decir que el pecado nos haya sido quitado definitivamente por la sangre de Jesús. Aun en la muerte amaremos, y resucitaremos amando. El mal habrá desaparecido del mundo, cargado sobre los hombros de Jesús y su Cuerpo, la Iglesia.

La indefensión cristiana tiene su lugar propio en el centro mismo de la fe cristiana, porque Cristo está en ese centro. Sólo si Cristo es la revelación completa de Dios, la última Palabra en cuanto a conducta, fe y esperanza, tiene coherencia la indefensión como sistema de vida.

Si Jesús no es el Señor, si Jesús no expresa lo que sería Dios si Dios fuese un ser humano, entonces la indefensión es un absurdo. Porque su muerte en la cruz hubiera carecido de sentido y después no habría resucitado. Pero Pablo se jacta: «Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1ª Co. 2:2).

Si los cristianos preferimos nuestra propia muerte a la del enemigo, es porque hemos visto a Jesús crucificado, y luego le hemos visto resucitado y a la diestra de la Majestad en las alturas. Es la conciencia cabal de la realidad de la muerte de Jesucristo lo que nos impulsa, a través de la obediencia sufriente, hacia la fe en la resurrección juntamente con él.

La muerte no es la última palabra. La obediencia y el amor sí lo son. Vaciada de su poder está la muerte. Ya no nos atemoriza. Ya no es algo que debe ser evitado por todos los medios. «¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón?» (1ª Co. 15:55). La experiencia histórica de la muerte y resurrección de Jesús, de la que sus discípulos fueron testigos oculares, da un nuevo sentido al concepto de supervivencia. Los que mueren en Cristo son los únicos que sobreviven de verdad. Los evangelios lo describen con la frase «vida eterna».

Desde esta comprensión podemos ser intransigentes frente a la tentación de la violencia. No entendemos, como algunos, que de vez en cuando, excepcionalmente, haya que cometer «males menores» para salvar al mundo de los «males mayores» que cometería el adversario. Frente a cualquier «mal mayor» ofrecemos el «bien mayor» de nuestro martirio como testimonio de una solución radical a la maldad humana. La solución que nos ofrece Jesús con su propio martirio.

¿Por qué procedemos así? Porque hemos aprendido algo con la muerte de Jesús:

No somos responsables por las consecuencias de nuestra obediencia. No nos incumbe a nosotros calcular los resultados; sólo obedecer. Si la obediencia a Dios e imitación de Cristo ocasiona resultados negativos, es problema de Dios. Pero le conocemos personalmente y sabemos que él hará que el bien triunfe al final. La obediencia es la consecuencia de nuestra fe en un Dios que se encargará de que nuestra obediencia no contenga la simiente del mal mayor.

El que no comparta esa fe ciega siempre sentirá algo de escándalo frente a una obediencia que no calcula las consecuencias. Siempre le parecerá irresponsable, especialmente cuando las vidas en cuestión no son la propia, sino muchas otras que podrían salvarse asesinando a un Hitler, por ejemplo. Pero la fe ciega sólo es irresponsable si aquel (aquello) en que se cree no es digno de ella. Por irrazonable, irresponsable e inmoral que pueda parecer, el cristiano no tiene otra alternativa que confesar su creencia de que Dios es digno de esa fe absoluta. «Por lo cual asimismo padezco esto; pero no me avergüenzo, porque yo sé a quién he creído, y estoy seguro que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día» (2ª Ti. 1:12).

Esta fue la actitud de Cristo ante su cruz. Desde su conciencia de ser el Mesías, la salvación del mundo, se las jugaba todas al morir. Si se había equivocado, ya no habría salvación posible para nosotros. Le enterrarían y allí habría acabado el asunto. Frente al peso terrible de esta responsabilidad por toda la humanidad, él confió en el Padre que él alegaba haber visto como ningún otro le había visto. Decidió jugárselas por la convicción de que Dios reivindicaría lo que a todas luces no era más que un gesto inútil: su muerte indefensa a manos de la represión religiosa, imperial y militar.

Es ésta la obediencia que aprendió Jesús cuando dice que «por lo que padeció aprendió la obediencia» (He. 5:8). Es ésta la fe viva que, como expresa repetidamente Santiago, se puede ver solamente a través de las obras (Stg. 2:14-26).

Desde su nacimiento hasta su muerte, entonces, Jesús vivió en indefensión. No estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse. Se despojó del poder de Dios. Y no sólo eso, sino que también se despojó del poder del hombre, humillándose, haciéndose obediente hasta la muerte en la cruz (Fil. 2:6-8). La muerte en obediencia indefensa es la esencia de aquello que Jesús representa; su sangre vertida es el significado de su ser.

Es por su capacidad de no responder con el mal al mal, que fue capaz de cargar con el pecado del mundo. Es por no haberse defendido que llegó a ser nuestro salvador. Es la cruz el símbolo de su victoria y su espada no es otra cosa que la palabra de verdad que sale de su boca (Ap. 1:16). Así es nuestro Señor.

Pero esto es algo que nos atañe muy personalmente. Porque el Nuevo Testamento nos llama repetidamente a una imitación de Jesús: «*Haya, pues, en vosotros* este sentir que hubo también en Cristo Jesús… que se despojó a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz» (Fil. 2:5-8).

Lo interesante es que lo que se nos pide que imitemos en él es precisamente su manera de valorar al prójimo, y aun al enemigo, antes de sí mismo. Es su muerte por otros en la cruz, indefenso y sin ánimo de venganza, aquello que se exalta como de imitación necesaria. Ya en el comienzo de la vida cristiana, el bautismo, Pablo ve una figura de la meta de una muerte de obediencia indefensa como la de Cristo (Ro. 6:3-6). Es «Cristo en vosotros, la esperanza de gloria», la meta de la vida cristiana (Col. 1 :27); pero en su dimensión de negación de sí mismo, el sacrificio de su persona, la muerte en la cruz. «Ahora me gozo en lo que padezco por vosotros, y cumplo en mi carne lo que falta de las aflicciones de Cristo…» (Col. 1:24). Pedro hace una reflexión parecida: «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas… quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba…» (lª P. 2:21-23). y Juan lo expresa así: «En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas…» (1ª Jn. 3:16).

La imitación de Jesús no es una regla general. No se nos pide que le imitemos en la vestimenta, ni que debemos vivir en Palestina y hablar arameo, ni que tengamos que seleccionar discípulos y convivir con ellos por tres años. Lo que sí se nos pide es que tomemos su cruz y le sigamos. Que aceptemos su indefensión como la manera válida de vivir; que, como él, estemos dispuestos a sufrir antes que hacer sufrir y a padecer el mal antes que causarlo.

2.3. La enseñanza de Jesús

Comparemos el espíritu predicado por Jesús en las bienaventuranzas, en su versión de Mateo 5:3-11, y las características fomentadas en los militares:

«Bienaventurados los pobres en espíritu»: el espíritu militar es uno de orgullo y altivez.

«Bienaventurados los que lloran»: las balas, las granadas y las bombas han hecho llorar a millones de familias mientras los que las usan tratan de justificarse con ideales altisonantes.

«Bienaventurados los mansos»: la fiereza, la violencia y la fuerza son las virtudes marciales.

«Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia»: en la guerra, la justicia es la primera víctima.

«Bienaventurados los misericordiosos»: el guerrero que tiene misericordia del enemigo no suele sobrevivir.

«Bienaventurados los de limpio corazón»: ¿cómo puede estar limpio el corazón del que tiene sus manos manchadas con sangre humana?

«Bienaventurados los pacificadores»: la historia confirma reiteradamente que la guerra nunca trae paz; sólo trae más guerras.

«Bienaventurados los que padecen persecución…»: el guerrero no pierde el tiempo padeciendo persecución; su meta es el ataque, la persecución del enemigo, y su eliminación.

La indefensión cristiana tiene que ver con toda la vida. El espíritu manso, pacificador y justo y el corazón humillado y limpio, deben ser cultivados en todas nuestras relaciones. Si esto es cierto en general, con mayor motivo se hace extremadamente difícil justificar la presencia de cristianos en las fuerzas armadas. Una lectura seria y consecuente de las bienaventuranzas debería haber bastado para comprobar las incompatibilidades evidentes. Yo, personalmente, estoy convencido de que estas reflexiones tienden a conducir a los cristianos directamente a la objeción de conciencia contra el servicio militar.

> *Oísteis que fue dicho a los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio; y cualquiera que diga: Necio, a su hermano,*

será culpable ante el concilio; y cualquiera que diga: Fatuo, quedará expuesto al infierno de fuego (Mt. 5:21-23).

Jesús fue el originador de la premisa de que la letra mata, mientras que el espíritu vivifica. Enseñó a sus discípulos a mirar la Ley de Moisés e interpretarla con frescura. Cuando Jesús miraba una ley del Antiguo Testamento, no veía letra fría, sino que veía el Espíritu del Padre que se había expresado por medio de esas palabras. La ley prohibiendo el asesinato u homicidio no se dirigía tanto a la consumación exterior del crimen, como a la actitud personal de la cual éste pudiera surgir. Jesús lo entendió así.

Parafraseando el mandamiento bíblico, Jesús expresa una sentencia que en mis propias palabras viene a resumirse así: «No te darás el lujo de desear la destrucción de tu hermano». Cuando gritamos insultos lo hacemos porque somos demasiado disciplinados y controlados como para romperle la cara, y entonces optamos por tratar de romperle el honor. El problema es que, de todos modos, ya sea que cometamos el homicidio, nos contentemos con darle una buena paliza, o nos satisfaga pronunciar algunos insultos, nuestra actitud sobrepasa lo estipulado para el hombre. Queremos asumir los atributos de Dios, de quien es la venganza, el crear y el destruir. Le envidiamos a Dios su autoridad para aniquilar a sus enemigos. En vez de estar conformes con ser iguales al que nos ha agraviado, quisiéramos ser como Dios ante él, para poder humillarle y hundirle ante nosotros,

La ira es entonces el retorno al pecado original: desear ser como Dios en lo que no nos es lícito imitarle, envidiándole alguno de sus atributos. En la medida que esto fuere cierto, el arrebato de intolerancia expresado por los insultos, por encima de lo que pueda afectar nuestras relaciones humanas, es expresión de una rebelión primordial contra Dios. Según Jesús, sus consecuencias no pueden ser otras que las de aquel pecado: la muerte.

La alternativa, ante los agravios, es tener el Espíritu de Jesús, «quien cuando le maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino encomendaba la causa al que juzga justamente» (lª P. 2:22).

Oísteis que fue dicho: Ojo por ojo, y diente por diente. Pero yo os digo: No resistáis al que es malo; antes a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha,

,vuélvele también la otra; y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; y a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos. Al que te pida, dale; y al que quiera tomar de ti prestado, no se lo rehúses. Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos (Mt. 5:38-45).

Ahí está. Así enseñó Jesús. Palabras textuales.

Si Jesús es la Palabra de Dios, la revelación de su voluntad divina, estos conceptos de Jesús sobre el amor tienen que conmovernos hasta lo más profundo de nuestro ser. Al «bueno» y al «malo» nos da advertencia de que Dios ha cambiado la definición de la palabra «bueno». Muchos «buenos» pasarán a entrar en la categoría de «gentiles y publicanos». Sólo los obedientes, los que hacen la voluntad de Dios, serán admitidos al reino.

Este mensaje de Jesús, como todo lo que él dijo, tiene que hacernos mirarnos a nosotros mismos en un severo y honesto examen personal. ¿Hay en mí arrebatos de ira y enojo? La Palabra de Jesús me llama al arrepentimiento. ¿Suelo expresarme y comportarme con desprecio enemistad? Jesús me ofrece otro camino. ¿Hay en mi casa un arma «por las dudas» por si tuviera que defenderme de un ladrón? Jesús me habla directamente al caso. ¿Me toca el servicio militar? Cristo me llama a una seria y difícil evaluación acerca del comportamiento que he de seguir para no comprometerme con la violencia y el desamor. En todas estas cosas entendemos que lo primordial es la obediencia a la voluntad de Dios revelada por su Hijo: lo que obedecerle a él pueda traemos a modo de sufrimiento no nos es lícito considerar.

¿Cómo evitar que esto se transforme en un nuevo legalismo, con el cual pretendamos mediante nuestra propia radicalidad erigirnos en jueces de los «violentos»? No es fácil. Sin embargo en este aspecto de la vida cristiana, como en cualquier otro, la tentación legalista no es excusa para que dejemos de ser consecuentes con lo que aprendemos de las Escrituras.

Es necesario que el espíritu de paz repose sobre el pueblo de Dios; que el amor al enemigo excluya de nuestro comportamiento todas las obras del

reino de las tinieblas. Que el Espíritu Santo ilumine a sus hijos sobre aquellas cosas de sus vidas que son, abierta o encubiertamente, expresión de falta de amor.

2.4. El gran mandamiento

Tenemos en Mateo 22:34-40 el episodio en el que Jesús define dos mandamientos de los cuales, en sus propias palabras, «depende toda la ley y los profetas». El primer mandamiento, que sienta las bases para cualquier posición que pueda llamarse cristiana o aun judía, es el de tener un solo Dios, Yahveh, y de amarle con la totalidad del ser.

El segundo mandamiento, que Jesús no quiere separar del primero, es el de amar al prójimo como a uno mismo. Hemos visto cómo en su enseñanza sobre los preceptos bíblicos, Jesús fue más allá de la letra del mandamiento para llegar a la esencia de la Ley, guiado por el Espíritu que había dado esa Ley. Del mismo modo, cuando se trata del «segundo mandamiento», Jesús llega al Espíritu del mandamiento, ampliando infinitamente su impacto:

> *Un mandamiento nuevo* os *doy: Que* os *améis unos a otros; como yo* os *he amado, que también* os *améis unos a otros* (Jn. 13:34).

Para Jesús, ya, aquel mandamiento del Antiguo Testamento, en su definición estrecha, se queda demasiado pequeño para abarcar el Espíritu de amor que tendrá un discípulo suyo. El que quiere ser conocido como discípulo de Jesús deberá caracterizarse por un amor como el de Jesús (Jn. 13:35). Es decir, que en la enseñanza de Jesús mismo, el ejemplo de la cruz es crítico en la definición de lo que debe ser el comportamiento del discípulo. Jesús dice: «Que os améis unos a otros como yo os he amado». Notemos que Jesús amó al prójimo más que a sí mismo. Jesús amó al prójimo hasta el punto de despojarse de los atributos divinos que le correspondían, y aun de entregar su propia vida, indefendida por causa del prójimo.

Jesús, con la autoridad que le confiere dar el ejemplo, nos enseña que debemos dar nuestra vida por el prójimo. Como él abandonaría la tentación de defenderse, primero nos enseña no a defendemos, sino a morir por los que nos quieran hacer mal.

Si bien es cierto que aquí habla de amarnos unos a otros (se entiende que los hermanos en la iglesia), ya hemos visto cómo en una oportunidad Jesús nos insta a amar al enemigo como a un amigo y hermano.

En esto conocerán que somos sus discípulos, dice Jesús. Porque el discípulo es quien aprende del maestro. El que no puede aprender de la cruz y la enseñanza de amor que Jesús nos instruye desde su expectativa por la cruz, no puede llamarse su discípulo. El que es discípulo de Jesús, ésta es la enseñanza de Jesús, amará como él amó.

> *He aquí, yo os envío como a ovejas en medio de lobos; sed, pues, prudentes como serpientes, y sencillos como palomas. Y guardaos de los hombres, porque os entregarán a los concilios, y en sus sinagogas os azotarán* (Mt. 10:16, 17).

Oigamos la exhortación de Jesús. Él desea que en medio de un mundo lleno de hostilidad, engaño y fuerza bruta, fuerza violenta y sanguinaria, tengamos la mansedumbre de una oveja. ¿Qué quiere decir esto?

El lobo es aquí figura del hombre sin Cristo. El hombre para el cual siempre habrá de existir una motivación que justifique el recurso a la violencia, a los insultos, incluso a las armas. El hombre de orgullo, que se estima a sí mismo y es capaz de luchar por obtener lo que cree justo, ya sea para sí, como para su familia o para su sociedad.

La oveja permite que le tomen el pelo. ¿Hace falta decir más?

Cristo también quiere que seamos prudentes como serpientes y sencillos como palomas. Sea cual fuere la interpretación que demos a esto, recordemos que lo que se pide que imitemos en la serpiente es su prudencia, no su ponzoña.

Prudentes.

Porque aquí Jesús está profetizando. Está profetizando acerca de las persecuciones que han de sufrir sus seguidores. Jesús sabe que vendrán contra ellos con calumnias, arrestos, tortura y fusilamientos. Y sabe que sus seguidores no se resistirán. Sabe que sus seguidores bendecirán a sus opresores. Sabe que sus seguidores habrán aprendido de él un Espíritu manso y humilde, sumiso ante el agravio. Sabe que sus seguidores le oyeron cuando él proclamó la ley de amor.

Y sabe que tendrán que sustituir por la violencia, de la que no harán uso, la inteligencia y la prudencia como métodos de defensa.

Pero, ¿qué ocurre? He aquí que hay personas que se llaman cristianos, que concurren a las iglesias y adoran a Jesús, pero que son como lobos entre ovejas.

Un cristiano que golpea a su mujer. Una cristiana que cuenta chismes acerca de su vecina. Un joven cristiano que insulta a su compañero de clase. Cristianos que se sienten más seguros porque tienen un enorme perro adiestrado para proteger su casa. Un cristiano que se adiestra en el uso de armas mortales por un período determinado, alegando que es obligatorio. Como si los apóstoles no nos hubieran dejado el principio claro de que «es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres» cuando hay conflicto entre lo que uno y otro mandan (Hch. 5:29).

¡Oh, qué tragedia, cuando las ovejas se convierten en lobos, cuando ya son todos lobos y no quedan más ovejas!

Hemos dicho que Jesús profetizó que sus seguidores serían víctimas de la violencia. Pero vemos a quienes profesan ser seguidores de Jesús y son a la vez obradores de violencia.

¿Habrá sido Jesús un falso profeta? ¿O será que sus discípulos nos resistimos a aprender de aquel a quien llamamos «Maestro»?

> *El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí; el que ama a hijo o hija más que a mí, no es digno de mí; y el que no toma su cruz y sigue en pos de mí, no es digno de mí. El que halla su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará* (Mt. 10:37).

No nos engañemos: Por causa de lo que Cristo nos enseñó en cuanto a nuestra manera de obrar con el enemigo, probablemente tengamos que aguantar injusticias. Cristo nos dijo que amemos al enemigo, que le perdonemos y bendigamos. Esto puede conducir a la pérdida de nuestra vida. «Por causa de él» es por causa de la obediencia a lo que él mandó. Si Cristo mandó algo, debo estar dispuesto a obedecerle aunque en ello pierda la vida.

Sin embargo hay situaciones en las que la indefensión de Cristo nos pide aun más que nuestra vida: Un terrorista secuestra a tu padre y lo maltrata cruelmente hasta cobrar el rescate. Tu hijo desaparece durante una redada policial y te lo entregan meses o años más tarde hecho un despojo de humano, sin voluntad. Invade tu ciudad el ejército extranjero y a un soldado se le enciende la lascivia por tu hija o por tu novia…

¿A éstos también hay que amar, perdonar, bendecir? ¿Qué sucede si la vida que se te pide ya no es la tuya sino la de padre o madre, hermanos, hijos, novio, novia, marido o mujer? ¿Amaremos más a éstos, o a Jesús y su enseñanza? ¿Estamos dispuestos a abandonar a éstos a la poderosa mano del Dios de Salvación, o intervendremos con nuestra insignificante defensa humana? ¿Seremos, en fin, «dignos» de Jesús?

«Ama», nos dice Jesús. Hay quien dice que en tales casos sería una expresión de amor eliminar al enemigo para evitar que éste acumule un pecado más a su perdición. O sea, que lo mato para que no peque más. Esto es un sofisma; un disparate, un argumento incoherente. Matar no es amar. El amor bendice, el amor es sufrido, el amor es benigno, el amor perdona, el amor aguanta.

Si hemos sido purificados de nuestro corazón impulsivo y rencoroso es posible que el Espíritu Santo nos conduzca en una situación límite a intervenir en la situación de una forma contundente y vigorosa, rayana en la violencia. Pero es difícil imaginar que el Espíritu que inspiró a Cristo nos lleve a *destruir* al agresor.

Seguir a Jesús requiere mucha fe y valentía. No es cosa de «cobardes e incrédulos» (Ap. 21:8). Hay que tener agallas y estar muy convencido, para abandonar las armas carnales y esperar, aguantando con amor, hasta ver la salvación del Señor de los Ejércitos.

Nos queda, sí, un arma terriblemente eficaz, para defender a nuestros seres queridos: El amor, el Espíritu de Dios, la oración de bendición por el enemigo. ¿Cómo es nuestro Dios? ¿Él honraría tal actitud? ¿Haría que todas las cosas ayuden a bien para los que le aman y obedecen?

Probablemente estemos todos de acuerdo en que sí.

Que Dios ama a nuestros seres queridos y es infinitamente poderoso para protegerles. Pero a la vez nos damos cuenta de que los cristianos y sus familias también sufren. También mueren. También son atacados, torturados, mutilados y desaparecidos. Dios reivindicará nuestra esperanza en él, sí, pero esperar en él puede suponer primero el martirio.

Aquí conviene recordar que los que recurren a las armas en circunstancias límite también suelen sufrir. También ellos suelen ser atacados, torturados, mutilados y desaparecidos. Entonces la protección de las armas posiblemente sea más engañosa que la protección de Dios. La esperanza del cristiano es que hallaremos la vida aunque la perdamos.

No son infrecuentes los testimonios sobre la respuesta de Dios a las oraciones de sus hijos que han pedido su protección. El hecho de que en algunos casos él no intervenga de la manera que hemos confiado que lo haría, mientras que en otros casos sí lo ha hecho, es un misterio que no puedo pretender comprender ni explicar. Aquí sólo me queda dar testimonio humilde de mi confianza en él a pesar de todo.

Sigo convencido de que él es más fuerte que yo para defender a los míos.

2.5. *Mía es la venganza*

Les refirió otra parábola diciendo: El reino de los cielos es semejante a un hombre que sembró buena semilla en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino su enemigo y sembró cizaña entre el trigo, y se fue. Y cuando salió la hierba y dio fruto, entonces apareció también la cizaña. Vinieron entonces los siervos del padre de familia y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿De dónde, pues, tiene cizaña? El les dijo: Un enemigo ha hecho esto. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres, pues, que vayamos y la arranquemos? El les dijo: No, no sea que al arrancar la cizaña, arranquéis también con ella el trigo. Dejad crecer juntamente lo uno y lo otro hasta la siega; y al tiempo de la siega yo diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos para quemarla; pero recoged el trigo en mi granero. […] El que siembra la buena semilla es el Hijo del Hombre. El campo es el mundo; la buena semilla son los hijos del reino, y la cizaña son los hijos del malo. El enemigo que la sembró es el diablo; la siega es el fin del siglo; y los segadores son los ángeles (Mt. 13:24-30, 37-39).

La lección principal de esta parábola queda bien clara: Dios juzgará entre «los hijos del reino» y «los hijos del malo».

Pero hay un detalle interesante sobre el que Jesús no da explicación. ¿Por qué menciona que los siervos del hombre que sembró quisieron arrancar la cizaña pero que éste se lo prohibió, dejándolo para una fecha posterior y por parte de otro personal? Jesús aclara que los que en definitiva harán este trabajo son sus ángeles, y habría que suponer por extensión que los siervos apresurados son sus otros siervos, la gente cristiana.

Lo que debemos notar aquí es que a los humanos nos está vedado el juzgar entre uno y otro con el propósito de destruir a «los hijos del malo». Este es trabajo para ángeles, no para cristianos. Si bien Jesús parece reconocer que hay personas que deben ser destruidas, personas cuyo único fin justo es ser «echados al horno de fuego», personas que es imposible admitir que su existencia continúe, no somos los cristianos los encargados de acabar con tales personas. Dios es el que castiga al perverso, y él enviará sus ángeles, cuando a él le plazca, para hacer esa obra.

Hay cosas que Dios nunca ha querido que haga el hombre. Entre ellas figura el tomarse la atribución de destructor de los malvados.[1] Para tal obra Dios tiene a sus ángeles. También ha establecido el gobierno humano como portador legítimo de la espada, según Ro. 13:1-7. Pero si examinamos ese pasaje con cuidado, observando el contenido de los versículos previos y siguientes, comprobamos que estos «servidores de Dios» (Ro. 13:6) le sirven, le son útiles, a pesar de que su conducta es contraria a lo que él manda. No es que ellos hagan la voluntad de Dios en un sentido positivo, sino que muy a pesar de su desobediencia, Dios se sirve de ellos para sus propósitos.[2]

La conducta que Dios manda positivamente en este pasaje es: «No os venguéis vosotros mismos… sino dejad lugar a la ira de Dios. […] Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber. […] No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal» (Ro. 12: 1921). Por si lo dicho acerca de las autoridades que usan legítimamente la espada pudiera haber dado lugar a malentendidos, Pablo vuelve a insistir: «El amor no hace mal

---

[1] En cuanto a determinados episodios del Antiguo Testamento, véase el capítulo 3.

[2] Aquí habría que mencionar la actitud ambivalente acerca de los reyes de Siria, Asiria y Babilonia, que observamos en Eliseo, Isaías y Jeremías. Por un lado estos reyes claramente están ejecutando la voluntad punitiva del Señor. Jeremías llega a llamar a Nabucodonosor «mi sirviente», en boca del Señor (Jer. 25:9; 27:6; 43:10). Por otro lado no cabe duda de que estos mismos profetas siguen considerándoles unos idólatras paganos, que no por ejecutar la voluntad punitiva del Señor merecen aprobación en sí mismos. (Véase el canto de Nahúm.) ¿Es posible dudar que el «sirviente de Dios» en Ro. 13:1-7 caerá bajo la misma sentencia?

al prójimo» (Ro. 13:10). Arrancar Ro. 13:1-7 de este marco en que Pablo lo ha encuadrado, es volver su enseñanza patas arriba.

Siguiendo esta parábola de Jesús, diríamos que el cristiano, en su indefensión, permite que los malos florezcan, dejando en las manos de los ángeles de Dios, como así también en las manos de hombres rebeldes contra Dios, la destrucción de los que merecen ser destruidos.

Lo que sí puede hacer el cristiano indefenso para quitar de por medio la maldad humana, es predicar el evangelio para que el malo se vuelva bueno, o la cizaña se vuelva trigo. Sobre esto la parábola ya no dice nada. Parece resignarse a un triste realismo sobre el poder cegador de la maldad del corazón humano. Parece aceptar que algunos, a pesar de todos los esfuerzos de Dios y los que anuncian su evangelio, se mantendrán hasta el fin en su postura rebelde.

Desde entonces comenzó Jesús a declarar que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas; y ser muerto, y resucitar al tercer día. Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirle, diciendo: Señor, ten compasión de ti; en ninguna manera esto te acontezca. Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: ¡Quítate de delante de mí, Satanás!; me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres (Mt. 16:21-23).

Jesús sabía que era la voluntad de su Padre que padeciese hasta la muerte en Jerusalén. Sabía que Dios no hubiese querido nunca que se defendiese, que respondiera a los insultos con insultos, a los golpes con golpes. Así como él había enseñado que había que amar al enemigo, debía él dar el ejemplo, para que sus discípulos vieran que no hablaba en vano, de cosas imposibles de cumplir. Jesús quería que sus discípulos viesen que él estaba dispuesto a poner su vida donde estaba su enseñanza. Ésta era la voluntad de Dios.

El concepto de la justificación de la violencia en defensa propia es universalmente aceptado. Sin haberlo estudiado, me atrevo a suponer que estará recogido por los códigos legales de todas las naciones. Sin embargo Jesús nos da a entender aquí que es un concepto satánico. Pedro le sugiere la posibilidad lógica y normal de evitar el sufrimiento y la muerte indefensa que ha previsto. Si bien el sentido de la reacción de Jesús era previsible, no deja de sorprender la fuerza de su rechazo: «¡Quítate de

delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo.» Jesús identifica la tentación de resistirse al sufrimiento indefenso como una de las más fuertes que Satanás le haya presentado. Un auténtico tropiezo, capaz de hacer tropezar al mismísimo Jesús si no reacciona con decisión y energía.

Pero si Jesús nos manda tomar la cruz y seguirle, la tentación de defendernos tiene para nosotros también el mismo origen satánico. Puede ser también la ocasión para nuestro propio tropiezo fatídico. Aquí sólo cabe recordar las palabras de Santiago: «Resistid al diablo y huirá de vosotros» (Stg. 4:7). Cualquier otra actitud sería fatal.

Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá: y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque, ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del Hombre vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras (Mt. 16:25-27).

Muchas veces la enseñanza de Jesús es muy categórica. Nos puede parecer un poco brusca. Como el caso de su dicho de que el que quiera salvar su vida la perderá. ¡Pero son tantos los cristianos que quieren salvar sus vidas! No pueden concebir su propio sufrimiento como algo posible, si de algún modo, defendiéndose del enemigo, pueden abreviar su sufrimiento y alejar su muerte. Sin embargo la enseñanza de Jesús es demasiado clara como para poder evitar su sentido categórico.

«Porque, ¿qué aprovechará el hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?»

En definitiva, aquellas cosas por las cuales luchamos son insignificantes ante el peligro mortal que corre nuestra alma eterna cuando nos inmiscuimos en luchas carnales. Luchamos por las riquezas, por la casa propia, por las posesiones, por el honor o por la patria, o por defender un sistema político determinado, si no por el mundo. Pero, ¿qué aprovechará el hombre, si ganare su patria, si engrandeciere su gloria nacional, si coronare de laureles sus esfuerzos militares, si un tirano determinado fuere derrocado… a expensas de su alma?

¿Qué es la nación, la patria, la identidad y el orgullo nacional, la lucha de clases… frente a un alma creada para la inmortalidad a la imagen de Dios? Todas las naciones pasarán. Los grandes imperios se forman, florecen, se marchitan y pasan. Los tiranos caen, los gobiernos idealistas

acaban corrompiéndose. Al final todos son sólo un recuerdo en los libros de historia. En pocos años puede desaparecer una civilización, una cultura entera. Pero Dios nos creó eternos y a su imagen, para la alabanza eterna de su gloria.

¿Y hemos de perder lo eterno por lo pasajero?

«¿De qué aprovechará al hombre? ¿O qué recompensa dará por su alma?»

En definitiva seremos juzgados por nuestras obras y no por lo que hemos logrado ganar. Hay quien se puede ofender ante tal afirmación. Tenemos tan asumida la doctrina de la salvación por la fe, no por las obras, que acabamos pensando que esto no puede ser. ¡Pero aquí estamos examinando palabras atribuidas directamente al mismísimo Jesús! ¿Y acaso no son muy claras sus palabras? Esto es lo que dice: Si hemos ganado el mundo entero pero en el proceso de ganarlo hemos obrado de una manera otra que amorosa, perdonadora y misericordiosa, seremos juzgados severamente. Vendrá el Hijo del Hombre y recompensará a cada cual conforme a sus obras. Al que obró con violencia se le recompensará con violencia. Al que obró con amor, perdón y misericordia, se le recompensará con amor, perdón y misericordia.

No, no se trata de ganarnos la salvación por méritos propios. Se trata más bien, en las palabras de Santiago, de demostrar la fe mediante las obras, sin las que se pondría en evidencia que la fe no era fe, o era una fe muerta (Stg. 2:14-26). Se trata, en las palabras de Juan el Bautista, de producir «frutos dignos de arrepentimiento» (Mt. 3:8), sin los que ni siquiera somos dignos de recibir su bautismo, el de Juan. Se trata, en definitiva, y como escribiera Pedro, de «ser salvos de esta perversa generación» (Hch. 2:40), de ser «rescatados de nuestra vana manera de vivir, la cual recibimos de nuestros padres» (1ª P. 1:18).

Si brilla en nosotros el amor profundo y misericordioso de Cristo; si el Espíritu del Príncipe de Paz irradia su paz en todas nuestras acciones; si somos una extensión viva del ministerio perdonador y aguantador de Jesús; si estamos dispuestos a perder la vida en el esfuerzo por vivir conforme a la enseñanza de Cristo, o sea, por causa suya; entonces podemos confiar en un futuro prometedor. Si somos de Cristo ahora, seremos de Cristo cuando él vuelva. Si como Jesús hacía solamente lo que veía hacer al Padre (Jn. 5:19), nosotros hacemos solamente lo que hemos

visto hacer a Jesús, nuestra condición final no puede ser otra que maravillosa.

CAPÍTULO 3.

El problema de la guerra en el Antiguo Testamento

3.1. La necesidad de un modelo alternativo para la sociedad

LA ENSEÑANZA DEL NUEVO TESTAMENTO sobre la no violencia es clara, lúcida, sencilla, inconfundible y siempre igual. Si Dios hubiese querido hacer saber a los hombres que en su voluntad no cabe la violencia y la guerra, es imposible concebir otra manera más profunda e inequívoca de expresarla que ésta: la de mandar a su Hijo para que muriese por sus enemigos en lugar de destruirles defendiéndose. Y Jesús mismo nos dice expresamente que es ésa la conclusión que debemos tomar de aquellos acontecimientos. «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame» (Mt. 16:24).

Sin embargo la realidad de la historia cristiana tiene otro cariz. A partir de las transformaciones que sufre el cristianismo comenzando con su cuarto siglo, llega a ser una religión de guerreros, criminales de guerra, torturadores y asesinos de sus enemigos y, en este siglo, fabricantes de armas atómicas, ¿Cómo es posible esto?

Muchos factores contribuyeron a este cambio fundamental en las actitudes de los cristianos acerca del empleo de la violencia. La influencia filosófica pagana, principalmente griega y romana, fue de suma importancia. San Agustín (siglo V), el primer gran teólogo en elaborar una teoría de justificación de la guerra para cristianos, se parece muchísimo en este tema a Platón y Cicerón. La realidad política de los siglos posteriores fue totalmente contraria a la que vivieron Jesús y los apóstoles. Si éstos habían

sido una minoría perseguida, sin poder político, posteriormente la iglesia se constituyó en uno de los pilares del Imperio Romano. El acceso de los cristianos al poder trajo consigo un profundo cuestionamiento de los planteamientos apostólicos. Frente a la nueva situación, éstos habían llegado a parecer irresponsables.

La historia de este giro de 180 grados en el pensamiento cristiano es un tema fascinante. Hay tema para un libro entero. Sin embargo en este capítulo prefiero examinar el apoyo que el Antiguo Testamento parece brindar a los defensores de la guerra justa o justificable.

Porque el Antiguo Testamento está lleno de guerreros. Estos matan a fuerzas enemigas y a civiles, a hombres y a mujeres, niños y viejos, con una fiereza indescriptible. Y la Biblia dice de algunos de ellos que al obrar de tal modo están cumpliendo la voluntad de Dios. En alguna ocasión en que cometen el genocidio de toda una ciudad, la Biblia afirma que lo han hecho porque Dios lo había mandado. En alguna oportunidad, cuando los israelitas se vuelven demasiado sentimentales y se niegan a cometer estas atrocidades, Dios les castiga por desobedientes con alguna plaga o derrota militar.

O sea, que si bien Jesús toma una postura directamente antimilitarista y antiviolencia, el Antiguo Testamento, por lo menos en algunos pasajes, se muestra completamente libre de tales escrúpulos. No sólo permite el homicidio, sino que a veces lo atribuye directamente al mandato divino. Y no sólo el homicidio, sino las más viles y odiosas atrocidades y crímenes de guerra. Tenemos allí la figura de Josué, que tiene que haber sido el más temible terrorista de toda una época sangrienta en la antigüedad. A su dirección militar se atribuyen masacres en docenas de ciudades de las que, según cómo se entienda lo que dice la Biblia, no parece haber quedado ni un solo sobreviviente. De Josúe se dice que no se apartó en absoluto de la ley divina. Tenemos allí la figura de Jefté, de quien se dice que cayó sobre él el Espíritu de Dios para derrotar al enemigo. No más acabar sus heroicas hazañas liberadoras, Jefté asesina a su hija en un ritual de sacrificio humano, y luego se mete en una guerra civil «por el honor», en la que mueren 22.000 de sus compatriotas. Comportamientos, aparentemente, dignos de alguien sobre quien ha caído el Espíritu de Dios. Y tenemos allí, finalmente, al rey David, cuyos méritos espirituales son tales que Dios le promete a su descendencia una dinastía eterna en Palestina. Bástenos decir del rey David que su fama comenzó con grandes hazañas

de guerra. Continuó con una etapa como terrorista armado, saqueando y masacrando a la población de innumerables poblaciones antes de llegar al trono. Una vez en el trono fue un verdadero dictador militar, cuyo reinado nunca vio la paz. Sus ambiciones imperialistas, si bien exitosas, fueron logradas a un precio elevadísimo en vidas humanas. El pueblo, cuando se alzó contra su tiranía[1] capitaneado por su hijo mayor, fue violentamente reprimido. Tal es el hombre que agrada a Dios hasta el extremo que a su dinastía le sea concedido el poder eterno en Palestina.

No nos debe extrañar, pues, que al estar poblado el Antiguo Testamento de tales paladines de la fe en Dios, hombres cuya violencia es su virtud, haya en el cristianismo quienes crean agradar a Dios en medio de su propia violencia.

Al que afirme que Jesús y los apóstoles enseñaban la no violencia en el Nuevo Testamento, se le contesta con ejemplos del Antiguo. David fue un hombre violento, un hombre cuya profesión era la guerra. Si Dios aprobó la vida de David, congratulándole y dándole especial bendición, ¿por qué he de pensar que pueda desagradar a Dios mi propio recurso a la violencia en situaciones justificadas?

Si queremos dar una respuesta aceptable a tales argumentos, tendremos que examinar con atención el problema de la guerra en el Antiguo Testamento. Y digo «problema», porque si no fuera por el testimonio del Antiguo Testamento estoy convencido de que el mensaje del Nuevo quedaría suficientemente claro.

Hay varias soluciones que se han intentado para resolver el conflicto entre los dos Testamentos frente a este problema, y no todas ellas conducen al fortalecimiento del argumento pacifista.

3.2. *Posibles soluciones*

Una manera fácil de reconciliar las diferencias entre David y Jesús es ignorar el problema. Decir que el problema no existe, más que en los falsos escrúpulos de los pacifistas. Es evidente que Jesús no puede haber querido

[1] El complot de Absalón se fundó, entre otras cosas, en la desesperación del pueblo que no recibía justicia en la corte de su padre (2ª S. 15:2-6).

decir, al pronunciar las palabras que hemos citado de él, que un cristiano no deba luchar en la guerra. Porque Jesús no es un utopista, pidiendo cosas imposibles a sus seguidores. ¿Cómo nos va a pedir algo tan probadamente imposible de llevar a la práctica? No: Jesús, sin duda, se refería a las riñas familiares, a los enfados entre gente corriente en las menudencias de la vida cotidiana. En estas situaciones sí hay que amar al enemigo. Pero Jesús tenía que saber que hay maldad que sólo se puede combatir con las armas. Por ejemplo, la invasión de la patria por un ejército enemigo. O el caso de que alguna facción política o militar quisiera imponer sobre el país una tiranía. En tales casos, como es lógico, hay que recurrir a las armas; y como Jesús no puede haber dicho algo que no fuese lógico, por deducción Jesús no puede haber prohibido la lucha armada.

En tales casos no podremos apelar al ejemplo de Jesús, es cierto. Pero de todos modos él seguirá siendo nuestro Salvador y nuestro Señor, y de la fe en él tomaremos el valor para enfrentarnos al mal. Como él, estamos dispuestos a morir por la causa, si bien moriríamos luchando. Mientras tanto, tenemos otras vidas ejemplares en la Biblia, como la del rey David. En ellas nos inspiraremos. No porque rechacemos a Jesús, sino porque las circunstancias en las que nos toca actuar se asemejan más a las circunstancias en las que actuó David. Así como David pudo servir al Señor mediante las armas, habrá ocasiones en las que nosotros también deberemos servirle de ese modo.

De todas maneras, este recurso al ejemplo de David, dejando de lado el ejemplo de Jesús, lo emplearemos con suma tristeza. De algún modo reconocemos la superioridad teórica de la no violencia. Sólo recurriremos a la violencia cuando el mal en el mundo es tan agobiante que no nos queda otro recurso. El Señor, que comprende que no nos queda otro recurso, aprobará nuestra acción, así como aprobó la acción de David.

Pero existe un problema importante con esta manera de subsanar las diferencias entre Jesús y David. Y es que, en efecto, estamos diciendo que Jesús no tiene nada que decirnos acerca del tema de la guerra y la violencia. Estamos diciendo que hay un gran sector de la existencia humana en el que Jesús, su ejemplo y su enseñanza, no tienen nada que ver.

Pero Jesús sí pensó que tenía algo que decirnos sobre el tema. El sí pensó que su ejemplo, su vida y su enseñanza, venían directamente al caso. Es absurdo alegar que cuando Jesús habla de amar al enemigo no nos

está diciendo nada acerca de cómo actuar cuando ataca un enemigo. Jesús dice: «Amarás a tu enemigo». Y este argumento responde: «¡Qué pena que Jesús no nos diga nada acerca de cómo actuar frente al enemigo!»

Es evidente que tendremos que hallar una solución mejor: una solución con la que podamos tomarnos seriamente las palabras y el ejemplo de Jesús.

Podríamos argumentar que en distintas épocas, Dios ha mandado distintas cosas. En la época del Antiguo Testamento, por ejemplo, Dios requería cantidades enormes de sacrificios de animales. En los tiempos de fiesta, el templo del Señor se convertía en un inmenso matadero, en el que morían miles de animales. La sangre corría como ríos, y las hogueras que se necesitaban para quemar las partes reservadas para el Señor llenaban de humo acre el cielo. Pero ahora Dios ya no necesita sacrificios de animales. Ahora, con el sacrificio humano de Jesús, ha quedado harto de sacrificios y desea otro tipo de obediencia.

En otra época, Dios requería la pena capital para una multitud de ofensas morales y religiosas. El hijo que era rebelde con sus padres debía morir. La mujer que tenía una experiencia sexual fuera del matrimonio debía morir. El que trabajaba el sábado debía morir. El que pronosticaba algo que no se cumpliera debía morir. Pero luego, con Jesús, ha comenzado una nueva época. Esta es la época de la gracia y misericordia de Dios. Hay perdón para los pecadores, y la pena capital para las ofensas morales y religiosas queda anulada.

Del mismo modo, en la antigüedad Dios mandaba la guerra, el genocidio, las atrocidades contra civiles en la guerra, y la venganza despiadada contra el enemigo. Pero ahora Dios ha cambiado de opinión. Y desde que vino Jesús, Dios ya no manda aquello, sino que manda amar al enemigo.

Este tipo de solución comienza a tener méritos. Por un lado nos da una explicación lógica, no sólo de la existencia de la guerra en el Antiguo Testamento, sino de toda una serie de tensiones y contradicciones entre los dos testamentos. Por otro lado, nos permite tomar con seriedad las palabras de Jesús respecto al enemigo. Y esto es lo que nos interesa. Ya resulta imposible seguir el ejemplo del rey David, porque el rey David vivía en otra época, en la que las exigencias de Dios eran otras. Lo que para él era obediencia a Dios, para nosotros hoy sería pecado contra Dios.

Sin embargo existen tres problemas con esta solución del problema de la guerra en el Antiguo Testamento.

En primer lugar, ¿cómo podemos saber en qué época estamos, con respecto a la guerra? De hecho, el argumento de las distintas épocas de la voluntad de Dios (algunos hablan de «dispensaciones»), ha sido esgrimido históricamente para argumentar que seguimos en la época en la que la guerra es necesaria. Usando argumentos semejantes a los que antes describíamos, alegan que es evidente que siguen habiendo oportunidades en las que la única opción es la violencia. Pero como quieren tomar las palabras del Señor con seriedad, dicen que Jesús se refería proféticamente a otra época, ¿el milenio del Apocalipsis?, en la que no se deberá luchar. O sea, que lo que Jesús manda, lo manda con integridad. Pero no es para nosotros. Es para los que vivan en otra época futura en la que sea práctico. Está claro que ya no vivimos en la época de los sacrificios de animales, porque de hecho ya no hay sacrificios de animales. Pero por la misma lógica, alegan, es evidente que continuamos en la época de las guerras, puesto que las guerras continúan existiendo. Cada cosa en su tiempo: Y éste es el tiempo de la violencia.[2]

En segundo lugar, este esquema de las distintas épocas de la voluntad divina nos impone una teología de un Dios cambiante y caprichoso. Desde esta perspectiva no hay moralidad como tal. Nada es bueno de por sí. Todo depende del capricho divino. Hoy se nos antoja que la violación sexual de una mujer es algo malo, porque Dios así lo dice. Pero mañana se le puede ocurrir a Dios mandar a todos los hombres violar mujeres. Y el que tenga escrúpulos para cometer tal acto, será tenido por malvado, perverso y pecador.

Pero la Biblia nos revela un Dios muy distinto. Un Dios del que dice que es el mismo ayer, hoy, y por todas las edades. El bien es el bien y el mal es el mal. Por la propia naturaleza de las cosas.

---

[2] Según afirmaciones hechas por el Dr. Jacob Enz en su clase sobre el libro de los Salmos, del Associated Mennonite Biblical Seminaries, Elkhart, Indiana, USA, una notable excepción a la regla fue Cyrus L. Scoffield, dispensacionalista y a la vez pacifista. Según la misma fuente, a su Biblia anotada le fue expurgado el pacifismo durante la Primera Guerra Mundial. Lamento no haber podido confirmar esta información por cuenta propia.

Por último, este esquema de una voluntad cambiante de Dios nos obliga a ignorar gran parte del testimonio del Antiguo Testamento mismo. Porque ya en el Antiguo Testamento, siglos antes de Jesús, hay profundas críticas de la idea de que Dios necesitara sacrificios de animales. Ya en el Antiguo Testamento, Dios es un Dios de misericordia y perdón, y no sólo de juicio y penas capitales. Y ya en el Antiguo Testamento, Dios odia la guerra. Tanto es así, que al mismísimo rey David Dios le prohíbe la construcción del templo por tener sus manos manchadas de sangre. Imponerle un esquema arbitrario de distintas épocas a la Biblia, es ignorar aquellos elementos en el Antiguo Testamento mismo, que nos podrían ayudar a resolver el problema con el que nos enfrentamos.

3.3. La solución propuesta

En lugar de imponerle a la Biblia un esquema hermenéutico artificial, como el dispensacionalismo, habría que comenzar con ella misma y ver si en ella hallamos una solución. Por ejemplo, nos podríamos preguntar: ¿Acaso es posible que los autores del Nuevo Testamento no hayan visto contradicciones entre su enseñanza y la del Antiguo Testamento? ¿Cómo encaran ellos la cuestión?

La solución que aporta el Nuevo Testamento al problema de la guerra en el Antiguo Testamento consiste en *negar la autenticidad espiritual de ciertas porciones de éste.* Esta solución parte de una actitud generalizada en Jesús y los apóstoles con respecto al Antiguo Testamento.

A continuación observaremos dos ejemplos en los que aflora esa actitud generalizada. Luego transportaremos nuestras conclusiones al caso concreto del problema de la guerra en el Antiguo Testamento.

a) En el Evangelio de Marcos, queda registrado el siguiente dicho de Jesús referente a las abluciones rituales antes de comer: «Nada que entra de fuera puede manchar al hombre. […] Lo que sale de dentro, eso sí mancha al hombre; porque de dentro, del corazón del hombre, salen las malas ideas: inmoralidades, robos, homicidios», etc. El evangelista, frente a estas palabras, añade un comentario breve pero importantísimo. Dice: «Con esto declaraba puros todos los alimentos» (Mr. 7:14-23).

¿A qué se refiere aquí Marcos? Se refiere al hecho de que, con aquellas palabras, Jesús acababa de informar a los que les interesara, que todas

aquellas secciones del Antiguo Testamento que tienen que ver con la alimentación, estaban al margen de la verdadera voluntad de Dios. ¿Cómo «al margen»? Imaginemos un documento dictado por una persona, en el que se descubre, a la hora de firmar, que alguien ha hecho algunas anotaciones en las márgenes. Si a la persona que lo dictó en realidad *no le importan* aquellas anotaciones, es posible que igual firme el documento. Es cierto que aquellas anotaciones no proceden de él, y sin embargo el asunto no merece en sí el rechazo del documento como para dejar de firmarlo.

En la ley de Moisés hay capítulos enteros dedicados a la alimentación. La carne de muchos animales era declarada impura, alegando un mandato divino. Marcos afirma que lo dicho por Jesús significa que a Dios no le importa lo que uno coma. Esta negación de la validez de aquellas porciones de la antigua ley de Moisés no le ha creado problemas a la teología cristiana. De hecho, los cristianos solemos comer lo que se nos antoje. Y no solamente porque Jesús lo haya dicho. Es que nos convence la lógica del argumento de Jesús. Nos resulta absurdo suponer que comer un animal u otro en el esquema arbitrario del Antiguo Testamento tenga algo que ver con nuestra condición espiritual.

b) El segundo ejemplo está en la Carta a los Hebreos.

El propósito de esta carta es el de explicar la vida y enseñanza de Jesús a través del prisma de los ritos de sacrificio de animales que había en la religión israelita. En medio de todo el argumento de la carta hay una frase que podría pasar desapercibida, pero que es fundamental. El autor afirma: «Es que es imposible que sangre de toros y cabras quite los pecados» (He. 10:4). Con esta declaración (y otras por el estilo) queda relegada al trastero de las ideas descartadas, toda la legislación del Antiguo Testamento acerca de los sacrificios de animales. Legislación de la que se afirma, en el Antiguo Testamento, que su proveniencia es directamente de Dios.

Como en el caso de la alimentación, los cristianos aceptamos este estado de las cosas sin titubeos. A ninguno de nosotros se nos ocurriría que por degollar una oveja íbamos a recibir el perdón por nuestros pecados. Y no solamente porque Jesús haya muerto en lugar de un animal. Es que nos parece absurdo trazar una conexión entre la muerte de un animal y nuestra condición de culpabilidad moral.

Observemos el proceso de interpretación bíblica que aparece en estos ejemplos. Para empezar, Jesús nunca se propuso abrogar, derogar, o

descalificar ninguna de las leyes divinamente legisladas en el Antiguo Testamento. El se veía a sí mismo como el máximo cumplidor de aquella ley. Negó específicamente que le interesara cambiar elemento alguno de lo mandado por Dios. Sin embargo aquí le hemos observado declarando que no importa lo que comemos, en contradicción directa con mandamientos específicos del Antiguo Testamento.

Es evidente que, para Jesús, no toda la ley de Moisés es Ley de Dios. Entre todos los mandamientos de supuesto origen divino en la Biblia, Jesús selecciona y elige. En algunos de aquellos mandamientos Jesús descubre la voluntad de Dios, o sea el mandamiento eternamente inviolable que él se dispone a cumplir. En otros, Jesús no ve más que tradiciones de los hombres, elevadas por la superstición al rango de supuestos mandamientos divinos. Al dejar de cumplir éstos, aunque en violación de lo escrito en la ley de Moisés, Jesús no tiene cargo de conciencia alguno. Ni siquiera considera que esté dejando de cumplir algo. Porque, en su opinión, aquellos nunca habían sido mandamientos de Dios.[3]

¿Podemos descubrir los criterios que emplea Jesús para diferenciar entre tradiciones humanas y leyes divinas en el Antiguo Testamento? Yo creo que sí. Jesús se guía siempre por la dimensión ética y moral. Aquellos mandamientos que contienen instrucciones que afectan las relaciones sociales y personales del hombre con su prójimo son verdaderamente de Dios.

Así, por ejemplo, le vemos en el Sermón del Monte, profundamente interesado en mandamientos como: «No matarás»; «No cometerás adulterio»; «El que echa de casa a su mujer, que le dé acta de divorcio»; «No jurarás en falso». En todos estos casos y otros más, Jesús no sólo exige el cumplimiento de la ley, sino que amplía profundamente el significado de esa ley, descubriendo en ella los principios morales y éticos, de justicia social y corrección personal, que hacen de esa ley un mandamiento divino.

[3] En Mateo 13:52 Jesús posiblemente indica el principio de elegir entre todo lo que el Antiguo Testamento dice. «Todo estudioso que ha aprendido algo sobre el reino de los cielos […] deberá descartar (posible traducción de *ekbállei)* cosas nuevas, pero también cosas viejas». Aparentemente el que entiende del reino de los cielos no sólo tiene que deshacerse de tradiciones humanas recientes (en tiempos de Jesús) sino también «antiguas» (¿o sea bíblicas?). Véase el contexto en el evangelio.

Es precisamente por ese criterio ético y moral que Jesús rechaza el supuesto origen divino de las leyes sobre la alimentación. Es que, según Jesús, esas leyes no vienen a cuento respecto a lo que le interesa a Dios. El problema del pecado del hombre no es lo que entra en el hombre. Porque, como dice Jesús, todo lo que entra al hombre de todos modos acaba en la letrina. El problema del pecado del hombre es lo que sale del corazón del hombre: «las malas ideas, inmoralidades, robos, homicidios, adulterios, codicias, perversidades, fraudes, desenfreno, envidias, calumnias, arrogancia, desatino». «Todas esas maldades», dice Jesús, «salen de dentro y manchan al hombre».

¿Podemos descubrir algún indicio de este criterio ético y moral en el repudio de las leyes sacrificiales que hemos mencionado, en la Carta a los Hebreos?

Cuando en la frase que hemos citado de esta carta, el autor declara que la sangre de los sacrificios no sirve de nada, cita el Salmo 40. Allí, el salmista reconocía que, lejos de querer sacrificios de animales, lo que Dios quiere es que se haga su voluntad. He aquí una aparente contradicción: La ley de Moisés declaraba que los sacrificios son la voluntad de Dios. «¡No importa!», parecen decir el salmista y el autor de la Carta a los Hebreos. «Dios no quiere sacrificios». Al continuar nuestra lectura de Hebreos 10, observamos que lo que Dios sí quiso fue la muerte indefensa de Jesús a favor de sus enemigos. Prosiguiendo la lectura del capítulo observamos lo que quiere de nosotros: Ahora que hemos sido purificados en conciencia y en cuerpo, por la obra redentora de Jesucristo, debemos «aferrarnos a la firme esperanza que profesamos, pues fiel es quien hizo la promesa, y consideramos unos a otros para estímulo del amor mutuo y del bien obrar».

Esa esperanza a la que debemos aferrarnos seguramente será la esperanza en la resurrección; la esperanza que nos capacita para considerar como poca cosa nuestra muerte indefensa. Junto a esta disposición sacrificial hay también una exhortación al amor y las buenas obras. O sea, a una elevada moralidad social.

Sigamos nuestra lectura de Hebreos 10. Ahora el autor describe el castigo horrible que le espera al que viola la ley de Moisés. La palabra «violar» que los traductores emplean aquí (He. 10:28), tiene el significado en el griego, de «dejar a un lado, descartar». ¿Pero no es esto mismo lo que acaba de hacer el autor? ¿No acaba de dejar de lado, de descartar, una

porción muy amplia de la ley de Moisés? Evidentemente el autor no se considera en tal infracción. Para él, de algún modo, invalidar el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento no constituye una desobediencia a Dios. La legislación sobre sacrificios se halla en los libros que también contienen la ley eterna de Dios. Sin embargo, solamente los imperativos éticos y morales son Ley, ley verdadera, ley divina e inviolable. En el segmento que continúa, esto queda expresado con toda claridad: La verdadera virtud se halla en el haber aguantado con indefensión el sufrimiento, los insultos, las burlas públicas, vejaciones, encarcelamientos, etc.

De modo que, para resumir, hemos visto un principio claro en la interpretación del Antiguo Testamento que nos ofrece el Nuevo. Primero, no podemos aceptar a ciegas cualquier afirmación del Antiguo Testamento, a pesar de que éste alegue que un mandamiento sea Ley divina.[4] Segundo, el criterio que emplearemos para juzgar entre los mandamientos que alegan ser de origen divino, es el factor ético y moral. Cuando está en cuestión la justicia y el amor (y la fidelidad al Dios de justicia y amor), es auténtica Palabra de Dios. Cuando no están presentes estos elementos éticos y morales, es tradición de los hombres.[5]

¿ Cómo aplicar este principio al problema específico que tenemos entre manos? O sea, el problema de aquellos guerreros, torturadores y genocidas, de quienes dice la Biblia que eran hombres de Dios, cumplidores de la voluntad divina. La respuesta es sencilla. Siguiendo el ejemplo del Nuevo Testamento, hemos de declarar que aquellas afirmaciones aprobatorias, aunque hayan sido pronunciadas en el nombre de Dios, en realidad no reflejan el sentir de Dios. ¿Cómo nos atrevemos a decir esto? Porque está clara la inferioridad ética y moral de su conducta en este particular, frente a la que observamos en Jesús. Después de todo, los cristianos estamos convencidos de que Jesús es el máximo maestro de la moralidad y la ética.

---

[4] Este principio opera en otros pasajes que los citados, los cuales son apenas ejemplos. Ver Col. 2:20-23; Gá. 3; 1ª Co. 7:19; 1ª Co. 8; etc. Nótese también la acusación que se le hace a Esteban en Hch. 6:13, 14. Lucas llama a los acusadores testigos falsos; sin embargo a la luz de Hch. 7:44-51 la acusación es del todo verosímil, si bien exagerada y malintencionada. Algo parecido sucede en Hch. 21:21.

[5] Este criterio no está limitado al Nuevo Testamento. Lo vemos ya, por ejemplo, en Jer. 7:21-23 y Jer. 8:8, además del Salmo 40.

Este es el escándalo, la piedra de tropiezo, que los judíos nunca han podido aceptar.

Sin embargo, este cuestionamiento de la aprobación divina de los guerreros del Antiguo Testamento no es tan ajeno al mismo Antiguo Testamento como podríamos suponer. Junto a la teología oficialista, la teología de los aduladores y cortesanos de los grandes capitanes de guerra de los israelitas, hay también otra teología. Una teología más antigua, más pura.

Es la teología que halla su más hermosa expresión siglos antes del rey David, en la descripción poética de la liberación de los israelitas de la esclavitud egipcia. En aquella ocasión, se recordará, fue derrotado el más potente ejército de su época, con el armamento más sofisticado que existiera en su día, con los oficiales mejor preparados en una larga tradición de victoriosas campañas militares: el imponente y poderoso ejército del Faraón egipcio. Y en aquella batalla ningún israelita levantó una espada, ningún soldado israelita pudo jactarse de haber vencido a un egipcio en combate mortal. Porque en aquella batalla fue Dios mismo el guerrero. Para llevar a cabo los designios divinos no necesitó a ningún militar. Al contrario, los militares, la filosofía militar acerca del poder nacional, la fe del hombre en el poderío militar para dirigir el curso de la historia, todos éstos fueron los vencidos.

Dios demostró, al liberar a los israelitas del ejército egipcio, que los hombres nunca necesitarían pelear si contaban con él.

Esta antiquísima teología israelita, que veía al Señor como su único guerrero legítimo, tuvo un desarrollo paralelo al de la teología de los guerreros israelitas. Si pudiéramos calificar a esta última como la teología oficialista, la teología de los cortesanos y aduladores de capitanes de guerra, la otra teología, la de confiar en la salvación de Dios, podría calificarse de teología profética. Porque fueron los profetas, aquellos eternos críticos de la política de los poderosos, quienes (si bien no de una manera siempre consecuente en el rechazo total de la violencia) mantuvieron en alto la fe en un Dios defensor del que en él confía.

De modo que al cuestionar la teología de los guerreros, no hacemos más que elegir, dentro de las dos opciones que nos ofrece el mismo Antiguo Testamento, la teología que nos parezca la más correcta. Al elegir de este modo, basándonos en la superioridad moral de los profetas, no

hacemos más que imitar a Jesús. Porque es evidente que él también, frente a la misma elección, optó por la teología de los profetas. Toda su vida, y en especial su muerte, nos lo indican a las claras.

La elección que nos pone por delante Jesús a nosotros, así como a los judíos de su época, es escandalosa. O bien Jesús es *superior* al Antiguo Testamento, o es un impostor. Creer que Jesús es el Mesías de Dios nos pone a sólo un paso del convencimiento de que la guerra, el homicidio, las masacres genocidas de hombres y mujeres, ancianos y niños, *nunca* fueron del agrado de Dios. Escriba lo contrario quien lo haya escrito. Al pensar así no hacemos más que expresar la misma opinión que Jesús y los profetas.

3.4. Inspiración y la «teología oficialista»

Algunos pensarán que al plantear el asunto de este modo, solucionamos un problema creando otro.

Pablo escribe que «las Escrituras, en su totalidad, tienen su origen en el Espíritu de Dios y sirven para enseñanza», etc. (2ª Ti. 3:16). ¿Qué hacer, pues, con todas aquellas porciones del Antiguo Testamento que representan la teología «oficialista», la teología de apoyo a los guerreros? ¿En qué sentido podemos decir de ellas que son inspiradas,[6] que son documentos indispensables para la formulación de nuestra fe?

Nuevamente podemos aprender del Nuevo Testamento el camino a seguir. Allí vemos lo que podríamos describir como la reinterpretación radical, a veces aparentemente arbitraria, de los pasajes problemáticos del Antiguo Testamento. Examinaremos con cierto detenimiento un ejemplo, para ver cómo sucede esto.

---

[6] En realidad, si quisiéramos, podríamos debatir acerca del significado de la palabra griega *theópneutos,* que aquí he traducido como «tienen su origen en el Espíritu de Dios». Este vocablo griego permite muchísima más flexibilidad en la interpretación de su significado que lo que piensan algunos polemistas fundamentalistas. Más a cuento para el argumento que aquí se desarrolla sería examinar detenidamente para qué dice el apóstol que Dios las haya «inspirado». El lector comprobará que no hay nada en este capítulo que excluya el uso sabio y respetuoso del Antiguo Testamento para los propósitos especificados por Pablo.

Los evangelistas se toman muchas molestias para demostrar que Jesús es el cumplimiento de las promesas hechas a David y sus sucesores. Tanto Mateo como Lucas intentan demostrar, mediante genealogías, que Jesús es un descendiente del rey David. El momento culminante de esta temática es la entrada triunfal en Jerusalén. La escena sigue casi al pie de la letra la descripción, en el primer libro de Reyes, de la coronación del rey Salomón. Jesús monta sobre «el potro de una burra», montura favorita del rey David.[7] Las masas le aclaman con vítores, como «Hijo de David».

La expresión «hijo de», en hebreo, indica mucho más que descendencia filial. Se usa muchísimas veces para indicar que el temperamento o las características personales de la persona apodada de tal modo, son las que el nombre sugiere. Así, por ejemplo, Jesús apoda a dos de sus discípulos, Santiago y Juan, de «hijos de Trueno». Esto no quiere decir que sean descendientes del trueno, sino que son gritones y revoltosos como el trueno. Bernabé, para dar otro ejemplo, significa «hijo de consuelo». Esto no significa que su madre se llamara Consuelo; se refiere más bien a su manera de ser, su temperamento y sus acciones consoladoras. Así, cuando Jesús es aclamado como «hijo de David», se está haciendo una afirmación mucho más importante que la de decir que sea un descendiente más, entre tantos otros judíos, del rey con ese nombre. Se está aludiendo, más bien, a su actividad como vencedor de los enemigos nacionales, a su autoridad civil y militar como rey. Se está aludiendo a las aspiraciones del pueblo, que ve en Jesús la esperanza de recuperar la antigua gloria judía de los tiempos del Imperio de David.

Y aquí entra en juego lo que hemos llamado «reinterpretación radical, a veces aparentemente arbitraria» del Antiguo Testamento. Porque Jesús no se asemeja en lo más mínimo a David. Sería imposible encontrar dos tipos más opuestos, dos personas cuya manera de ser, temperamento, fe en

---

[7] En 1º Reyes el animal es un mulo: potro de burra y caballo. Suponer que Jesús montaba un mulo resuelve la confusión entre los cuatro evangelistas acerca de la bestia en cuestión: Marcos y Lucas: «potro» (se entiende que de caballo); Juan: «burro»; Mateo: «la burra y el potro», sin especificar en cuál monta. Zacarías (9:9) profetiza que el Mesías montará «un burro, un potro de burra». Lo interesante en Zacarías es que con él ya empieza el proceso de «reinterpretación radical» de la figura real davídica. Él supone que el animal simboliza la humildad. La multitud que acompaña a Jesús no se deja engañar. Entiende perfectamente bien que se trata de una ceremonia de coronación.

Dios, vida y muerte, fueran más distintos que David y Jesús. Yo no sé qué pensaba la gente cuando le aclamó como «hijo de David». Sí sé que el efecto sobre el lector de los evangelios es de llamar la atención de una manera dramática, al contraste absoluto y total que existe entre aquellos dos hombres.

Hace falta la inspiración divina, un profundo discernimiento espiritual y, más que nada, un absoluto desprecio del David histórico, para poder decir que Jesús encarna los ideales de David.

Una de las características especiales de la Biblia es su capacidad de reflexión teológica sobre el significado de la historia concreta. De un modo únicamente atribuible a la inspiración, los autores bíblicos hacen muchas veces saltos sorprendentes desde los sucesos históricos, a la teología. En el poema sobre el Mar Rojo en Éxodo 15, por ejemplo, el Señor ya no es solamente el liberador político de la esclavitud egipcia. El paso del Mar Rojo transforma esa liberación en actividad equiparable a la creación. Aprovechando la mitología pagana de su época acerca de la creación, la poetisa bíblica usa imágenes que recuerdan la emergencia de la tierra de las aguas del caos primordial. Para sus contemporáneos esta poesía resultaría ya no tanto una descripción histórica como una afirmación teológica. En ese sentido, Éxodo 15 se ocupa más en contestar la pregunta: «¿Quién es el Señor y cuál su relación con Israel?», que en contestar la pregunta: «¿Qué sucedió exactamente cuando Israel salió de Egipto?» La historia como tal es de importancia mínima.[8] Lo que importa es lo que, a base de mucho recordar y pensar en esa historia, se deduce acerca de la naturaleza de Dios.

Algo parecido pasa con David. Desde que existe el David de la Biblia, el David de la historia pierde importancia. David, una vez emperador militar de varios pequeños reinos en Medio Oriente, se transforma ahora en símbolo del ejercicio de la soberanía de Dios. Una soberanía que a veces se expresa por medio del rey, a veces a pesar suyo, pero que siempre es soberanía divina. Es importante que esa soberanía se vea en relación con el rey más poderoso que tuvieran los israelitas. Si el Señor siguió reinando

---

[8] Los estudiosos ni siquiera se pueden poner de acuerdo acerca de dónde acaecen estos sucesos. La mayoría imagina un supuesto «Mar de Juncos» de ubicación geográfica imprecisa. Pero véase Bernard F. Batto, «The Reed Sea: Requiescat in Pace», *Journal of Biblical Literature,* Vol. 101, pp. 27-35.

por encima de David, no caben dudas sobre su soberanía en cualquier otra situación política. Por eso el David de los hechos históricos rápidamente se transforma en una sombra. «David» en los profetas a veces es un símbolo más que una persona. ¡Jeremías y Ezequiel hasta pueden hablar de la reaparición de David mismo como rey en el futuro! (Jer. 30:9; Ez. 34:23, 24; 37:34, 35). Es su manera de expresar su confianza en la soberanía política de Dios. «David», ungido por el profeta en el pasado, se ve transformado en el símbolo del Mesías del futuro.

Esa transformación del David histórico al David de teología se hace completa en el cristianismo. El «cristo» David (cristo = mesías = ungido) no es más que una sombra que anuncia de un modo imperfecto la venida del Cristo Jesús.[9]

Pero notemos algo muy importante: En cuanto hacemos esto, usando el «David» bíblico para entender simbólicamente la realidad soberana de Dios en Jesús, ya no podemos usar el ejemplo del David histórico para justificar que hagamos lo contrario de lo que hacía y enseñaba Jesús. He aquí el quid de la cuestión, la respuesta al problema planteado por la guerra en el Antiguo Testamento. David no es más que un prototipo incompleto de lo que sería revelado perfectamente en Jesús de Nazaret. Por lo tanto, en la medida que podamos ver diferencias entre ellos dos, nuestra duda se resuelve a favor de Jesús. Y esto no es porque David haya sido un rey mientras que Jesús fue un líder religioso. Es precisamente porque Jesús también fue rey que puede corregir nuestra falsa impresión de lo que Dios aprueba en un rey.

Podemos seguir teniendo por inspirados los pasajes bíblicos que al hablar de David expresan aprobación e incluso felicitación divina. Su inspiración se comprueba en que a la vez inspiran en nosotros confianza en un Dios soberano por sobre todo soberano humano; inspiran en nosotros la humildad de reconocernos muy parecidos a él en nuestras tentaciones; inspiran en nosotros el deseo de incluir al Señor en toda

[9] Se ha observado que la aprobación divina expresada en el bautismo de Jesús, que combina una frase del Salmo 2 (exaltación del rey dinástico en Sion) con otra frase tomada del poema al Siervo Sufriente en Is. 42, obra en una forma que modifica radicalmente la definición del Mesías davídico de la profecía. El verdadero heredero de David queda ahora definido como un sufridor indefenso y no violento, Mt. 3:17. (Véase, por ejemplo, John H. Yoder, *Jesús y la realidad política*, Certeza, 1985, p. 30.)

nuestra actividad, aunque a veces, como David mismo, de una manera muy imperfecta; inspiran en nosotros el deseo de ser totalmente honestos con Dios al estilo de los salmos. Hasta sus guerras y asesinatos, debidamente «espiritualizados» para aplicarlos a nuestra propia lucha contra el mal al estilo de Efesios 6:12, pueden llegar a ser fuente de inspiración. Todo esto es posible, aunque tengamos que desconfiar de la supuesta aprobación divina ante su desprecio de la vida del prójimo.

Todo el material recogido en la Biblia tiene su motivo inspirado para estar allí. Esto sigue siendo cierto aunque tengamos que cuestionar, como los profetas, Jesús y los apóstoles cuestionaban, la autenticidad espiritual de algunas de sus afirmaciones. La Biblia se vería muy empobrecida sin hombres como Josué, Jefté y David. Así como se vería empobrecida sin su legislación sacrificial y dietética. ¿Por qué? Porque sin éstos, la teología bíblica perdería por completo su conexión con la historia humana. Pasaría a ser mera teología abstracta, a la vez más difícil de comprender y menos fiable. Una de las cosas maravillosas de la Biblia es que su teología está firmemente amarrada en la experiencia histórica de un pueblo. Esa historia incluye a David, así como incluye los sacrificios de animales y la circuncisión. Lo asombroso, lo *inspirado,* es que con material histórico como David, los autores de la Biblia hayan podido hacer tanto. Incluso se han podido servir de él para hacemos comprender mejor algún aspecto de la realidad de Jesús de Nazaret.

Siempre, en todo, es a Jesús a quien todas las Escrituras anunciarán si es que las estamos interpretando correctamente. «Escudriñad las Escrituras», exhortó Jesús. «Porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí» (Jn. 5:39). Jesús es nuestro Señor y Salvador. Él, y no alguna doctrina filosófica acerca de cierta supuesta «veracidad» concretizante en toda la escritura bíblica. La verdad es más que una serie de afirmaciones ciertas. Para los cristianos la verdad es, en definitiva, Jesús: un hombre concreto, su vida, su enseñanza, su muerte y resurrección.

«Me propuse no saber entre vosotros cosa alguna sino a Jesucristo, y a éste crucificado» (1ª Co. 2:2).

«Nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo» (1ª Co. 3: 11).

CAPÍTULO 4.

Un pueblo de paz

4.1. La necesidad de un modelo alternativo para la sociedad

LA NO VIOLENCIA CRISTIANA no opera en un vacío. Dios, cuando estableció a Israel, no tuvo como fin establecer un movimiento pacifista como tal. Jesús, a pesar de su nutrida enseñanza que nos lleva a la práctica de la no violencia en imitación de la suya, tampoco tuvo como meta la fundación de un movimiento pacifista.

Desde los comienzos de su trato con Israel, Dios ha deseado la creación de un pueblo de paz. Él quiere que formemos un conjunto de personas que viven juntos la profunda paz de Dios, con todas sus múltiples consecuencias prácticas y concretas de justicia social en la totalidad de la sociedad.

El pacifismo (inclusive algunas variedades de pacifismo cristiano) no le ofrece una alternativa práctica a nuestra sociedad. Típicamente, no ofrece más que una crítica (más o menos útil y constructiva, según el caso) a los fundamentos violentos de la sociedad, sin por eso lograr cambiarlos. Muy a pesar de la presencia de pacifistas en medio de ella, la sociedad seguirá siendo violenta y seguirá insistiendo en su derecho a defenderse de las agresiones internas y externas. Los pacifistas están constantemente corriendo el riesgo de quedar al margen de las decisiones, porque sus convicciones no pueden ser tenidas por pertinentes en las situaciones que según la lógica convencional sólo se pueden resolver mediante la violencia. Esto crea agudos problemas para los pacifistas, que precisamente por tener la conciencia muy desarrollada, tenemos que enfrentamos con la realidad de nuestro fracaso en la persecución de la meta de lograr una

sociedad libre de la violencia. Este problema es inevitable mientras no nos lancemos a la tarea que en realidad nos corresponde. No la tarea de concienciar acerca del mal de la violencia. Que la violencia es mala ya lo sabe todo el mundo. Sino la tarea de contribuir a un modelo de sociedad íntegro, que incorpora en su filosofía fundacional la paz global que a Dios le interesa.

Si no hacemos más que rechazar la violencia mientras que en nuestras propias mentes y costumbres dejamos arraigados los supuestos sociales, religiosos y políticos que compartimos con el resto de la sociedad violenta en la que vivimos, nuestros esfuerzos por eliminar la violencia están condenados al fracaso. Porque nuestro rechazo de la violencia, incluso en nuestro propio comportamiento, será superficial y carente de poder. ¿Qué ha logrado un joven que objeta al servicio militar por motivos de conciencia, si exige que su madre (y el día que se case, su mujer) le sirva como una esclava? ¿No es esto último también una violación de la paz de Dios que es incompatible con la opresión y la tiranía? No es que haga mal al objetar el servicio militar. Pero si no quiere que su objeción resulte superficial y anecdótica, tendrá que examinar, bajo la guía de las Escrituras y la tutela del Espíritu Santo, cada aspecto de su conducta que pueda esconder algún elemento de violencia.

Esto significa que los cristianos tenemos el deber y el privilegio de dirigirnos a la gama total de la violencia que está profundamente arraigada en nuestra sociedad, para ofrecer, como iglesia y comunidad cristiana, una alternativa práctica, visible, y atractiva. Para esto nos ha constituido Dios como pueblo, como nación escogida para manifestar su propia gloria.

Jesús propone un modelo alternativo para la sociedad. El punto de arranque de este modelo se halla nada menos que en la transformación de los hombres y las mujeres mediante el arrepentimiento y la aceptación de su soberanía. Sin esta conversión, lo que Jesús propone no es posible. La conversión de los individuos tiene como su fin el establecimiento de esta sociedad alternativa. Hay mucho más en juego que el ingreso del individuo al paraíso. «Si alguien está en Cristo, existe una nueva Creación; las cosas antiguas han pasado. ¡Mira!, *todas* han sido hechas nuevas» (2ª Co. 5:17).

4.2. *Israel en el principio*

La nación de Israel en la antigüedad resulta un caso curioso en la historia de la humanidad. Surge como algo nuevo y original en el escenario cananeo. Según sus propios escritos (el Antiguo Testamento) esa originalidad se debe a su devoción a un Dios distinto de los que adoraban las demás naciones.

Como era de esperar, hay una amplia continuidad superficial entre Israel y la sociedad cananea que la precedió, en cuanto a su cultura material y tecnológica, su raza, lengua y mentalidad semita, sus costumbres de vida cotidiana. Como la misma Biblia nos indica, era gente capaz de *entenderse* con los cananeos, con los moabitas y filisteos y otros pueblos de la periferia cananea, incluso con los egipcios y los sirios. Los patriarcas se desplazaban de acá para allá sin problemas de idioma o de desarraigo cultural; sin una conciencia clara de ser «extranjeros», a pesar de atribuirse cierta procedencia aramea. La población israelita recuerda con toda naturalidad su parentesco con los pueblos de la tierra de Canaán: La madre de todos los judíos fue cananea (Gn. 38:2), y entre la ascendencia directa de David figuran Rahab, cananea de Jericó y Rut, moabita. Salomón, heredero de David, es a su vez hijo de la mujer de un heteo. Pero ésta no es distinta a las demás familias hebreas. Sansón se pudo mover con toda naturalidad entre la población filistea, sin tener que estudiar idiomas ni aprender costumbres desconocidas. Y a los cananeos de Siquem les pareció perfectamente natural tener como rey a Abimelec. La madre de Abimelec era parienta de ellos, aunque su padre fuera Gedeón, el héroe israelita.

Y sin embargo la nación israelita era consciente de ser distinta. Distinta a las demás razas y naciones del mundo. Distinta incluso a la cultura cananea de la que fue a la vez heredera y suplantadora. ¿Por qué? Si su diferencia no estribaba en raza, idioma, tecnología ni vida cotidiana, hay que remitirse, como la Biblia misma nos remite, a la realidad religiosa como forjadora de la identidad de Israel.

Y esa diferencia religiosa viene de la experiencia del éxodo y del Sinaí. Viene de la consciencia de ser una sociedad que se organiza en torno a un pacto y a una ley. La característica del Dios de Israel que le distingue de los dioses de las otras naciones no estriba principalmente en los atributos que se le atribuyen, ni en el poder que se cree que tenga, ni en su

capacidad de influir en la historia a favor del pueblo que le adora. Lo que distingue al Dios de Israel es que a él se le atribuye la fundación de la sociedad revolucionaria que es Israel. Una sociedad revolucionaria de cara a la corrupción y tiranía que habían imperado en Canaán durante los siglos previos al surgimiento de Israel. Pero habría que añadir que sus principios rectores parecen sorprendentemente revolucionarios en nuestro propio tiempo también.

La sociedad de Israel antes de la monarquía fue una de igualdad económica, política y social. Los restos arqueológicos indican que no gozaba de los elementos de lujo y refinamiento de los que hicieron alarde las sociedades previas y posteriores. Éstas concentraban la riqueza en unas pocas familias señoriales que se podían permitir todas las amenidades de una vida palaciega. Pero si no se veía esto en Israel antes de la monarquía, tampoco se veía la extrema pobreza de las mayorías explotadas, condición indispensable para la riqueza y refinamiento de los pocos. No había palacios, es cierto, pero tampoco había chabolas inhumanas. Según sabemos por la Biblia, cada *bet-av,* o casa paterna, disponía de su pequeña parcela hereditaria, que se consideraba inalienable. Cuanto mucho, se podía vender el derecho a disponer de la tierra por un máximo de 50 años, después de lo cual la tierra debía volver indefectiblemente a la disposición de la *bet-av* original (Lv. 25:8-24). Había toda una serie de mecanismos que evitaban el empobrecimiento progresivo de las masas y el enriquecimiento progresivo de los pocos. Tal es el caso, ejemplificado en el libro de Rut, de la ley que exigía que se dejara algo de la cosecha en el campo en el tiempo de la siega. O las leyes que decretaban la liberación de los esclavos al final de seis años de servicio (Dt. 15:12-18), que, en combinación con otra que protegía al esclavo fugado (Dt. 23:15, 16), significaban el golpe de gracia a la institución de la esclavitud en Israel. ¿Y qué decir del perdón general de todas las deudas en Israel cada siete años? (Dt. 15:1-11).

Más ejemplos podríamos mencionar, pero el panorama de la organización social revolucionaria de Israel en sus aspectos económicos ya es evidente.

Junto con esta distribución radical de los recursos económicos entre toda la sociedad, hubo una descentralización paralela de las estructuras políticas y militares. En un mundo que conocía desde hacía milenios la centralización política en imperios militares burocratizados, Israel vuelve a inventar el arcaísmo de vivir en tribus relativamente pequeñas. Tampoco

estas tribus tienen gobernadores poderosos, sino que su gobierno se halla en un colegio de «padres de familia». Ellos eran los representantes de las agrupaciones de *bet-avot.* ¿Por qué organizarse de este modo ineficiente y militarmente indefensible? Estaba comprobado de sobra en la historia previa a la emergencia de Israel, que junto con la centralización del poder político en la figura de un rey, aparecía invariablemente el empobrecimiento de las masas y el encauzamiento de los recursos económicos hacia un militarismo desenfrenado. Y cuando la sociedad tomaba estos derroteros, no tardaban en llegar los trabajos forzados y la conscripción militar obligatoria. Generalmente el gobierno que recurría a ésta recurría también a aquéllos.

Si aquella primitiva sociedad israelita hubiese sido perfecta, la historia posterior de la humanidad sin duda habría sido muy distinta. Sin embargo, como sus propias confesiones lo admiten, Israel nunca fue íntegramente fiel a sus principios fundacionales, ni constante en su aplicación práctica. El tema de apostasía cíclica domina la historia bíblica de Israel que va desde Deuteronomio hasta 2º Reyes. Es así como se explica, entre otras cosas, la violencia de la guerra sagrada en el Antiguo Testamento. Muy a pesar de las evidencias, repetidas reiteradamente en el transcurso de su historia, de que el Señor por sí solo era capaz de destruir a sus enemigos, Israel llegó a estar completamente convencido de que Dios mismo era el que mandaba exterminar a los enemigos con un salvajismo escalofriante. Visto humanamente, si Israel iba a existir en el escenario de la historia humana, no tenía otra alternativa que la de abrirse paso mediante la guerra de terrorismo y exterminio que caracterizó su conquista de la tierra que Dios le había prometido. Y si Jesús no hubiese venido, nosotros también tendríamos que aceptar esta guerra como totalmente legítima, en vista del carácter sagrado que la Biblia misma le atribuye.

Del modo en que el hecho de Jesús nos otorga una nueva capacidad para juzgar este asunto, ya hemos tratado en el capítulo 3. Sólo nos incumbe subrayar ahora que Israel antes de la monarquía, bajo la guía de su Dios único, dio un salto sin parangón en la dirección del establecimiento de una sociedad que radicalmente abandonara la violencia en todas sus dimensiones. Las imperfecciones patentes y confesadas no pueden ocultar esta realidad sorprendente.

La mención del Dios «único» de Israel no es fortuita.

Uno de los escenarios principales de la lucha entre Israel y Canaán fue el religioso. Israel desmitologizó los fundamentos religiosos de la sociedad injusta. Donde los cananeos veían al dios Baal, Señor de la tormenta y la lluvia, Israel no veía dios alguno, sino sencillamente fenómenos meteorológicos que seguían el orden natural impuesto por Dios desde la creación. Donde los cananeos veían a Astarte, diosa de la fertilidad, Israel no veía dios alguno, sino sencillamente la fertilidad que el Señor había dado a la tierra en el momento de su creación. Baal y Astarte y todo «el ejército del cielo» al que adoraban los cananeos, curiosamente, eran adorados en los templos de las ciudades que agobiaban al campesinado empobrecido y tiranizado. Los patrocinadores principales de su culto eran las autoridades opresivas contra las que se manifestaba en enemistad Israel. Baal y Astarte y «todo el ejército del cielo» estaban bien satisfechos con el orden social que imperaba. Ellos no tenían motivo para fijarse en la corrupción violenta que caracterizaba a la sociedad que les rendía culto. Los primeros israelitas, como los primeros cristianos, probablemente fueron considerados materialistas ateos por la gente religiosa de su tiempo. Mataban a la aristocracia cananea y repartían sus tierras entre la humilde población hebrea. Negaban todo lo que los cananeos consideraban sagrado, profesando creer en un absurdo Dios desconocido a quien nadie jamás había visto.

4.3. Israel monárquico

Las cosas cambiaron radicalmente cuando Israel adoptó la monarquía. Aunque en los orígenes de Israel el enemigo habían sido los reyes cananeos,[1] ahora Israel mismo adopta el sistema monárquico. Un paso que Samuel calificó como apostasía (1º S. caps. 8 y 12).

Efectivamente, todos los males que vaticinó Samuel se cumplieron en tres o cuatro décadas, y caracterizaron permanentemente a los reinos de Israel y Judá mientras existieron. Aunque Saúl siempre dependió de los campesinos armados que las tribus le mandaban voluntariamente, tomó

[1] Véase la lista de los derrotados en Josué 12:7-23, con su especial énfasis en la muerte única del rey en cada ciudad conquistada. En hebreo comienza así el versículo 7: «Y éstos son los reyes de la tierra, que asesinaron Josué y los israelitas…»

los primeros pasos para la fundación de un ejército profesional (1º S. 4:52). David estableció un ejército de mercenarios extranjeros, paralelo al ejército popular israelita (2º S. 8:16-18). Armó a estas fuerzas con tecnología avanzada (2º S. 8:4). Frente a las sublevaciones del ejército popular, empezó a depender cada vez más de su ejército mercenario personal (2º S. 20: 1-7).

Esta progresión llega a su apogeo con Salomón. Es interesante notar que sin el apoyo de las tropas filisteas mercenarias, cuya lealtad personalista hacia David no estaba matizada por principios nacionalistas o religiosos israelitas, Salomón ni siquiera hubiera podido hacerse con el trono (1º R. 1:38, 39). Por lo tanto no ha de sorprendernos el enteramos que para la construcción de los palacios para su harén y los templos paganos que construyó en Jerusalén, así como para la fortificación militar de su imperio centralista, Salomón recurrió a la infamia del trabajo forzado de ciudadanos israelitas (1º R. 12:4; 5:13).

Hemos visto en otro capítulo la reacción de Elías ante el asesinato de Nabot y la expropiación de las tierras hereditarias de su *bet-av,* así como la denuncia de Amós ante la explotación y opresión de los pobres en Israel. La condición social que ellos denunciaron no fue excepcional.

> *¡Ay de los que en sus camas piensan iniquidad y maquinan el mal, y cuando llega la mañana lo ejecutan, porque tienen en su mano el poder! Codician las heredades, y las roban; y casas, y las toman; oprimen al hombre y a su casa, al hombre y a su heredad. […] El que ayer era mi pueblo, se ha levantado como enemigo; de sobre el vestido quitasteis las capas atrevidamente a los que pasaban, como adversarios de guerra. A las mujeres de mi pueblo echasteis fuera de las casas que eran su delicia; a sus niños quitasteis mi perpetua alabanza. […] Vosotros […] aborrecéis lo bueno y amáis lo malo, que les quitáis su piel y su carne de sobre los huesos; que coméis asimismo la carne de mi pueblo, y les desolláis su piel de sobre ellos, y les quebrantáis los huesos y los rompéis como para el caldero, y como carnes en olla. […] Faltó el misericordioso de la tierra, y ninguno hay recto entre los hombres; todos acechan por sangre; cada cual arma red a su hermano. Para completar la maldad con sus manos, el príncipe demanda, y el juez juzga por recompensa; y el grande habla el antojo de su alma, y lo confirman* (Mi. 2:1, 2, 8, 9; 3:2, 3; 7:2, 3).

Miqueas describía así la sociedad de Judá pocos años después de que Amós denunciara en términos parecidos la sociedad de Israel, unos 200 años después de Salomón.

Si la sociedad cananea se había sentido legitimada por la religión, cuya mitología apoyaba en efecto la opresión de los reyes y sus cortesanos, en Judá e Israel sucedió lo mismo. En lugar de una auténtica devoción al Dios distinto a los demás dioses, que había fundado una sociedad distinta a las demás sociedades, los reyes crearon una religión oficialista y pensaron haber domesticado al Señor, sobornándole con el Templo, con altares y con sacrificios voluminosos.

La mitología oficialista judía e israelita fue también denunciada, por mentirosa y corrupta, por los profetas bíblicos:

Aborrecí, abominé vuestras solemnidades, y no me complaceré en vuestras asambleas. Y si *me ofreciereis vuestros holocaustos y vuestras ofrendas, no los recibiré, ni miraré las ofrendas de paz de vuestros animales engordados. Quita de mí la multitud de tus cantares, pues no escucharé las salmodias de tus instrumentos. Pero corra el juicio como las aguas, y la justicia como impetuoso arroyo* (Am. 5:21-24).

La soberbia de Israel le desmentirá en su cara; Israel y Efraín tropezarán en su pecado, y Judá tropezará también con ellos. Con sus ovejas y con su vacas andarán buscando al Señor, y no le hallarán; se apartó de ellos .... ¿Qué haré a ti, Efraín? ¿Qué haré a ti, oh Judá? La piedad vuestra es como nube de la mañana y como el rocío de la madrugada, que se desvanece. Por esta causa los corté por medio de los profetas, con las palabras de mi boca los maté; y tus juicios serán como luz que sale. Porque misericordia quiero, y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos. Mas ellos, cual Adán, traspasaron el pacto; allí prevaricaron contra mí (Os. 5:5, 6; 6:4-7).

¿Para qué me sirve, dice el Señor, la multitud de vuestros sacrificios? Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre de bueyes, ni de ovejas, ni de machos cabríos. ¿Quién demanda esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros delante de mí para hollar mis atrios? No me traigáis más vana ofrenda; el incienso me es abominación; luna nueva y día de reposo, el convocar asambleas, no lo puedo sufrir; son iniquidad vuestras fiestas solemnes. Vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes las tiene aborrecidas mi alma; me son gravosas; cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis

ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos (Is. 1:11-15).

En lugar de una sociedad de paz, el pueblo de Dios se había vuelto tan violento como cualquier otro. Dios iba a tener que enfrentarse con el problema de la violencia de una manera novedosa. Una manera mucho más radical que la del establecimiento original de Israel. Dios iba a tener que enviar a su Hijo.

4.4. El reino de Dios en el Nuevo Testamento

¿ Qué entendemos que significa la frase «el reino de Dios» en boca de Jesús? Para él era algo concreto y práctico, no algo nebuloso y abstracto. Para muchos cristianos todo lo que sea espiritual no puede, por definición, tener ingerencia en el ámbito político, social, económico y militar. Calificando al reino de Dios de «espiritual» logran olvidar que no por ser de Dios y por ser espiritual, deja el reino de Dios de ser un reino de verdad.

Cuando Jesús proclama que en su persona el reino de Dios «se ha acercado» está anunciando la llegada de una nueva era en la humanidad, una era en la que será posible para los hombres y las mujeres vivir en lealtad a Dios como su soberano. Está proclamando el retorno a la vida bajo la legislación del Dios único, diferente, cuyo propósito en la historia es establecer una nación única y diferente. Cristo, estableciendo las bases de su enseñanza en el cumplimiento de la ley de Moisés, protagoniza un retomo a los principios morales de igualdad, justicia, y compartimiento material que él había aprendido allí. Principios que nuevamente en su propio tiempo habían sido mitologizados, domesticados, vueltos «religiosos» y «espirituales», y totalmente carentes de poder transformador en la sociedad.

Por eso es tan constante y emocional el conflicto entre Jesús y los fariseos. Los fariseos que se opusieron a Jesús representaban la mitologización de la fe. La fe para ellos era la superstición de la obediencia mecánica a palabras escritas, en lugar de la dinámica liberadora de una relación del Dios distinto con su pueblo distinto. Habían relegado esa calidad de «pueblo distinto» al ámbito de la religión y las creencias, en lugar de ver

que su lugar primordial se hallaba en las relaciones humanas. De modo que seguían sin ser el pueblo de paz que Dios deseaba.

Ahora bien, una parte fundamental de la esencia del mensaje de Jesús, el mensaje del retorno al ideal de un modelo social revolucionario, era la no violencia. En Jesús hallamos cumplido hasta la perfección lo que en toda la historia previa de Dios y su pueblo había quedado siempre incompleto. En cuanto al tema de la paz, el rechazo generalizado de la violencia llega a significar también para Jesús la adopción del pacifismo sistemático. Un pacifismo contextualizado en el abandono de la violencia en el panorama total de las relaciones humanas.

El modelo de sociedad de paz que Dios había establecido para el antiguo Israel había estado plagado desde el principio por la constante de la apostasía y sus consecuencias naturales, el egoísmo y la violencia. Ahora Jesús encara el problema de la restauración de la visión de una sociedad justa y equitativa, dirigiéndose fundamentalmente a las motivaciones interiores de hombres y mujeres individuales. Jesús se dirige en primera instancia a la creación de nuevos seres humanos, hechos capaces de vivir conforme al deseo de Dios para la sociedad humana. Reconoce la necesidad del hombre de llegar a estar lleno del Espíritu Santo, y liberado de otros espíritus. Por eso es fundamental el ministerio exorcista de Jesús. Él considera que es precisamente cuando los hombres y las mujeres son liberados de los demonios que les acosan, que Satanás es vencido. Y si ha sido vencido Satanás, la historia de la sociedad humana está en libertad para recorrer nuevos derroteros (Lc. 10:17-37).

Pero esta liberación no llega a todas las personas por igual. Sólo aquellas personas que en realidad han sufrido esta transformación interior, marcada por el arrepentimiento y la recepción del Espíritu Santo, serán capaces del estilo de obediencia a Dios que habilita la formación de una nueva sociedad. En el Nuevo Testamento, como en el Antiguo, volvemos a ver el concepto de un pueblo «elegido», distinto a la sociedad que lo rodea.

Por eso se hallan tan característicamente viciados de fracaso los intentos revolucionarios de establecer sociedades equitativas: Sin el Espíritu de Dios no se puede vivir la paz de Dios. Pero la paz de Dios es la única paz de verdad. La armonía fraternal establecida por Dios es la única justicia auténtica.

Jesús estableció en la confraternidad de quienes le seguían, el modelo de sociedad que pretendía. Vivió un estilo de vida totalmente comunitario. Los discípulos y él compartían absolutamente sus bienes, y establecieron a Judas Iscariote como tesorero de la comunidad (Jn. 13:29).

La comunidad de los discípulos de Jesús superó la violencia de la estratificación entre poderosos e inferiores:

> *Hubo también entre ellos una disputa sobre quién de ellos sería el mayor. Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve* (Lc. 22:24-27).

La comunidad de los discípulos de Jesús superó también la violencia de la discriminación sexista. Jesús reconoció en la mujer los mismos derechos matrimoniales que en el marido (Mt. 10:11, 12). En el círculo íntimo de discípulos que iban con él a todas partes él incluyó mujeres (Lc. 8:1-3). Estas mujeres, habiendo hecho el viaje hasta Jerusalén con él y los doce desde Galilea, fueron las primeras en captar la realidad de su resurrección, indicando así que no estaban excluidas de sus revelaciones más significativas (Lc. 23:55-24:10).

Si no había entre los doce apóstoles alguna mujer, hemos de suponer que el motivo era más práctico que teológico. En aquella sociedad ya estaba bien que estas discípulas viajaran con el maestro. Esto indica la actitud de Jesús mismo hacia ellas. Pero en una sociedad machista, apóstoles femeninas no habrían podido *funcionar* como apóstoles. Es decir, la sociedad cegada por su machismo pagano no les habría podido recibir como portavoces legítimos de la voluntad de Dios. Sin embargo, hay amplias evidencias bíblicas de que en la iglesia del Nuevo Testamento, internamente, hubo muchas mujeres que actuaron con auténtica autoridad espiritual.

El cristianismo de la época del Nuevo Testamento no tomó unas estructuras comunitarias legalistas y uniformes. Sin embargo, el principio de comunidad de justicia y compartimiento quedó establecido con claridad. Aunque habría que suponer que los ciento veinte discípulos que siguieron fieles a Jesús después de su ascensión siguieron el estilo de vida

social que él les había modelado, es solamente con el recibimiento del Espíritu Santo que tenemos explícita alusión a la manera en que los discípulos vivieron en comunidad (Hch. caps. 2-6).

Las características sobresalientes de la comunidad de discípulos después de Pentecostés incluyen: 1) La conciencia de ser una comunidad del Espíritu. 2) Una capacidad especial para proclamar eficazmente el evangelio de Jesucristo de tal manera que pudiese ser recibido de buena gana por los oyentes. 3) La alegría. 4) La fidelidad a la enseñanza de Jesús mediada por los apóstoles. 5) Un interés vivo en llevar la salud y el bienestar a toda la sociedad que les rodeaba. 6) Estructuras específicas (tales como la alimentación de las viudas) que les permitían poder decir con confianza que entre ellos no había necesitados. Para esto último los integrantes de la comunidad llegaban a deshacerse de sus bienes de capital. No era sólo un diezmo de los ingresos lo que estaba en juego, sino la eliminación de las necesidades materiales de la hermandad, *costara lo que costara.* En esto demostraban haber recibido fidedignamente la enseñanza de Jesús: «Así, pues, cualquiera de vosotros que no renuncia a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo» (Lc. 14:33).

Es importante que veamos que esto forma parte del panorama total de aquella primera comunidad cristiana. Los otros elementos de la convivencia afectaban la capacidad para llevar a cabo los aspectos económicos y sociales. Éstos, a la vez, convalidaban la autenticidad espiritual de todo lo anterior. Jesús había dicho: «No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos» (Mt. 7:21).

No volvemos a tener una descripción detallada de la vida comunitaria de alguna de las otras iglesias locales que se fueron formando en el transcurso del tiempo que cubre el Nuevo Testamento. Sin embargo no parece razonable dudar que estos elementos fundamentales, probablemente llevados a la práctica con bastante idiosincrasia local, caracterizaron a todas ellas.

Algunas evidencias en este sentido se perfilan en las epístolas apostólicas:

> *Porque ya conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que por amor a vosotros se hizo pobre, siendo rico, para que vosotros con su pobreza fueseis enriquecidos. […] No digo esto para que haya para otros holgura, y para*

vosotros estrechez, sino para que en este tiempo, con igualdad, la abundancia vuestra supla la escasez de ellos, para que también la abundancia de ellos supla la necesidad vuestra, para que haya igualdad, como está escrito: El que recogió mucho no tuvo más, y el que poco no tuvo menos (2ª Co. 8:9-15).

La religión pura y sin mácula delante de Dios el Padre es ésta: Hacerse cargo de los huérfanos y de las viudas en sus tribulaciones, y guardarse sin mancha del mundo. Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro glorioso Señor Jesucristo sea sin acepción de personas. Porque si en vuestra congregación entra un hombre con anillo de oro y con ropa espléndida, y también entra un pobre con vestido andrajoso, y miráis con agrado al que trae la ropa espléndida y le decís: Siéntate tú aquí en buen lugar; y decís al pobre: Estate tú allí en pie, o siéntate aquí bajo mi estrado; ¿no hacéis distinciones entre vosotros mismos, y venís a ser jueces con malos pensamientos? Hermanos míos amados, oíd: ¿No ha elegido Dios a los pobres de este mundo, para que sean ricos en fe y herederos del reino que ha prometido a los que le aman? […] Si un hermano o una hermana están desnudos, y tienen necesidad del mantenimiento de cada día, y alguno de vosotros les dice: Id en paz, calentaos y saciaos, pero no les dais las cosas que son necesarias para el cuerpo, ¿de qué aprovecha? Así también la fe, si no tiene obras, es muerta en sí misma (Stg. 1 :27-2:5, 15-17).

4.5. La mitologización[2] del evangelio

La historia posterior del cristianismo ha sido testigo de un proceso de mitologización,[3] similar al que sucedió con la monarquía israelita. Este proceso ha acabado por quitarle el filo a la radicalidad de Jesús y los apóstoles.

[2] Probablemente hace falta explicar lo que entiendo por «mito» y «mitologizar». Me refiero con estos términos al desarrollo de una teología y espiritualidad que se aparta de la obediencia radical a la voluntad de Dios revelada en la Biblia. Tuerce el significado natural de las Escrituras, adormeciendo al pueblo de Dios con mentiras que suenan muy «espirituales», mientras se desentiende de la justicia y la paz que Dios ha ordenado. Estoy convencido de que el Señor contempla con beneplácito todo intento de desenmascarar estas ficciones fantasiosas surgidas en torno a su persona.

[3] Véase nota 2.

Por ejemplo los exorcismos, que para Jesús eran señal potente de la liberación de las personas para el servicio abnegado de su prójimo (Lc. 10:17-37), vuelven a relegarse al ámbito de una mitología interiorista que afecta mínimamente a las relaciones sociales. Pablo luchaba «contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes» (Ef. 6:12), refiriéndose claramente a realidades demoníacas que engendran violencia en la sociedad humana. En el cristianismo posterior estas palabras se transforman en mitología rayana en el politeísmo. Mitología que, curiosamente, explica la violencia de las turbaciones psicológicas, pero frecuentemente enmudece ante la violencia social.

Con esto no pretendo desmerecer la importancia del ministerio de liberación en las vidas esclavizadas por Satanás. Pero la liberación de los endemoniados debe tener una clara dimensión social. Dios pretende que los que han sido liberados puedan ahora establecer relaciones de paz y justicia con el prójimo. Sin negar que mediante la liberación Dios muestra su compasión por el que sufre, es por lo menos igualmente importante recordar que mediante la liberación Dios muestra su compasión por todos los que han tenido que ver con el endemoniado. En un sentido importante, es la sociedad la que queda liberada del demonio que la poseía en la persona de un individuo particular. El endemoniado nunca sufre solo, sino que sintetiza y provoca el sufrimiento de toda su familia y sociedad. Es el chivo expiatorio que expresa dramáticamente todo lo que hay de enfermizo a su alrededor. Cuando queda liberado, todos los que le rodean reciben nuevas posibilidades de vivir en paz unos con otros.

Igualmente importante es recordar que si un individuo endemoniado sufre con los pocos que tienen que ver con él, son millones los que sufren cuando Satanás provoca una guerra o una tiranía. Nuestro concepto de lo demoníaco tiene que asumir que esto no es menos diabólico que el fenómeno del individuo poseso. La respuesta cristiana proclama a Jesús como Señor y Rey frente a las pretensiones de «poderes y potestades» que Jesús ya ha despojado, triunfando sobre ellos en la cruz, lo cual ya ha sido exhibido públicamente (Col. 2:15).

Pero si solamente imaginamos a los demonios como bichitos invisibles que se meten en los individuos, relegamos al olvido lo más trascendental de la victoria de Jesús en la cruz. Si el «hombre fuerte» ha sido saqueado al

echar los demonios, entonces se ha acercado *el reino de Dios* (Mt. 12:28,29). Y ya hemos visto lo que significa eso.

La muerte redentora de Jesús en la cruz, para los apóstoles, era eficaz para la transformación de su manera de vivir en sociedad. Ellos decían que les «justificaba», o sea, que *les hacía justos.* Escribían que mediante el bautismo les había sido posible identificarse tan plenamente con Jesús, que la muerte de éste era la de ellos y la vida que ellos vivían no era más que una prolongación de la de él. El bautismo localizaba esa identificación precisamente en el momento de su sufrimiento y muerte a favor de sus enemigos. Así la sangre de Jesucristo les limpiaba de todo pecado. Ellos creían que esto explicaba cómo habían sido transformadas sus vidas hasta hacerles capaces de abandonar el egoísmo con todas sus manifestaciones violentas.

El cristianismo posterior también transforma estos conceptos en mitología. Esta mitologización para algunos pasa por la vía del sacramentalismo supersticioso, que ve en el pan y el vino el poder de crear «comunión» donde no hay comunidad. Para otros pasa por la vía de la creencia en que la «fe», divorciada de la «fidelidad» sin fundamentos lingüísticos ni lógicos, nos exime de nuestra responsabilidad de encarnar el modelo alternativo de sociedad humana que Jesús vino a establecer.

Algo parecido sucede con la «salvación». Si nos basamos en la Biblia, esto de la «salvación» queda bastante claro:

> *Entonces Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: He aquí, Señor, la mitad de mis bienes doy a los pobres; y si en algo he defraudado a alguno, se lo devuelvo cuadruplicado. Jesús le dijo: Hoy ha venido la salvación a esta casa* (Le. 19:9, 10).

En su mensaje evangelístico del día de Pentecostés, Pedro resume lo que quiere lograr, con las palabras: «Sed salvos de esta perversa generación» (Hch. 2:40). De inmediato Lucas pasa a describir la vida en comunidad que vivieron los tres mil conversos. Así demostraron haberse salvado de la perversa generación en que habían estado viviendo. Estaban llevando a la práctica la paz de Dios en una nueva sociedad humana. Años más tarde Pablo escribe:

> *Por tanto, amados míos, como siempre habéis obedecido, […] ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin*

murmuraciones y contiendas, para que seáis irreprensibles y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una generación maligna y perversa, en medio de la cual resplandecéis como luminares en el mundo (Fil. 2: 12-15).

Sería absurdo negar que la idea apostólica de la salvación tenía otros aspectos importantes, Pero la consecuencia de haber dejado que la esperanza en la vida después de la resurrección desplazara de nuestras mentes las dimensiones presentes de la salvación, ha sido nada menos que la apostasía, El efecto ha sido uno de transformar el cristianismo en una serie de mitos sin capacidad para desarraigar la violencia de la sociedad humana.

Todo esto explica por qué el cristianismo, con el transcurso de los siglos, ha llegado a sentirse cómodo en medio de los sistemas sociales opresivos a los que la religión basada en mitos siempre ha prestado su apoyo entusiasta. Explica por qué el cristianismo ha llegado a reconciliarse con la defensa militar de estas sociedades, llegando incluso a bendecir carreras armamentistas y conflictos bélicos, a la usanza de las religiones cananeas desplazadas por Israel.

Si verdaderamente estamos interesados en seguir a Cristo y en obedecer al Señor, al Dios único y diferente, a Yahvé el que *es,* tendremos que purificar nuestra religión. Habrá que desenmascarar sus mitos opresivos, y dar rienda suelta al Espíritu Santo en nosotros para que transforme nuestra mente y conducta, rehabilitándonos para la vida en comunidad. Tendremos que prestarnos al antiguo y eterno proyecto de Dios: el proyecto de crear una sociedad de reconciliación y armonía, que inspirado por la presencia constante, viva y dinámica de su Espíritu, acabe de una vez por todas con todas las violencias.

Obrando y pensando así, es posible que tengamos que sufrir la incomprensión de algunos que nos tengan por herejes o ateos, al parecerles poco «espiritual» este camino. De la misma crítica fueron víctima los israelitas primitivos, los profetas, Jesús y los apóstoles. La historia bíblica demuestra claramente que la gente que defiende una religión apóstata siempre ha sido incapaz de comprender lo que Dios quiere hacer en el mundo.

4.6. *Un pueblo de paz*

Todo esto tiene consecuencias muy prácticas para el cristiano que ha entendido que para seguir a Jesús tiene que seguirle radicalmente en su amor al enemigo:

A esta altura está claro que el camino de indefensión que ha de emprender no se puede limitar a la protesta de las guerras y el armamentismo, la objeción de conciencia al servicio militar, o el activismo contra la pena capital o el aborto. Todas estas actividades y convicciones pueden ser buenas y profundamente cristianas. Pero sólo son eficaces conforme a la plenitud del poder de Dios cuando el cristiano está viviendo en la sociedad alternativa que avala su testimonio. Si no edificamos *la iglesia* sobre el modelo de los apóstoles, nuestro testimonio es anecdótico y poco más que simbólico. El Señor nos ha encomendado la responsabilidad de «ser uno» entre nosotros, de tal modo que el mundo pueda creer que Dios ha enviado a su Hijo, viviendo en el mundo como quienes no son de este mundo (Jn. 17). Esto es porque solamente se puede llevar a cabo la visión divina para la sociedad cuando se reconoce la autoridad soberana de Jesucristo.

El que no ha aprendido a amar a la iglesia de Cristo no está en condiciones de ofrecer al mundo el camino del amor sacrificial que hace que la violencia ya no sea necesaria. Y amar a la iglesia significa amar a cada uno de sus miembros sacrificialmente, «estimando cada uno a los demás como superiores a él mismo; no mirando cada uno por lo suyo propio, sino cada cual también por lo de los otros» (Fil. 2:3, 4).

La plataforma legítima desde la que proclamar el evangelio de amor, paz y reconciliación universal es la comunidad de cristianos que practican ese evangelio cotidianamente, merced al poder del Espíritu Santo que entre ellos se mueve con libertad total.

La concretización de una alternativa auténticamente cristiana a la violencia no está en las manos de cristianos individuales, sino en las de comunidades cristianas: en el testimonio de su vida compartida en amor y armonía.

La naturaleza de la Iglesia, según la intención del Señor al crearla, es que sea una comunidad. Dios está llamando hoy a toda la iglesia a recobrar su visión comunitaria. Ya no podemos describir más a la Iglesia

en términos sacramentalistas, clericales, o doctrinales. Si en la iglesia hay necesitados cuyas necesidades no están siendo suplidas sacrificialmente por los demás, entonces ha dejado de ser fiel a su llamado constitutivo. Si en la iglesia no se puede decir que «ya no hay judío ni griego; no hay esclavo ni libre; no hay varón ni mujer; porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús» (Gá. 3:28), entonces ha dejado de ser la iglesia que Pablo describía en Gálatas.

La iglesia tendrá muchas formas de llevar a cabo el mandato de ser una sociedad de justicia, paz e indefensión. Algunas de ellas serán muy espontáneas y casi invisibles; serán el resultado de la respuesta de amor ante las necesidades del momento. Otras estarán muy estructuradas; existen grupos que llegan a compartir, gracias a un sistema centralizado, la totalidad de su vida económica.

Esta realidad comunitaria, llévese a cabo del modo que fuere, da autoridad y autenticidad al mensaje de paz que proclamamos. Es porque la estamos poniendo en práctica en comunidad (o sea, a escala relativamente pequeña) que podemos proponer al resto de la iglesia y al mundo entero esta nueva manera de vivir. Cuando la alternativa funciona y es visible, entonces el testimonio ha de ser recibido con seriedad. Ya no se puede descartar como un proyecto utópico y poco práctico. Es posible rechazar la realidad concreta que vivimos, pero no es posible ignorarla.

En muchas partes, en todos los continentes de esta Tierra, Dios está levantando tales iglesias. Comunidades. Un pueblo de paz. En ellas pueden ser purificadas adecuadamente las motivaciones de los individuos que han captado la visión bíblica de paz. Viviendo en comunidad descubrimos la violencia que hay en nuestra personalidad. Descubrimos la violencia que viene de las heridas de nuestra infancia; de los sentimientos de inferioridad e inseguridad. Descubrimos la violencia de actitudes, que viene de nuestra formación cultural incuestionada. La violencia insospechada en nuestras actitudes raciales, sociales, sexuales y económicas. En comunidad podemos fingir algún tiempo; posiblemente un par de años o más. Pero llega el momento cuando nuestras motivaciones secretas, nuestra falta de amor de la que ni siquiera nosotros mismos sospechábamos, sale a la luz.

Como en el matrimonio, los pequeños roces de menudencias insignificantes acaban por desenmascarar nuestro egoísmo. Pero la comunidad es también el grupo terapéutico del Espíritu, donde hallamos los recursos

espirituales para vencer la violencia que está dentro nuestro. De nuestras luchas personales ocasionadas por la convivencia comunitaria salimos con la consagración espiritual que da un peso inestimable a nuestro testimonio.

Estas iglesias de paz, en las que se realiza el principio de comunidad entre los cristianos son, en primer lugar, comunidades del Espíritu. La experiencia de Pentecostés es un ingrediente indispensable para su funcionamiento. Son comunidades de alabanza, llenas de alegría y fuerza, comunidades de celebración de la presencia cierta y sentida del Espíritu de Dios en nuestro medio. Son comunidades de mucha oración, comunidades de intercesión, comunidades en las que no sorprende oír de milagros, Los dones catalogados en 1ª Corintios 12 no parecen cosa lejana, sino que son nuestra experiencia diaria. Las advertencias acerca del uso indebido de ellos, contenidas en 1ª Corintios 14, se leen como consejos prácticos y útiles para nuestra realidad, Y el «camino aun más excelente» de 1ª Corintios 13 se desarrolla en ese mismo marco en el que aparece en la epístola.

También son comunidades de generosidad práctica y constante. Tener todas las cosas en común no garantiza la desaparición del egoísmo. Y sin embargo Dios sigue llamando a gente hoya integrar comunidades en las que, como la primera iglesia en Jerusalén, los miembros tienen todo en común. A la vez existen otras comunidades que también viven claramente los principios de generosidad y amor justo y sacrificial sin estar organizadas de esta manera. Sin tener todo en común viven ejemplar y visiblemente esa justicia social y económica que trae la paz deseada por Dios desde un principio. Y sin embargo Dios sigue llamando a algunos para que además pongan todas sus posesiones en común.

¿Por qué? Posiblemente Dios les inspira a esto con el fin de no permitir que la iglesia olvide su llamado a ser comunidad y a vivir en justicia y armonía su abandono de la violencia en todas sus formas. Posiblemente es que, mientras existan estas comunidades, la mitologización del cristianismo no puede seguir su curso sin impedimento hasta sus consecuencias finales en la legitimación de un orden social egoísta.

De todos modos lo importante no es el método o la estructura. Lo importante es que traspasemos más allá de las palabras y las teorías «correctas», para llegar como iglesia a una conducta que refleje la voluntad de Dios para su pueblo de paz.

Pero esta paz que vivimos a nivel social y económico es más que la paz incompleta de Israel premonárquico. Es la paz informada por la indefensión de Jesús, el ejemplo del Cordero al que hemos recibido el mandamiento de imitar. La eliminación de la violencia en sus aspectos socioeconómicos ha culminado en Jesús en el abandono voluntario de toda violencia. Para el que es capaz de recibido, las profecías se han cumplido: Para nosotros ya han cesado las guerras, en el sentido de que ya no las peleamos más. Nosotros ya no nos adiestramos para la guerra; hemos convertido nuestras espadas en azadones y nuestras lanzas en podadoras. No necesitamos la protección de un arsenal nuclear, porque confiamos en el poder del Espíritu.

No necesitamos alianzas militares, porque el Señor de los Ejércitos es nuestro Dios. Y él nos defenderá si entra en sus propósitos la defensa de nuestra vida y comodidad terrenal. Y si no… también es poderoso para resucitamos, conforme a sus promesas.

Sí. Dios está levantando hoy un pueblo de paz. Dios está formando comunidades de reconciliación. En ellas estamos viviendo una reconciliación auténtica con Dios que es inseparable de la reconciliación con el prójimo, como ya lo dijo Jesús. Tienen éstas el ministerio profético de anunciar al resto de la iglesia que sus orígenes revolucionarios y revolucionariamente indefensos siguen en vigencia hoy. Que no son un sueño de utopistas, sino la realidad concreta y cotidiana que algunos vivimos en esta tierra imperfecta.

Ni siquiera hace falta idealizar estas comunidades, romantizarlas como algún paraíso terrenal carente de conflictos y problemas. Cualquier lectura honesta del Nuevo Testamento, por superficial que fuese, revelará la presencia constante de conflictos y problemas en la Iglesia de las primeras décadas posteriores a Jesús. Estas comunidades de hoy no son menos, pero tampoco son más que aquéllas. Precisamente allí está su poder. En que frente a los conflictos, la competitividad y los problemas relacionales que los hombres y las mujeres siempre hemos de vivir, hemos hallado en Jesús, en el Cordero victorioso, el secreto de la reconciliación.

Y es por eso que osamos invitar al mundo: ¡Seguid al Cordero!

Dionisio Byler

Los genocidios en la Biblia

Reflexiones sobre la violencia y la no violencia en la historia del pueblo de Dios

Biblioteca Menno

Para mi hija Rebeca, cuyo segundo nombre, Irene,
expresa el anhelo profundo de mi corazón:
Que el mundo conozca la paz que es posible en Cristo.

Índice

Presentación

LOS MIEMBROS DE LA Comunidad Cristiana del Camino de Vida (una de las varias iglesias evangélicas de Valladolid), creemos que vivimos en el tiempo en que Dios está abriendo las puertas de instituciones y sectores de la sociedad española tradicionalmente cerrados al evangelio y que, por lo tanto, es el tiempo de entrar y tomar posesión. Por eso no hemos querido dejar pasar la oportunidad de estar presentes en la Universidad de Valladolid, ámbito en que muchos de nosotros dimos nuestros primeros pasos de obediencia al Señor, la cual se nos brindaba por el Acuerdo de Cooperación del Estado con la FEREDE aprobado por la LEY 24/1992, de 10 de noviembre. El apartado 5 de su artículo 10 dice literalmente: «Las Iglesias pertenecientes a la Federación de Entidades Religiosas Evangélicas podrán, de acuerdo con las autoridades académicas, organizar cursos de enseñanza religiosa en los centros universitarios públicos, pudiendo utilizar los locales y medios de los mismos».

Iniciamos los trámites en octubre de 1994 por medio de una entrevista con la Vicerrectora de Alumnos a quien tuvimos que informar de quiénes éramos, de qué queríamos y de cuáles eran las bases sobre las que fundamentábamos nuestras pretensiones. Teníamos ya amplia experiencia en tratar con el desconocimiento que la mayor parte de nuestros administradores tienen de nosotros y de nuestras cosas y ello, unido a la buena disposición personal de nuestra interlocutora, ayudó a que todo quedara dispuesto para el inicio de los primeros «cursos de enseñanza religiosa (evangélica) en los centros universitarios públicos» que se impartirían en España.

Junto a la solicitud del «Aula de Teología» presentamos el programa para el año académico 94/95 consistente en tres cursos y una tutoría: un curso sobre el Evangelio de Juan y otro sobre los Evangelios Sinópticos a impartir por un servidor, y un tercero sobre la Reforma y su influencia en

el pensamiento occidental a cargo de Ana Ruiz Sánchez (Ani); la tutoría de alumnos, pensada especialmente como un servicio de acogida a estudiantes extranjeros, la atenderíamos entre los dos. De esta forma ocuparíamos el aula cuatro días a la semana durante una hora con una oferta seria y acorde con el ámbito en que se desarrollaría, siendo los responsables de los cursos titulados universitarios y también acreditados como profesores de Enseñanza Religiosa Evangélica por la FEREDE.

La respuesta fue la concesión del Seminario nº5 de la Facultad de Medicina por considerarse que «El Aula de Teología es un derecho de la Iglesia Católica que se remonta a más de treinta años…». No descartamos la esperanza de que a la vuelta de los próximos treinta años se pueda decir lo mismo del «Aula de la Biblia» que así la queremos denominar, en relación con las iglesias evangélicas.

Al evaluar la experiencia para presentar nuestra primera memoria, fuimos conscientes de que no habíamos tenido éxito en cuanto al número de participantes ni tampoco en cuanto a lograr la participación de las demás iglesias evangélicas de la ciudad. En cuanto a lo primero tendríamos que buscar temas más acordes con las inquietudes de los universitarios y, seguramente, esperar tiempos mejores. En cuanto a lo segundo simplemente esperar. Pero todo ello sin abandonar el proyecto. Todos nosotros seguíamos animados a continuar y en octubre de 1995 volvimos a la carga.

¿Qué temas inquietan hoy a los jóvenes españoles? ¿Alguien lo sabe? Nosotros no lo sabíamos. Sin embargo, como miembros del «Comité Local de la Campaña Europea de la Juventud contra el Racismo, la Xenofobia, el Antisemitismo y la Intolerancia», no ignorábamos que el pacifismo y la objeción de conciencia eran temas de moda.

Ani (¡qué bueno es tener hermanos en la iglesia dispuestos a servir al Señor con sus dones, sus capacidades… y su tiempo!) estaba convencida de que los cristianos evangélicos tenemos mucho que decir sobre la paz. El mundo se arroga a menudo la originalidad de valores que son genuinamente cristianos mientras los auténticos cristianos guardamos silencio. El Evangelio es mensaje de paz y sus seguidores hemos sido comisionados a extenderlo y a ser nosotros mismo pacificadores. ¿No podía ser éste un tema interesante y atractivo? ¿No era Dionisio Byler la persona más idónea para presentarlo? Por supuesto que sí: pastor menonita, objetor de conciencia, autor de libros como *Making War and Making Peace* y *Jesús y la*

no violencia entre otros, y con domicilio en Burgos pero dispuesto a viajar a Valladolid por amor a Dios, a nosotros y a su ministerio de enseñanza.

Por cuestiones de espacio se nos trasladó a la Casa del Estudiante y se nos permitió disponer del Aula de Conferencias únicamente en martes alternativos de 7 a 9 de la tarde. Esto nos obligó a rediseñar la programación para el año académico 95/96 que dio como resultado el ciclo de conferencias «Perspectivas de Paz» que ahora tienes en tus manos en forma de libro. La última de ellas se dictó precisamente el 30 de enero, día muy relacionado con el tema de la paz.

Completamos la programación con un ciclo sobre «Cultura Religiosa: Protestantismo y Educación» a cargo de Luis José Badiola, profesor de ERE y vocal del Departamento de Investigación Pedagógica de la Consejería de Enseñanza de la FEREDE, y otro ciclo sobre «El Desarrollo de la Libertad Religiosa en España» a cargo de los letrados Fco. Javier García Aguilera y Francisco Hernández Sahagún (¡qué bueno es tener hermanos…!).

Pudimos anunciar cada conferencia en la revista universitaria «Al Loro», la cual llega a todas las facultades en grandes cantidades y hace llegar sus anuncios al Consejo de la Juventud, al periódico de mayor tirada de la región y a varias emisoras de radio. Por esa razón cada semana hemos tenido alguna persona nueva que se ha acercado a escuchar y que han podido obtener una copia de la conferencia. Parece que tampoco este año podremos hablar de éxito en cuanto al número de asistentes, pero todos ellos han sido impresionados favorablemente. Y es que, efectivamente, los cristianos evangélicos tenemos mucho que decir sobre la paz. Ahora mismo tú, lector, tienes delante de ti una muestra de ello. Debes leerlo concienzudamente porque concienzudamente ha sido elaborado por el autor. Si no tuviste el privilegio de oírlo de su boca ahora puedes tener el placer de leerlo con tranquilidad. Espero que te sea de bendición como lo es para mí.

Una cosa final: si estuviera en tu mano hacer algo por la creación de un «Aula de la Biblia» en alguna Universidad, ¡hazlo! Porque los cristianos evangélicos tenemos mucho que decir sobre la paz y sobre muchas otras cosas… ¡También en la Universidad!.

Luis Alberto Bores Calle

Aclaraciones

AUNQUE ESTAS CONFERENCIAS fueron dictadas en un contexto universitario, no son el producto de investigación original sino el resultado de reflexión personal, fruto de muchos años de pensar y escribir sobre estos temas. Mis esfuerzos anteriores en esta línea se pueden hallar en *Making War and Making Peace* (Scottdale: Herald, 1989), y *Jesús y la no violencia*, (Terrassa: CLIE y Bogotá: CLARA, 1993). Muy en particular, la quinta conferencia —cuarto capítulo aquí— recoge lo esencial de *Making War and Making Peace*, cuya traducción al español no considero necesaria.

Este carácter de reflexión personal más que investigación original, debe tenerse en cuenta muy especialmente respecto a la tercera conferencia, para la que me baso principalmente en la investigación realizada por Jean-Michel Hornus, *It Is Not Lawful For Me To Fight: Early Christian Attitudes Toward War, Violence, and the State* (Scottdale: Herald, 1980).

En el mismo sentido, debo aclarar que no he leído de primera mano los libros más representativos del pensamiento de René Girard, algunas de cuyas ideas inspiran mis reflexiones personales recogidas en la segunda conferencia. Dichas reflexiones se basan en *Semeia 33: René Girard And Biblical Studies* (Decatur: Scholars Press, 1985). Girard no es teólogo; que yo sepa ni siquiera es cristiano. De manera que mis reflexiones en torno a algunas de sus ideas no deben tomarse como una recomendación sin reservas de su pensamiento.

He conservado aquí el texto que leí en voz alta a modo de conferencias, lo cual explica la ausencia de las citas bibliográficas que de otra manera acaso serían de rigor. Ya que casi toda la bibliografía que utilicé en la preparación de estas conferencias está en inglés, no me ha parecido útil citarla directamente ni añadir notas a pie de página, de las que muy pocos lectores iban a poder sacar provecho.

He conservado también los títulos que sugirió Ana Ruiz para cada una de las conferencias. Ani tenía opiniones bastante claras sobre qué títulos podían atraer a estudiantes universitarios sin otra motivación para asistir a un «aula evangélica» que el anuncio del tema en los medios divulgativos de la universidad. Sólo en la tercera conferencia no respeté el título que se anunció; y esto debido a una confusión por mi parte.

Quien acaso se fije en las fechas que figuran para cada conferencia, notará que el orden en el que aquí aparecen es distinto al de su presentación original. Hemos pensado que la conferencia sobre la experiencia de objeción de conciencia en los últimos siglos debía figurar al final. Damos así a la serie un orden cronológico al reflexionar sobre las perspectivas de paz que ofrece el evangelio en: (1) el Antiguo Testamento, (2) el Nuevo Testamento, (3) la iglesia primitiva, (4) los últimos dieciséis siglos, (5) la historia de una iglesia evangélica pacifista.

¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?

28 noviembre 1995

CORRÍA EL SIGLO II DE NUESTRA ERA. Desde sus comienzos cien años antes, la iglesia cristiana había confesado con orgullo sus raíces judías. El Nuevo Testamento está lleno de citas del Antiguo, y las emplea precisamente para dar fe de que el camino de Jesús es compatible con la antigua revelación divina de los hebreos.

Hacia el año 144 un tal Marción, hijo de un obispo cristiano en la región de Ponto, se trasladó a Roma. Allí se hizo tan popular en la iglesia, que algunos llegaron a considerarle un buen candidato para obispo. Sin embargo fueron muchos más los que opinaron que sus doctrinas no coincidían con lo que se recordaba de la enseñanza de los apóstoles. Ante esta oposición, Marción rompió con los hermanos de Roma y empezó su propio movimiento, de talante antisemita. La secta marcionita duró varios siglos.

Como muchos de los mejores filósofos de su época, Marción estaba convencido que el mundo material es malo precisamente por ser material. Sólo los espíritus, por incorpóreos, inmateriales e incorruptibles, pueden ser buenos.

Según Marción, existe un Dios Supremo, el Dios y Padre de Jesús. Este Dios es Espíritu, Verdad, Amor y Bondad. Pero este Dios no puede ser el Jehová del Antiguo Testamento. Ya que el mundo material es malo por definición, cualquier dios que hubiera tenido el desatino de crearlo tenía que ser ignorante o malintencionado. El Dios Supremo había querido un mundo espiritual pero Jehová, sea por tonto sea por maldad, había creado un mundo carnal.

Marción creía confirmada su teoría de la inferioridad de Jehová, al leer en el Antiguo Testamento acerca de las masacres, los genocidios, las guerras y «limpiezas étnicas» que se atribuyen a su inspiración. ¿Podía acaso haber dios más bajo y despreciable que ese Jehová vengativo, celoso, legalista y resentido del que habla el Antiguo Testamento?

En el Antiguo Testamento veía Marción un dios racista, que elije a los judíos y se desentiende del grueso de la humanidad. Veía un dios malhumorado, que está siempre espiando a los humanos para echarles luego en cara sus pecados con castigos desproporcionados. Pero ahora Jesús nos ha revelado al verdadero Dios Supremo, un Dios eterno y espiritual que nos habla de amor y perdón, no de castigo y venganza.

La iglesia superó el reto del marcionismo. El recuerdo de la enseñanza apostólica permanecía fresco, vivo y vital en el pensamiento de la mayoría de los líderes. Es posible que los más ancianos hubieran escuchado el evangelio de boca de los mismísimos apóstoles. Algunos apóstoles acababan de morir sólo unas décadas antes de que empezara a predicar Marción.

Así el pensamiento cristiano reiteró de una vez por todas que el Dios y Padre de Jesucristo no es otro que Jehová, creador del universo y de todo lo que en él hay. No hay otro Dios. Luego el mundo material no es malo en sí mismo. Fue declarado bueno por Dios en el acto de la creación. La muerte y la corrupción existen por la rebeldía del ser humano. No es porque lo material sea moralmente inferior a lo incorpóreo. Por último, es cierto que Jesús nos revela el amor, la gracia, y la misericordia de Dios. Pero esta no es una revelación absolutamente novedosa. El Jehová del Antiguo Testamento también entiende de amor, de gracia y de misericordia.

Sin embargo halla eco en muchos pensadores posteriores la inquietud que suscitó en Marción la lectura de las atrocidades cometidas en el Antiguo Testamento en el nombre de Jehová. Aunque Marción fue rechazado como el hereje que fue, por lo menos tuvo una virtud: En una era cuando casi todos leían el Antiguo Testamento como una enorme colección de historias alegóricas con un velado sentido espiritual, Marción por lo menos pudo ver que muchas de esas historias son espantosas, están llenas de crueldad y de violencia inexcusable. A no ser que hoy también queramos entenderlo todo como alegoría inocente, tendremos que

---

enfrentarnos honestamente con esa crueldad y violencia. La pregunta suscitada por Marción sigue en pie: ¿Cómo es Dios de verdad?

Observemos el problema desde una anécdota concreta. La que nos narra el libro de Jueces, capítulos 11 y 12:

Los galaaditas habitan pacíficamente en su tierra desde hace varias generaciones, después de haber conquistado la tierra por intervención divina. Ahora hay una reacción de los amonitas, antiguos señores de estas tierras. Se sienten lo bastante fuertes militarmente como para insistir en sus derechos feudales antiguos.

Los hebreos libres de Galaad no están dispuestos a ceder ante estas pretensiones del rey de Amón. Pero campesinos pacíficos que son, no encuentran entre sí quién pueda organizar la defensa ante el ataque militar inminente. Recurren entonces a Jefté, que como cabecilla de una panda de bandoleros, piensan ellos, seguramente entiende de armas y combates. Jefté consiente en defender a los campesinos galaaditas. Pone, eso sí, una condición. Por lo visto está cansado de su vida de forajido. Ahora pretende ser el gobernador de la provincia. Los buenos galaaditas se encuentran en tales apuros ante el ataque inminente de los amonitas, que se muestran de acuerdo con todas las exigencias de Jefté.

En este momento hay un intento de evitar la guerra mediante las negociaciones diplomáticas. Sin embargo cada parte se siente poseedora de la verdad. Ante la intransigencia, como es natural, se rompe el diálogo.

Hasta ahora Dios no figura para nada. Pero en este momento por fin interviene. Dice la Biblia que al romperse las negociaciones, «el Espíritu de Jehová vino sobre Jefté».

¿Consecuencias de estar lleno del Espíritu de Jehová?

Jefté ataca a los amonitas. Lleno del Espíritu, le ofrece un trato a Dios. «Sí me das la victoria, te quemaré sobre un altar al primero que salga a recibirme cuando vuelva a casa». Dios por lo visto acepta el trato, ya que le concede la victoria. Es así como Jefté acaba asesinando a su propia hija sobre el altar, y quema su cadáver en homenaje a Dios. La chica había salido danzando a recibir a Papá, feliz de verle sano y salvo después de la batalla. Es de suponer que ella no se había enterado de que ahora Papá estaba lleno del Espíritu de Jehová.

Si se tiene en cuenta su pasado como bandolero, cabe imaginar que de la derrota de los amonitas Jefté ha sacado pingües beneficios. Se enteran

de los hechos los vecinos de la tribu de Efraín. Como no se les invitó al asalto, tampoco pueden participar del botín. Esto no les hace ninguna gracia. Una cosa conduce a otra y Jefté, presumiblemente aún lleno del Espíritu de Jehová, se ve envuelto en una guerra civil contra la tribu de Efraín. Jefté y su banda de forajidos galaaditas no se molestan en tomar prisioneros. Efrateo que cogen, efrateo que degüellan. La friolera de 42.000. Algo al estilo de las matanzas tribales en Ruanda. Jefté, lleno del Espíritu de Jehová, actúa como Radovan Karadzic o el General Mladovic en Bosnia.

Sin embargo, por difícil que sea comprender la conducta de Jefté, hay casos peores. Veamos por ejemplo el episodio que le costó a Saúl el trono. Leo de los capítulos 15 y 16 del primer libro de Samuel.

> *Samuel dijo a Saúl: —Jehová me envió a que te ungiese por rey sobre su pueblo Israel; ahora, pues, está atento a las palabras de Jehová. Así ha dicho Jehová de los ejércitos: . Vé, pues, y hiere a Amalec, y destruye todo lo que tiene, y no te apiades de él; mata a hombres, mujeres, niños, y aun los de pecho, vacas, ovejas, camellos y asnos.*
>
> *Saúl, pues, convocó al pueblo y les pasó revista en Telaim, doscientos mil de a pie, y diez mil hombres de Judá. Y viniendo Saúl a la ciudad de Amalec, puso emboscada en el valle. […] Y Saúl derrotó a los amalecitas desde Havila hasta llegar al Shur, que está al oriente de Egipto. Y tomó vivo a Agag rey de Amalec, pero a todo el pueblo mató a filo de espada. Y Saúl y el pueblo perdonaron a Agag, y a lo mejor de las ovejas y del ganado mayor, de los animales engordados, de los carneros y de todo lo bueno, y no lo quisieron destruir; mas todo lo que era vil y despreciable destruyeron.*
>
> *Y vino palabra de Jehová a Samuel, diciendo: —Me pesa haber puesto por rey a Saúl, porque se ha vuelto de en pos de mí, y no ha cumplido mis palabras.*
>
> *Y se apesadumbró Samuel, y clamó a Jehová toda aquella noche. […] Vino, pues, Samuel a Saúl.*
>
> *Y Saúl le dijo: —Bendito seas tú de Jehová; yo he cumplido la palabra de Jehová.*
>
> *Samuel entonces dijo: —¿Pues qué balido de ovejas y bramido de vacas es este que yo oigo con mis oídos?*
>
> *Y Saúl respondió: —De Amalec los han traído; porque el pueblo perdonó lo mejor de las ovejas y de las vacas, para sacrificarlas a Jehová tu Dios, pero lo demás lo destruimos.*

Entonces dijo Samuel: —Déjame declararte lo que Jehová me ha dicho esta noche.

Y él le respondió: —Di.

Y dijo Samuel: —Aunque eras pequeño en tus propios ojos, ¿no has sido hecho jefe de las tribus de Israel, y Jehová te ha ungido por rey sobre Israel? Y Jehová te envió en misión y dijo: «Ve, destruye a los pecadores de Amalec, y hazles guerra hasta que los acabes». ¿Por qué, pues, no has oído la voz de Jehová, sino que vuelto al botín has hecho lo malo ante los ojos de Jehová?

Y Saúl respondió a Samuel: —Antes bien he obedecido la voz de Jehová, y fui a la misión que Jehová me envió, y he traído a Agag rey de Amalec, y he destruido a los amalecitas. Mas el pueblo tomó del botín ovejas y vacas, las primicias del anatema, para ofrecer sacrificios a Jehová tu Dios en Gilgal.

Y Samuel dijo: —¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezcan las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como ídolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey.

[…]

Y él dijo: —Yo he pecado; pero te ruego que me honres delante de los ancianos de mi pueblo y delante de Israel, y vuelvas conmigo para que adore a Jehová tu Dios.

Y volvió Samuel tras Saúl, y adoró Saúl a Jehová.

Después dijo Samuel: —Traedme a Agag rey de Amalec.

Y Agag vino a él alegremente. Y dijo Agag: —Ciertamente ya pasó la amargura de la muerte.

Y Samuel dijo: —Como tu espada dejó a las mujeres sin hijos, así tu madre será sin hijo entre las mujeres.

Entonces Samuel cortó en pedazos a Agag delante de Jehová en Gilgal. Se fue luego Samuel a Ramá, y Saúl subió a su casa en Gabaa de Saúl. Y nunca después vio Samuel a Saúl en toda su vida; y Samuel lloraba a Saúl; y Jehová se arrepentía de haber puesto a Saúl por rey sobre Israel.

Dijo Jehová a Samuel: —¿Hasta cuándo llorarás a Saúl, habiéndolo yo desechado para que no reine sobre Israel? Llena tu cuerno de aceite, y ven, te enviaré a Isaí de Belén, porque de sus hijos me he provisto de rey.

[…]

El Espíritu de Jehová se apartó de Saúl y le atormentaba un espíritu malo de parte de Jehová. Y los criados de Saúl le dijeron: —He aquí ahora, un espíritu malo de parte de Dios te atormenta.

Apuntemos brevemente cuatro observaciones respecto a esta narración.

Primero, el genocidio contra la etnia de Amalec nace de un mandamiento de Dios. Es, sí, una venganza sobre Amalec por haber luchado contra los hebreos dos siglos antes. Pero no son los hebreos los que desean vengarse. Si acaso alguno de ellos recordaba el asunto, sería con el orgullo de los vencedores. Pero ahora, de repente y sin explicaciones, Dios manda que se ejecute esta venganza sobre los descendientes desprevenidos, de quienes dos siglos antes ya habían sido derrotados.

Segundo, el genocidio se lleva a cabo con escalofriante crueldad y fanatismo. Hombres y mujeres, niños y niños de pecho, ¡todos!, toda la etnia, todos son asesinados por los hebreos en su espantosa y despiadada obediencia al mandamiento divino. Sólo un hombre es llevado cautivo, Agag el rey. No sabemos con qué intenciones Saúl se lo lleva vivo después de asesinar fríamente a todo su ejército, a toda su corte, su familia y descendencia. Y, eso sí, lo mejor del ganado ha sido conservado provisionalmente, destinado a morir sobre el altar. El ejército se había propuesto culminar el genocidio con una gran ceremonia de culto al dios que lo inspiró.

Tercero, como única respuesta divina ante tamaño fanatismo religioso por parte de Saúl y su ejército, se oyen palabras terribles de rechazo y ruptura incondicional y eternas. No cuentan los hombres y mujeres, los niños y niños de pecho que con tanta brutalidad sí fueron exterminados. Lo que fastidia tan terriblemente a Jehová, lo que nunca Jehová podrá perdonar, es que haya habido un sobreviviente. ¡Uno! Porque al haber dejado con vida a ese uno, se comprueba por lo visto que Saúl es un perverso que se guía por sentimentalismo humano más que por la obediencia incondicional a la palabra de Dios. Observen con qué saña Samuel mata a Agag, el único sobreviviente. Dice nuestro texto que le descuartizó. No bastaba con clavarle una espada o decapitarle. No. El profeta golpea una y otra vez, aun cuando el cuerpo ya está claramente exánime, separando brazos, piernas, vísceras, descuartizando con frenesí.

Demostrando así, en cuanto profeta de Jehová, el disgusto terrible de Jehová por el hecho de que alguien hubiera sobrevivido la masacre.

Y cuarto, como muestra final de su enojo terrible y divino, Dios no sólo rechaza a Saúl como rey, considerándole indigno de guiar a su raza elegida, sino que le condena a largos años de tormento y locura. Desde ahora en adelante Saúl ha de enfrentarse, él solo, con el demonio que le consume desde dentro y le priva de la cordura y el raciocinio. El demonio para el que no hay remedio, del que no hay dios que le libre, ya que Jehová mismo es quien se lo ha metido.

Si ya es espantosa esta historia, más espantosos son aquellos párrafos que hallamos en distintos puntos de la Biblia, que constituyen una apología del genocidio. Es como los fenómenos de xenofobia asesina que vivimos en nuestra sociedad actual. Si tan sólo fueran crímenes aislados, producto de mentes trastornadas, ya serían terribles de sobra. Pero lo que de verdad resulta siniestro y espantoso es que existan grupos que responden a una ideología nazi, que defienden con frialdad una filosofía con que justifican sus crímenes. Y nos damos cuenta que con meter a algunos individuos en la cárcel no se logra nada. Que hay todo un tramado intelectual que convertirá en héroes a los asesinos y en mártires a los que sean castigados.

Y es precisamente esa siniestralidad la que encontramos en el Antiguo Testamento respecto al genocidio. La siniestralidad de un programa ideológico que predica el genocidio y lo alaba como obediencia a Dios.

Hallamos lo siguiente por ejemplo en el capítulo 20 de Deuteronomio:

Comerás del botín de tus enemigos, que el Señor tu Dios te ha dado. Así harás a todas las ciudades que están muy lejos de ti, que no sean de las ciudades de estas naciones cercanas. Pero en las ciudades de estos pueblos que el Señor tu Dios te da en heredad, no dejarás con vida nada que respire, sino que los destruirás por completo: a los heteos, amorreos, cananeos, ferezeos, heveos y jebuseos, tal como el Señor tu Dios te ha mandado.

Y bien: ¿Qué haremos con esto? Volvamos a la pregunta que nos planteamos como tema para hoy: «¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?» A mi me interesa especialmente abordar esta cuestión desde el tema que inspira este ciclo de conferencias-coloquio: «Perspectivas de paz». ¿Qué perspectivas nos ofrece para la paz un libro sagrado con estas características?

Abordémoslo por partes.

Primero, descartada la opción marcionita, hay que insistir en que el Jehová del Antiguo Testamento no es otro que el Dios y Padre de Jesús en el Nuevo. Según la doctrina cristiana, el Espíritu de Jehová del Antiguo Testamento no puede ser otro que el Espíritu Santo del Nuevo. En esta posición coinciden todas las confesiones cristianas, desde los ortodoxos orientales, hasta católicos, protestantes y evangélicos occidentales. La cuestión ya quedó zanjada de una vez por todas, como hemos visto, a mediados del siglo II de nuestra era.

En segundo lugar, la conducta que aparentemente inspira en Jefté, en Samuel y en la Ley de Moisés este idéntico y único Espíritu Santo, es extremadamente distinta a la conducta que el Nuevo Testamento nos lleva a pensar que inspirará en los que seguimos a Cristo.

En cierta ocasión la gente de una aldea samaritana no quiso alojar a Jesús, que se hallaba de paso por la comarca. Jacobo y Juan se indignaron ante tamaña falta de respeto, y propusieron a Jesús que invocara fuego del cielo que les consumiera. Pero Jesús les riñó: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois». Evidentemente, en la opinión de Jesús, la matanza que proponían era absolutamente incompatible con la conducta que él entendía que inspira el Espíritu divino.

En nuestra próxima conferencia-coloquio vamos a abordar la enseñanza no violenta de Jesús y del Nuevo Testamento en general. Me perdonarán ustedes que no entre hoy a un análisis de los textos del Nuevo Testamento, ya que según la división que me he propuesto del material a exponer, prefiero quedarme hoy con las perspectivas de paz que nos brinda el Antiguo Testamento. Entonces me limitaré a opinar, sin defender esta opinión, que no hay nada en Jesús ni en los apóstoles, que ni por lo más remoto podría interpretarse como aprobación de la violencia, de la fuerza armada, ni de la guerra. ¡Ni qué hablar del genocidio! Expreso esta opinión hoy y pienso defenderla, como he dicho, en mi próxima conferencia.

Volviendo entonces al punto donde nos encontrábamos. Vimos que Jesús acusó a sus discípulos de que «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois» cuando expresaron el deseo de invocar un fuego del cielo que consumiera a sus enemigos. Vimos que con estas palabras Jesús da a entender que el Espíritu divino de quién él sí sabe que es, no inspira tales

sentimientos. Que las ansias de venganza asesina no vienen inspiradas por el Espíritu Santo.

En tercer lugar, entonces, tenemos un problema. Hemos dicho que, uno, la doctrina cristiana no admite que el Jehová del Antiguo Testamento sea otro que el Dios Padre de Jesús en el Nuevo Testamento. Y ahora hemos dicho que, dos, Jesús dice que el Espíritu Santo no inspira sentimientos de venganza asesina. Y antes habíamos observado que en Samuel es precisamente Jehová el que presuntamente inspira el genocidio de Amalec. Entonces… ¡Entienden ustedes por qué digo que tenemos un problema!

Planteadas así las cosas sólo veo dos posibilidades de solución.

Una, que Dios, sin dejar de ser el mismo, haya cambiado profundamente entre el Antiguo y el Nuevo Testamento. Y dos, que los héroes del Antiguo Testamento nos den una imagen distorsionada de Dios.

Podría caber sí una tercera solución, que sería la de considerar que todo esto es un «rollo» que no hay quien lo trague, y desistir de buscar una guía para la vida ética en la Biblia. Pero como cristiano evangélico esa es una posibilidad que no estoy dispuesto a admitir. Otros sin duda podrán ignorar la Biblia por considerarla anacrónica, supersticiosa e inútil. Yo no puedo.

Sobre estas dos posibilidades de solución ensayaré cuatro respuestas a la pregunta: «¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?» Estos cuatro ensayos de respuesta no son necesariamente compatibles entre sí, y cubren un abanico desde una aceptación del sentido de estos textos bíblicos como artículo de fe, hasta el cuestionamiento de que lo que ponen sea cierto.

1. ¿Qué supondría admitir que Dios haya cambiado entre Testamento y Testamento?

La teología clásica nos dice que Dios es inmutable, que no puede cambiar. Pero no es eso lo que nos dice la Biblia acerca de Dios. La Biblia nos cuenta de un Dios que se compromete a un diálogo profundo con la humanidad que él ha creado a su imagen. Que Dios toma decisiones de las que puede arrepentirse. Que Dios rectifica sobre la marcha, al observar la reacción de los seres humanos con quienes está en relación. De ahí la importancia de la oración: La oración de los fieles influye de verdad en la

voluntad divina. De ahí también la importancia de la santidad y fidelidad a Dios en el día a día: La conducta de la humanidad tiene consecuencias reales, buenas y malas. El Dios de la Biblia no es inmutable. El Dios de la Biblia se inmuta, ¡claro que sí! Se conmueve, llora, se goza, siente dolores como de parto al ver el sufrimiento de sus hijos, ama profunda y sacrificialmente.

Suponiendo que Dios de verdad haya cambiado hasta tal punto que aunque antes ordenaba genocidios vengativos ya es incapaz de ello, la verdad es que el cambio le ha sentado bien. Me congratulo con toda la humanidad, de que Dios haya cambiado en dirección al perdón y la tolerancia y no al revés, hacia la inspiración de genocidios y atrocidades peores y más crueles que las anteriores.

He aquí, entonces, nuestro primer ensayo de respuesta acerca de qué hacer con las guerras y los genocidios de la Biblia. La respuesta sería decir claramente que Dios ya no es así. Que Dios ya no inspira tales cosas. Y que se equivocaría con torpeza inexcusable quien se sirviera de las narraciones sanguinarias y crueles del Antiguo Testamento para justificar conductas semejantes hoy día. Con los genocidios de la Biblia se puede hacer cualquier cosa menos tomarlos como ejemplo a seguir. Porque Dios ya no es así.

2. Una variante de esta posibilidad de cambio divino

Sería suponer que no fuera Dios mismo el que ha cambiado, sino tan sólo la conducta que él requiere de la humanidad. Examinemos esta posibilidad: Dios mismo no ha cambiado. Su naturaleza es la misma ahora que en tiempos del Antiguo Testamento. Pero por el motivo que fuere, como estrategia pasajera, en cierto momento histórico y con un pueblo en particular, el hebreo, Dios inspiró aquellas conductas que Jesús luego halló tan incompatibles con su naturaleza.

Norman Gottwald, que ha dedicado las últimas décadas a estudiar la historia de Israel desde una perspectiva sociológica, ha escrito que en la historia normal de la humanidad, la que sucede de verdad entre pueblos, tribus y naciones —que no en las leyendas y los mitos—, sólo había una manera posible para que Israel existiese y sobreviviese y nos dejara la documentación histórica que conforma el Antiguo Testamento. Era necesario recurrir a la guerra y a ciertos episodios de genocidio selectivo. Está

muy bien eso de confiar ciegamente en la salvación de Dios. Pero la fe en Dios, si no se hubiese visto acompañada de las acciones bélicas exigidas por las circunstancias, sólo hubiera conducido a la desaparición de la etnia hebrea, y por tanto también de su religión.

Siguiendo esa pista, podríamos decir que las circunstancias en que nace Israel eran tan precarias, que fueron necesarias medidas extremas para asegurar su supervivencia. La guerra, especialmente si genocida, es siempre horrorosa y reprobable. Pero en este mundo sumido en el pecado, sólo era posible el establecimiento de Israel en Canaán mediante el derramamiento de sangre. Dios, que se había propuesto revelarse dentro de la historia humana, aceptó perfectamente las consecuencias de esa decisión. Era obvio incluso para Dios que los cananeos no iban a dejarle el país a Israel voluntariamente. La humanidad nunca se ha comportado así. Entonces Dios se vale de los hebreos para castigar los pecados de los cananeos, a la vez que para hacer posible el surgimiento nacional de Israel.

Sin embargo las circunstancias históricas han cambiado dramáticamente. Ya en tiempos de Jesús la guerra y la violencia habían dejado de ser necesarias para avanzar los propósitos históricos de Dios. Ahora Dios ya podía revelarse como siempre había sido en el fondo: como un Dios de amor, perdón, misericordia y paz. Dios se revelaba así definitivamente, de una vez por todas, en Jesús de Nazaret y corregía así la falsa impresión dejada por su adaptación de antaño a las exigencias históricas particulares e irrepetibles del surgimiento de Israel en Canaán. Según la revelación de Dios en Jesús, Dios ya nunca más inspirará la venganza genocida. Los seguidores de Jesús tomarán su cruz cada día y sufrirán ellos mismos antes que hacer sufrir al prójimo.

He aquí entonces nuestro segundo ensayo de respuesta a la pregunta: «¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?» Se entienden como una adaptación especial e irrepetible a las circunstancias históricas en que nace Israel. Pero Dios ahora ha corregido la falsa impresión respecto a su naturaleza que aquellos genocidios podrían inspirar. En Jesús de Nazaret nos da un nuevo mandamiento: amar a quien nos maltrata, bendecir a quien nos maldice, devolver el bien por el mal. Los cristianos somos el pueblo del nuevo pacto revelado por Jesús, y no podemos conducirnos según las reglas del antiguo pacto, que ya ha quedado superado. Con los genocidios de la Biblia se puede hacer cualquier cosa menos tomarlos como ejemplo a seguir. Porque ahora, en Jesús, Dios ha mandado amar.

---

3. Una imagen distorsionada

Nuestro próximo ensayo de respuesta difiere poco de la que acabamos de examinar, salvo que deriva de la segunda opción que habíamos planteado. La posibilidad de que algunos pasajes del Antiguo Testamento nos den una imagen distorsionada de la naturaleza de Dios. Atención: no diríamos que la imagen de Dios que nos proporcionan estas narraciones de genocidios sea falsa, sino distorsionada. Como dijo el Apóstol Pablo en cierta ocasión, «Ahora vemos como en un espejo, oscuramente». Los datos acerca de la verdadera naturaleza de Dios están todos allí, salvo que en desequilibrio y desorden, de tal manera que es difícil hacerse una idea clara de la imagen reflejada. El problema no está en el texto, sino en nuestra incapacidad para entender el texto correctamente. Los datos correctos están todos ahí. Pero es como si estuviesen en clave y ya se nos hubiera olvidado cómo descifrarlos.

El Dr. Millard Lind, mi profesor de Antiguo Testamento, ha escrito una obra magistral que es una pena que no esté en castellano, cuyo título, *Jehová es un guerrero*, viene de una frase del canto de los hebreos cuando cruzaron el Mar Rojo. En este libro y otros escritos varios, Lind defiende que ya en el Antiguo Testamento Dios está constantemente intentando conducir a su Pueblo Israel a una comprensión de que ellos no necesitan nunca recurrir a las armas, porque Jehová mismo luchará por ellos. La única respuesta fiel, la única que de verdad ha captado el mensaje del Antiguo Testamento, es la de esperar confiado en la salvación de Dios, sin nunca rebajarse a luchar por sí mismos.

Como digo, es una obra magistral, en la que el Profesor Lind defiende muy bien su tesis. Pero creo que cojea en un aspecto importante. ¿Cómo sabe Lind, y como sé yo, que el Antiguo Testamento tiene el mismo mensaje de paz y no violencia que el Nuevo? En última instancia no es por lo que pone el Antiguo Testamento mismo, sino por los conceptos previos que Lind trae a su lectura del Antiguo Testamento. Y esos conceptos previos derivan del Nuevo Testamento. Es porque Lind es cristiano y a la vez pacifista convencido, que puede ver el mensaje de paz y no violencia que contiene el Antiguo Testamento. Pero quien lee el Antiguo Testamento sin ese convencimiento previo puede defender —y de hecho así se suele defender— la lucha armada y el militarismo como elemento natural en la vida de los cristianos.

Creo yo entonces que lo máximo que se puede decir a partir de un estudio riguroso del Antiguo Testamento, es que es posible leerlo como un documento que tiende hacia la paz y la no violencia. Pero creo también que ese mensaje está tan distorsionado, tan velado; se halla expresado con tanta confusión en medio de tantas aparentes contradicciones en episodios particulares —como el que hemos visto de Samuel y Saúl—; que el Antiguo Testamento de por sí sólo, nunca sería suficiente para llegar a captar plenamente la naturaleza de Dios. Que siempre hace falta el Nuevo Testamento. Que la ética cristiana siempre tiene que tener sus raíces en el Nuevo Testamento y sólo a modo secundario puede recurrir al Antiguo.

Ahora, eso sí, cuando se emplea lo aprendido en el Nuevo Testamento como clave esencial para la lectura e interpretación del Antiguo Testamento, es asombroso cómo se descubren en el Antiguo Testamento críticas muy fuertes contra el militarismo, las carreras de armamentos y los más insignes héroes militares.

Así sería, entonces un tercer ensayo de respuesta a la pregunta que nos hacíamos: «¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?» Se entienden como relatos que distorsionan tan profundamente nuestro concepto de Dios, que sin atrevernos a considerarlos falsos, sin embargo admitimos que en la práctica nos resultan inútiles. La imagen de Dios clara, pura, perfecta y sin distorsiones es Jesús el Hijo. En la Encarnación de Jesucristo, Dios se mostró a sí mismo tal cual de verdad es. Sólo cuando hemos entendido que Dios es como Jesús es, podemos volver —y además con muchísima cautela— a un relato como el de Samuel y Saúl por ver si podemos repescar alguna cosa de interés. Pero si en el acto de volver sobre aquel texto nos desviáramos un ápice del concepto de Dios que aprendemos en Jesús de Nazaret, ya hemos errado.

Con los genocidios de la Biblia se puede hacer cualquier cosa menos tomarlos como ejemplo a seguir. Porque ahora, en Jesús, por fin hemos visto a Dios tal cual de verdad es, perfectamente y sin la más mínima distorsión. Entonces hemos de recurrir a interpretaciones novedosas, inspiradas, espirituales y si hace falta alegóricas de los genocidios bíblicos. Cualquier cosa menos entenderlos literalmente como conducta loable y digna de imitar.

4. Revelación íntegra, aunque incompleta

Desde la perspectiva de esta segunda opción, la de la distorsión de la que adolecería el Antiguo Testamento, podríamos ensayar una cuarta respuesta. Sería la de decir que esa distorsión se debe sencillamente a que los mismísimos autores del Antiguo Testamento no tenían ideas del todo claras acerca de cómo es Dios. Que la revelación de Dios que habían recibido era íntegra pero tan incompleta que en muchos sentidos habría que tacharla de equivocada.

¿Sabe Jesús algo sobre la naturaleza de Dios que ignoraba Samuel? ¿Sabe Jesús algo que ignoraba el autor de Jueces al atribuir las acciones de Jefté a una presunta posesión por el Espíritu de Jehová? ¿Sabe Jesús bastante más sobre el Espíritu Santo que el autor de las apologías bíblicas del genocidio? Si aceptamos el concepto de la Trinidad, si aceptamos que Jesús como Hijo comparte la esencia de la naturaleza divina, no debería haber inconveniente en decir que sí. Que es lógico suponer que Jesús, como integrante de la Trinidad, sabe mejor que nadie cómo es Dios. Y que sería normal que otros se equivocaran porque al fin de cuentas, como humanos, nunca podían entender perfectamente a Dios. Que el problema de distorsión en el Antiguo Testamento no es sólo el de las limitaciones de nuestra comprensión del texto, sino que la distorsión viene ya dada por el texto mismo, cuyos autores no podían ser infalibles porque eran tan sólo humanos.

Decir que Jesús sabe más que ellos y que por lo tanto ellos se equivocaron en algunos particulares, no lleva consigo el rechazo del Antiguo Testamento como Sagradas Escrituras. En mi opinión no equivale a poner en duda su inspiración divina. Sencillamente es admitir que si toda la revelación de Dios se hubiera hallado ya en forma perfecta e inconfundible al escribirse el Antiguo Testamento, Jesús se podía haber ahorrado el tema de la Encarnación. Es precisamente porque el Antiguo Testamento aunque inspirado quedaba incompleto, y por incompleto a veces incluso falso en su testimonio, que Jesús tuvo que venir.

Tenemos que poder decir con claridad que algunas cosas que se atribuyeron al Espíritu de Jehová en el Antiguo Testamento, al compararlas con el Espíritu Santo que reveló Jesús, ya son insostenibles. El Espíritu de Cristo nunca pudo inspirar directamente una conducta como la de Jefté. El Espíritu Santo nunca pudo inspirar un genocidio como el cometido contra

Amalec. Pudo sí, por qué no, permitir a Jefté, un hombre violento con ideas tan paganas que hasta fue capaz del sacrificio humano, salvar a Israel en un momento difícil. También escogió a Ciro, emperador pagano de los persas, como «mesías» del regreso de los judíos desterrados, según Isaías 45:1. Pero esto no supone que Dios aprobara de la conducta de uno ni del otro. Sencillamente constata que Dios es señor de la historia humana y se vale del que quiera valerse.

Ya que de todas maneras los hombres, por rebeldes contra Dios, van a recurrir a homicidios, guerras y genocidios, corresponde a Dios encauzar esa violencia hacia buen fin. Si Dios existe y es bueno, el mal nunca puede en última instancia salirse con la suya. Los horrores cometidos en rebelión contra Dios pueden y deben contribuir al avance de la historia hacia su desenlace en Cristo. En el Apocalipsis leemos de una bestia monstruosa que instigará la guerra y los sufrimientos que conduzcan al establecimiento eterno del reino de Dios. Tal desenlace no justifica a la bestia ni la hace menos monstruosa; sencillamente da fe del poder soberano de Dios.

Según Pablo cuando profetizan los cristianos, la profecía debe someterse al juicio de la comunidad. Los profetas cristianos están llenos del Espíritu Santo y además conocen ya la plenitud de la revelación divina en Jesús. Y sin embargo pueden errar. Siempre cabe la posibilidad de que en una profecía de inspiración divina se mezcle la mera intuición o sentimientos humanos. Si esto es posible para hombres y mujeres que conocen a Jesús y están llenos del Espíritu Santo, cuánto más tiene que haber sido posible para Samuel, mil años antes de Cristo. De hecho yo creo que aquello de juzgar la profecía tiene que seguir siendo posible hoy. Los cristianos debemos ejercer nuestro discernimiento espiritual como hombres y mujeres llenos del Espíritu Santo, y atrevernos a opinar si existe una confirmación en nuestro propio espíritu respecto a las palabras de Samuel, cuando él dijo que Dios quería el genocidio de Amalec.

Esto no significa acusar de falso profeta a Samuel, ni descartar como inservible al Antiguo Testamento. En la iglesia, cuando los hermanos no confirman la palabra profética de un hermano, no pasa nada. Sencillamente se efectúa la corrección pertinente y el hermano que ha profetizado sigue en comunión y todo tan normal, salvo que esa palabra concreta se entiende como opinión personal, no como palabra de Dios. Algo por el estilo diríamos entonces respecto a Samuel y el Antiguo Testamento tocante al exterminio de los amalecitas. Se equivocaron en ese

particular. Pero no por equivocarse en un particular dejan de tener validez en muchos otros particulares.

La Biblia misma se corrige a sí misma en este plan. Jeremías dice que cuando Dios liberó a los hebreos de la esclavitud en Egipto, no les dijo ni una palabra sobre el sacrificio de animales. ¿Qué hacer con el libro de Levítico, entonces, que no hace más que repetir una y otra vez que Jehová manda matar animales para poder perdonar los pecados? Y bien: ¿qué hace la Iglesia con esos capítulos de Levítico? ¡Nada! Admitimos que Jeremías tenía razón. A nadie hoy día se le ocurre matar corderos cada vez que desobedece a Dios.

Así sería entonces nuestro cuarto y último ensayo de respuesta. «¿Cómo se entienden los genocidios en la Biblia?» Se entienden como un error humano. Se entienden como una aberración, una pavorosa inmoralidad del todo injustificable. Se entienden con especial horror por la abominación de haberse pretendido justificar en presuntos mandamientos divinos. Hay errores inocentes, con consecuencias cómicas. Y hay errores cuyas consecuencias son tan trágicas que despiertan pavor y angustia miles de años más tarde. Y los genocidios bíblicos se hallan entre estos últimos.

Con los genocidios de la Biblia se puede hacer cualquier cosa menos tomarlos como ejemplo a seguir. Son tan obviamente contrarios a la voluntad de Dios que cualquier persona mínimamente espiritual se queda de piedra, horrorizado, al recordarlos.

Vemos entonces, y con esto concluyo, que las cuatro respuestas que hemos ensayado a la pregunta que da lugar a esta conferencia, conducen todas ellas a una misma conclusión:

Los genocidios de la Biblia se pueden entender —o no entender— como a cada cual le parezca. Pero nunca, en ningún caso, se los puede tomar como ejemplo a seguir.

Jesús y la no violencia

12 diciembre 1995

CADA VEZ QUE LOS ESTUDIOS de dibujos animados de Disney sacan un nuevo largometraje, es noticia. La técnica de animación de la casa es siempre de la más alta calidad y sus historias suelen combinar un elevado dramatismo, con una sana lección acerca de la victoria del bien sobre el mal. Disney tiene una visión del mundo a todas luces positiva, dulce y romántica. Siempre y contra todo obstáculo prevalecerán el amor, la belleza, la dulzura, la nobleza y el heroísmo.

Mi tema hoy es Jesús y la no violencia, pero antes de abordarlo quiero comentar la reacción que tuve al ver «El Rey león» con mi familia. Salí del cine lleno de rabia y profunda tristeza. Una vez más Disney nos daba su ya tan trillada apología de la violencia justificada. La apología de la violencia que sigue como hilo conductor de su producción. Disfrazándola como entretenimiento infantil, Disney saca una y otra vez la misma fórmula adoctrinadora sobre la necesidad de recurrir a la violencia. Todo disfrute de la vida que no esté dispuesto a enfrentarse con la necesidad de matar es irresponsabilidad. La actitud de «hakuna matata» está muy bien para poder reponerse de traumas infantiles, pero en cierto momento hay que afrontar las responsabilidades de la vida, que siempre pasan por la lucha y el homicidio.

Hay detalles de que siguen con asombrosa fidelidad la mitología de la antigua Babilonia sobre los orígenes del mundo. En la película, el mundo se halla bajo los efectos nefastos del mal. Un usurpador se ha hecho con el trono. El desorden político halla eco en la mismísima naturaleza, y el vergel de la primera escena da lugar a un sombrío desierto, en el que ya no hay ni agua ni vida vegetal, ni justicia ni ninguna virtud. El joven león por fin asume su responsabilidad y ataca al responsable del mal. Lucha contra él, le vence y le manda al exilio. Pero incluso esta respuesta es

inadecuada. Su tío, perversa encarnación de las fuerzas del mal y del caos cósmico, tiene que morir. Y cuando muere por fin caen las lluvias y se restablece el vergel. Una vez más reina el orden y son posibles la felicidad y la fecundidad.

Hace pocos días mi hija menor veía el vídeo de «La Bella y la Bestia» y me senté con ella a ver los últimos minutos. Observé que aquí el desenlace es exactamente el mismo. Como en la mitología babilónica, las fuerzas del mal casi prevalecen. La batalla es terrible y el héroe lleva todas las de perder. Pero al final se arma de fuerza sobrenatural y el que muere es el malvado. Esa muerte hace posible el milagro; el caos embrujado cede ante el amor, purificado por la sangre derramada.

O sea que las películas de Disney son profundamente religiosas. Predican la religión más antigua de la que se tenga conocimiento histórico. La religión de Babilonia, que es también la religión de los griegos y de los romanos. Es la religión de todas las civilizaciones, y por tanto es hoy también la religión del mundo entero. Esta religión predica que la violencia es parte indisoluble de la realidad cósmica en la que nos hallamos. La violencia es inevitable. La violencia perversa sólo puede ser vencida por la violencia benigna. La única alternativa a la violencia justa, esa violencia que es necesidad de Estado, esa violencia que viene apoyada del dios que inspira el orden y la convivencia cívica —la única alternativa a esa violencia justa— es el caos, la degeneración, la muerte y la esterilidad.

Aprendemos esta religión desde nuestra más tierna infancia. Incorporamos sus valores, los hacemos nuestros, mucho antes de que hayamos aprendido a pensar críticamente. Puesto que la adoctrinación al dogma de la violencia justa ya se ha completado antes de que seamos capaces de pensar por cuenta propia acerca de la moralidad y la ética, damos como un hecho incontrovertido la necesidad de emplear la fuerza para vencer el mal. Es una realidad adoptada como dato previo a cualquier reflexión ética, moral o religiosa. Sabemos que el mundo tristemente es así, y este conocimiento condiciona todo nuestro pensamiento posterior. Más adelante en la vida podemos asumir las formas externas de cualquier convicción religiosa, desde la cristiana hasta el ateísmo. Podemos adoptar la postura política que más nos convenza, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Pero sea cual fuere nuestra ideología, religión, política o clase social, nunca dudaremos de la doctrina de la violencia

justa. Los dioses de Babilonia no suelen soltar prenda una vez que han ganado un adepto.

Mi primer impulso ante un tema como el que hoy nos ocupa, Jesús y la no violencia, sería el de examinar detenidamente la enseñanza de Jesús y explicar su sentido contrario a la violencia. De hecho, es lo que les prometí en mi última conferencia y es lo que he hecho, entre otras cosas, en mi libro que lleva este mismo título: *Jesús y la no violencia*. Pero me doy cuenta que con volver sobre la enseñanza de Jesús no adelantaríamos nada.

A fin de cuentas, todos ya sabemos que Jesús predicó la no violencia.

Cuando los que no son cristianos leen el evangelio, si hay una cosa que siempre captan sin la más mínima dificultad, es que Jesús fue un hombre pacífico, que enseñó a amar al prójimo, a devolver el bien por el mal, a dejarle la otra mejilla a quien te golpea, incluso a tomar una cruz y seguirle en el martirio indefenso. Esto despierta profunda admiración, incluso en la persona que prefiera no adoptar la religión de Cristo.

Los cristianos también saben que Jesús fue así y que Jesús enseñó estas cosas. Pero como ya hemos dicho, antes de conocer a Jesús ya habían sido adoctrinados respecto a la necesidad cósmica de la violencia justa. Entonces los cristianos se proclaman seguidores de Jesús, pero no son capaces de abandonar los dioses de Babilonia. Utilizan todo tipo de mecanismos, a veces subconscientes, otras veces racionales y filosóficos, pero siempre con el mismo efecto: el de admirar y adorar a Jesús, pero sin permitir que Jesús transforme su entendimiento de la realidad. En el mejor de los casos, muchos cristianos son profundamente transformados en su carácter y conducta; llegan a ser mansos, humildes y pacíficos como Jesús… y sin embargo no dejan de mantener como idea fundamental sobre la naturaleza del cosmos, que siempre existirán situaciones en las que sólo puede prevalecer el bien sobre el mal si se recurre a la violencia y el homicidio.

Tal es así, que para la inmensa mayoría de los cristianos la doctrina más fundamental, la primera y más elemental de toda la enseñanza cristiana, es la que establece el principio de la pena de muerte. Según esta doctrina el orden cósmico sólo puede establecerse con el homicidio. Dios nunca perdona, sino que debe ser aplacada su ira homicida mediante la muerte de toda la humanidad. La rebeldía humana contra su divina soberanía sólo se puede enmendar con el derramamiento de sangre

humana. Entonces Dios recurre al parricidio, el ejemplo supremo de violencia justificada, permitiendo el asesinato de su Hijo como ofrenda voluntaria para hacer posible la paz entre sí mismo y la humanidad pecadora. Este concepto de Dios es el polo opuesto del que tenía Jesús. Nada tiene que ver con la imagen de Dios como un padre perdonador que corre al encuentro de su hijo pródigo y le abraza sin darle tiempo a pedir perdón. Y sin embargo la imagen de este Dios cuya ira sólo puede ser aplacada con sangre humana es dogma prácticamente universal entre los cristianos, porque coincide con la concepción babilónica de la naturaleza violenta y homicida del orden cósmico.

Entonces, como decía, de nada valdría volver sobre los textos de los evangelios en los que Jesús con tanta claridad predica un orden cósmico basado en el amor más que en la ira divina, en el perdón más que en la venganza homicida, y en la reconciliación en lugar de la violencia. Esos textos nos los sabemos todos, cristianos, ateos y adeptos a otras religiones. Y no hay nada en ellos que explicar; no hay nada en ellos que no sea tan sencillo que se explica solo. Para entender la no violencia de Jesús no hace falta explicar mejor lo que Jesús quiso decir, sino liberarnos de nuestra esclavitud primera al dogma de la violencia justa.

Hace diez o quince años un gran pensador francés, René Girard, culminaba sus estudios de literatura y antropología de la religión, proponiendo su teoría del chivo expiatorio como origen de todas las religiones.

Según esta teoría, la realidad de la humanidad es siempre una de conflictos y rivalidades, que vienen de que todos deseamos las mismas cosas. Ninguna cosa tiene valor a no ser que alguien la desee. Pero en cuanto alguien la desee, la posea y la valore, los demás también la deseamos. Esta envidia primordial es tan fuerte que se puede volver homicida con suma facilidad. Surge así la figura del chivo expiatorio como solución a los conflictos y la envidia. Cuando la tensión generada por el hecho de que todos deseamos la misma cosa se hace insostenible, todos desviamos nuestra atención del objeto deseado y la fijamos en una persona de quien decidimos que es la culpa de nuestra insatisfacción y falta de paz.

Todo el grupo social desplaza entonces hacia esa persona la ira homicida que nace de la envidia que no podemos confesarnos ni a nosotros mismos. Nos ponemos de acuerdo en que esa persona es

absolutamente malvada y perversa y diabólica, sin ningún atenuante humanizante. En lugar de atacarnos todos unos a otros en un caos envidioso que destruiría nuestra coherencia como sociedad humana, descargamos en esa persona nuestro furor homicida. Unidos en la complicidad contra esa persona, hallamos la paz, el alivio del conflicto y de la tensión insoportable para la convivencia. El sacrificio de la víctima elegida es siempre eficaz. La sociedad nunca se equivoca en su selección de la víctima. Porque siempre, sea quien sea la víctima, el resultado es paz, orden, estabilidad y el restablecimiento de la convivencia.

Pero la dinámica de esta solución al conflicto humano es siempre cíclica y reiterativa. Es cierto que funciona de maravillas: restablece la paz y la convivencia, hace aliados de antiguos enemigos, tranquiliza las conciencias y hace desaparecer conflictos y escrúpulos internos. Pero no dura. Requiere de reiteración, de repetición. Es precisamente porque genera la paz, que el mecanismo del chivo expiatorio genera siempre más violencia con el fin de generar más paz.

El mito más antiguo de toda la humanidad es entonces el que resumió en una sola frase Caifás, el sumo sacerdote judío en tiempos de Jesús: «Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca». Es la idea de que el ser humano es sacrificable en arras de la paz y el orden, sobre todo el orden. El bien de la sociedad se transforma en un valor absoluto y entonces la vida humana se considera prescindible. De donde es necesaria una nueva víctima, que no padecerá a manos de las fuerzas del caos sino de las del orden.

Según Girard, entonces, la sociedad humana, la cultura y la civilización sólo son posibles gracias a la víctima. Claro, que esto sólo puede suceder si se hace subconscientemente. Si nos diéramos cuenta de lo que estamos haciendo ya no sería psicológicamente eficaz. Nunca debe ser posible tomar conciencia de que nuestra violencia pacificadora es producto de la envidia. Todo lo contrario, la violencia ha de ser sagrada. La violencia se constituye en un acto religioso. La víctima primero tiene que ser despojada de la ambigüedad que le otorga su humanidad, siempre mezcla imperfecta del bien y del mal. La víctima tiene que transformarse en símbolo inequívoco del mal.

En ese sentido tenía razón Caifás. Cuando toda la sociedad se puso de acuerdo en acabar con Jesús, mostraron una vez más la infalibilidad de su elección de la víctima. La muerte de Jesús tuvo el efecto deseado. Ese año

pasaron las fiestas judías sin que hubiera disturbios en Jerusalén. El movimiento imprevisible y descontrolado que el Domingo de Ramos se había mostrado predispuesto a una insurrección proclamando a Jesús como mesías popular, se disolvió pacíficamente. Con una sola muerte bien elegida se evitaron las muchas muertes que hubieran resultado de un alzamiento revolucionario. Una vez más —mediante el sacrificio en esta oportunidad de Jesús— la fe, la moral, la religión y las buenas costumbres superaron la crisis, y se restablecieron la calma y la paz. Tanto para los líderes religiosos judíos como para los líderes políticos y militares romanos, el resultado revalidó una vez más la corrección de su decisión de recurrir a tiempo a la fuerza del orden, pudiendo evitar así la necesidad de recurrir a la violencia aun mayor en el futuro.

El efecto de matar a Jesús, como todo recurso al chivo expiatorio, reconcilia en una causa común a los que ayer eran enemigos. Los evangelios nos cuentan de la enemistad profunda y constante entre fariseos y saduceos. Pero para acabar con Jesús los fariseos y los saduceos entierran sus diferencias y se hacen amigos. La tensión entre los líderes religiosos y las masas populares es patente en todo el evangelio y nunca más que en los días inmediatamente anteriores al arresto de Jesús. Pero ahora el pueblo grita enfervorizado el ¡Crucifícale, crucifícale! que les dicta la jerarquía. Los judíos y los romanos son enemigos mortales; los judíos sienten el mismo odio reprimido que sienten todos los pueblos invadidos por un ejército extranjero. Pero ahora se transforman en aliados de los romanos. Hacen las paces con el invasor en su complicidad para crucificar a Jesús. El evangelio nos dice que incluso el rey Herodes y Pilato, el procurador romano, que hasta ese momento no se podían ni ver, se hicieron amigos el día que condenaron a muerte a Jesús. La sociedad entera, sin excepciones, se halla en armonía al darle muerte a Jesús.

Nunca fue más visible que el día que crucificaron a Jesús, la bondad del recurso a la violencia. Nunca se demostró con mayor claridad la eficacia de la violencia justificable. No hemos entendido la trama del evangelio si no nos damos cuenta que a Jesús no le mataron los malos sino los buenos. El antisemitismo con que la iglesia durante siglos persiguió a los judíos por la muerte de Cristo, demuestra hasta qué punto seguimos sin enterarnos de nada. Jesús no murió porque los judíos fueran mala gente, sino precisamente porque eran buena gente, piadosa y devota, que cargaron con la responsabilidad de mantener la paz en la sociedad y

procuraron, cueste lo que cueste, evitar una escalada inútil de la violencia. Su motivación, como lo demuestra la sentencia de Caifás, era intachable. «Nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca».

Tenemos que entender que nosotros hubiéramos actuado de la misma manera. Si es que nos consideramos buenos ciudadanos. Si es que nos parece preferible que muera uno y no que perezca toda una nación. Si es que nos inspira la moralidad y nuestras motivaciones son puras. Nosotros también hubiéramos gritado ¡Crucifícale, crucifícale! Y nosotros también nos hubiéramos marchado luego a casa con la satisfacción de haber cumplido con un deber sagrado, con la exaltación espiritual de haber participado en un acto profundamente moral y religioso.

…A no ser que no haya tal cosa como violencia justificable. Porque si la desafortunada necesidad de recurrir a la violencia buena para evitar la violencia mala llegara a ser una mentira, un mito, entonces —¡pero sólo entonces!— se demostraría que fue un error matar a Jesús.

Y es en este punto donde Girard halla que la Biblia es distinta a la mitología de las demás religiones. Según su teoría, el recurso al chivo expiatorio sólo puede funcionar demonizando a la víctima, o sea cargando sobre ella todas las culpas y todos los males de la sociedad, hasta transformarla en representante eficaz de todo aquello que hay que eliminar. Luego, con la desaparición de la víctima, se entiende que también ha desaparecido el mal que aquejaba a la sociedad.

Pero la Biblia nos deja ver las cosas desde el punto de vista de la víctima. Y la víctima se sabe en algunos casos nada peor que los que le persiguen; y en la mayoría de los casos absolutamente inocente. Esto es cierto en diversos pasajes del Antiguo Testamento. Pensemos por ejemplo en el relato de Abel y Caín, o en los salmos de lamentación, o en el libro de Job. Pero esto es especialmente cierto en el caso de Jesús. Los evangelios nos dejan ver cómo Jesús es transformado en víctima, sin renunciar a la vez a verle como inocente. Cuando los escribas declaran: «Tienes un demonio», los evangelios explican cómo es imposible que los demonios inspiren los milagros de Jesús. Ante cada acusación, frente a cada culpa que se le quiere achacar, los evangelios dan respuesta. Incluso en su atrevimiento aparentemente blasfemo de equipararse a Dios Jesús es inocente. ¡Porque de verdad es el Hijo Unigénito de Dios!

Esto, para el que tenga ojos para ver, tiene un efecto tremendamente perturbador, que ataca los mismísimos cimientos de la violencia justa. Porque si pretendiendo eliminar la maldad hemos eliminado al único inocente, la maldad sigue con nosotros. Si la víctima era inocente, todos los que le eliminamos somos culpables. Y si la víctima que ha cargado con todo el pecado y con todas las culpas de la sociedad no era la encarnación del demonio sino la encarnación de Dios, descubrimos que en lugar de celebrar un acto religioso estábamos en la más absoluta rebeldía imaginable contra Dios. Descubrimos que nuestra violencia pretendidamente justa no refleja la voluntad de Dios sino que es oposición frontal contra Dios.

Ya hemos visto que al eliminar a Jesús la sociedad de Jerusalén no se equivocó. Eliminar a Jesús tuvo el efecto deseado: la reconciliación, la paz y la armonía social. Si al matar a Jesús nos opusimos frontalmente a Dios, las fuerzas espirituales que nos dieron la reconciliación, la paz y la armonía social a cambio de su sangre, tenían que ser fuerzas diabólicas. ¡La violencia justa no era entonces el plan de Dios sino el plan del diablo!

Tenemos que entender lo sumamente corrosivo y subversivo que resulta el hecho de la resurrección de Jesús. Su resurrección demuestra que el Dios y Padre de Jesús no es el dios de este mundo. Que el Dios y Padre de Jesús, el Dios Soberano que tiene poder sobre la mismísima muerte, entiende como maldad aquello que todo el mundo, y el dios de este mundo, habían considerado virtud. Dios ve como víctima inocente a Jesús, a quien todo el mundo y el dios de este mundo habían identificado como culpable de todos los males de la sociedad.

Atención a las siguientes palabras de Jesús, que hallamos en el Evangelio de Juan, capítulo 8:

> *Vosotros sois de vuestro padre el diablo, y los deseos de vuestro padre queréis hacer. El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira.*

¡Desde el principio, el homicidio ha sido siempre obra del diablo! Y todos los razonamientos que justifican el homicidio, desde el principio, han sido mentiras. ¡Mentiras diabólicas!

La acusación de Jesús es espantosa y si es cierta, tiene consecuencias extraordinarias. Porque Jesús no dirige estas palabras contra los elementos criminales de su sociedad. No dirige estas palabras contra los malvados,

los perversos, los perturbadores del orden y las buenas costumbres. ¡No, no! Jesús dirige estas palabras a la clase dirigente. A los buenos. A los guardianes de la religión. A los que luchan por mantener el orden, la paz y la convivencia pacífica en la sociedad. A los que sientan cátedra sobre el amor al prójimo y la generosidad y solidaridad con los pobres. A los que defienden a la sociedad contra las fuerzas del caos y la violencia indiscriminada. ¡Es a éstos que Jesús llama hijos del diablo!

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? ¿Cómo hemos confundido las mentiras del diablo y la verdad de Dios? ¿Cómo es posible que la religión y la piedad nos hayan transformado en hijos del diablo? ¿Cómo es posible que a pesar de toda la revelación bíblica seguimos sirviendo a los dioses de Babilonia?

Quiero referirme ahora a la monumental obra de Walter Wink, que en una serie de libros en la última década ha ido desgranando el tema de los «principados y potestades» en el Nuevo Testamento. Porque creo que el concepto de «principados y potestades» que se manejaba en el mundo bíblico nos puede ayudar a entender cómo hemos caído en la mentira; cómo hemos hecho lo malo pensando que hacíamos lo bueno. En su estudio del empleo de palabras del Nuevo Testamento que tienen que ver con el poder y la autoridad, Wink descubrió que las mismas palabras se refieren a veces a las personas que tienen o ejercen ese poder o autoridad; pero otras veces parecen referirse a seres espirituales que se mueven por el aire.

El pasaje del Nuevo Testamento que quizá primero salte a la memoria es el siguiente párrafo del capítulo 6 de la carta de Pablo a los Efesios:

> *Por lo demás, hermanos míos, fortaleceos en el Señor, y en el poder de su fuerza. Vestíos de toda la armadura de Dios, para que podáis estar firmes contra las asechanzas del diablo. Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra principados, contra potestades, contra los gobernadores de las tinieblas de este siglo, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestiales.*

En nuestro mundo moderno es difícil hablar de espiritualidad. Lo que los antiguos entendían como un aspecto espiritual de cada cosa que existe, incluso de cada abstracción o situación, a los modernos normalmente se nos escapa. La única aproximación moderna a aquella conciencia de realidades más allá de las materiales, es el concepto de «vibraciones». En

la jerga de nuestro día una persona, un lugar, una situación puede tener buenas o malas «vibraciones». Es como decir que sientes paz allí o por lo contrario que te parece siniestro. Los antiguos se percataban de la misma realidad y lo llamaban «espíritu». Un espíritu de paz o un espíritu siniestro. Un espíritu bueno o malo en lugar de «vibraciones» buenas o malas.

Los antiguos también hablaban con toda naturalidad de ángeles, genios, demonios y dioses. Decían «el ángel de tal nación» por referirse al carácter particular de una nación y cómo eso influye y hasta determina el desarrollo de su historia. Decían «el genio del emperador» por referirse a la autoridad que reside en el cargo de emperador, y que es lo que hace que un mero mortal pueda tomar decisiones de vida y muerte sobre cientos de miles de personas.

Las palabras «demonio» y «dios» eran intercambiables. Estos eran espíritus con una influencia especialmente importante. El dios mensajero, Mercurio, era la realidad espiritual que se manifestaba en las comunicaciones a distancia. El dios guerrero, Marte, era la realidad espiritual que se manifestaba en los conflictos bélicos. La diosa del amor, Venus, es la realidad espiritual que se manifiesta cuando alguien se enamora. La diosa Palas Atenea era ese «no sé qué» que daba a Atenas una ventaja psicológica en la guerra y en la imposición de su cultura.

Los antiguos veneraban y adoraban estas realidades espirituales. Les producía espanto y temor darse cuenta hasta qué punto sus vidas y decisiones venían predeterminadas por realidades invisibles. Hasta el día de hoy la gente vive cautiva a estos espíritus. Posiblemente más cautiva que nunca porque ya ni siquiera recordamos que existen. El consumismo, la fuerza de la publicidad, el fanatismo deportivo, los nacionalismos, nos tienen atrapados tan completamente que parecen una fuerza vital, con voluntad propia. Y son ellos quienes dictan lo que nos ha de parecer bueno o malo; son ellos quienes definen para nosotros los conceptos del bien y del mal.

Recuerdo la sorpresa con que los chicos de mi generación me respondían hace 25 años en Argentina cuando les preguntaba por qué hacían la mili. Su respuesta era siempre la misma: «Hay que hacerla, ¡qué remedio!» Vivían en cautiverio al espíritu de lealtad nacional y al espíritu de las Fuerzas Armadas. Yo les decía: «No, no es necesario hacer la mili.

Puedes negarte y luego ir a la cárcel». Y ellos se quedaban estupefactos. ¡Jamás se les hubiera ocurrido esa posibilidad!

Nadie, ningún ser humano, es tan perverso como para querer una guerra como la de Bosnia o la de Ruanda. Somos llevados mansamente de aquí para allá por lo que modernamente llamamos fuerzas históricas, que impulsan a distintos pueblos a odiarse de tal manera que desemboquen en conflictos espantosos. Algo de ello intuía Tolstoi en su importante reflexión sobre la naturaleza de la historia con que cierra su novela *Guerra y paz*. Tolstoi lo describía como un destino, una fuerza invisible que había arrastrado al ejército napoleónico hasta las puertas de Moscú para ser inevitablemente vencido por Rusia.

Todo esto viene a decir que, si algo de verdad intuían los antiguos que nuestra presente cultura materialista ignora, entonces cada decisión moral o ética que tenemos que tomar tiene una dimensión espiritual. Las cosas no son siempre lo que parecen. Lo que a primera vista se presenta como una opción clara entre el bien y el mal, en blanco y negro, puede no ser tan sencillo.

Cuando una acción se presenta como buena, tenemos que preguntarnos: ¿Buena según quién? ¿Para quién? ¿Quién se beneficia? ¿Para qué intereses es buena? Empleando el vocabulario de los antiguos la pregunta sería: ¿Qué dios, qué ángel, que espíritu recomienda como buena esta acción? Recordemos una vez más la frase que citábamos en la conferencia anterior, con que Jesús recriminó el deseo de venganza que expresaron sus discípulos contra una población samaritana. La situación parecía clara y la motivación de los discípulos parecía pura: los samaritanos negaban alojamiento a Jesús, a Cristo el Mesías; por lo que se merecían un castigo milagroso y ejemplar. Pero Jesús les dijo: «Vosotros no sabéis de qué espíritu sois».

El mensaje del Nuevo Testamento es que ya no debemos obediencia ciega a los dioses o espíritus de este mundo. El mensaje del Nuevo Testamento es que Cristo nos ha liberado de la esclavitud a los principados y potestades de este mundo. Los cristianos podemos decidir, por cuenta propia y en obediencia a Jesucristo, si nos vamos a dejar arrastrar o no por el odio nacionalista, por el fanatismo deportivo o por la fiebre consumista. Cristo despojó a los principados y potestades de su autoridad idolátrica, y los exhibió públicamente como botín de guerra.

¿Cuándo y cómo obtuvo Jesús su victoria sobre los principados y potestades de este mundo? En el momento en el que por obedecerles ciegamente, la humanidad conspiró a una para asesinar al inocente, al justo. Fue en la cruz donde Jesús les arrancó la máscara. Fue en la cruz donde hicieron el ridículo total en toda su pomposa pretensiosidad. Allí se comprobó que lo que todo el mundo y el dios de este mundo entienden como el bien, puede en realidad ser un mal de proporciones escalofriantes.

Por eso pone el Apóstol Pablo en su carta a los Colosenses: «[Cristo despojó] a los principados y a las potestades, [y] los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz». En otras palabras, fue tan escandaloso el error que cometieron al matarle, que han perdido la autoridad moral que requieren para poder imponernos su voluntad y sus criterios del bien y del mal.

Por este error quedan destronados todos los dioses, ángeles, demonios y espíritus de este mundo. Ya han de someterse ellos mismos a los pies de Jesús. En la cruz queda despojado de su poder el demonio de de la turba popular. En la cruz queda despojado de su poder el espíritu fariseo de intolerancia religiosa. En la cruz quedan despojados de su autoridad el genio del Imperio Romano y el dios de sus fuerzas armadas.

Pero muy en especial perdió su prestigio en la cruz aquel espíritu diabólico que trae cautivas a todas las civilizaciones desde la más antigua Babilonia: el espíritu de la violencia justa, de la violencia justificable. Ningún demonio se vio tan en ridículo como él, cuando el cuerpo sin vida de Jesús colgaba de sus clavos. Porque ningún demonio como él había abogado tan vivamente por su ejecución.

Habiendo llegado a este punto quiero responder todavía, en los pocos minutos que me quedan en esta conferencia, a una objeción que sé que harán aquellos de los aquí presentes que conozcan bien el Nuevo Testamento. Es la objeción que nace de la carta de Pablo a los Romanos, capítulo 13, donde dice claramente que hay que someterse a las autoridades porque es Dios mismo el que las ha puesto en su lugar. Leamos lo que pone:

> *Sométase toda persona a las autoridades superiores; porque no hay autoridad sino de parte de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste; y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos. Porque los magistrados*

no están para infundir temor al que hace el bien, sino al malo. ¿Quieres, pues, no temer la autoridad? Haz lo bueno, y tendrás alabanza de ella; porque es servidor de Dios para tu bien. Pero si haces lo malo, teme; porque no en vano lleva la espada, pues es servidor de Dios, vengador para castigar al que hace lo malo. Por lo cual es necesario estarle sujetos, no solamente por razón del castigo, sino también por causa de la conciencia. Pues por esto pagáis también los tributos, porque son servidores de Dios que atienden continuamente a esto mismo. Pagad a todos lo que debéis: al que tributo, tributo; al que impuesto, impuesto; al que respeto, respeto; al que honra, honra.

Más clara el agua, ¿no? Las autoridades no reflejan la voluntad de demonios sino que han sido establecidas por Dios mismo. ¿Cómo hemos de entender esto a la luz de todo lo expuesto hoy?

En primer lugar, es fundamental recordar quién es el que escribe estas palabras. Lo que escribe Pablo tiene que ser comparado con su vida y con su muerte. Pablo era apóstol de Jesucristo. Quiere decir que él dedicó su vida a anunciar las buenas nuevas de la salvación, el poder y la autoridad cósmica de una persona que había sido ejecutada por esas mismas autoridades superiores de las que habla en este párrafo. «¿Quieres no temer a la autoridad? Haz el bien y ellas te alabarán». ¡Pero el Jesús que Pablo predica hizo el bien y las autoridades se lo cargaron! Luego Pablo, en cuanto apóstol legítimo de Jesús, es imitador de los sufrimientos de Jesús. Este es un tema que aparece reiteradamente en el libro de los Hechos de los Apóstoles y en las cartas de Pablo mismo. Pablo también fue elegido varias veces como chivo expiatorio por las fuerzas del orden y de la religión, o sea estas mismas autoridades superiores. Perseguido tanto por autoridades religiosas como estatales, estuvo frecuentemente en peligro de vida y en las cárceles imperiales. Si los gobernadores romanos le perdonaban la vida no era porque aprobaran de su conducta sino porque respetaban su ciudadanía romana, que le otorgaba el derecho a ser juzgado en la metrópoli. Según las leyendas, Pablo al final murió decapitado por orden imperial. O sea que le ejecutaron esas mismas autoridades superiores que el párrafo que citábamos alega que quien haga el bien no ha de temer.

Siendo así las cosas, hay que coger este párrafo con pinzas. Hay que verlo dentro del contexto de la vida de su autor e interpretarlo de tal manera que sea coherente con su pensamiento y conducta en general.

También hay que interpretar este párrafo de tal manera que sea coherente con su contexto en la carta apostólica donde figura. Vean lo que pone inmediatamente antes de aquello de que Dios estableció las autoridades:

> *No paguéis a nadie mal por mal; procurad lo bueno delante de todos los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres. No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios; porque escrito está: Mía es la venganza, yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tuviere hambre, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; pues haciendo esto, ascuas de fuego amontonarás sobre su cabeza. No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal.*

Vean también las palabras inmediatamente posteriores al párrafo en cuestión:

> *No debáis a nadie nada, sino el amaros unos a otros; porque el que ama al prójimo, ha cumplido la ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no hurtarás, no dirás falso testimonio, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, en esta sentencia se resume: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo; así que el cumplimiento de la ley es el amor.*

Si leemos con cuidado, entonces, vemos que lo que manda Pablo claramente es la no violencia. No una no violencia pasiva, sino el empleo de técnicas de acción no violenta que pondrán en desventaja moral al enemigo, encendiéndole las mejillas de rubor tan vivamente como si tuviera ascuas de fuego sobre su cabeza. No hace falta oponerse al poder político y militar frontalmente, empleando sus propias armas. Esas fuerzas, en cuanto mantienen la paz y el orden, persiguen una meta loable y en ese sentido son siervos de Dios. Pero los que siguen a Cristo buscan la transformación social con otros medios: el amor, del que Pablo dice que nunca hace mal al prójimo.

La cuestión de que Dios haya establecido estas autoridades como siervos suyos, y que sin embargo estas mismas autoridades asesinaron a Jesús y persiguieron a la Iglesia, merece más atención que la que le voy a dedicar aquí. Permítanme que me limite a resumir en unas pocas frases emblemáticas, el bosquejo de lo que se puede decir sobre los principados y potestades según aprendemos del Nuevo Testamento. No voy a dar aquí citas específicas, pero les aseguro que cada uno de los cuatro puntos a continuación hacen eco de pasajes bíblicos muy claros:

Primero: Las autoridades, los principados y potestades —entendiendo con estas palabras tanto las personas, como las realidades espirituales que otorgan autoridad a esas personas y que determinan desde lo invisible lo que esas personas harán con la autoridad—: Los principados y potestades fueron creados o establecidos por Dios.

Segundo: Los principados y potestades se han rebelado contra Dios. En cuanto personas, la rebeldía personal contra Dios es visible siempre que siguen estrategias diferentes a la acción no violenta que Jesús ha trazado. Y en cuanto realidades espirituales invisibles, están en rebeldía contra Dios porque han sido endiosadas por los hombres. La humanidad ha desviado de Dios su lealtad incondicional y se la ha otorgado a estos espíritus, haciendo de ellos falsos dioses, dándoles una gloria y un poder y una autoridad absoluta que no les corresponde.

Tercero: Los principados y potestades han sido desenmascarados por la cruz de Jesús. La falsa y pomposa pretensión con que se hacían pasar por dioses e imponían su voluntad sobre la humanidad, se ha caído de su propio peso ante la enormidad de su error al elegir a Jesús como chivo expiatorio. Habiendo hecho tamaño ridículo, han sido públicamente vencidos por la acción no violenta de Jesús, cuando él sencillamente dejó que hicieran con él lo que querían.

Cuarto: Todos los poderes espirituales, así como todo ser humano y la creación entera, se acabarán sometiendo bajo los pies de Jesucristo. Acabada su rebeldía en cuanto la humanidad deje de otorgarles un grado de autoridad y gloria superior a lo que les corresponde, volverán a ocupar el lugar que sí les corresponde bajo la autoridad suprema de Jesús el Mesías.

Termino con una conclusión y una sugerencia final.

Primero una conclusión: La incompatibilidad entre Jesús y la violencia es mucho más profunda que lo que cabe esperar de un repaso somero de sus enseñanzas. La no violencia cristiana está en la médula del significado de la cruz de Jesús. No se puede abandonar la no violencia sin castrar al evangelio, dejándolo impotente para engendrar nueva vida en la sociedad humana.

Y por último una sugerencia de estudio: Con todas estas cosas en mente, sería útil abordar un estudio de la enseñanza y la vida de Jesús para

aprender técnicas de acción no violenta. Estoy convencido de que la no violencia de Jesús no se quedó en una aceptación pasiva de la maldad, la opresión y la violencia cruel de los malvados. Jesús le plantó cara al mal en cada situación. Lo único es que recurrió a la acción no violenta en lugar de emplear las armas y las estrategias de los dioses de este mundo. Sugiero que lean ustedes otra vez los evangelios, con ojos nuevos, para descubrir en ellos las técnicas de acción no violenta contra todo mal que empleó Jesús.

La objeción de conciencia en la Iglesia Primitiva

16 enero 1996

ANTES DE EMPEZAR esta conferencia quiero hacer una pequeña aclaración acerca de los nombres de las personas de los primeros siglos del cristianismo que voy a citar. En la tradición evangélica, siguiendo el ejemplo de la Biblia, entendemos que «los santos» —siempre en plural— somos todos los elegidos, los que hemos optado por seguir a Cristo. Entonces no utilizamos las palabras «San» o «Santa» como título de honor para referirnos a ninguna persona en particular. Reconozco que puede parecer curioso o incluso violento oírme referirme a estos ilustres hermanos del pasado tan sencillamente por su nombre. Ruego comprendan ustedes que es ésta una de las condiciones dadas por el hecho de hallarse en un «aula evangélica».

Dicho lo cual, entremos en materia:

En el año 298 fue arrestado por escándalo público Marcelo, un centurión de la Séptima Legión romana, emplazada en España. El antiguo relato de su martirio nos cuenta que «después de desceñirse la espada y arrojarla delante de los estandartes de la legión, testificó en alta voz: Soy soldado de Cristo, el rey eterno. De ahora en adelante dejo de servir a vuestro emperador y desprecio el culto a vuestros dioses de madera y piedra, que no son más que imágenes mudas». Llevado ante el tribunal, manifestó que no era esta la primera vez que había expresado tales sentimientos.

—Ya en el día 12 de las calendas de Agosto —dijo—, ante los estandartes de esta misma legión y mientras celebrabais el cumpleaños de vuestro emperador, yo declaré públicamente y en alta voz que soy cristiano y que

no puedo servir más bajo este estandarte sino tan sólo bajo las órdenes de Jesucristo, Hijo del Dios Omnipotente.

La situación pareció tan novedosa (o complicada) al gobernador Fortunato, que decidió enviarle a su superior, Aurelio Agricolano, que se hallaba en Tánger.

—¿Has servido en el ejército como centurión? —le interrogó Agricolano.

—En efecto, he sido soldado.

—¿Qué locura es ésta, que te ha impulsado a quebrantar tus solemnes votos militares y expresarte de tal manera?

—No es ninguna locura para los que temen a Dios.

—¿Es cierto que has arrojado tus armas?

—Sí, las he tirado. Porque no es justo que un cristiano, que lucha por Cristo su Señor, sea soldado conforme a las brutalidades de este mundo.

El antiguo relato concluye con la siguiente observación: «Por este motivo fue necesario que Marcelo partiera de este mundo un mártir glorioso».

Este comentario final es notable habida cuenta de que otros comentaristas posteriores tienden a explicar el martirio de Marcelo como consecuencia de su negativa a participar en la religión romana más que como consecuencia de su negativa a participar en la violencia militar. Han citado para sostener esta opinión sus palabras en contra de la idolatría. En realidad las dos objeciones eran paralelas e inseparables. La idolatría era una sola carne con la ideología militar. Desde el punto de vista espiritual, la lealtad que se exigía de los soldados era incompatible con la lealtad que exigía Dios. Como entendió Marcelo con suma claridad, tanto Cristo como el emperador exigían una misma obediencia tan absoluta e incondicional, que no cabía más remedio que elegir entre uno y otro. O permitía que Cristo fuera su milicia, o permitía que la ideología militar fuese su religión; no había términos medios. Ambos, la fe de Cristo y la ideología militar, competían por un mismo espacio psicológico, emotivo y espiritual en el alma humana.

Marcelo rechaza el ejército romano tirando su espada y tachando de «brutalidades» la actividad de los soldados. No hay vuelta que darle. Marcelo murió mártir sencilla y llanamente como objetor de conciencia. Y

es objetor de conciencia porque ha optado por Cristo en contraposición precisa y directa con el emperador romano.

Durante los tres primeros siglos después de Jesús, todas las evidencias indican que los cristianos compartieron ampliamente esta actitud respecto a las fuerzas armadas. Si después de leer el Nuevo Testamento quedara alguna duda sobre si los primeros cristianos creían incompatible seguir a Cristo y la actividad militar, esta se despejaría con el examen de la realidad cristiana hasta comienzos del siglo IV.

El Nuevo Testamento mismo puede servir como el mejor testimonio de las actitudes cristianas hasta el final del primer siglo. Allí se recoge, como comentábamos en una conferencia anterior, no sólo la enseñanza no violenta de Jesús, sino la convicción apostólica de que al morir en la cruz, Jesús venció a los principados y potestades de este mundo y los exhibió públicamente, de tal manera que haciendo el ridículo perdieron su poder sobre la humanidad. El espíritu de la venganza, el espíritu de devolver mal por mal, el espíritu de la violencia justificada como mal menor, el espíritu de la necesidad de recurrir a la fuerza en bien del orden y la justicia, todos estos espíritus fueron derrotados junto con todas las demás huestes de Satanás, en la cruz del Calvario.

Los escritos de los Padres de la Iglesia de los siglos inmediatamente siguientes no varían esta postura fundamental que hallamos en el Nuevo Testamento. La iglesia mantenía claramente su enseñanza de virtudes tales como el amor, el perdón, y la capacidad de aguantar injusticias y persecuciones con mansedumbre y humildad. Los cristianos seguían poniendo en práctica sus métodos de acción no violenta, cuyo fin era la transformación radical de la sociedad sin recurrir a las armas. Estaban auténticamente convencidos de que el martirio era una de las formas más poderosas de influir en beneficio de la sociedad y observaban que la muerte de un mártir en lugar de crear rechazo hacia el cristianismo, frecuentemente les ganaba adeptos. Estaban persuadidos de que sus oraciones y ruegos ante Dios eran profundamente eficaces para obtener el bienestar general y la paz en el imperio.

Los autores cristianos de aquellos siglos frecuentemente describían la vida cristiana en términos militares, siguiendo ejemplos que figuran ya en el Nuevo Testamento. Jesús era el comandante y los cristianos combatían contra el mal y las huestes diabólicas de maldad a todos los niveles en las esferas espirituales. Si no cedían ante una tentación personal, declaraban

derrotado al demonio que les había tentado. Si eran perseguidos, describían como combate cristiano el martirio, proclamándose vencedores en el acto de morir. Y como Marcelo (el centurión objetor con cuya historia abríamos) entendían que había que elegir entre el ejército del emperador y el ejército de Cristo. Que no se podía estar simultáneamente a las órdenes de dos superiores. Que el sacramento del bautismo cristiano anulaba el *sacramentum* del juramento militar. Las dos milicias eran incompatibles entre sí.

Clemente de Alejandría opinaba que era «una ventura gloriosa desertar para unirse al ejército de Dios». Expresó su entusiasmo por el cristianismo en los siguientes término militares, la visión de un ejército que no derrama sangre:

> *Cuando suena estridente la trompeta* —escribe Clemente—, *convoca a los soldados y proclama la guerra. ¿Y acaso crees tú que Cristo, habiendo hecho sonar hasta los últimos confines de la tierra su toque de paz, no había de convocar a sus soldados de la paz? Sí, oh hombre, ha convocado por sangre y por palabra su ejército que no derrama sangre, y a ellos ha encomendado el reino del cielo. La trompeta de Cristo es su evangelio. Él la ha tocado, y nosotros oímos. Ciñámonos con la armadura de la paz, «revistiéndonos con la coraza de la justicia», alzando el escudo de la fe y poniendo sobre nuestras cabezas el yelmo de la salvación; y afilemos «la espada del Espíritu, que es la palabra de Dios».*
>
> *Así nos emplaza el apóstol en las filas de la paz. Estas son nuestras armas invulnerables; equipados con ellas mantengámonos en formación contra el maligno. Apaguemos los dardos de fuego del maligno con puntas de lanza remojadas en agua por la Palabra.*

La no violencia cristiana era mucho más que la negación de la ideología militar. Había una ideología contraria y positiva que guiaba la visión cristiana de una sociedad que viviera en paz y justicia. Así lo describe Justino Mártir en su *Apología* escrita en el año 155:

> *Nosotros, que antes nos odiábamos y destruíamos unos a otros, y que por causa de diferencias de costumbres nos negábamos a convivir con hombres de una tribu distinta, desde que vino Cristo vivimos con todo el mundo como en familia. Oramos por nuestros enemigos y procuramos convencer a quienes nos odian injustamente, para que vivan conforme a los preceptos benignos de Cristo.* […] *Porque no debemos pelear; ni tampoco tiene él la intención de que*

imitemos a hombres perversos, sino que nos ha exhortado para que guiemos a todos los hombres mediante la paciencia y la mansedumbre, para que abandonen la vergüenza y el amor al mal.

La palabra «paciencia», citada aquí, es un concepto que en la pluma de los autores cristianos primitivos es notablemente difícil de coger. Nuestra familiaridad con la palabra «paciencia» en nuestro propio diccionario nos trasmite un significado excesivamente limitado. Pero cuando aquellos cristianos empleaban la palabra «paciencia», tenía el sentido de una resistencia tenaz y firme contra el mal y contra las personas malvadas, aunque siempre sin recurrir a métodos violentos. La «paciencia» era la capacidad para aguantar contra viento y marea, con una fe inconmovible en la reivindicación de los justos. «Paciencia» es lo que veían en Jesús en la cruz, y veían confirmada su validez en la resurrección. «Paciencia» era su táctica frente al imperio: estaban dispuestos a perder unos pocos mártires no violentos, confiados en la inestimable superioridad moral que les otorgaban de cara a la sociedad romana y sus estructuras políticas y militares. Podríamos traducir la palabra «paciencia» con nuestro vocablo «aguante»; pero tampoco sería descabellado traducirla con la frase «acción no violenta».

Observemos por ejemplo el efecto que da tal traducción, a la siguiente frase de Tertuliano, autor cartaginense del siglo II: «La regla universal de la acción no violenta está contenida en este mandamiento esencial: que no hagamos el mal incluso cuando parezca justificable». Traducido de la misma manera, el obispo Cipriano, otro cartaginense escribió poco más tarde:

La acción no violenta, amados hermanos, no sólo vela por el bien, sino que rechaza el mal. En armonía con el Espíritu Santo y en asociación con todo lo que sea celeste y divino, lucha mediante la defensa de su propia fuerza contra las obras de la carne. […] *Es la acción no violenta la que dirige nuestras obras, de tal manera que nos aferremos al camino de Cristo en el que andamos gracias a su acción no violenta. Es esto lo que nos hace perseverar como hijos de Dios, al imitar la acción no violenta del Padre mismo* [al salvarnos].

Veamos como actúa esta «paciencia» o «acción no violenta» en el siguiente párrafo del historiador Lactancio, del siglo IV:

Es el papel del hombre sabio y excelente no procurar deshacerse de su adversario, lo cual nunca se puede hacer sin culpa ni peligro; sino procurar

acabar con la contienda misma, lo cual puede hacerse con ventaja y con justicia. Por lo tanto ha de considerarse que la paciencia es una muy grande virtud; y con el fin de que el hombre justo la aprenda, Dios estableció […] *que primero debe ser despreciado y tenido por perezoso. Porque mientras no haya recibido insultos nunca se conocerá su fortaleza interior para refrenarse a sí mismo. Mas ahora, cuando sufre la provocación del insulto, si empieza a contestar con violencia al que le ataca, ya ha sido vencido. Pero si ha logrado reprimir ese impulso mediante el uso de la razón, demuestra tener dominio de sí mismo: es capaz de gobernarse a sí mismo. Y esta capacidad de refrenarse a sí mismo es lo que llamamos paciencia, la cual es una única virtud capaz de oponerse a todos los vicios.*

No tenemos por qué imaginar que la iglesia de aquellos siglos fuera perfecta en su seguimiento de Cristo. Tenía una importante tendencia hacia el legalismo y la intolerancia. Muchos de los avances más notables de la primera generación de cristianos fueron cediendo mientras la iglesia se acomodaba a las exigencias más conservadoras de la sociedad de su día. Por ejemplo la naturalidad con que Jesús y los apóstoles incluyeron mujeres en su entorno y les encomendaron misiones de responsabilidad, prácticamente desapareció del entorno cristiano, que se acomodó con demasiada prisa y facilidad al machismo de la época. A pesar de sus orígenes tan claramente judíos la iglesia rápidamente hizo suyo el antisemitismo de su entorno grecorromano. Y en algunos casos la fascinación con el martirio se volvió morbosa; hubo quien lo buscó como fin en sí mismo en lugar de aceptarlo como consecuencia de una manera de vivir, como había sido el caso de Jesucristo.

Sin embargo en muchas cosas la iglesia de los siglos II y III se mostró fiel a la enseñanza que había recibido de los apóstoles. Y su convencimiento de la incompatibilidad de las armas de este mundo y la milicia de Cristo fue ejemplo de ello.

Ireneo de Lyon escribió:

Si la ley de la libertad, o sea la palabra de Dios predicada por los apóstoles que salieron de Jerusalén y la proclamaron por toda la tierra, ha efectuado tal cambio, que las naciones efectivamente han trocado sus espadas y lanzas en arados y hoces para segar el grano, o sea en instrumentos con usos pacíficos; y que ya no tienen la costumbre de pelear sino que cuando les golpean ofrecen la otra mejilla, entonces los profetas no han hablado de ningún otro sino de quien ha efectuado estos cambios. Esa persona es nuestro Señor.

Atanasio de Alejandría empleó un argumento parecido. Los bárbaros, observó él, eran idólatras, salvajes y guerreros.

Pero cuando oyen la enseñanza de Cristo, de inmediato abandonan la guerra y se dedican a la agricultura, y en lugar de armarse con espadas extienden sus manos en oración. En una palabra, en lugar de pelear entre sí, toman armas contra el diablo y los demonios, y los vencen por la integridad de sus almas. Esto demuestra la divinidad de nuestro Salvador, porque les ha enseñado cosas que nunca hubieran aprendido por su propia cuenta. Así se manifiesta la debilidad y vanidad de los demonios y los ídolos, porque es por conocer su propia debilidad que los demonios provocaban a los hombres constantemente a la guerra, temiendo que si un día dejaran de atacarse entre ellos, acabarían atacando a los demonios. Porque es cierto que los discípulos de Cristo, en lugar de pelear entre sí, forman fila contra los demonios mediante su conducta virtuosa y los hacen huir y se burlan de su capitán el diablo.

Tertuliano de Cartago también recuerda las profecías sobre forjar espadas en rejas de arado y se pregunta:

¿De quién habla, si no de nosotros mismos, quienes habiendo sido instruidos en la nueva ley cumplimos estas prácticas, ya que la antigua ley ha pasado, de lo cual da prueba esa misma acción de forjar las espadas en rejas de arado? Porque la costumbre de la antigua ley era vengarse uno mismo mediante la venganza de la espada, cobrarse y devolver castigo por cada perjuicio. Pero la costumbre de la ley nueva señala hacia la clemencia, y convierte en tranquilidad la ferocidad primitiva de espadas y lanzas, transformando la ejecución primitiva de la guerra contra rivales y enemigos, en acciones pacíficas tales como arar y labrar la tierra.

Fue también Tertuliano quien escribió el siguiente párrafo en su ataque contra la idolatría, escrito hacia el 211:

Pero ahora la cuestión es saber si un creyente puede hacerse soldado o si un militar puede ser admitido a la fe aunque no sea más que un soldado de filas, sin obligación de participar en los sacrificios ni en la ejecución de penas capitales. No puede haber ninguna compatibilidad entre el sacramento divino y el sacramento humano [o sea el juramento de armas], *entre el estandarte de Cristo y el estandarte del diablo; entre el campamento de la luz y el campamento de las tinieblas. Nadie puede servir a dos señores, a Dios y al César.* […] *¿Cómo es posible que un cristiano vaya a la guerra? Ciertamente, ¿cómo es posible que sirva incluso en tiempos de paz sin la espada que el Señor*

le ha quitado? Porque aunque algunos soldados vinieron a Juan y recibieron de él consejos sobre su conducta e incluso un centurión llegó a creer en él, el Señor más tarde al desarmar a Pedro desarmó a todos los soldados. Entre nosotros no es lícito ningún uniforme que haya sido designado para acciones ilícitas.

Sobre esta prohibición del Señor, Cipriano añade:

Dios ha establecido que el hierro se usara para labrar la tierra; por lo tanto ha prohibido su empleo para matar al prójimo. […] *La mano que ha cogido la eucaristía no debe mancharse con la espada.*

El mismo Cipriano denunció de la siguiente manera la atrocidad de las guerras:

El mundo entero está empapado con la sangre derramada; y el homicidio, que si lo comete un particular se considera un crimen, se considera una virtud si se comete al por mayor. Así se declara la impunidad por acciones malvadas, basándose no en que carezcan de culpa, sino en la enormidad de la escala de su crueldad.

El historiador cristiano Lactancio hizo un comentario parecido:

Los romanos desprecian la valentía del atleta, porque no produce heridas. Pero en el rey, ya que da lugar a desastres tan enormes, la admiran tanto que imaginan que los generales valientes y aguerridos son admitidos a la asamblea de los dioses. Creen que no hay otro camino a la inmortalidad que el de comandar ejércitos, asolar territorios, destruir ciudades, derribar poblaciones, matar y esclavizar a pueblos enteros. Ciertamente cuantos más sean los que han destruido, robado y matado, tanto más nobles y distinguidos se creen. Cegados por estas muestras de vanagloria, dan a sus crímenes el nombre de virtud. Por mí parte, preferiría que llegaran a dioses matando animales salvajes antes que aprobar de una inmortalidad ganada con tanto derramamiento de sangre. Si alguien mata a un solo hombre, se le considera corrupto y malvado; indigno tan siquiera de entrar a los templos terrenales de los dioses. Pero quien haya masacrado millares incontables de hombres, quien haya inundado los valles e infectado los ríos de sangre, es admitido de buena gana ya no sólo en los templos sino incluso en el cielo.

En el siglo II era de todos tan conocida la objeción cristiana a las armas, que en la medida que aumentaban los números de adeptos a la nueva religión, algunos vieron motivo de alarma. En uno de sus escritos más influyentes, Orígenes de Alejandría contesta las objeciones contra el

cristianismo lanzadas por un tal Celso. Entre otras cosas, Celso había apuntado:

> *Si todos hicieran como vosotros los cristianos, nada impediría que el emperador quedara abandonado, solo e indefenso, mientras el destino de la tierra caía en manos de los más viles y salvajes bárbaros.*

A lo que respondió Orígenes:

> *Cuando es justo hacerlo, brindamos al emperador ayuda divina, haciendo uso de toda la armadura de Dios. Y hacemos esto en obediencia al mandamiento apostólico que dice, «Os exhorto a que se hagan rogativas, oraciones, peticiones y acciones de gracias por todos los hombres, por los emperadores y por todos los que están en autoridad». […]*
>
> *También diríamos a los que son ajenos a nuestra fe y nos instan a luchar por el bien común y a matar hombres: recordad que en vuestra opinión los sacerdotes de ciertas imágenes que tenéis por dioses* […] *deben mantener sus manos puras y limpias del homicidio. Por lo que cuando viene una guerra no reclutáis a los sacerdotes. Si esto os parece razonable, ¡Cuanto más razonable resulta que, mientras otros luchan, los cristianos luchemos en calidad de sacerdotes y adoradores de Dios, manteniendo puras nuestras manos y defendiendo mediante nuestras oraciones a los que luchan en una causa justa, y al emperador!* […]
>
> *Nosotros que mediante nuestras oraciones destruimos a los demonios que instigan las guerras, que hacen inválidos los juramentos y alteran la paz, somos de más ayuda a los emperadores que los que luchan visiblemente. Nosotros que ofrecemos oraciones con justicia, junto con las prácticas ascéticas y los ejercicios que nos enseñan a despreciar los placeres y no dejarnos seducir de ellos, estamos colaborando en la construcción de la sociedad. Y tanto más luchamos por el emperador. Es cierto que no nos alistemos a filas con él, aunque quiera obligarnos a ello, pero luchamos por él al integrar un ejército especial de piedad mediante nuestras intercesiones ante Dios.*

Vemos en estas palabras de Orígenes una actitud francamente positiva hacia el imperio. Ya hemos observado en otros autores que hemos citado, que muchos cristianos compartían los prejuicios romanos acerca de los bárbaros. Orígenes trazaba diferencias claras entre la lucha en oración de los cristianos y la lucha militar de los demás romanos. Pero a otros les costaba recordar estas diferencias en la lucha común por objetivos sobre cuya justicia todos coincidían. A medida que iba pasando el tiempo a

muchos cristianos les fue resultando cada vez más difícil recordar que con su muerte en la cruz Jesús había derrotado las pretensiones de los militares romanos tanto como las de los líderes religiosos judíos. Sólo era cuestión de tiempo hasta que algunos cristianos, por aquí y por allá, empezaran a transigir en el asunto.

El 12 de marzo del año 295 un tal Fabio Víctor traía a su hijo Maximiliano a la ciudad de Tébessa (hoy en Argelia), con la idea de incorporarle a filas. Aunque los dos profesaban el cristianismo, no parece que padre e hijo hablaran mucho las cosas, ya que por lo visto no caía el padre en la cuenta de que la conducta que exigía de su hijo era contraria a su conciencia. Después de los hechos trágicos que se desencadenaron tuvo que reconocer la legitimidad del martirio de Maximiliano y es de suponer que siempre lamentó la ligereza de sus propias convicciones cristianas respecto a la carrera militar.

Cuando el procónsul le preguntó al joven su nombre, Maximiliano contestó: «¿Para qué quieres saber mi nombre? Soy cristiano y es imposible para mí servir en el ejército».

El procónsul decidió pasar por alto esta falta de respeto y dio orden de que le midieran para el uniforme. Sin embargo mientras le tomaban las medidas el joven siguió protestando: «No puedo ser soldado; no puedo hacer ninguna maldad, ya que soy un cristiano».

—Tienes que servir. De lo contrario morirás —le amenazó el procónsul.

—No soy un soldado —replicó Maximiliano—. No soy un soldado de este mundo sino de Dios. Es a Cristo que servimos todos los cristianos. Es a él quien seguimos como guía de nuestra vida y autor de la salvación. He de servir junto a mi Dios. No puedo servir al mundo. Lo he dicho y lo repito: ¡Soy cristiano!

Una vez más el procónsul decidió hacer vista gorda de las protestas de Maximiliano y ordenó que se le atara al cuello la insignia imperial de plomo.

—No acepto esta insignia —insistió el joven— porque ya llevo la señal de Cristo, mi Dios. No aceptaré la señal de este siglo y si insistes en ponérmela por la fuerza, la romperé, porque para mí no tiene ningún valor. Soy cristiano, y no me es lícito llevar una medalla al cuello toda vez que he recibido la señal de la salvación de mi Señor Jesucristo.

Ahora el procónsul empezó a perder la paciencia. Después de reiterar sus amenazas le reprochó su intransigencia:

—En la guarda de honor del emperador —dijo— hay soldados cristianos que prestan el servicio militar.

—Ya sabrán ellos lo que les conviene —contestó Maximiliano—. En cuanto a mí, yo soy un cristiano y no puedo hacer ningún mal.

El procónsul se mostró ofendido: «¿Acaso hacen algún mal los que cumplen con el servicio militar?»

—Demasiado bien sabes tú lo que hacen —fue la respuesta de Maximiliano.

Vemos por este relato entonces que a estas alturas el imperio no ponía obstáculo a la presencia de cristianos en el ejército. Es importante resaltar que Maximiliano murió mártir como objetor, no como cristiano, ya que el procónsul se mostraba indiferente ante su confesión de fe. La situación de Maximiliano se hacía más complicada porque algunos cristianos, incluso su propio padre, empezaban ya a ceder ante las presiones militaristas.

Los líderes de la iglesia se hallaron a la defensiva ante esta erosión de lo que había sido una de las piedras de toque de la vida cristiana desde su fundación. Por una parte no querían tomar posturas tan cerradas que supusieran un obstáculo a la evangelización del imperio. La estrategia misionera que había diseñado el apóstol Pablo seguía en vigencia: no dar escándalo salvo en puntos absolutamente indispensables. La cuestión desde siempre había sido saber cuáles puntos eran los absolutamente indispensables. Desde sus comienzos la no violencia había sido uno de ellos. Pero, ¿cómo compaginarla con el patriotismo genuino de muchos cristianos, por un lado; y con los hechos consumados presentados por aquellos cristianos que pese a quien pese ahora servían en las fuerzas armadas?

Ya hacia el año 200 aparecen unos estatutos de orden interno para la iglesia, llamados «La tradición apostólica», que demuestran algo de la flexibilidad con que se fue dotando la iglesia respecto a este tema. Varios artículos reseñan las ocupaciones que les quedan prohibidas a los cristianos: Los proxenetas, los actores, los participantes en el circo o en combates de gladiadores, los fabricantes de ídolos, personas de ambos sexos que se dedican a la prostitución, magos, astrólogos, y los que practican cualquier tipo de inmoralidad. Sobre los militares pone lo siguiente:

> *El soldado de rango inferior no ha de matar a nadie. Si recibe órdenes de hacerlo, desobedecerá la orden, ni tampoco tomará el juramento. Si no acepta estas condiciones, sea despedido de la asamblea. Cualquier persona que tiene el poder de la espada y cualquier magistrado que viste de púrpura, que lo deje. Y si no, que sea despedido de la asamblea. Cualquier catecúmeno o creyente que exprese deseo de hacerse soldado, que sea despedido de la asamblea porque ha despreciado a Dios.*

O sea que los soldados que se convertían, si ya habían prestado juramento, no estaban obligados a dejar el ejército con tal de que nunca mataran a nadie. Esto era bastante realista: el imperio gozaba de paz y estabilidad y era normal pasarse la vida entera como soldado sin tener que matar a nadie. Sin embargo los oficiales y las autoridades judiciales, por mucho que hubiera paz, se veían obligados en el ejercicio de sus responsabilidades a condenar a la pena capital a los culpables de diversos crímenes. Por lo tanto ellos sí tenían que dejarlo si querían ser cristianos. Todo esto respecto a los que abrazaban el cristianismo siendo ya militares. Pero lo que era inconcebible e inaceptable era que un joven cristiano tan siquiera expresara el deseo de ser soldado. Esto constituía un desprecio de Jesús que la iglesia no podía ignorar.

Ya para el siglo IV la erosión de principios era mayor. Rezan así los artículos 13 y 14 de los Cánones de Hipólito, de Alejandría:

> Canon 13. *Respecto al magistrado y el soldado: Que en ningún caso mate a nadie, aunque reciba orden expresa de hacerlo; y que no se ponga una corona si es objeto de honor. Cualquier persona que goce de autoridad y no haga la justicia del evangelio, sea cortada de la asamblea y que se le impida orar con el obispo.*
>
> Canon 14. *Que el cristiano nunca se haga soldado. Un cristiano nunca puede hacerse soldado a no ser que se vea obligado por alguien que lleva espada. Que no caiga sobre él el pecado de la sangre. Pero si ha derramado sangre, que no participe en los misterios a no ser que haya sido purificado con penitencia, lágrimas y gemidos. Que desempeñe su cargo sin doblez sino con temor de Dios.*

O sea que ahora ya se permite que un cristiano opte por el servicio militar si se ve obligado a ello so pena de muerte. Pero incluso así no debe matar a nadie. Claro que si mata a alguien, ya no será expulsado de la iglesia, sino que deberá purificarse haciendo penitencia antes de recibir la

eucaristía. Respecto a las autoridades militares y judiciales, ya lo único que se dice es que deben actuar con justicia y con temor de Dios.

A todo esto está claro que la iglesia había empezado a distinguir entre los verbos *militare*, «ser militar o hacer el servicio militar», y *bellare*, «pelear o hacer la guerra». La objeción se planteaba de cara a la guerra, la lucha armada, matar en resumidas cuentas. Pero el ejército como tal ya no se percibe como incompatible con el cristianismo. Ahora sí se puede servir a dos señores, a Dios y al César. Para que esto sea posible hubo que quitar absolutismo a las exigencias de uno y del otro. El emperador ya no podía demandar lealtad incondicional; pero Dios tampoco. La soberanía de Cristo debía limitarse a la interioridad del alma, mientras al emperador se le concedía soberanía sobre los asuntos de la tierra. Todo esto constituye una clara desligitimización de mártires como Maximiliano, que habían perdido la vida por objetar al servicio militar como tal. Por una parte la iglesia siguió celebrando la memoria de estos mártires, pero por otra parte las nuevas corrientes de acomodo con el militarismo les hacían quedar como ingenuos o fanáticos.

La iglesia no tardaría en desautorizar a Marcelo también, y a todos los que como él habían abandonado las armas al convertirse aunque no se vieran obligados a matar. En el Sínodo de Arles, convocado por el Emperador Constantino, las autoridades eclesiásticas tomaron el paso penúltimo en esta erosión de valores. Reza así el canon tercero: «Respecto a los que arrojan sus armas en tiempo de paz, es justo que no sean admitidos a la comunión».

Servir como soldado, cuando el emperador se mostraba parcial hacia el cristianismo, era aceptado ya como un honor. Las autoridades de la iglesia podían entender que un soldado cristiano arrojara sus armas en tiempos de guerra, si es que tenía escrúpulos para matar. Pero que lo hiciera en tiempos de paz era mostrarse quisquilloso e insumiso sin justificación. He calificado esta declaración del Sínodo de Arles como penúltimo paso, porque dio lugar con lógica inflexible al siguiente paso, que describo a continuación:

No pasaron muchos años antes que la profesión militar estuviera tan asumida como parte normal de la realidad de un cristianismo oficialista y estatal, que la prohibición de arrojar las armas en tiempos de paz resultó incomprensible para algunos copistas de las Actas del Sínodo de Arles. Es así como hay copias de estas Actas que ponen: «Respecto a los que arrojan

sus armas en tiempo de guerra [no en tiempo de *paz* sino en tiemop de *guerra*], es justo que no sean admitidos a la comunión». Claro: A todo esto a nadie se le ocurría arrojar las armas en tiempo de paz; mientras que arrojar las armas en tiempo de guerra era cobardía o insumisión a la disciplina militar, pecados que ni el Estado ni la Iglesia podían consentir.

Así se pasó de considerar mártires loables, a considerar pecadores indignos de la comunión cristiana a quienes se negaran ya no sólo a prestar el servicio militar como tal, sino a matar al enemigo en tiempo de guerra. El giro se había consumado, y era de exactamente 180 grados.

A todo esto, a partir del año 416, nadie que no fuera cristiano podía servir en el ejército del imperio. Para poder ser soldado había que demostrar haber sido bautizado como cristiano. La transición desde la prohibición de los cristianos en el ejército hasta hacer de la fe cristiana un requisito para la admisión al ejército, tan sólo había tardado un siglo.

Agustín, obispo de Hipona en el norte de África por aquella época, rubricó con su teología la transformación que había padecido el cristianismo. Sus escritos ejercieron una enorme influencia en la teoría de la guerra justa o justificable, que ha sido mayoritaria entre los cristianos desde entonces. Como comentó el humanista Erasmo en el siglo XVI, respecto a la guerra y la fuerza armada todos citan a San Agustín, nadie cita a Jesucristo. Sobre este particular el pensamiento de Agustín ha sustituido y desplazado el pensamiento de Jesús, punto por punto, hasta borrarlo por completo de la conciencia de la Iglesia. A las consecuencias históricas del pensamiento de Agustín dedicaremos nuestra próxima y última conferencia-coloquio de esta serie.

De momento sólo diré que de sus opiniones respecto a la fuerza armada parecería deducirse que para el cristiano todo es lícito. Si sus objetivos son puros, sus autoridades claras y su corazón está lleno de amor, el cristiano debe ser perfectamente capaz de herir, torturar, matar, destruir poblaciones civiles, esclavizar etnias enteras, cometer genocidios y en fin comportarse de tal manera que no hubiera jamás en el mundo bastantes tribunales como para juzgar todos nuestras atrocidades, violaciones de derechos humanos y crímenes de guerra. Sé que esta es una caricatura del pensamiento de Agustín. Los cristianos de los siglos IV y V sencilla y honestamente pensaban que se estaban adaptando, con toda legitimidad, a las nuevas circunstancias ofrecidas por el apoyo estatal.

Nunca se dieron cuenta que más que una adaptación, habían consumado una traición de lo más elemental de la fe de Jesús.

Pero no quiero acabar en este tono. Prefiero mencionar un último héroe no violento de la época. Martín de Tours fue prácticamente un contemporáneo de Agustín ya que nació en el 316 y éste en el 354. O sea que fue durante la vida de Martín que la iglesia acabó por fundir definitivamente sus intereses con los del estado, optando por gobernar el mundo mediante la fuerza en lugar de transformarlo mediante la no violencia. Es por eso de singular valor el testimonio objetor de Martín. Porque nos demuestra que no todo estaba perdido. El camino hacia el giro de 180 grados ya se había emprendido. Pero incluso entonces hubo hombres que se mantuvieron firmes en aquella objeción de conciencia que desde el principio había sido marca de los cristianos.

Nos cuenta su biógrafo, Sulplicio Severo, que Martín era hijo de un tribuno militar. Siendo muy joven se inscribió contra la voluntad de sus padres paganos como catecúmeno para recibir el bautismo cristiano. Para alejarle de tales influencias, su padre le obligó a incorporarse a filas, teniendo para ello que arrastrarle en cadenas. Martín se bautizó de todas maneras a los 18 años y parece ser que su puesto hereditario en el ejército nunca fue algo que se tomara con mucha seriedad.

Esta situación parece haberse prolongado por veinte años. Como tantos otros y precisamente en la situación tenida en cuenta por los cánones de la iglesia, parece ser que durante todo ese tiempo su profesión de las armas nunca le enfrentó con la necesidad de combatir. Pero un día se vio ante la inminencia de la batalla frente a los bárbaros invasores. En la víspera de la batalla, como mandaban esos cánones de la iglesia que pocos se molestaban ya en obedecer, Martín solicitó la baja del ejército. Lo hizo empleando exactamente los mismos argumentos que habían esgrimido los mártires objetores de generaciones anteriores.

—Hasta ahora te he servido como soldado. Permíteme ahora llegar a ser un soldado de Dios. Que otro hombre, uno que sea capaz de servirte, reciba tu donativo. Pero yo soy soldado de Cristo. No me es lícito pelear.

¡No era tan fácil abandonar el ejército en la víspera de una batalla! Entre las insultos que le arrojaron el más obvio fue el de cobarde. A lo que respondió Martín:

—Ya que esta mi conducta se atribuye a la cobardía y no a la fe, ocuparé mi puesto mañana desarmado al frente mismo de la batalla. Y así, en el nombre del Señor Jesús, sin yelmo ni escudo que me proteja sino tan sólo la señal de la cruz, atravesaré con total seguridad las filas del enemigo.

Como es natural sus superiores no consintieron en este experimento. Sencillamente le metieron en prisión hasta el día siguiente por ver si se le enfriaba un poco la cabeza. Pero curiosamente, el día siguiente los bárbaros mandaron embajada para rendirse sin presentar batalla.

Una mente menos devota hubiera visto en ello mera coincidencia. Pero Sulplicio Severo apuntó respecto a Martín:

> *A fin de que sus benditos ojos no padecieran el dolor de ver la muerte de otras personas, Dios eliminó toda necesidad de batalla. Porque Cristo no requería ninguna otra victoria a favor de su soldado, que esa misma; que quedando derrotado el enemigo sin necesidad de derramar sangre, nadie tuviera que padecer la muerte.*

Concluyo entonces con la siguiente reflexión: A través de los siglos de guerras, asolamientos, atrocidades, cruzadas proselitistas y mil horrores que hemos cometido los cristianos desde entonces, el testimonio de aquellos primeros cristianos sigue apelando a nuestras conciencias como una luz que brilla en las tinieblas.

—¡No me es lícito pelear! ¡Soy cristiano! ¡Soy soldado de Jesús y no puedo combatir por ningún otro rey!

Paz. ¿Arma de división en el cristianismo?

30 enero 1996

COMO VEÍAMOS en nuestra última conferencia, cuando Martín de Tours dejó las armas a mediados del siglo IV para dedicarse a la vida monástica, esta decisión despertó admiración en su biógrafo, que no dudó en atribuir a la intervención divina el hecho de que Martín no tuviera que combatir. Por aquel entonces quedaba aun algo del recuerdo de la no violencia de los primeros años del cristianismo, de tal manera que el haber servido en el ejército era visto como una vergüenza en la vida del cristiano. No era infrecuente que a un ex militar se le negara la admisión al monasterio, considerándose permanente la mancha sobre su historial.

Pero para el año 418 en Hipona, las cosas habían cambiado mucho. El militar a cargo de la defensa de la ciudad era el tribuno Bonifacio. Parece ser que la muerte de su esposa le había hecho reflexionar sobre su vida, y estaba decidido a dejar las armas para dedicarse a la vida monástica. Los vándalos se habían apoderado del sur de España y posiblemente fuera previsible ya el paso de cruzar a África que emprendieron algunos años más tarde. Quizá Bonifacio pensó que en tal caso se vería envuelto en el ejercicio real de su profesión y no le apetecía cargar su conciencia con sangre humana. Fueren cuales fueren sus motivos, Bonifacio parece haber llegado a la conclusión de que una vida de oración y retiro del mundo convenía más a su alma que la profesión militar. Pero su obispo Agustín le escribió una carta expresándole su más firme desacuerdo.

> *Bien es cierto que ocupan un lugar más elevado ante Dios los que, abandonando toda preocupación secular, le sirven en la más severa castidad* —le escribió Agustín—. *Pero «Cada cual», como dice el apóstol, «tiene su propio don de Dios; el uno de esta manera y el otro de aquella». Algunos, entonces, al orar por ti, luchan contra tus enemigos invisibles. Mientras que tú luchas por ellos al combatir a los bárbaros, sus enemigos visibles. ¡Ojalá*

todos mantuvieran la misma fe!, pues entonces habría menos de todo tipo de conflicto y el diablo y sus ángeles serían vencidos con facilidad. Mas es necesario que en esta vida los ciudadanos del reino del cielo, con el fin de que se manifiesten aprobados y «refinados como el oro en el crisol», padezcan tentaciones frente a hombres impíos, sumidos en el error. Entonces no es justo que antes del tiempo señalado aspiremos a vivir tan sólo con aquellos que son santos y justos. Al contrario, mediante nuestra paciencia hemos de manifestarnos dignos de recibir esta bendición a su debido tiempo.

Piensa entonces en primer lugar, cuando te armas para la batalla, que la fuerza de tu cuerpo es también un don de Dios. Al pensar de esta manera evitarás emplear el don de Dios contra los propósitos de Dios.

Vemos entonces en el pensamiento de Agustín una curiosa repartición de dones y responsabilidades en el pueblo de Dios. En teoría es más elevada la vocación monástica. Sin embargo el empleo de las armas no es menos vocación que aquella, puesto que la fuerza y la destreza militar también son don de Dios. Unos luchan en oración contra los demonios, otros luchan con las armas contra hombres perversos. Ambos son necesarios: la acción de cada cual se ensambla perfectamente con la del otro. Imposible saber si Agustín era consciente de su ruptura fundamental con los grandes pensadores cristianos de los siglos anteriores. Orígenes de Alejandría, por poner un ejemplo, había mantenido que era el deber de todos los cristianos, no tan sólo de unas pocas vocaciones especiales, abandonar el ejercicio de las armas para combatir por el imperio, sí, pero mediante la oración.

Agustín sin duda veía su opinión, que además era la generalizada entre los líderes cristianos de su día, como una nueva y más sabia línea de realismo frente a las exigencias políticas. Estaba muy bien aquello de orar; pero también eran necesarias las armas. Y sin embargo tampoco podía justificarse el recurso indiscriminado e incontrolado a la violencia. ¿De dónde iba a recoger Agustín las pautas necesarias para explicar cuándo y cómo debían los cristianos recurrir a las armas sin ofender a Dios? No de Jesús ni de los apóstoles, por supuesto. Ni del testimonio de los tres primeros siglos del cristianismo. Jesús, los apóstoles y las primeras generaciones de cristianos se habían manifestado unánimemente en contra de la violencia y las armas.

Agustín era un hombre muy culto, profundo conocedor de la filosofía desde mucho antes de su conversión al cristianismo. Platón, un filosofo griego tres siglos anterior a Cristo, había expuesto:

> *La guerra* […] *no es lo mejor, y la necesidad de ella ha de lamentarse; mas la paz unos con otros, y la buena voluntad, éstas son lo mejor.* […] *Del mismo modo nadie puede ser un verdadero estadista, ya sea que procure la felicidad personal o la del estado, si atiende tan sólo a la guerra. No será un legislador acertado quien utilice la paz como medio para llegar a la guerra en lugar de utilizar la guerra como medio para llegar a la paz.*

Cicerón, un gran orador latino que murió poco antes de nacer Jesús, había expresado sentimientos parecidos:

> *La retribución y el castigo deben obedecer ciertos límites. Soy de la opinión de que basta con que el agresor se vea obligado a arrepentirse de su maldad, a fin de que no repita la ofensa y que otros no se vean tentados al mal.* […] *Entonces la única excusa para recurrir a la guerra, es que vivamos en paz sin ningún perjuicio.*

Haciendo eco de estos planteamientos precristianos, Agustín le explica al tribuno Bonifacio:

> *La paz ha de ser el objeto de tus deseos. La guerra ha de emprenderse tan sólo como una necesidad.* […] *Pues la paz no se persigue con el fin de emprender la guerra, sino que se emprende la guerra en persecución de la paz. Por lo tanto, incluso al emprender la guerra, mantén el espíritu de un pacificador; puesto que el Señor dice: «Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios».*

Al recurrir a las ideas de grandes pensadores paganos para presentarlas como cristianas con ese ligero barniz piadoso que le otorga la cita descontextualizada de las Escrituras, Agustín se desenvuelve en lo que la Edad Media conocería como «teología natural». Tomás de Aquino sería quien más desarrollaría este concepto, que veía como perfectamente compatible y ensamblable lo que se puede deducir desde los razonamientos humanos y lo que sólo se puede saber si lo revela Dios. Lo que ni Agustín ni Tomás ni los innumerables teólogos que les han seguido parecen observar, es que el punto de empiece determina el resultado. Si se empieza en «la carne», por usar un término del Nuevo Testamento, la conducta resultante será «carnal». Si los razonamientos éticos de los cristianos son los mismos que los de los paganos, la conducta de cristianos

y paganos será la misma. Mientras que si se empieza pretendiendo seguir a Jesús hasta sus últimas consecuencias, acabaremos pensando y actuando como él.

Agustín tuvo que enfrentarse con otros problemas, que no solamente la invasión de los vándalos. La iglesia africana llevaba un siglo dividida entre los donatistas, seguidores del obispo Donato, y los mal llamados «católicos» o universales, que se mantenían en comunión con el obispo de Roma. Agustín, consecuente con las pretensiones católicas de universalidad, procuró por todos los medios posibles la reunificación de la iglesia. Al comienzo de su obispado opinó que no era correcto recurrir a la policía imperial para convertir a los donatistas al catolicismo. Pero cuando por fin vio que los donatistas jamás aceptarían otros argumentos, Agustín llegó a la conclusión de que la represión policial era la única solución. «A quien no sea hallado dentro de la Iglesia no hay que preguntarle por qué —apuntó—. Sencillamente ha de ser corregido y convertido. Y si se pone terco, que no se queje de las consecuencias».

Fue un escritor pagano el que tuvo que reprender a Agustín, escandalizado por los procedimientos policiales:

> *Reflexiona* —escribe— *sobre el aspecto que presenta un pueblo del que son llevados a rastras los hombres condenados a la tortura; piensa en los lamentos de madres y esposas, de hijos y padres; piensa en la vergüenza que sienten los que al cabo de un tiempo regresan, libres, sí, pero habiendo padecido las torturas.*

De hecho Agustín no se inmuta ante el empleo de la tortura en otras causas, que no solamente la unidad de la iglesia. En cierto pasaje se lamenta por el hecho de que una persona inocente, incapaz de aguantar la tortura, pueda acabar confesándose culpable. En tal caso el inocente no sólo habrá padecido torturas sino que será ejecutado. A Agustín este resultado le parece increíblemente penoso, digno de ser regado con lágrimas. Pero nunca se le ocurre cuestionar la brutalidad de la policía imperial. Ni siquiera se plantea que los cristianos no deban torturar. La única lección que saca del tema es que la vida es dura, que nadie es perfecto, y que todos necesitamos de la gracia de Dios para salvarnos.

Si Agustín no fuera cuatros siglos posterior a Jesucristo podríamos achacar su ceguera moral a la época en que le tocó vivir. Y es posible que a pesar de todo sea ese su justificante. La torpe ingenuidad con que la

Iglesia se dejó envolver por la tentación de convertirse en religión estatal hubiera sido sencillamente impensable para la generación de Jesús y los apóstoles. La Biblia es muchísimo más sofisticada, muchísimo más realista sobre los efectos corruptores del poder. Hallamos allí una actitud sospechosa y recelosa de las intenciones de poderosos y ricos cuando protestan su inocencia y alegan procurar tan sólo el bien del pueblo.

La Iglesia del tiempo de Agustín, de la que Agustín mismo fue su más célebre teólogo en Occidente, tenía una cosmovisión radicalmente distinta a la de los apóstoles. Ellos habían adoptado la no violencia no como elemento superficial, utilitario y pasajero, sino como resultado coherente de su visión de Dios, del hombre, de las instituciones y de la historia. Agustín entiende estas cuatro cosas: Dios, el hombre, las instituciones humanas, y la historia, desde una perspectiva radicalmente diferente.

Jesús y los apóstoles eran judíos marginados, lejos de las esferas del poder, obligados a depender absolutamente de Dios para sobrevivir de día en día. Agustín era un prestigioso e intelectual obispo de la organización religiosa que instruía sobre sus deberes cívicos a emperadores, generales y nobles. No tenía ninguna otra cosa en común con Jesús y los apóstoles: ¿Por qué iba a coincidir entonces con ellos respecto a las virtudes de la no violencia? La no violencia podía acaso ser comprensible para los pobres y marginados que no tenían otra esperanza que Dios. Sin embargo para alguien en la posición privilegiada de Agustín, privarse voluntariamente del recurso a la fuerza tenía que parecer ridículo e irresponsable.

Desde los tiempos de Agustín y desarrollando principios expuestos por él, todas las ramas del cristianismo salvo pequeños grupos marginales, han marchado al compás de la teoría de la guerra justa o justificable.

No existe ningún documento oficial, ninguna descripción universalmente aceptada de esta teoría. Pero podemos resumir sus grandes rasgos en cuatro puntos esenciales. Para que una guerra sea justa o justificable tiene que reunir cada una de las siguientes cuatro condiciones:

1. Autoridad justa. Tan sólo una autoridad debidamente constituida puede declarar una guerra que sea justa. Nunca se justifica que un particular organice un ejército y recurra a la fuerza armada. El cristiano, en cuanto particular, debe ser como Cristo manda. Debe perdonar, amar, estar dispuesto a perder derechos y privilegios. Pero la autoridad

debidamente constituida tiene el deber y la responsabilidad de proteger a la sociedad sobre la que es autoridad.

2. Causa justa. No todas las causas ni todos los motivos pueden justificar el recurso a la guerra. Hay ofensas o perjuicios que deberían ser perdonados antes de tomar un paso tan grave como declarar la guerra. Hay objetivos que no son justos en sí mismos. Una guerra cuyo objetivo es llevar a cabo una injusticia no puede ser justa.

3. Medios justos. No todo es lícito ni siquiera en la guerra, al menos si se pretende que ésta sea justa. Hay tácticas y estrategias que atentan tan exageradamente contra civiles, contra potencias neutrales o contra la naturaleza, que no son admisibles para los cristianos. Este punto es el que ha dado lugar en nuestro siglo al pacifismo nuclear. Muchos líderes cristianos, sin ser pacifistas en principio, han expresado inequívocamente que el empleo de armas nucleares nunca puede justificarse. Un apartado importante dentro de este punto de los medios justos, es el de la «proporcionalidad». La destrucción, el sufrimiento, el mal ocasionados por la guerra, nunca pueden ser mayores que lo que vendría de rendirse sin combatir. El estado de las cosas al acabar la guerra tiene que ser preferible al que imperaría de no haberla emprendido. En efecto esto significa, entre otras cosas, que tan sólo puede considerarse justa una guerra de la que se salga vencedor.

4. Actitudes justas. Este punto inevitablemente es más importante en Agustín que en los pensadores posteriores. Para Agustín no había conductas imposibles de contemplar, pero había, sí, actitudes que el cristiano nunca debía abrigar. El cristiano podía y debía matar al enemigo, pero siempre con amor en su corazón. Nunca con odio ni desprecio. El cristiano debía lamentar profundamente en su fuero más íntimo la triste necesidad de recurrir a la fuerza. Ya hemos mencionado la tristeza que sentía Agustín ante la necesidad de recurrir a la tortura policial. La guerra debía ser emprendida con ese mismo dolor, pero también con esa misma firmeza brutal hasta acabar con toda oposición militar.

Ya que la intención de estos cuatro puntos es limitar la participación cristiana a tan sólo aquellas guerras que los cumplen, es justo y necesario evaluar si este ha sido de verdad el resultado. Observamos con horror los últimos 16 siglos de historia europea y nos preguntamos cuánto peor hubiera sido, de verdad, si los cristianos se hubieran mantenido fieles a la enseñanza no violenta de Jesús y los apóstoles. No hay crueldades,

atrocidades, guerras, armas ni crímenes contra la humanidad que los cristianos se hayan negado durante sus siglos en el poder. La crueldad y el atropello de derechos humanos con que los cristianos europeos asolaron el continente americano de norte a sur, esclavizaron los pueblos africanos y gobernaron imperiosamente el Asia, son tan espantosos que es imposible relatarlos sin emoción y amargura. Si los españoles se mostraron absolutamente carentes de piedad y moralidad en América, los ingleses se vieron moralmente humillados ante la no violencia del pueblo hindú liderado por Gandhi.

No hay ningún tipo de guerra a la que los cristianos no se hayan lanzado gustosos. Guerras defensivas, sí, pero de conquista también. Guerras de intolerancia religiosa, guerras genocidas, guerras caprichosas basadas en la envidia de sus gobernantes cristianos. Y guerras motivadas por errores y malentendidos.

Agustín y los defensores de la teoría de la guerra justa han querido decir que sólo algunas guerras son justificables. Lo que oye el mundo es que es posible justificar la guerra. Lo que quiere decir en la práctica es que los cristianos siempre van a la guerra, seguros de que sus acciones podrán ser justificadas.

Los defensores de la teoría de la guerra justa alegan que la teoría en sí es buena. Que lo que hay que hacer es aplicar sus principios a rajatabla. La realidad de los últimos 16 siglos demuestra que es una teoría inútil, que nunca ha sido ni nunca será empleada eficazmente para limitar las guerras. Agustín y sus seguidores respecto a la guerra justa alimentan un monstruo, pensando que lo podrán controlar. Siempre, inevitablemente, el monstruo se les escapa y comete atropellos indecibles mientras el mundo se agarra la cabeza horrorizado.

Si lo que se pretende es limitar las guerras: ¿No sería más eficaz hacer de ellas algo impensable para los cristianos? Si los cristianos, todos los cristianos, nos negáramos a pelear, el mundo sería un lugar bastante más habitable que lo que hoy es. Recordemos que los serbios y croatas, precisamente los que empezaron la guerra bosnia, son cristianos; y que el 80% de hutus y tutsis en Ruanda y Burundi también lo son. Pero el monstruo diabólico de la justificación de las guerras ha carcomido el alma del cristianismo y es difícil imaginar un mundo en el que los cristianos no estén siempre entre los primeros en disparar sus armas contra el prójimo.

Es difícil examinar con calma una teoría cuyo efecto ha sido tan desastroso y tan contrario al fin que perseguía. Pero ya que la abrumadora mayoría de los cristianos juran por ella, habrá que analizarla punto por punto. Los comentarios que siguen a continuación no pueden aspirar a ser exhaustivos. Son mis apuntes desordenados más que un análisis minucioso.

Primero, veamos qué ha sido del concepto de la *autoridad justa.*

Ya en la Edad Media Tomás de Aquino exploró las limitaciones de esta condición necesaria para que una guerra pudiese ser considerada justa. ¿No era justificable nunca la revolución contra la tiranía?

> *Un gobierno tiránico no es justo* —escribió Tomás—, *porque no persigue el bien común sino el bien particular del gobernante.* [...] *Por lo tanto no existe sedición si se perturba un gobierno de esta índole.* [...] *En realidad es el tirano mismo el culpable de sedición, ya que favorece la discordia y la sedición entre sus súbditos, a fin de poder enseñorearse sobre ellos con mayor firmeza; porque esta es la tiranía, ya que conduce al bien particular del gobernante, en perjuicio de la multitud.*

En términos parecidos se expresa John Locke, filósofo inglés de fines del siglo XVII. Durante ese siglo la política inglesa había sido extremadamente volátil: testigo de una guerra civil, un experimento republicano, y el regreso de la monarquía. No todos los gobiernos son legítimos, opina Locke, sino tan sólo los que cuentan con el asentimiento de los gobernados. Añade que…

> *Quien emplea la fuerza sin el derecho, como es el caso de todo el mundo en una sociedad sin leyes, se pone a sí mismo en un estado de guerra con las personas contra quienes la emplea. Y en ese estado, todas los lazos se anulan, todos los demás derechos acaban, y cada uno tiene el derecho de defenderse y de resistir al agresor.*

O sea que son los gobernantes tiránicos los que han empezado la violencia. Pero según la teoría de la guerra justa, las guerras de agresión sin provocación son siempre injustas, por lo que se justifica defenderse de la agresión. Entonces, si un tirano agrede a sus súbditos sin provocación, se justifica la revolución.

Como dijo Camilo Torres, un cura guerrillero colombiano de mediados del presente siglo:

> [La oligarquía no tiene] *ningún derecho de prohibir a la mayoría los medios violentos cuando ellos ya los han utilizado antes mil veces.* […] *Si la minoría lesiona la democracia, valiéndose de la violencia, sepa que responderemos a la violencia con la violencia.*

En la práctica, entonces, la estipulación de que tan sólo las autoridades legítimas pueden emprender una guerra que pretenda ser justa, ha sido insostenible. Siempre será posible encontrar excepciones a esta regla. Pero aunque esta regla no ha servido para limitar las guerras, sí ha servido para reconfortar y reafirmar en su tiranía a los gobernadores opresivos e injustos. Frente a argumentos como los de Tomás de Aquíno, John Locke o Camilo Torres, los poderosos siempre se muestran escandalizados. Ellos sí tienen bien asumido que ellos, y solamente ellos, son los que tienen el derecho a recurrir a las armas.

Pongamos un ejemplo. La reforma religiosa inspirada por Lutero hubiera sido imposible sin el apoyo militar de los príncipes alemanes que se sirvieron del luteranismo para resistir la centralización imperial de los Austria. Entonces Lutero se horrorizó cuando los campesinos alemanes se alzaron en armas, hartos ya de tanta tiranía a manos de los mismísimos nobles que defendían su Reforma. «Mis señores, pinchad, cortad y matad a cuantos podáis —les instruyó el reformador protestante—. Si morís en batalla sería imposible conseguir un final más bendito, porque morís en obediencia a la Palabra de Dios».

> *Es una pena tener que ser tan crueles con la gente pobre pero, ¿qué íbamos a hacer si no? Es necesario y es lo que Dios quiere para que el pueblo sienta temor. De lo contrario Satanás haría mucho daño.* […] *De ahora en adelante, los campesinos se enterarán de lo perversa que es su conducta y dejarán de crear disturbios o por lo menos lo harán menos. No os preocupéis por su sufrimiento, ya que será de provecho para muchas almas.*

Es posible que el luteranismo peque más que otras tradiciones de este escandaloso servilismo frente al autoritarismo. No en vano fue Alemania la cuna del nazismo. Pero la tendencia existe claramente también, por ejemplo, en la ortodoxia rusa o en el catolicismo español.

Por último el concepto de autoridad justa necesaria para declarar justa una guerra halla su máximo extremismo en las cruzadas. Cuando los papas enfervorizaban a las hordas cristianas para lanzarse sobre tierras musulmanas lo hacían, pretendidamente, en el nombre de Dios. ¿Qué

autoridad podía haber superior, más legítima y justa, que la de Dios mismo? No debemos extrañarnos al enterarnos que las cruzadas fueron motivo de los peores atropellos contra los derechos humanos perpetrados por cristianos. Fanatizados como los fundamentalistas religiosos de nuestro propio día, los europeos atribuyeron la máxima justicia posible a cada una de sus acciones bélicas contra los musulmanes. Las consecuencias nefastas de aquellas guerras siguen con nosotros hoy, desde Bosnia hasta el Oriente Medio.

Resumiendo, entonces, el concepto de la necesaria autoridad justa no sólo ha sido inútil para impedir guerras. Todo lo contrario, se ha utilizado para justificar todo tipo de guerra, desde las guerrillas revolucionarias hasta las más viles agresiones militares cometidas en el nombre de Dios.

En segundo lugar, veamos qué ha sido del concepto de *causa justa.*

Es obvio que si fuese posible ponerse de acuerdo acerca de cuál de los partidos en una contienda tiene la causa justa, cesarían la mayoría de las guerras. Insistir en que una guerra deba obedecer a una causa justa suena muy bien. Y algunos defensores de la teoría de la guerra justa han explicado detalladamente lo que ellos entienden como causas justas. Sin embargo, frente a las realidades que inspiran las guerras, este es probablemente el más inútil de todos los puntos de la teoría. Nunca nadie ha empezado una guerra sin sentirse profundamente justificado respecto a los objetivos perseguidos.

La observación de Erasmo respecto a este tema es muy incisiva:

> *El príncipe cristiano debería primero cuestionarse su propio derecho, y entonces aunque quede establecido más allá de toda duda, debe plantearse si merece defenderlo por medio de catástrofes ocasionadas en toda la tierra.* [...] *Pero, ¿qué seguridad puede haber en ningún lugar mientras cada cual defiende sus derechos a ultranza? Vemos guerras que tienen su origen en guerras, guerras que siguen tras otras guerras, y los trastornos no tienen límite. Lo que queda claro es que con tales medios no se consigue absolutamente nada. Por tanto, habría que probar otros remedios.*

Este consejo de Erasmo, huelga decir, cayó en oídos sordos. La historia europea en los últimos siglos ha mostrado poca disposición a abandonar derechos por el mero hecho de que defenderlos supondría una guerra.

Por si le quedara algún resquicio de prestigio al concepto de causa justa, la guerra de las Malvinas a principios de los 80 acabó por hacer de

tal concepto el hazmerreír de toda persona pensante. Cuando la Armada Argentina tomó posesión de las islas, nada tardaron la jerarquía católica argentina ni tampoco los pastores evangélicos, en declarar justa la invasión. Mientras tanto la reacción militar de los ingleses se vio alentada y bendecida por los clérigos británicos, que no titubearon ni un instante en declarar justa la causa inglesa. Así las cosas, los soldados cristianos de un país y del otro se lanzaron a matarse mutuamente con la bendición de sus respectivas iglesias.

La verdad es que cuando en nuestro mundo moderno un país en guerra puede controlar y controla los medios de comunicación, no hay guerra que a los ciudadanos de un país beligerante no parezca ya no sólo justa, sino incluso sagrada. Es poco menos que imposible resistir el embate psicológico de todos los medios de comunicación lanzados en concierto para predicar la justicia de la causa nacional. En tales circunstancias, más que inútil es ridículo el intento de establecer en pleno conflicto cuál de las partes pueda estar en posesión de una causa justa. Por falta de causa justa nunca desde que vivió Agustín hasta hoy, se dejó de pelear una guerra.

El tema de *los medios justos*, y **en tercer lugar**, ha dado resultados mucho más interesantes.

Qué duda cabe que en la segunda mitad del siglo XX pudo evitarse una tercera guerra mundial como las dos de la primera mitad, expresamente por el deseo de evitar el recurso a las armas nucleares. La guerra para la que los comunistas y los occidentales nos preparábamos era tan disparatada, sus consecuencias tan fuera de proporción de cara a ningún fin concebible, que fue posible evitarla.

Durante la Guerra Fría hubo importantes pensadores cristianos que declararon inequívocamente que era mil veces preferible que todo el mundo acabara bajo el yugo comunista, antes que desapareciera toda la vida del planeta. Un horror parecido al de las armas nucleares es el que ocasionan las armas químicas y biológicas. Algunos progresos débiles se han logrado en el intento por eliminar todas estas armas de destrucción masiva e indiscriminada, y siempre ha habido cristianos entre los que se han manifestado en contra de ellas.

Y en cuarto lugar tenemos la insistencia de Agustín en que *las actitudes* del cristiano deben mantenerse puras en la guerra.

Su idea de que es posible matar amando al enemigo me resulta tan absurda, que sospecho que me estoy perdiendo algo. Aquí hay algo que sencillamente no entiendo. Para mí Agustín se inventó una rueda cuadrada y está convencido que la puede hacer rodar. Pero una rueda cuadrada, por mucho que se llame «rueda», nunca podrá rodar. Y el amor cristiano capaz de torturar y matar, por mucho que se llame «amor», es incapaz de amar. Quién mejor que el apóstol Pablo para denunciar el disparate. En Romanos capítulo 13 pone sencillamente que «El amor no hace mal al prójimo».

Volvamos ahora a la pregunta que nos plantea el título que hemos dado a esta conferencia. «Paz: ¿Arma de división en el cristianismo?» ¿Puede haber paz entre los cristianos respecto al tema de la paz? Examinemos muy someramente la gama de posiciones mantenidas por cristianos a través de los siglos:

1. La inmensa mayoría que no piensa

Cuando suena el clarín y se declara la guerra, casi nadie se detiene a reflexionar si como cristianos deberían objetar a las armas. Alentados y bendecidos por curas y pastores, la inmensa mayoría de los jóvenes cristianos de edad militar se alista a filas sin pensárselo dos veces. Arrastrados por la manipulación oficialista de los medios de comunicación, la flor y nata de la juventud cristiana se lanza a la carnicería al igual que cualquier pagano.

2. La guerra santa

De vez en cuando en el transcurso de la historia, son los clérigos cristianos los que han inspirado directamente la guerra. El primer caso notable fue el de Urbano II, el papa del siglo XI que lanzó la primera cruzada contra los turcos. Las guerras entre católicos y protestantes que asolaron Europa en los siglos XVI y XVII serían otro macabro ejemplo. Como también lo fue el genocidio de indios americanos cometido por los puritanos ingleses a partir del siglo XVII, que se veían a sí mismos como Israel conquistando una nueva Tierra Prometida. El anticomunismo de occidente durante la Guerra Fría tuvo mucho de fanatismo religioso cristiano rayano en el espíritu de la cruzada. Hoy los cristianos ortodoxos serbios se niegan a convivir en un mismo estado con los musulmanes. El

carácter sagrado que tiene para ellos esta guerra explica en cierta medida el salvajismo fanático de sus métodos bélicos.

3. La guerra justa

No todo ha sido entusiasmo mentecato en la historia de los cristianos que van a la guerra. Los diversos autores que elaboran detalladamente la teoría de la guerra justa a través de 16 siglos lo hacen con el firme propósito de poner coto a tanto derramamiento de sangre cometido por cristianos. Un curioso juramento de Roberto el Pío, rey de Francia a principios del siglo XI reza:

> *No violaré los derechos de la Iglesia de ninguna forma. No heriré a ningún clérigo ni monje si está desarmado. No robaré ningún buey, cerdo, oveja, asno, ni yegua preñada. No atacaré a ningún campesino ni campesina ni siervos ni mercaderes para cobrar rescate. No cogeré ningún mulo ni caballo ni yegua ni potro del pastizal de ningún hombre entre las calendas de marzo hasta la festividad de Todos los Santos, salvo para recuperar una deuda. No quemaré casas ni las destruiré salvo que haya un caballero dentro. No arrancaré vides. No atacaré a mujeres nobles que viajen sin sus maridos ni sus criadas, ni a viudas ni monjas, salvo cuando sea por culpa de ellas mismas. Desde el comienzo de Cuaresma hasta el fin de la Pascua no atacaré a ningún caballero desarmado.*

Está claro que Roberto el Pío no renunciaba a la guerra. Pero también está claro que la instrucción religiosa que había recibido ponía límites a su belicosidad. Ya hemos mencionado las palabras de Erasmo de Rotterdam que animaba a los príncipes a cuestionarse muy seriamente si merecía la pena defender sus derechos mediante la guerra. También habría que mencionar a Francisco de Vitoria que enjuició severamente la conquista española del continente americano. Estos y muchos otros pensadores importantes intentaron con seriedad y honestidad emplear la teoría de la guerra justa para limitar la guerra.

Y sin embargo, como ya hemos observado, el efecto real de esta teoría ha sido que cuando los cristianos han emprendido guerras, siempre han podido encontrar algún clérigo que les apoye y la declare justa.

4. La guerra de liberación

En nuestro propio siglo XX ha habido un importante movimiento de cristianos especialmente en América Latina, que profundamente influenciados por el marxismo, no han tenido problemas en renunciar a la guerra internacional por considerar que tales guerras sólo benefician a los capitalistas; pero que por contrapartida, han alentado y fomentado el alzamiento revolucionario de las clases sociales oprimidas. Han utilizado en ello argumentos tanto de la teoría de la guerra justa como del concepto de la Guerra Santa.

5. Pacifismo nuclear

Estimulados por el horror a las consecuencias irreversibles y desproporcionadas de una guerra nuclear, muchos pensadores cristianos en los últimos cincuenta años han acabado por pronunciarse inequívocamente pacifistas respecto a las armas de destrucción masiva. Al manifestar esta opinión han querido ser consecuentes con los planteamientos de la teoría de la guerra justa.

6. Pacifismo político

También han querido ser consecuentes con los planteamientos de la teoría de la guerra justa quienes han objetado a ciertas guerras en particular por no estar de acuerdo con sus objetivos políticos o por no aceptar la autoridad del gobierno que la emprendía. El caso más sonado sea posiblemente el de muchos objetores estadounidenses a la guerra de Vietnam. Aquí en España ha habido objetores catalanes y vascos que no aceptan la autoridad del estado español, aunque no objetarían a un ejército catalán o vasco.

7. No violencia

He denominado así, por falta de mejor nombre, a una corriente de pensamiento muy típico del siglo XIX y de moda de vez en cuando en el siglo XX también, que cree firmemente en el progreso de la sociedad humana. Convencidos de que la raza humana evoluciona hacia un estado cada vez más perfecto, adoptan la no violencia como el siguiente estadio de dicha evolución social. Hay mucha lucha no violenta que es ingenua respecto a la condición moral humana. Mucho pacifismo superficial, que

no tiene en cuenta la realidad del pecado y de las fuerzas diabólicas de maldad en las esferas espirituales, de que eran tan conscientes los primeros cristianos. La moda del pacifismo suele disiparse como la niebla cuando aparece en escena la maldad irracional. Por poner un ejemplo, los mismos sacerdotes y pastores que en los países anglosajones defendían la no violencia en la década del 30, defendieron la guerra contra el nazismo pocos años después.

8. Pacifismo separatista

Aquí me refiero especialmente a mi propia tradición menonita, por lo menos en la forma que tomó hasta hace muy pocas décadas. Se parte de una concepción dualista de la sociedad humana. Los miembros de la pequeña minoría que se entiende a sí misma como la única portadora de la verdad cristiana, se aíslan del resto de la sociedad y viven con profunda integridad personal la no violencia y el pacifismo. Pero el precio que pagan por su integridad pacífica personal, es el de no influir en absoluto en lo que sucede a su alrededor. Aquí se entiende que el mundo está por definición en las garras de Satanás, y el deber del cristiano es tener que ver lo menos posible con él.

9. Pacifismo preapocalíptico

Un cierto parecido tiene la actitud de los Testigos de Jehová, por lo menos en lo que atañe a su convencimiento de ser los únicos portadores de la verdad. Sin embargo la lógica del pacifismo de los Testigos de Jehová tiene más en común con lo que habíamos denominado «pacifismo político». Los *testigos* sencillamente no aceptan como legítimos los gobiernos de este mundo y por lo tanto están dispuestos a sufrir la persecución antes que corromperse defendiéndolos. Sin embargo cuando vuelva Cristo, tienen plena intención de integrarse al ejército apocalíptico que destruirá a todos los malvados del planeta. O sea que por ahora son pacifistas, pero un día emprenderán la Guerra Santa.

10. No violencia bíblica

Sin duda sería prematuro hablar ya de una inversión del proceso del siglo IV cuando la Iglesia abandonó la no violencia. Sin embargo no deja de ser cierto que son cada vez más los cristianos que inspiran sus

convicciones y una conducta no violenta en Jesús de Nazaret. Son cristianos que se ciñen a la visión integral de paz que enseña la Biblia y que los hebreos llamaban *shalom*. *Shalom* es la armonía que se extiende por toda la sociedad cuando nadie padece opresión ni violencia a manos de su semejante. Es la paz concebida como algo inseparable de la justicia. Es una justicia que por definición renuncia a los métodos violentos, reconociendo que los métodos violentos son siempre injustos en sí mismos. *Shalom* es una visión de solidaridad con el prójimo donde la paz y la justicia se dan la mano, se funden en un abrazo eterno e inviolable. Es imposible la paz sin justicia. Pero la justicia sólo puede existir donde ha desaparecido la violencia. Cualquier justicia que requiera de la violencia para establecerse perece bajo el peso de su propia contradicción.

Esta no violencia bíblica tiene su garante en Dios, que ha actuado decisivamente resucitando a Jesucristo. El cristiano no violento sabe que existe el mal irracional, diabólico. Lo contempla en todo su horror maligno y resiste la furia de sus embates con la fortaleza que le otorga el Espíritu Santo. La no violencia bíblica no es apta para gente carnal. No es recomendable para quien no esté plena e íntegramente entregado a Cristo en cuerpo y alma. Requiere la transformación total de la persona en un discipulado fiel a Jesucristo; lo que los cristianos llamamos «conversión».

Y bien: Sin duda la gama de posicionamientos frente al tema de la guerra que han tomado y toman los cristianos, podría ampliarse con muchos más matices. Pero las diez posiciones que acabamos de ver nos dan al menos una idea de la enorme variedad. ¿Puede haber paz o ha de existir siempre la división entre cristianos sobre este tema?

Creo que todas las demás posiciones derivan y a la vez se han distanciado en algún particular de la última, la de la no violencia bíblica. Creo que la única esperanza que tenemos los cristianos de volver a hablar con una sola voz sobre este tema, se halla en que recuperemos la visión bíblica de *shalom*, y luchemos denodadamente por la justicia, por medios no violentos. En esta lucha no perdamos jamás la perspectiva: el enemigo no es nunca nuestro prójimo humano, sino Satanás. Como las primeras generaciones de cristianos, luchemos contra Satanás con toda la fuerza de nuestro espíritu —resistiendo su tentación de matar a nuestro prójimo—, mientras construimos una sociedad alternativa basada en la solidaridad y la justicia.

Cuatrocientos años de objeción de conciencia

PERSPECTIVAS DE FUTURO

14 noviembre 1995

EN 1526 FERNANDO, Archiduque de Austria y hermano del emperador Carlos V (Carlos I de España), asumió las coronas de Hungría y de Bohemia. Fernando pudo así hacer extensivas a estas tierras ciertas medidas que había tomado ya en Austria para acabar con la secta de los anabaptistas.

Los anabaptistas habían surgido en el Cantón de Zúrich, en Suiza, pero se habían diseminado rápidamente por los dominios austríacos y como buen católico que era, Fernando se dispuso a exterminarlos. Para estos efectos constituyó tribunales especiales para juzgar herejes. Formó también un cuerpo de élite, los *Täuferjäger* o Cazadores de Anabaptistas, cuyo propósito era espiar a la población con el fin de descubrir y arrestar a todos aquellos cuyas convicciones religiosas pudieran ser sospechosas de sectarismo. El fin que esperaba a los anabaptistas arrestados era siempre el mismo. Si bajo los efectos desmoralizadores de la tortura alguien se retractaba, de todas maneras debía morir; aunque se le concedía la gracia de ser decapitado en lugar de arder en la hoguera. Eran estas las medidas que Fernando se disponía ahora a traer a Moravia.

Pero la nobleza morava no estaba acostumbrada a la intromisión del monarca en lo que ellos consideraban como asuntos internos de sus tierras. Los Liechtenstein, en particular, se rebelaron contra estas medidas, ya que simpatizaban con las ideas anabaptistas. De hecho Leonardo de Liechtenstein, Conde de Nicolsburgo, en lo que es hoy la República Checa, se bautizó en 1527, rechazando así la legitimidad de su bautismo infantil. De manera que durante varios años Nicolsburgo, tan sólo unos 25 Km. al

norte de Viena, fue un refugio al que acudieron grandes números de anabaptistas que huían de la persecución religiosa.

Cuando en 1528 Fernando amenazó con emplear la fuerza para hacer valer sus derechos, Leonardo de Liechtenstein replicó que si el ejército del rey invadía sus tierras se encontraría con las balas de su ejército condal.

Pero algunos anabaptistas consideraron incorrecta la actitud de su protector. Ya antes se había consumado una división entre aquellos anabaptistas que aceptaban como necesaria la protección estatal del cristianismo, y esta minoría que no veía nada en ese sentido en el Nuevo Testamento y prefería seguir la enseñanza de Jesús, donde pone que «si alguien te golpea en la mejilla derecha has de dejarle también la otra». Fue así como unos 200 anabaptistas abandonaron el condado de Nicolsburgo. Pedro Wiedemann, su portavoz, explicó sus motivos al Conde: «Ya que amenazas con protegernos, no podemos permanecer aquí».

El tema sobre el que se me ha pedido que hable hoy es curioso: «Cuatrocientos años de objeción de conciencia: Perspectivas de futuro». Dividido así entre la referencia a esos siglos de historia y las perspectivas de futuro hacia los que debo dirigirme, no estoy del todo seguro por dónde cogerlo.

Como comprenderán ustedes, acerca del futuro no sé casi nada. Ni siquiera puedo asegurar inequívocamente que vaya a haber un futuro como nosotros entendemos futuro. Es cierto que por cuanto soy cristiano, mi orientación fundamental mira hacia el futuro. Como confesión de fe sí tendría algunas cosas bastante claras que decir acerca del futuro. Pero dejaré esto para el final, como creo que corresponde, y empezaré con los 475 años —que no 400— de experiencia de la tradición cristiana menonita que represento.

Hablo de esta historia menonita con cierta reticencia. Como cristiano evangélico mi vocación es hablar de Cristo. Me precio de mi tradición confesional en particular, pero el mensaje que me apasiona no es el de los menonitas sino el de Jesús de Nazaret, que dio su vida para que nosotros viviéramos. En otra conferencia quisiera volver sobre la historia de los cristianos con más amplitud,[1] para hablar de 2000 años de hombres y mujeres que han intentado seguir a Cristo, que no tan sólo la experiencia

[1] Esta conferencia fue la primera de la serie en su presentación original.

de la tradición que represento. Y también espero poder hablar de Jesús mismo, y cómo le veo en los textos de los evangelios, como la persona más capacitada —en toda la historia humana— para predicar la no violencia, cosa que creo que hizo de palabra y con el ejemplo. Así que ruego me disculpen ustedes si en el transcurso de la presente conferencia me refiero bastante a los anabaptistas y sus sucesores, los menonitas: creo que el tema que se me ha pedido lo requiere.

Volvamos entonces a la cuestión entre manos. Y empecemos definiendo la objeción de conciencia. Ya que este ciclo de conferencias se titula «Perspectivas de paz», he de suponer que la frase «objeción de conciencia» en mi tema para hoy hace de abreviación para una frase más larga, que sería: «objeción de conciencia al servicio militar obligatorio». Porque la objeción de conciencia obviamente puede darse respecto a muchas otras cosas. Hay médicos que objetan a realizar los abortos que les requieren los centros sanitarios donde trabajan. La objeción por motivos de conciencia se puede dar en cualquier circunstancia en que los valores morales o religiosos del individuo sean contrarios a la orden de un superior.

Así como uno puede recibir órdenes de ejecutar acciones muy diversas que den motivo a la objeción, también pueden ser muy diversos los argumentos morales que se esgriman para no ejecutar una orden. La experiencia de mi pueblo menonita, que es la que al parecer da lugar a mi presencia aquí hoy, no es propiamente dicha una objeción de conciencia pura sino la objeción planteada por un conflicto de autoridades. Como comunidad religiosa que somos, los menonitas no basamos nuestra conducta —ni nuestras objeciones— sobre la base de la soberanía moral de la conciencia personal, sino como obediencia a Dios.

Volvamos a la historia con que empezábamos. Los 200 anabaptistas pacifistas que abandonaron la protección del Conde de Nicolsburgo no estaban expresando con su emigración la opinión de que la conducta del Conde era mala o perversa en sí misma. Emigraron unos 25 Km. más al norte, a la población de Austerlitz. La nobleza señorial de Austerlitz les dio su protección y la comunidad anabaptista prosperó allí unos 85 años, durante los que atrajo a miles de correligionarios que huían de tierras donde no gozaban de la misma libertad y protección.

¿Por qué era aceptable la protección de los nobles de Austerlitz y no la de Leonardo de Liechtenstein? Porque Leonardo se había bautizado como anabaptista, asumiendo así el compromiso de seguir a Cristo de una

manera radical y absoluta conforme a la disciplina de la nueva iglesia refundada según los patrones del Nuevo Testamento. Como miembro bautizado de esta nueva iglesia, era su deber seguir el ejemplo de Jesús de Nazaret, que no recurrió a las armas sino que se dejó conducir mansamente a la cruz. Leonardo de Liechtenstein era entonces un hermano en la fe, que por amor a sus hermanos era incapaz de resistir la tentación de recurrir a las armas para evitar la persecución que les aguardaba. Los hermanos no estaban dispuestos a ser motivo del pecado de su protector, ocasionado por su amor hacia ellos y su sentimiento de responsabilidad señorial por su bien.

Pero los nobles de Austerlitz eran católicos. Ellos no habían sellado mediante su bautismo voluntario, como adultos, una decisión personal de seguir a Cristo hasta las últimas consecuencias. Entonces los anabaptistas no esperaban de ellos más que lo que hubieran esperado de autoridades paganas. Ellos sí podían y debían recurrir a las armas para defender a sus súbditos. Podían, porque al no haber elegido voluntariamente ser discípulos de Cristo, no se habían sometido a su soberanía. Y debían, porque según los anabaptistas leían en Romanos capítulo 13, Dios ha ordenado a las autoridades civiles y militares para que protejan a sus súbditos y castiguen a los malvados.

La objeción al empleo de las armas no se planteaba entonces como una elección entre el bien y el mal, a secas. La cuestión no residía en que fuese inherentemente malo que una autoridad señorial defendiese a sus súbditos de la persecución religiosa. La cuestión venía planteada por la asunción previa del voto a seguir incondicionalmente a Jesús de Nazaret como Maestro, Señor y Ejemplo para la vida. Desde el momento que uno decidía seguir a Cristo, su vida asumía unas nuevas reglas de juego acerca de la conducta a seguir en cada situación.

Un anabaptista no podía ir a la guerra aunque estuviera persuadido de que una guerra en particular fuese buena y necesaria para proteger intereses legítimos. Porque Jesús había mandado amar al enemigo y devolver bien por mal, y había dado ejemplo de aceptación sumisa de la injusticia de la que fue objeto al ser condenado a muerte. Un anabaptista no podía recurrir a las armas incluso aunque las autoridades se lo exigiesen so pena de muerte, porque no podía haber otra autoridad superior que la de Jesús, quien ellos aceptaban en la práctica como Rey de reyes y Señor de señores.

Habiendo dicho lo cual casi he dicho todo lo que se puede decir sobre los casi cinco siglos de historia menonita de objeción de conciencia. Los menonitas creemos hasta el día de hoy que mediante el bautismo uno asume personal y voluntariamente la soberanía divina sobre cada aspecto de su vida. Como nuestros antepasados espirituales deseamos ser fieles a Jesús, en gozosa aceptación de sus instrucciones acerca de cómo vivir para alcanzar la vida eterna, aunque nos cueste la vida terrenal. Nos parece lógico que si Jesús estuvo dispuesto a morir por nosotros, nosotros también deberíamos estar dispuestos a sufrir y morir por Jesús.

En otra conferencia de esta serie examinaremos los textos bíblicos en los que aquellos anabaptistas creían encontrar que el cristiano debe ser agente de amor, paz y reconciliación, antes que participar activamente en las guerras de este mundo. En el coloquio que se produzca ese día seguramente podremos debatir si convence o no tal lectura del evangelio. Por hoy baste tan sólo con observar que esto es algo que aquellos anabaptistas aceptaban como un dato esencial de su convicción religiosa: El discípulo de Jesús no podía ir a la guerra, aunque aquellas autoridades que no fueran discípulos de Jesús no sólo sí podían ir a la guerra, sino que en determinadas circunstancias era su deber y obligación.

De manera que aunque se negaban a ir a la guerra es posible que los anabaptistas pacifistas no hubieran entendido el concepto moderno de objeción de conciencia como derecho humano fundamental. No olvidemos que el concepto de derechos humanos como tal es un invento bastante moderno y nace de nuestra cultura occidental con su filosofía de gobierno democrático. No sólo los menonitas, sino casi nadie hasta hace muy pocas generaciones hubiera entendido el concepto moderno de derechos humanos.

Puesto que los menonitas creían que el cristianismo consistía en ser como Cristo, en pensar, amar y actuar como Cristo, su actitud ante las autoridades era una de mansedumbre y humildad. No se les hubiera ocurrido reclamar derechos. Más bien aceptaban la tolerancia religiosa como una bondad inexplicable por la que se mostraban humildemente agradecidos. Y recibían la persecución religiosa como consecuencia natural y normal de seguir a Cristo, quien después de todo había sido perseguido por los judíos y ejecutado injustamente por los romanos.

En ese sentido, su objeción a la guerra y al militarismo, más que objeción a la guerra y al militarismo es un deseo de hacer el bien al

prójimo. La cuestión no es tanto evitar matar, sino vivir de tal manera el amor de Cristo que matar ni se te ocurre.

Desde un principio los menonitas alimentaron su fe y fidelidad con las historias de sus mártires. Entre ellas se encuentra la de Dirk Willems.

Dirk Willems, de Asperen, en los Países Bajos, se había bautizado en su juventud, aunque en su juicio no se pudo establecer claramente si a los 15, 18, o 20 años. Permaneció fiel a sus convicciones anabaptistas durante bastantes años, celebrando reuniones e incluso bautismos en su hogar. Cuando por fin en el invierno de 1569 fue denunciado a las autoridades, se dio a la fuga. Huía a pie de Asperen con las autoridades pisándole los talones: un oficial que normalmente se dedicaba a arrestar ladrones, y el burgomaestre.

Al correr por el campo Dirk se encontró con que le cerraba el paso el agua. Había caído una helada muy fuerte y como se le echaban encima sus perseguidores y temiendo por su vida, Dirk decidió intentar cruzar sobre la fina capa de hielo. Cuando por fin consiguió llegar al otro lado observó que el arrestador de ladrones también cruzaba por el hielo. En eso se rompe el hielo y su perseguidor cae en el agua helada. Al verle en tal peligro de muerte, Dirk volvió sobre el hielo para echarle una mano y con gran dificultad lograron llegar los dos otra vez a la orilla.

Como es natural, el arrestador de ladrones no estaba ya con ánimos para arrestar a Dirk. ¡Le había salvado la vida! Sin embargo el burgomaestre le recordó a voces desde la orilla opuesta, el juramento con que había asumido sus obligaciones. De manera que, muy a pesar suyo, no tuvo más remedio que llevar a cabo el arresto.

Condenado por la Inquisición a morir en la hoguera, Dirk tuvo la mala suerte de que el día de su ejecución soplara un aire fuerte y muy frío, de tal manera que aunque sus pies estaban en las llamas, del torso para arriba estaba libre del calor de la hoguera. En lugar de una muerte relativamente rápida, se asaba lentamente aun con vida. El viento soplaba en dirección a la población y desde allá se escuchaba cómo el infeliz de Dirk gritaba una y otra vez: «¡Ay, Señor! ¡Ay, Dios mío!» Por fin el alguacil no lo pudo soportar más y ordenó a uno de sus hombres que le rematara de una vez para que dejara de sufrir.

La historia de Dirk Willems siempre ha tenido una oscura fascinación para los menonitas, y ha marcado profundamente nuestra conciencia. Es

una historia de buenas obras que reciben como recompensa la más cruel de las muertes. Su moraleja no es una superficialidad falsa a efectos de que si uno deja las armas habrá paz, o que si uno trata bien al enemigo habrá reconciliación. La recompensa de los que devuelven bien por mal, de los que abandonan el camino fácil de las armas, de los que como Jesús aman al enemigo es segura, sí, pero pocas veces se recibe en esta vida. En esta vida a los que abandonan la violencia les suele esperar más bien la ingratitud, el abuso y el martirio.

A los menonitas esta historia nos alecciona con terrible realismo acerca del mal institucional en el que está atrapada la humanidad. Más allá de los buenos sentimientos de gratitud o compasión, hay una dinámica de maldad inhumana que maneja a los hombres que se piensan autoridades, y les hace capaces de cualquier cosa. Las buenas personas que por amor a Dios y a la patria, o por solidaridad con el prójimo o por los miles de altos ideales que les pueden motivar, se alistan a filas para defender el bien por la fuerza de las armas, siempre acaban corrompidas y pervertidas en su fibra moral por el espíritu de las armas. Desde el momento en que uno ha decidido que pueden haber situaciones en las que matar a un ser humano sea justificable, es inevitable acabar con la ceguera moral de aquel pobre arrestador de ladrones.

Es la lógica con que los poderes religioso y civil se aliaron para asesinar a Jesús de Nazaret. En las palabras del sumo sacerdote Caifás respecto a Jesús: «Conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca». Aunque ese hombre sea inocente. Más importa la nación que la justicia. Más importa el orden que la persona. El ser humano es sacrificable ante el altar de las instituciones. La fría lógica institucional es inhumana y mecánica, y siempre tiene que prevalecer por encima de los tiernos sentimientos de compasión y solidaridad que pueda albergar el corazón humano.

En nuestro rechazo de las armas, observamos con claridad meridiana que en la historia de Dirk Willems es más penosa y escalofriante la figura del arrestador de ladrones que la del mártir. El arrestador de ladrones es un pobre hombre que mediante su juramento al tomar las armas ha vendido su alma al diablo y ahora es incapaz de seguir sus nobles sentimientos de compasión humana. Armado con la espada del estado tiene todas las apariencias de ser una persona poderosa; y sin embargo no es más que un esclavo del sistema que le ha armado. Mientras que el

desarmado Dirk es plenamente libre para actuar como agente moral. Es Dirk quien de verdad dispone del poder. El poder para actuar con la nobleza que le corresponde como ser humano. Lo que te deja más triste es observar que el arrestador de ladrones no parece ser una mala persona. Realmente quisiera dejar en libertad a Dirk. Pero no puede. Está atrapado en la monstruosa maquinaria deshumanizante de la violencia estatal a la que ha entregado su alma al aceptar su espada.

Pero el arrestador de ladrones no es un caso aislado. La humanidad entera es presa del culto al demonio de la violencia justificada. Y la única manera de liberarse, de volver a ser humanos —decían los anabaptistas— es nacer de nuevo. Oigan las palabras de Menno Simons. Menno era un sacerdote católico que dejó la sotana para dedicarse a una vida dura de predicador anabaptista itinerante, sobre cuya cabeza rezaba una recompensa de 100 florines de oro.

Escribe así Menno:

> *El primer nacimiento del hombre viene del primer Adán terrenal, y por lo tanto su naturaleza es terrenal como la de Adán. O sea de mente carnal e incrédula, desobediente y ciega respecto a las cosas espirituales, sorda y necia. Su fin, si no es renovado por la Palabra divina, será la condenación y la muerte eterna. Pero si deseas despojarte de esta naturaleza malvada, y quieres liberarte de la muerte eterna y la condenación para poder obtener, juntamente con todos los cristianos verdaderos, lo que ha sido prometido, entonces necesitas nacer de nuevo. Porque los nacidos de nuevo están en la gracia y obtienen las promesas.*
>
> *Los nacidos de nuevo, por tanto, viven una vida penitente y nueva, ya que han sido renovados en Cristo y han recibido un nuevo corazón y espíritu. Antes eran de mente terrenal, ahora celestial; antes eran malvados, ahora buenos, y ya no viven en la antigua naturaleza corrupta del primer Adán terrenal, sino conforme a la nueva naturaleza justa del nuevo Adán celestial, Cristo Jesús. Como dice Pablo, «Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí». Su vida pobre y débil renuevan cada día más y más, conforme a la imagen de aquel quien los creó. Sus mentes son como la mente de Cristo. Se conducen de buena gana como se condujo él. Crucifican y disciplinan su carne con todas sus concupiscencias perniciosas.*
>
> *No conocen el odio y la venganza, ya que aman a los que les odian. Hacen el bien a los que les tratan mal y ruegan a Dios por los que les persiguen. La avaricia, el orgullo, la inmoralidad y el lujo son cosas que odian y a las que se*

oponen. Las borracheras, la fornicación, el adulterio, la envidia, la murmuración, la mentira, el engaño, las peleas, el robo y el asalto, la sangre y la idolatría, es decir, todas las obras impuras y carnales. Y resisten contra el mundo y todas sus atracciones. Meditan en la ley del Señor de día y de noche; se regocijan en el bien y se entristecen ante el mal. No contestan al mal con el mal sino con el bien. No buscan su propio bien, sino con todo su cuerpo y alma lo que es bueno para el prójimo. Alimentan a los hambrientos, dejan en libertad a los prisioneros, visitan a los enfermos, animan a los débiles de corazón, corrigen a los que yerran, y están siempre preparados para seguir el ejemplo de su Maestro y dejar sus vidas por los hermanos.

Te digo la verdad en Cristo, que los discípulos de Cristo bautizados correctamente, toma nota de ello, los que han sido bautizados interiormente con el Espíritu y con fuego, y exteriormente con agua conforme a la Palabra del Señor, ellos no tienen arma alguna más que la paciencia, la esperanza, el silencio y la Palabra de Dios. «Las armas de nuestra milicia —dice Pablo— no son carnales, sino poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas, derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo» 2 Cor. 10.4-5.

Nuestras armas —continúa Menno— *no son las armas con las que se puedan destruir ciudades y países, con que se puedan derribar murallas y puertas, ni con que se pueda derramar sangre humana como si fuera agua. Más bien son armas con las que destruir el reino espiritual del diablo, derribar el principio de maldad en el alma humana, quebrantar corazones de pedernal, corazones que nunca habían sido humedecidos con el rocío celeste de la Palabra Santa. Ni tenemos ni conocemos otras armas que éstas, bien lo sabe el Señor, aunque se levantaran contra nosotros tantos falsos testigos como hay briznas de hierba en los campos o granos de arena en las playas.*

Repito una vez más, es Cristo nuestra fortaleza. Es la paciencia nuestra arma de defensa. Es la Palabra de Dios nuestra espada. Nuestra victoria consiste en una fe valiente, firme y sincera en Jesucristo. Y las lanzas y espadas de hierro y metal se las dejamos a los que, ¡ay!, piensan que vale más o menos lo mismo la sangre humana que la de un cerdo.

Vemos entonces que para Menno, como para todos los menonitas después de él, dejar las armas de este mundo es una parte íntegra e inseparable de la verdadera conversión. Quien se convierte a Cristo se convierte en parecido a Cristo. Sus valores y su conducta son idénticos a

los valores y la conducta de Cristo, porque es el Espíritu de Cristo el que habita en su interior y le guía.

De manera que la objeción de conciencia contra las armas no es tan sólo cuestión de obediencia a una autoridad superior a la humana. Para Menno creo que ni siquiera era primordialmente cuestión de obediencia. Más bien es cuestión de la mismísima naturaleza del cristiano. Quien ha nacido de nuevo se sabe poseedor de armas espirituales, de tal manera que las armas carnales ni siquiera le tientan. Como Dirk Willems, ante una situación de emergencia los que han nacido de nuevo actúan espontáneamente con solidaridad humana, sin calcular las consecuencias.

Hasta principios del siglo XIX no era corriente la conscripción militar universal. El problema principal con que se podía encontrar un objetor no era que se le castigara por objetor sino que se le martirizara por sectario. Los oficiales encargados de reclutar soldados solían emplear todo tipo de presiones aunque en teoría los reclutas eran voluntarios. Pero claro, si un joven dejaba entrever que se resistía a ser reclutado por motivos religiosos, se delataba a sí mismo como alguien cuya religión era bien distinta a las confesiones cristianas estatales, que apoyaban y muchas veces instigaban las guerras europeas.

Con el auge de la conscripción militar universal, nace la necesidad de una objeción específicamente contra esa ley de conscripción militar. Los estados europeos no contemplaban ni consentían tal objeción, aunque a veces era posible pagar una suma para librarse. A falta de tal recurso la única posibilidad que quedaba era la emigración. Muchos objetores y sus familias acabaron emigrando a los Estados Unidos y a Canadá.

La Primera Guerra Mundial fue distinta a las guerras anteriores. Fue la guerra total. Todos los recursos de la nación contribuían al esfuerzo bélico. Incluso el más humilde granjero o agricultor, que objetando a las armas de alguna manera hubiera logrado librarse del servicio militar activo, contribuía con sus cosechas y sus productos a la economía de guerra cuyo único objetivo era mantener, alimentar y apoyar a los combatientes. En una economía de guerra, ninguna actividad que contribuyera a la economía del país quedaba exenta de apoyar a la guerra, por indirectamente que fuese.

En la guerra total característica del siglo XX, la prensa controlada manipula los sentimientos y fanatiza a las masas utilizando técnicas

psicológicas de mayor o menor sofisticación. En Estados Unidos, por ejemplo, donde nunca fue un problema pertenecer a una religión minoritaria, los menonitas de muchos lugares sufrieron auténticas persecuciones por parte de sus vecinos por motivo de su falta de entusiasmo por el esfuerzo bélico.

Un tal Juan Franz, pastor de una iglesia menonita en el estado de Montana, fue secuestrado en 1918 por un grupo de hombres que vinieron a su granja en dos coches, y después de golpear a su mujer hasta dejarla inconsciente, le llevaron a un lugar desierto. Viendo que llevaban pistolas, una gran cuerda y palas, Juan se preguntó qué iba a ser de él. No tardó en saberlo.

Llegaron adonde un gran árbol y los coches se detuvieron. Amarraron la cuerda a una rama del árbol y con el otro extremo hicieron un nudo de horca que ataron al cuello de Juan. Viendo que se estaba por consumar el linchamiento Juan empezó a orar, diciendo: «Señor, que se haga tu voluntad».

Reconoció entre los linchadores al jefe de la policía, y apeló a su sentimiento del deber. Le acusó de que si le linchaban sin juzgarle participaría él —como jefe de policía— en un asesinato y sería tan criminal como cualquier otro.

Entonces el jefe de policía interrumpió el linchamiento y ordenó que se llevara a Juan al juzgado. Allí con la asistencia jocosa de la turba, Juan Franz fue sometido a un juicio sumarísimo en el que por lo menos salvó la vida, ya que el juez le condenó tan sólo al pago de $3.000, suma que en aquel entonces era una fortuna considerable.

Si trataban así a un pastor evangélico tan sólo por su falta de entusiasmo por la guerra, ¿cuál no sería el trato de los jóvenes que se negaban a hacer el servicio militar? Hubo de todo, incluso algún caso de malos tratos tan severos que acabaron costando la vida a los jóvenes objetores. Un caso especialmente cruel fue el de dos hermanos de Dakota del Sur, que murieron por los malos tratos recibidos como consecuencia de negarse a vestir el uniforme militar. Cuando sus cadáveres fueron entregados a la familia, ¡lucían uniformes militares!

Una de las ironías con que los objetores siempre han tenido que enfrentarse es que de todos los insultos con que se les ha atacado, el más corriente ha sido siempre el de llamarles cobardes. Como si se requiriese

más valor para armarse hasta los dientes y adiestrarse para matar al enemigo, que para presentarse desarmado ante inquisidores, torturadores, y turbas linchadoras.

Cuando la guerra de 1904 entre Rusia y Japón, el gobierno ruso recurrió a una táctica que había empleado en otras ocasiones para distraer al pueblo de la gestión desastrosa de los zares. Fomentó el antisemitismo. El régimen ruso alentaba la versión de que los judíos constituían una logia política secreta que empleaba el terrorismo, el sabotaje industrial, y la diseminación de información falsa para minar el ánimo y el éxito de la nación rusa. Los judíos —según la propaganda oficial— empleando en ello las fabulosas fortunas de que disponían, fomentaban guerras, desórdenes y desmanes en todo el mundo y aguardaban bien preparados para, cuando por fin imperara el caos mundial, hacerse con el poder y crear un gobierno universal.

Tal propaganda dio lugar en todo el territorio ruso a crueles *pogromos*, o sea turbas de rusos enfervorizados que se lanzaban a la matanza y al pillaje de los judíos.

En Sebastopol, un importante puerto de la marina rusa en el Mar Negro, había miles de judíos, y los agentes del zar fomentaban como en las demás ciudades el antisemitismo. Esto preocupaba enormemente a Pedro Friesen, un hermano de notable generosidad y espíritu cristiano.

Pedro se mantenía al tanto de las noticias a pesar de hallarse en cama, consumido por la fiebre. Por fin, al enterarse de que se estaba formando una turba en la plaza, decidió levantarse. Casi sin fuerzas ni para sentarse en la cama, pidió su ropa y se vistió.

—¿A dónde vas? —le preguntó su mujer.

—A la plaza —contestó.

—¡Pero si no te tienes en pie!

—No importa. Tengo que ir.

No había forma de hacerle cambiar de idea. Los dos se arrodillaron junto a la cama y pasaron una hora en oración rogando a Dios que protegiera a sus vecinos judíos. Luego Pedro se incorporó a duras penas y salió tambaleándose en dirección a la plaza. Al llegar a la plaza se dio cuenta de que las cosas ya se habían puesto bastante feas. En lugar del alegre bullicio típico de cualquier día de mercado, se escuchaban los gritos

airados de la turba que repetía lemas antisemitas y se disponía a partir ya a la caza de judíos.

Pedro se abrió paso hacia el centro de la turba y encontró el carro de un granjero, sobre el que a duras penas se encaramó. De repente sintió que le volvían las fuerzas. Levantó la voz e hizo ademán con las manos para que le escucharan.

Empezó a hablarles del amor de Cristo. Les recordó que los rusos siempre se habían preciado de su cristianismo. Les habló de que Jesús ama a todos y murió para salvar, que no para destruir. Les habló de Caín que mató a su hermano. Parece ser que habló casi una hora y lo que es más extraño, que le dejaron hablar y le escucharon.

—Estoy seguro de que aquí no habrá nadie que quiera manchar sus manos con la sangre de un hermano —dijo por fin—. ¡Pero si todos somos hermanos! ¡Todos! Tú mismo eres mi hermano —dice, y se inclina desde el carro para coger a un enorme campesino ruso, sucio y maloliente. Le da un abrazo y le planta unos besos ruidosos en las mejillas sudorosas. Luego ya no dijo más.

La gente, viendo que había terminado, empezó a marcharse de a uno y en pequeños grupitos. La turba había desaparecido como tal y volvían a ser personas individuales, pensantes, cada cual con su conciencia.

Pedro Friesen se bajó del carro y nunca supo cómo llegó a su casa. Su mujer lo metió en la cama. Su fiebre había vuelto a subir, y su agotamiento físico era total. Pero en Sebastopol nunca se llegaron a producir disturbios antisemitas.

La objeción de conciencia cristiana nunca puede ser una pasividad frente al mal. Las palabras pacifismo y pasividad no son sinónimas. Siempre hay algo activo, algo positivo, que se puede hacer para luchar contra el mal. Cuando mi pueblo se niega a rendir culto al dios Marte, el dios de la guerra, no es por pasotismo, ni por indiferencia, ni por insolidaridad con los que sufren la opresión o la invasión de un enemigo asesino.

La objeción de conciencia cristiana no es nunca más que la punta visible del iceberg. Debajo de cada montaña de hielo flotante hay siempre otros dos tantos más que no se ven. Y detrás de la objeción de conciencia cristiana hay por lo menos otros dos tantos de amor y solidaridad activa,

mediante la que los discípulos de Jesús de Nazaret servimos y auxiliamos a los que sufren.

De hecho sospecho que los menonitas son más conocidos por el MCC, o Comité Central Menonita (la organización mundial de ayuda y solidaridad) que por el pacifismo. Desde Bosnia hasta Ruanda, desde las inundaciones en Bangladesh hasta las hambrunas en Somalia o Angola, allí junto con organizaciones que representan a gobiernos y grupos mucho más numerosos, el escaso millón de menonitas del mundo está siempre a mano no sólo para el auxilio del momento sino para la elaboración de estrategias de recuperación a largo plazo. En la mentalidad menonita no es posible una cosa sin la otra. El pacifismo sin intervención sacrificial para ayudar al prójimo no es más que pasividad egoísta. Pero la ayuda solidaria sin pacifismo es hacer con una mano para deshacer con la otra.

Acabo con dos breves comentarios respecto a las perspectivas de futuro para la objeción de conciencia cristiana vista desde el prisma menonita.

(**1) En primer lugar**, y siguiendo la línea de lo último que he expuesto, si la objeción de conciencia cristiana es inseparable de una vida solidaria con el prójimo, los cristianos tenemos en el futuro que acoplarnos a la denuncia de la violencia institucional o estructural. Hay estructuras sociales, culturales y económicas que tienden hacia la deshumanización de los débiles. En teoría hoy todavía sería posible alimentar a toda la población humana del planeta. Si cada día mueren de hambre miles y miles de personas no es porque nadie se lo proponga así, friamente. Se trata más bien de la existencia de una estructuración política y económica a nivel mundial, que se resiste a la distribución justa de los alimentos. Hay quien puede pagar y hay quien no puede pagar para comer. Y aunque todos coincidimos en que es cruel e inhumano que quien no pueda pagar no coma, estas realidades políticas y económicas tienen vida propia y acaban imponiendo su lógica inhumana.

Los cristianos tenemos por delante la asignatura pendiente de recuperar el mensaje bíblico sobre la naturaleza espiritual del mal en principados y potestades y toda estructura de poder. Tenemos que desenmascarar al diablo y luchar contra él con todas nuestras fuerzas. Esto requerirá una tremenda disciplina espiritual en oración y fe, junto con una disposición a sufrir y sacrificarse para luchar por el cambio a niveles que hoy por hoy nos resulta difícil incluso imaginar.

(2) En segundo lugar, y con esto termino, quiero hacer una brevísima referencia a lo único que sé con certeza acerca del futuro. Lo que diré sonará a especulación estúpida para quien no sea cristiano convencido. Pero es algo que yo creo con la misma certeza como si ya lo hubiera visto: La esperanza cristiana está puesta en el glorioso retorno de nuestro Señor Jesucristo, la resurrección de los muertos, y el imperio eterno de la justicia y el amor.

Es esta visión del futuro lo que inspira nuestra fidelidad. La fidelidad hasta la muerte es posible porque sabemos que esto no se acaba aquí. Dirk Willems pudo salvar al arrestador de ladrones porque aunque muriese en la hoguera le quedaba aun un futuro glorioso. Con un convencimiento así no hace falta ser un héroe para enfrentarse a lo que sea, con tal ya no tan sólo de no destruir la vida humana, sino de hacer todo lo posible para ayudar a quienquiera que sea, incluso a tu enemigo más cruel y despiadado.

Esta visión del futuro informa también nuestra conducta a seguir hoy. No queremos esperar de brazos cruzados, si es que por algo que hagamos hoy podamos empezar a traer aunque más no sea algún elemento diminuto, de la realidad esperada, a nuestra realidad actual. Está muy bien eso de la eternidad, pero ¿por qué esperar? Si esperamos la consumación de un mundo de amor, ¿por qué no empezar a amar ya hoy? Si esperamos el día en que Dios enjugará toda lágrima y ya no habrá sufrimiento, ni llanto ni dolor, ¿qué nos impide hoy empezar a enjugar lágrimas, consolar a quien sufre y aliviar en todo lo posible el dolor? Con la meta firmemente ante nuestros ojos, hemos de hacer lo poquito que hoy podamos para que nuestro presente se parezca al futuro que esperamos.

Otros ensayos sobre
justicia y no violencia

ENSAYO 1.

Reflexiones sobre el terrorismo

EL TERRORISMO PUEDE TENER muchos puntos de parecido con la religión[1]:

- El fanatismo, la dedicación total, donde ninguna otra cosa importa…
- Es un fenómeno imposible de comprender desde fuera: sólo tiene sentido y lógica para quien está adentro.
- La convicción absoluta de las ideas; no cabe la duda, la certeza es total: es un planteamiento de fe respecto al futuro que se pretende.

1. Historia bíblica y terrorismo

Vemos en la historia bíblica algunas conductas que podrían parecer propias de la mentalidad del terrorista:

- ♦ Abraham dispuesto a sacrificar a Isaac (y en general el fenómeno de los sacrificios humanos/infantiles).
- ♦ Pero muy especialmente, el relato bíblico de la Conquista de Canaán. Este es el caso más antiguo de que yo tenga conocimiento, de guerra puramente religiosa; y resulta una guerra extrañamente moderna, extrañamente parecida a los conflictos típicos del siglo XX. Desde el nazismo en Alemania y el sionismo en Israel, pasando por Irlanda del Norte, Bosnia, Ruanda y Kosovo, y llegando hasta el radicalismo vasco, los planteamientos son siempre parecidos a la Conquista de Canaán en la Biblia:

[1] Me parece recordar que donde primero di esta charla fue en Vigo. La fecha que indica mi primer borrador, es de noviembre de 2000. Está claro que lo revisé después del atentado del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York.

- Alguien se siente con derecho «divino», incuestionable, sobre un territorio nacional que hasta ese momento es de otro grupo étnico, o lo más frecuente, que en ese momento comparte con otros grupos étnicos por circunstancias históricas de inmigración, conquista, conversiones religiosas, etc.
- Se llega a estar convencido de que la única manera de hacer justicia, ser felices, vivir vidas dignas, humanas y libres, es separarse de esa población extraña, extranjera, distinta a uno. La presencia de ese «otro» en la tierra es una abominación, algo inaguantable, porque impide el pleno desarrollo del potencial humano de los que son como uno…

  De los que son como uno en ese único factor del que se ha decidido que pende lo verdaderamente humano y digno: religión, lengua, clase social, raza, etc. Si lo importante es la **religión**, la lengua, la clase social y la raza no importan; si lo importante es la **raza**, no importan la religión ni la lengua ni la clase social; si lo importante es la **lengua**, no importan ni la religión ni la clase social, etc.

  Partiendo desde este punto de partida en que se han fijado, entonces…

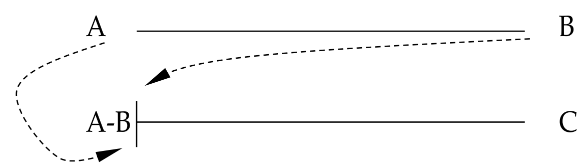
- Hace falta templar el corazón y no dejarse ablandar por sentimentalismos débiles ante la necesidad histórica de la muerte, la guerra y la crueldad más absoluta. Cuando a uno le tiembla el pulso, es necesario recordar que las víctimas son distintos a uno en ese rasgo que se ha decidido que es el más importante y fundamental, y que por tanto las víctimas quizá no sean del todo seres humanos, por lo menos no de la misma manera que uno y los suyos lo son. Luego también hay que recordar que las víctimas, antes de ser víctimas, son la causa de la deshumanización que padece la etnia de uno. Incluso la aparente bondad de una víctima en particular es engañosa: esa persona no es perjudicial porque sea personalmente malvada o contraria a los intereses de uno, sino porque su misma existencia perjudica los intereses de uno; y así quizá resulte incluso más perjudicial siendo bueno que siendo malo, porque siendo bueno es más difícil acabar con él.

Todo esto, como he dicho, donde primero se vio fue en la Conquista de Canaán según el relato bíblico, según la lectura más natural y superficial que se suele hacer del texto.

2. Pero Jesús…

Sin embargo, aunque las religiones se han prestado frecuentemente a fanatismos homicidas enormemente afines con el terrorismo en su talante y disposición asesina, yo estoy convencido de que Jesús de Nazaret nos quiso enseñar otro camino, muy distinto.

Yo opino que el cristianismo es pacifista en sus raíces, y no me cabe duda de que Jesús murió en la cruz porque se negó a defenderse a sí mismo recurriendo a la violencia. Para Jesús la relación con Dios es lo primero y lo último, *el todo* de la existencia humana —aunque él, como los demás judíos de su día, no podía separar el amor a Dios del amor al prójimo. A Jesús esa manera de entender la vida le puede impulsar a dejar la vida por el prójimo, pero jamás a tomar la vida del prójimo. Esa diferencia es fundamental, y hace que los terroristas y las fuerzas del orden, que normalmente nos resultan polos opuestos entre sí, ante Jesús parezcan iguales.



Las diferencias entre los puntos A y B son importantes cuando se contemplan desde la perspectiva de su posicionamiento en la línea A-B. Pero desde que se postula una segunda línea AB-C, se diría que en la línea AB-C, las diferencias entre A y B son inmateriales, y ambos puntos, A y B, se encuentran a la misma distancia de C.

Tanto los terroristas como las fuerzas del orden —y en principio casi todo el mundo— están dispuestos a matar a un ser humano para conseguir un objetivo que se considere suficientemente importante. A nosotros nos resulta inmensamente superior el objetivo de la paz, la libertad, la protección de ciudadanos indefensos y desarmados, en fin, los motivos por los que las fuerzas del orden están dispuestas a matar para protegernos. Aunque en su disposición a dar la vida propia por el prójimo se parecía tanto a las fuerzas del orden como a los terroristas, Jesús

manifiesta ser el polo opuesto de ambos al negarse a recurrir a las armas y a la violencia en ninguna circunstancia y por ningún motivo.

El pensamiento de Jesús resultaba incómodo y desconcertante en su día, y sigue resultándonos incómodo y desconcertante hoy. Jesús tenía y sigue teniendo hoy una capacidad de darles la vuelta a las cosas que todos pensamos saber. Como en el caso que ahora tenemos entre manos: ¡Justo cuando todos teníamos perfectamente dividido el mundo entre buenos y malos, en este caso los terroristas eran los malos y nosotros los buenos, va Jesús y nos acusa a todos, terroristas y víctimas del terrorismo por igual, de ser **pecadores**!

3. El pecado de idolatría

La raíz del problema del terrorismo, desde el punto de vista cristiano, no es meramente un problema de pecado en general, sino de un pecado en particular, que creo yo que podríamos definir como el de la idolatría.

Esto requiere explicación. Hay un sentido general, popular, que le damos a la palabra «ídolo», donde «ídolo» viene a ser aquella persona que es especialmente admirada por su música, por su forma de jugar al fútbol, etc. Pero existe también un sentido mucho más técnico que se le da a esta palabra en la tradición judeocristiana: aquí «ídolo» sería todo aquello que se postula como Dios, pero que resulta ser un dios falso, un dios de mentira o mentiroso —da igual—, que promete la vida y la felicidad pero produce la desdicha y la muerte. Desde que el cristianismo es monoteísta, es decir que cree que sólo existe un único Dios, todo aquel que se postula como otro dios, distinto al Dios único, es un ídolo en este sentido: es un dios falso, un dios de mentiras y de muerte.

Son ídolos en este sentido, dioses falsos, todos aquello valores y principios; todas las ideas, cosas, personas; toda cosa aparte de Dios mismo, en donde el ser humano pueda pretender hallar el sentido último de su existencia, su identidad y su felicidad. Ninguna cosa creada puede soportar la carga emocional, las esperanzas y la profundidad del anhelo humano, como para satisfacer plenamente las aspiraciones que el ser humano legítimamente sólo puede poner en Dios.

Es todo un tópico de la literatura, esa figura de la persona que busca la felicidad en el dinero, o en la fama, o en el sexo o las drogas o lo que sea, pero que habiendo alcanzado todo aquello a que podía aspirar, se siente

tan vacío como antes y más desdichado que nunca. Lo malo es que muchas veces, en el servicio de esos ídolos, procurando esa riqueza, o fama o el placer o lo que sea, las personas empiezan a volverse egoístas, violentas, propensas a no sólo ser desdichados ellos mismos, sino a hacer desdichados a todos los que les rodean.

Como si a la humanidad nos faltaran ídolos antes, hace unos pocos siglos surgió uno nuevo, terrible y poderoso sin par, que cautiva las mentes de millones de adeptos inspirándoles amor, lealtad, y la disposición incondicional a entregarle la vida. Es el ídolo que ha estado detrás de casi todas las guerras de los últimos dos o tres siglos: el ídolo del nacionalismo étnico.

Por amor a los que son como uno mismo, en ese aspecto de la humanidad que se ha decidido que es el fundamental (sea la religión, el color de la piel, la clase social, la lengua materna, o el mero hecho de haber nacido en un lugar y no en otro), la gente se vuelve terrible en su desprecio homicida de los que en ese particular son distintos, y nos tornamos capaces de cometer atrocidades como los campos de concentración nazis, los campos de muerte de Camboya o de Ruanda, las limpiezas étnicas de Bosnia o de Croacia o de Kosovo y sí, también, los coches bomba y los tiros en la nuca de ETA.

El legítimo amor al prójimo, en este caso a los que son como uno en ese particular que se ha decidido que es el importante, se transforma en motivo de odio, muerte, dolor y destrucción.

Existe un buen motivo y muy sencillo, por qué el terrorismo y la religión se pueden parecer tanto. El terrorismo es en el fondo una religión: aunque una religión falsa, una religión de la muerte. Es el culto de lo negativo y oscuro en la humanidad, aquello que nos separa unos de otros en lugar de unirnos a todos en una única humanidad gozosa, plural y diversa. En la intensidad de los sentimientos que inspira, en la lealtad incondicional, en el fanatismo y la disposición homicida que despierta, los terroristas se manifiestan adeptos a una religión terrible y macabra, que les chupa el alma mientras les obliga a cometer sus crímenes y atrocidades.

El terrorismo es entonces, si me lo permitís, el anticristo. Anticristo en el sentido de que es el polo opuesto, lo absolutamente contrario a Cristo.

4. Armas legítimas y adecuadas

Pero, ¡atención!, al anticristo jamás se le puede vencer con sus propias armas. La única manera de vencer será la misma hoy que cuando Jesús vivió en esta Tierra: el amor incondicional e indefenso, dispuesto a entregar la vida mansamente a favor del prójimo, incluso el enemigo.

Si se pretende acabar con la idolatría —el culto a la muerte y a la mentira—, es contraproducente recurrir también a la destrucción y la muerte. Quien mata a los que rinden culto a la muerte, da razón a la muerte y se manifiesta tan engañado por la idolatría de la muerte, como aquel a quien pretende exterminar.

La única manera de combatir contra la mentira es con la verdad. La única manera de luchar contra la oscuridad es encender una luz. La única manera de acabar con la idolatría del terror es dedicar la vida al amor, y a Aquel que es amor, al Dios y Padre de Jesucristo, Padre nuestro también al fin, quien está siempre dispuesto a perdonar nuestros pecados en lugar de darnos nuestro justo castigo.

5. Terrorismo y terror

Permitidme todavía una última reflexión acerca del terrorismo. El terrorismo es una manera de actuar que procura inspirar el terror, precisamente. Esto se consigue normalmente con un mínimo de violencia, pero que necesita ser violencia visible, mediática, que haga que la gente se sienta insegura y viva con miedo. El terrorismo no es un fin en sí mismo sino que emplea ese miedo que provoca como chantaje, procurando conseguir así los fines políticos que desea.

Paradójicamente, entonces, las víctimas del terrorismo son siempre relativamente pocas. Aquí en España es infinitamente más peligrosa y asesina la carretera que ETA. Es mucho más fácil morir de un accidente laboral que morir a manos de ETA. El SIDA ha matado a más gente en Nueva York que lo que mató el atentado del 11 de septiembre.

Con esto en mente, creo que una de las maneras de combatir el terrorismo es no dejar que el horror que nos embarga por el terrorismo resulte precisamente todo lo desproporcionado que procuran los terroristas que sea. Es importante recordar que esta mañana, mientras he estado compartiendo estas pocas ideas sobre el terrorismo, han muerto de hambre más de 100 personas. En estos minutos, miles de personas en

África han muerto de enfermedades que aquí en España no matan porque la Seguridad Social nos da los servicios médicos necesarios para salvarnos la vida. Es importante recordar que nosotros nos beneficiamos de un sistema económico mundial que ha conseguido endeudar a la Argentina hasta tal punto que siendo una de las grandes potencias exportadoras de alimentos, la gente se esté muriendo de hambre.

Estas cosas no son terrorismo, en el sentido de que nadie las reivindica para sembrar el miedo. Todo lo contrario, se intenta callar y silenciar la muerte y el sufrimiento a gran escala que genera nuestra civilización cruel y egoísta. Que no se piense en ello. Que no afecte nuestra fiebre consumista de la que depende que la economía española siga creciendo más que las del resto de Europa. No, esto no es terrorismo. Sólo es pecado, perversidad, corrupción moral, muerte y crueldad asesina.

ENSAYO 2.

Los cristianos ante la política

I. Introducción

ANTES DE ENTRAR EN MATERIA,[1] quiero empezar con tres breves afirmaciones, que iré explicando más adelante:

1. El Nuevo Testamento es un libro que trata directamente sobre temas políticos, proponiéndonos la alternativa política revolucionaria y transformadora que ideó Jesús. Jesús predicó y practicó la resistencia activa y siempre no violenta, contra todas las formas de mal y maldad, en todas las esferas de la sociedad.
2. Excepto algunos movimientos relativamente marginales en la historia del cristianismo, la Iglesia cristiana de los últimos 16 siglos no ha comprendido esa política, concretamente la importancia de la no violencia en el pensamiento político de Jesús. Esto ha tenido consecuencias trágicas.
3. Durante el siglo XX se ha empezado a redescubrir esta política de resistencia activa no violenta ideada por Jesús. Sin embargo queda aún por verse si ese redescubrimiento no volverá a resultar marginal dentro del flujo mayoritario de la historia de los cristianos.

Quiero dedicarme principalmente, entonces, a describir lo que yo entiendo que fue la opción política que enseñó y protagonizó Jesús, que es además, creo yo, la única que nos puede ofrecer algo de esperanza

[1] Mi anotación para este artículo indica la fecha de 2 de octubre, 2001. Me parece recordar que empezó como una conferencia para una reunión interdenominacional para la juventud, que se celebró en una iglesia céntrica de Madrid.

respecto a la vida humana en este planeta a estas alturas, a comienzos del siglo XXI.

II. Definiciones

A. Primero habría que definir qué entendemos por política:

1. En primer lugar, «política» es todo aquello que tiene que ver con la vida de la *polis*,[2] que en griego significa «ciudad», aunque hoy día, por extensión, la política afecta no sólo a la vida de la ciudad, sino la de provincias, regiones, naciones e incluso el gran conjunto internacional que incluye a toda la humanidad. Política es aquello que afectará directa o indirectamente la salud, el bienestar, la economía, el orden y la paz (o en su defecto el caos y la guerra) de un determinado conjunto de seres humanos.

2. En segundo lugar, la «política» tiene que ver con el *poder*. Tiene que ver con la autoridad, con la capacidad real de hacer que ciertas decisiones, pensadas para beneficio del conjunto de la sociedad, se plasmen en hechos concretos en lugar de quedarse en meras ideas. Cualquiera de nosotros podría decidir, si quisiera, que España necesita más hospitales o mejores carreteras, pero esa decisión sería puramente anecdótica a no ser que estuviéramos comprometidos con la política, militando en un partido político o una organización con fines políticos. Porque en ese caso, siempre existe la posibilidad de que tarde o temprano podamos llegar a ejercer poder para llevar a cabo nuestras ideas, ya sea el poder de un cargo público o el de un grupo de presión que no puede ser ignorado por las autoridades.

Definida así la política, hallamos que el Nuevo Testamento está lleno de lenguaje político, porque hay referencias frecuentes y reiteradas a la realidad del poder en la sociedad humana. Es, de hecho, uno de los temas que con mayor frecuencia se abordan en el Nuevo Testamento. En ese sentido es equiparable a otro de los grandes temas

[2] Es inevitable observar la influencia de John H. Yoder en mucho de lo expresado aquí; no sólo su libro *La política de Jesús* (Buenos Aires: Certeza, 1985), sino sus clases a las que asistí en mis años de estudiante.

prácticos que toca la enseñanza de Jesús: el tema de la pobreza, la riqueza y el dinero. El tema de la pobreza, la riqueza y el dinero obviamente también está muy relacionado con la política, aunque a veces se ha querido sostener que es un problema puramente individual, que no requiere políticas específicas que afecten a toda la sociedad. Estos dos temas políticos entonces, el de la pobreza y el dinero por una parte, y el del poder por otra parte, se encuentran claramente entre los temas sobre los que más se explayan los autores del Nuevo Testamento.

B. Pero los cristianos

Antes de examinar el tema del poder en el Nuevo Testamento, sin embargo, necesito hacer definiciones y explicaciones respecto a la otra palabra principal del tema que se me ha pedido que exponga: «Cristianos ante la política». Ya hemos definido qué es la política. Definamos quienes son los **cristianos**. Obviamente, los cristianos son los que alegan ser seguidores de Cristo. Pero la palabra *Cristo* tiene una larga e interesante historia, que viene muy a cuento para nuestro tema de hoy. [3]

1. **El verbo griego *chrío*** figura en pocos textos griegos e indica una acción de engrasar, normalmente frotando, como quien engrasa una espada para evitar que se oxide. El sustantivo *chrísma* o *chríma* viene a ser una *crema* o pomada medicinal que se aplica con movimientos de frotación a modo de masaje.

   El único motivo que nos puede interesar este verbo es porque fue el que escogieron los traductores de la versión griega del Antiguo Testamento para describir cierto ritual propio del pueblo de Israel, que se traduce al español como *ungir*; y muy especialmente por el sustantivo derivado, *christós*, que cuando se usa como nombre propio figura en nuestro vocabulario como «Cristo», y en griego significaría algo así como «engrasado o untado», o más propiamente dentro del contexto bíblico, «ungido».

[3] Las siguientes anotaciones etimológicas vienen de la entrada por Grundman y otros autores, en Kittel y otros, *Theological Dictionary of the New Testament*, 10 tomos (Grand Rapids: Eerdmans, 1976).

2. Trasfondo histórico

El ritual de engrasar —o sea derramar un preparado a base de aceites sobre la cabeza y el cuerpo— se conocía entre los antiguos hititas (en lo que es hoy Turquía) como parte de la ceremonia de coronación de un nuevo rey. El rey ejercía a la vez de sumo pontífice, o sea sacerdote principal del reino. Bien sea en cuanto a su papel político como rey o por su calidad de mediador de los dioses en cuanto sumo pontífice, parece ser que se creía que el acto de engrasamiento, o sea unción, otorgaba al rey hitita poderes sobrenaturales que le capacitaban para ejercer sus funciones.

En la región al sur de los hititas vivieron los cananeos, entre ellos los jebuseos que habitaban en Jerusalén; y estos pueblos adoptaron la costumbre de engrasar o ungir a sus reyes como parte de la ceremonia de coronación.

3. El Antiguo Testamento

Llegamos así a los hebreos o israelitas, sucesores de los cananeos en esa misma tierra, y que también emplearon ese rito. El verbo hebreo es *masah* (pronunciado *machaj*), de donde viene el sustantivo *masiah* (pronunciado *machíaj*), «mesías». Aunque seguramente todos los reyes de Israel y Judá pasaron por este rito cuando su coronación, en el Antiguo Testamento el rey David es el *mesías* o *ungido* por excelencia. Aunque en la era del Segundo Templo (posterior a Esdras y Nehemías y hasta la era del Nuevo Testamento) el Sumo Sacerdote tenía potestades políticas equiparables a las de un rey, el caso es que durante el grueso de la monarquía en el Antiguo Testamento, parecen haberse separado las instituciones del rey y del Sumo Sacerdote. En Israel y Judá, entonces, tanto el rey como el Sumo Sacerdote eran consagrados como *mesías*, o sea ungidos. Se entendía que en el acto del engrasamiento o la unción, Jehová confería a esa persona los poderes y las potestades necesarias para el ejercicio de su cargo.

La palabra *mesías*, que como es natural figura especialmente en los salmos reales de la casa de David, echa raíces en el período intertestamentario en la esperanza popular de los judíos. Para cuando llega Jesús de Nazaret, había un enorme anhelo de un Mesías –*Cristo* en griego–, un «engrasado» o «ungido» como lo había sido el rey David en su generación, que liberara al pueblo del yugo del opresor romano y

trajera un gobierno directo de Dios sobre los judíos: un gobierno de justicia, paz y prosperidad. Aquellos salmos que, a la antigua usanza de los de los cananeos, proclamaban al rey ungido como Hijo de Dios, suscitan entre los judíos un milenio más tarde una esperanza en que el rey que se espera, salvador del pueblo oprimido, vivirá para siempre y que su reino será eterno.

4. El Nuevo Testamento

Vemos, entonces, que la palabra *Cristo* era una palabra eminentemente política en tiempos del Nuevo Testamento. Pilato hizo clavar en la cruz de Jesús la etiqueta de «Rey de los judíos». Si hubiera conocido el sentido que los judíos daban a la palabra *Mesías*, o *Cristo*, podría haber clavado en la cruz la frase «Cristo de los judíos». Venía a ser lo mismo. No existe en el vocabulario del Nuevo Testamento una palabra más propia de la política, que la palabra *Cristo*. Definirse como *cristiano*, entonces, era expresar unos ideales políticos muy definidos, ideales que tanto los líderes judíos como el Imperio Romano, sabían muy bien que eran incompatibles con la autoridad de ellos.

Por eso arreció tanto la persecución en las primeras décadas del cristianismo. Los primeros en perseguir fueron, lógicamente, las autoridades de su propia etnia judía. Pero en cuanto el cristianismo se extendió por el Imperio Romano, la persecución judía quedó como un mero recuerdo y fue el Imperio el que con mucha más violencia arremetió contra los cristianos.

5. El cristianismo imperial

Unos siglos más tarde por fin el Imperio y la Iglesia llegaron a un acuerdo que acabó con las persecuciones. En síntesis, el acuerdo fue el siguiente: El Emperador reconocía a Jesús como Cristo, o sea como Rey de Reyes sobre toda la humanidad. Sin embargo Cristo estaba en el cielo. Entonces, mientras Cristo no volviera a la tierra para hacerse cargo directo de sus potestades, los cristianos reconocían al Emperador como representante legítimo de Cristo en el gobierno. Fue un acuerdo histórico y genial. Con él se eliminaban las persecuciones y se dio lugar a que en pocas décadas, el cristianismo pasase a ser la religión estatal mientras que el paganismo quedaba proscrito y pasaba a la clandestinidad. El cristianismo, claro está, tuvo que pagar un precio. **El**

precio que pagó fue el abandono absoluto y total de la política de Jesús. La política de Jesús pasó al olvido como política y quedó en el recuerdo como consejos piadosos y poco prácticos, para la conducta personal del individuo.

Pero aquí ya nos hemos adelantado demasiado al desarrollo de nuestro tema, ya que todavía no hemos explicado cómo Jesús y el Nuevo Testamento conciben del poder político, ni cuál es la alternativa política que Jesús y los primeros cristianos proponían para la sociedad de su día.

III. El lenguaje del poder en el Nuevo Testamento

El vocabulario del poder aparece por todo el Nuevo Testamento y tiene una riqueza y variedad de matices de significado que es interesante observar.[4]

- En primer lugar tenemos la situación donde los términos que tienen que ver con el poder se refieren claramente a las personas que ejercen autoridad[5]:

Luc. 22.52 *Y Jesús dijo a los* ***principales sacerdotes****, a los* ***jefes de la guardia del templo*** *y a los* ***ancianos****, que habían venido contra él: ¿Cómo contra un ladrón habéis salido con espadas y palos?*

Luc. 23.13-14 *Entonces Pilato, convocando a los* ***principales sacerdotes****, a los* ***gobernantes****, y al* ***pueblo****, les dijo: Me habéis presentado a éste como un hombre que perturba al pueblo…*

Hech. 4.5-5 *Aconteció al día siguiente, que se reunieron en Jerusalén los* ***gobernantes****, los* ***ancianos*** *y los* ***escribas****, y el* ***sumo sacerdote*** *Anás, etc.*

Luc. 12.11 *Cuando os trajeren a las* ***sinagogas****, y antes los* ***magistrados*** *y las* ***autoridades****, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir…*

---

[4] Estas observaciones sobre el vocabulario del poder en el Nuevo Testamento, se basan en mi lectura de Walter Wink, *Naming the Powers* (Philadelphia: Fortress, 1985).

[5] En estas citas, empleo la traducción Reina-Valera 1960.

- En segundo lugar tenemos pasajes donde estas mismas palabras u otras por el estilo tienen que ver con los atributos de quienes ejercen autoridad:

  Apoc. 12.10 *Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: Ahora ha venido la* ***salvación****, el* ***poder****, y el* ***reino*** *de nuestro Dios, y la* ***autoridad*** *de su Cristo…*

  Jud. 25 *Al único y sabio Dios, nuestro Salvador, sea* ***gloria*** *y* ***majestad****,* ***imperio*** *y* ***potencia****, ahora y por todos los siglos. Amén.*

- Y por último tenemos casos donde parece tratarse especialmente de seres «espirituales», de signo positivo como los ángeles o negativo como los demonios, capaces en mayor o menor medida de manifestarse o encarnarse en seres humanos concretos y en las instituciones humanas propias del gobierno y el poder.

  Rom. 8.38-39 *Por lo cual estoy seguro de que ni* ***la muerte****, ni* ***la vida****, ni* ***ángeles****, ni* ***principados****, ni* ***potestades****, ni* ***lo presente****, ni* ***lo por venir****, ni* ***lo alto****, ni* ***lo profundo****, ni* ***ninguna otra cosa creada*** *nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.*

  Ef. 1.21 [Cristo está sentado en los lugares celestiales] *sobre todo* ***principado*** *y* ***autoridad*** *y* ***poder*** *y* ***señorío****, y sobre* ***todo nombre que se nombra****, no sólo en este siglo, sino también en el venidero…*

  Ef. 6.12 *Porque no tenemos lucha contra sangre y carne, sino contra* ***principados****, contra* ***potestades****, contra los* ***gobernadores*** *de las tinieblas de este siglo, contra* ***huestes*** *espirituales de maldad en las regiones celestes.*

  Col. 1.16 *Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean* ***tronos****, sean* ***dominios****, sean* ***principados****, sean* ***potestades****; todo fue creado por medio de él y para él.*

  1 Ped. 3.22 [Jesucristo,] *quien habiendo subido al cielo está a la diestra de Dios; y a él están sujetos los* ***ángeles****,* ***autoridades*** *y* ***potestades****.*

Estos poderes son, entonces, a la vez celestiales y terrenales, divinos/ demoníacos y humanos, interiores y políticos, invisibles y a la vez claramente observables en la sociedad humana. El texto que describe esta realidad con mayor claridad es Col. 1.16, que ya hemos citado:

Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él.

Estos diversos sentidos de las palabras que tienen que ver con el poder o la autoridad, no son sentidos especiales bíblicos, sino que es así como se entienden estas palabras en la antigüedad en general.

Existía, por ejemplo, una enorme porosidad entre el mundo de los dioses y el Emperador romano. El «genio» del Emperador era esa cualidad divina propia del Emperador, que hacía que todo el mundo le obedeciera y que el destino de cientos de miles de personas dependiese de su voluntad. Los dioses eran astros del firmamento, como Marte, Venus, Júpiter, etc. Pues bien, al morir, el Emperador ascendía al cielo y seguía resplandeciendo sobre la tierra. O sea que la cualidad divina que era propia del Emperador en vida, se potenciaba más aún en muerte, libre ya de las ataduras de esta carne corrupta, de manera que el Emperador podía ahora, muerto, ejercer entre los dioses del cielo por toda la eternidad.

Como nosotros solemos distinguir entre la política y la religión o la espiritualidad, nos parece que los antiguos mezclaban dos cosas claramente distintas. Pero ellos, claro está, nos acusarían a nosotros de lo contrario: de separar lo inseparable. Para ellos el mundo espiritual y el mundo político eran una misma cosa, sin fisuras ni distinciones. Era más que obvio que las estrellas y los planetas, los dioses y los demonios, influían en la vida de los hombres. Era imposible dudar, entonces, de que nadie podría ejercer ningún poder real en el mundo político sin gozar de alguna cualidad espiritual o divina que le otorgase tal capacidad. Esa cualidad podía venir por la sangre noble o por las conjunciones astrales del momento de su nacimiento. Sin embargo era evidente que a la vez esa cualidad divina propia del poder residía en el cargo mismo, de manera que un hombre perfectamente normal, al acceder a un cargo poderoso, era transformado por la espiritualidad del poder en un ser poderoso él mismo, comparable a los demonios y dioses en su capacidad de influir sobre las vidas de los hombres.

IV. El destino de los poderes y las potestades

1. ¿Guerra espiritual?

Una de las propuestas que se han hecho en las últimas décadas respecto a cómo los cristianos han de incidir en la política afectando directamente a los «poderes y potestades» espirituales y su influencia sobre la humanidad, es lo que se viene en llamar la *guerra espiritual.* Los que promueven estas ideas han escrito un buen número de libros, muchos de ellos traducidos al castellano por las editoriales evangélicas de Miami.

Según ellos las ciudades y las naciones están regidas por el demonio particular del lugar. En resumidas cuentas, se adhieren a la creencia pagana en una diversidad de dioses, donde cada dios defiende los intereses del lugar que ha elegido y le da a ese pueblo su carácter particular: marcial, pacífico, intelectual, comerciante, etc. Los políticos siempre acabarán realizando la voluntad del dios de la entidad política que gobiernan. (Los defensores del concepto de guerra espiritual, al ser cristianos, no los llaman dioses sino demonios, porque no quieren negar que haya un solo Dios; parecen ignorar que en griego las palabras *dios* y *demonio* son sinónimos perfectamente intercambiables entre sí.) Ellos proponen, entonces, una serie de disciplinas espirituales, principalmente la «oración de guerra», que sirven para «atar al hombre fuerte» y que, cuando se realizan correctamente, dan lugar a lo que ellos llaman «avivamiento», o sea conversiones en masa al cristianismo evangélico.

He leído un buen número de libros que defienden estos conceptos y tengo que decir que en general me han dejado profundamente decepcionado.

Aunque la idea de combatir contra el demonio de una ciudad o una nación puede parecer esperanzador en cuanto a la renovación política del lugar, el caso es que el interés de estos autores rara vez va más allá del proselitismo evangélico. Parecen dar por sentado —precisamente por el hecho de que no dicen nada al respecto— que una vez vencida la hostilidad de las autoridades y convertida al evangelio una mayoría de la población, la justicia y la prosperidad vendrán automáticamente sin la necesidad de adoptar ninguna política concreta. En realidad, al leer con atención las cosas que critican en la sociedad, y las cosas que callan, está claro que la gran mayoría de los que defienden el concepto de guerra

espiritual mantienen convicciones políticas de extrema derecha muy próximas al fascismo, y plagadas de un ferviente nacionalismo estadounidense. Lo que nos ofrecen viene a ser, me parece a mí, una versión evangélica de la intolerancia y la prepotencia, el conformismo social y el temor al castigo eterno, con que los curas siempre han mantenido sumiso al pueblo español.

Al final me temo que la *guerra espiritual* acarreará dos problemas: uno práctico y otro de fondo:

a. Así como las masas que sólo venían para ver el «poder» de Jesús le acabaron traicionando, mucho me temo que Jesús volverá a ser traicionado por las masas multitudinarias que acuden como respuesta a los enfrentamientos bélicos de «poder». Jesús, en el evangelio de Marcos, hacía callar a los que querían proclamar a voces su poder. El plan que él tenía era de humillación, servicio abnegado, poner al prójimo antes que uno mismo, etc. Era el camino de la renuncia a la imposición por la fuerza. Ese camino no será más popular hoy que lo fue ayer.

Tal vez Jesús, el Jesús de verdad, el Jesús de carne y hueso que vagabundeaba entre las aldeas de Galilea, *ya ha sido traicionado* en el mismo acto de profesión de entregarse a él; porque el Jesús a quien se entregan parece ser una especie de dios exaltado, poderoso y victorioso. Esta es la antigua herejía del docetismo. Según los docetistas, Jesús sólo parecía humano: en realidad había sido Dios y nada más que Dios. Este Cristo es entonces, al final, alguien muy distinto del humilde carpintero de Nazaret que describen los evangelios, cuyo destino inexorable fue morir en la cruz.

b. La obsesión con el crecimiento multitudinario, con el proselitismo como meta final, nos priva de lo fundamental del *mensaje* de Jesús. El proceso que registran los cuatro evangelios, de popularidad seguida de abandono, tal vez haya sido descrito con tanta fidelidad por los evangelistas a manera de advertencia. Las masas pretendían entonces y siempre pretenderán algo *distinto* a lo que ofrece Jesús. Jesús ofrece un estilo de vida no violento, una lucha sin cuartel contra el mal *desde abajo*, desde la humildad, el servicio desinteresado, el sufrimiento y la cruz. Tal vez la tendencia hacia la derecha política, y las posturas violentamente machistas que caracterizan a los que profesan la *guerra espiritual*, no sea una mera coincidencia. El caso es que al evangelio de

la *guerra espiritual*, aunque a veces sus defensores parecen conscientes de que hay injusticias humanas, conductas humanas que causan sufrimiento en el prójimo, no parece que le sobren energías para luchar positivamente por **el reino de Dios**, que no tan sólo negativamente contra el reino de Satanás.

Al final uno se lleva la impresión de que la *guerra espiritual* es una manera de conseguir que todo cambie para que todo siga igual.

Dentro del más sincero respeto que se merecen estos hermanos en sus convicciones, integridad personal y sinceridad, mucho me temo que al final gran parte de la preocupación con lo demoníaco acabe siendo, en sí misma, una treta satánica para distraer a la iglesia de su cometido de transformar al mundo con el mensaje de la cruz. La cruz no sólo como triunfo cósmico, realidad que no me interesa negar, sino especialmente como modelo de vida para la humanidad. La cruz como opción política para transformar el mundo.

En la cruz, en el más grande e importante, el más cósmico de todos los enfrentamientos entre Jesús y Satanás, Jesús en lugar de resistir, echar fuera, tomar autoridad, atar, despojar, y demás términos bélicos que se podrían emplear para describir su actividad, se sometió voluntaria e indefensamente, hasta la muerte bajo tortura. Lo que parecen olvidar los que proponen una *guerra espiritual* es que: ¡La **victoria** de Jesús tuvo todas las apariencias de ser una **derrota**! El resultado inmediato no fue la conversión masiva de Jerusalén, sino el total desánimo de sus discípulos.

Curiosamente —un detalle que no se suele observar— el libro de Hechos sigue un patrón parecido al de los evangelios, donde Jesús al principio tiene un éxito impresionante, lleno de milagros y rodeado de las masas que le aclaman, para terminar al final solo y crucificado. El libro de Hechos también empieza con una multitud (3000 varones) que se convierten en Jerusalén en un solo día, pero acaba con Pablo solo y ministrando desde la cautividad en Roma. Aquí, al igual que en las epístolas de Pablo, vemos que es desde la *debilidad*, no desde el poder y la gloria, que ha de triunfar el mensaje de Jesús.

Y en Apocalipsis 12.11, los que *vencen* a Satanás lo hacen mediante el martirio a manos de un Imperio perverso que según todas las apariencias les ha vencido a ellos al darles muerte.

2. Algunas observaciones adicionales de Walter Wink.[6]

La tesis de Wink, que reaparece en una variedad de permutaciones a través de sus tres libros sobre el poder en el Nuevo Testamento, es que:

2.1. Los principados y las potestades son buenos.

Volvamos una vez más a Col. 1.16-17:

> *Porque en él fueron creadas todas las cosas, las que hay en los cielos y las que hay en la tierra, visibles e invisibles; sean tronos, sean dominios, sean principados, sean potestades; todo fue creado por medio de él y para él. Y él es antes de todas las cosas, y todas las cosas en él subsisten…*

En contra de la dura realidad diaria de la opresión e injusticia que los cristianos primitivos vivían a manos de estos poderes, Pablo tiene el arrojo de proclamar que…

a. **Fueron creados.** ¡Dios no creó nada malo! Si se manifiestan ahora como malos es porque se han corrompido. Y, ¿quién sabe?, lo que se corrompe y ensucia tal vez pueda ser lavado y devuelto un día a su estado de pureza original…

b. Fueron creados… **por medio del Hijo y para el Hijo**.

Es difícil exagerar la importancia de esta afirmación:

Los cristianos afirmamos que el Hijo es Jesús de Nazaret. Jesús de Nazaret, este pobre y humilde carpintero galileo con aires de rabino judío que alentaba las esperanzas de un pueblo hundido en la miseria, la enfermedad y la opresión: este Jesús es el Hijo de Dios. Ahora bien, el Hijo viene a dar solución a los problemas humanos, problemas que en cuanto sociales, son en gran medida problemas políticos. Pero las soluciones que predica y practica Jesús constituyen una nueva manera de hacer política. Y es que este Jesús, el Hijo, predica una manera no coercitiva, no violenta, no dominante de llevar a cabo la transformación que requiere la

[6] Walter Wink, *Engaging the Powers* (Minneapolis: Fortress, 1992) pp. 65-74. *Cf.* algunas coincidencias con Berkhof, *Christ and the Powers* (Scottdale: Herald, 1962) y con Yoder, *The Politics of Jesus* (Grand Rapids: Eerdmans, 1972) (tr. al español, *Jesús y la Realidad política* (Buenos Aires: Certeza, 1985). A Yoder, sin embargo, no le acababa de convencer Wink. Yoder prefería enfatizar el tema de la *obediencia e imitación* del ejemplo paradigmático de Jesús, que no la *eficacia* de la acción no violenta, que es lo que propone Wink.

sociedad. La transformación social que él propone, pasa obligatoriamente por el rechazo, la soledad, la incomprensión, el sufrimiento y la cruz. Sin embargo, al predicar y poner en práctica su política de transformación social rechazando la tentación de la violencia, Jesús el Hijo representa fielmente la misma naturaleza de Dios.

Si todo esto es así, y ahora decimos además que los poderes y las autoridades de este mundo han sido creados *por medio del Hijo y para el Hijo*, entonces hay que mantener que en su origen y creación —y por tanto en su más pura esencia— todos estos poderes y autoridades, los principados y las potestades, tanto mejor funcionarán cuanto más abandonen la violencia, la coerción, la imposición y la amenaza para conseguir sus objetivos de paz, orden y justicia en la sociedad humana.

Si tienen su origen y su razón de ser en Jesús, las autoridades, los poderes, los principados y las potestades tan sólo alcanzarán plenamente su vocación en la medida que se parezcan a Jesús en su manera de ejercer su autoridad.

c. **En él permanecen.** El plan de Dios no parece ser la destrucción de los poderes y principados. Quien los creó los mantiene, y sigue viendo un propósito para que existan. Este propósito se ve especialmente claro en Rom. 13.1-9, donde habla de que Dios ordenó las autoridades para beneficio de los bienhechores y castigo de los malhechores, por lo que es menester someterse a las autoridades. Los principados y las potestades tienen una función benéfica para la sociedad humana, una función que incluso cuando caídos, pueden y deben seguir desempeñando.

2.2. Los principados y las potestades se han corrompido.

Wink está convencido de que para comprender la verdadera dimensión del mal y la maldad que existe en el mundo, es fundamental recurrir a la doctrina de la caída, el paraíso perdido, el Edén del que fuimos expulsados. Wink apunta algunas observaciones acerca de lo que podemos aprender del relato de la caída según Génesis:

- En primer lugar, este relato nos ayuda a enfrentarnos de lleno con la realidad de lo terrible que es el mal y la maldad que nos embarga. El caso es que vivimos hoy con un poso de maldición hereditaria, de decisiones no sólo equivocadas, sino perversas y malignas, tomadas

y reiteradas generación tras generación hasta hacerse hábito en la humanidad, y que deja absolutamente corrompida ya no sólo a la humanidad, sino a todos los poderes y autoridades que Dios creó para que nos sirvieran. Nuestra colaboración con el mal ha potenciado el mal; la facilidad con que nos hemos prestado a la corrupción ha corrompido más que nunca a nuestros corruptores y la creación entera se retuerce en una agonía de dolor y sufrimiento y opresión.

- En segundo lugar, el relato de la caída en Génesis no es meramente un mito acerca de algo que sucedió en un pasado tan lejano que resulta poco más que imaginario. Es una realidad siempre presente, que nos afecta a todos y que afecta a cada una de las instituciones que los humanos creamos y con que vivimos y organizamos nuestra sociedad y nuestra vida.
- Y en tercer lugar, el concepto de la caída nos libera de la ilusión de que nosotros mismos y nuestras instituciones, si trabajamos lo bastante en ello, podamos alcanzar la perfección. No podemos salvarnos por nuestra propia fuerza, ni nos podrá salvar ninguna institución que participe junto con nosotros de la caída que afecta a todo lo que tiene que ver con la humanidad. Sólo podemos ser salvados por aquel que trasciende nuestra humanidad y que trasciende a los principados y potestades que gobiernan a la humanidad.

2.3. Los principados y las potestades serán redimidos.

[Aquí ya no sigo tan de cerca el argumento de Wink.]

Luego el fin, cuando entregue el reino al Dios y Padre, cuando haya suprimido todo dominio, toda autoridad y potencia. Porque preciso es que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies. Y el postrer enemigo que será destruido es la muerte. Porque todas las cosas las sujetó debajo de sus pies. Y cuando dice que todas las cosas han sido sujetadas a él, claramente se exceptúa aquel que sujetó a él todas las cosas. Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todo (1 Cor. 15.24-28).

Puesto que los vv. 25, 27 y 28 hablan de someter, o someter bajo los pies de Cristo a estos poderes, lo que dice de ellos en los vv. 24 y 26

difícilmente puede significar que serán destruidos. La primera definición que viene en mi diccionario del verbo *katargéo* (traducido como «suprimir» en el v. 24 y como «destruir» en el v. 26) es «dejar inactivo o impotente». Se trata de quitarlos de allí donde se han endiosado —o donde los hemos endiosado, otorgándoles unos derechos y una autoridad que sólo le correspondía a Dios—, despojarlos de sus bienes mal ganados, quitarles la capacidad real de causar ningún daño.

¿Cómo se logra esto? ¡Sometiéndolos, nada menos que bajo los pies de Cristo! ¿Qué quiere decir esto?

> [Cristo Jesús,] *siendo en* forma *de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* (Filip. 2.6-8).

De ahora en adelante (cuando por fin se sometan bajo sus pies) el principio por el que tendrán que actuar los principiados y potestades es el principio de humillarse para poder ser exaltados por Dios, en lugar de exaltarse a sí mismos. Tendrán que seguir el camino de la cruz indefensa, no la amenaza de muerte; del amor, no el temor; el respeto, no la imposición. Tarde o temprano todos los principados y potestades tendrán que hacer suya la dinámica de la cruz y la resurrección.

Jesús ya ha vencido, decisivamente, con su muerte y resurrección. ¿Cómo serán sometidos todos los principados y potestades bajo sus pies? En Col. 2.8-23 vemos que Cristo ya ha vencido y ha despojado a los poderes. Esto es algo que ya está hecho.

Nosotros mismos jamás podríamos vencerles: son más fuertes que nosotros porque no dependen de nosotros. Lo que sí podemos hacer es identificarnos con Cristo mediante el bautismo (vv. 12-13) muriendo a la jurisdicción de las potestades (vv. 14-15). Una vez realizado esto, vv. 16-22, nos toca resistir su influencia cuando es rebelde contra Cristo, aferrándonos nosotros mismos a Cristo. Ya que somos libres, debemos vivir como libres (un tema, por cierto, que reitera Pablo hasta el cansancio en multitud de pasajes).

Y en Apoc. **21.23-22.5** aprendemos que al final, aunque nada inmundo ni corrupto puede entrar en la Ciudad Celestial, sí que

entrarán los principados y las potestades (aquí representados por «las naciones» y «los reyes de la tierra»; términos claramente sinónimos de «principados y potestades» en todas sus dimensiones: humanas, institucionales y espirituales.

Sin embargo, tan tarde como el capítulo 19 (Apoc. 19.19) los reyes de la tierra y sus ejércitos —o sea los principados y las potestades— figuraban como el enemigo a batir. ¿Cómo se explica esto, salvo que, efectivamente, el fin que persigue la guerra apocalíptica no es la aniquilación de los principados y potestades, sino su sumisión radical bajo los pies de Aquel por quien y para quien fueron creados? No se los vence para destruirlos, sino para que dejen de actuar independientemente de los planes de aquel que los creó para servir a la humanidad, no para enseñorearse sobre ella.

V. La política de Jesús

Esta conferencia ya se ha extendido demasiado. Demasiado he abusado de vuestra amable atención. Aún me quedan muchísimas cosas que quisiera decir, y otras tantas que han quedado poco o mal explicadas por la necesidad de resumir un tema tan enorme en relativamente pocas palabras. Sin embargo esbozaré todavía, en brevísimas palabras, algunos de los elementos concretos que veo yo en la política de Jesús. Sirvan las siguientes ideas como botón de muestra de la transformación política y social que nos propone Jesús:

- **El rechazo del racismo y la xenofobia**. Jesús nació en medio de un pueblo profundamente racista y xenófobo, que apoyaba esas ideas en sus convicciones religiosas y los libros sagrados que habían recibido de sus antepasados. Sin embargo Jesús y sus seguidores se abrieron profundamente a aquellos que su pueblo llamaba «los gentiles». Para ellos la humanidad era toda una, y merecía toda ella recibir la luz y la bendición del Dios Padre y Creador del universo.
- **El rechazo del machismo y del patriarcado**. Si Jesús no hacía acepción de personas y los apóstoles creían profundamente que Dios mismo no hace acepción de personas, todo el montaje patriarcal donde los varones son los que dominan y mandan, es una aberración y un ultraje contra Dios. Ya sé que todos os podéis acordar, casi sin ningún

esfuerzo, de versículos que parecerían defender un orden donde los varones dominan y las mujeres se someten. Carezco de tiempo ahora mismo para dar explicaciones, aparte de esta: En cuanto definimos el legítimo ejercicio de la autoridad como servicio, sufrimiento, humildad y amor al estilo de Jesús, está claro que los varones no gozamos de ninguna ventaja respecto a las mujeres.

- **El rechazo de la riqueza y la explotación laboral**. Comentamos al principio de esta conferencia, muy de paso, que el tema de la pobreza y la riqueza, la desigualdad y la justicia en cuanto a economía, es uno de los temas que más frecuentemente toca la enseñanza de Jesús. Jamás deja de asombrarme cómo los líderes religiosos se sofocan y arremeten justicieramente contra la homosexualidad basándose en los dos o tres únicos versículos en toda la Biblia que tocan el tema, para luego escurrir el bulto sin inmutarse cuando se trata de los cientos de versículos bíblicos que condenan sin paliativos el egoísmo, la avaricia, la falta de generosidad, la riqueza y el lujo. Esto es, como diría Jesús, colar un mosquito y tragarse un camello.
- **El rechazo de la violencia y la guerra**. He escrito extensamente sobre este tema, de manera que no haré más que mencionarlo aquí. Sólo diré que Cristo sin la cruz no tiene sentido. Cristo optó por la cruz porque la única alternativa a morir por nosotros, la humanidad rebelde, era matarnos. Entonces quien mata a sus enemigos niega la eficacia y el poder de la cruz. Antes morir que matar: esa fue, en pocas palabras, la filosofía política no violenta de Jesús.

ENSAYO 3.

La renovación de la política

ESPERANZA SOCIAL EN LA BIBLIA

25 de mayo, 2013

Como todo el mundo sabe, Jesús fue condenado a morir crucificado por ser rey de los judíos. Pilato no era ningún tonto y se dio cuenta muy rápido que Jesús no suponía ningún peligro real —no él, personalmente— para el César. Como comandante de los ejércitos romanos de ocupación imperial en la tierra de los judíos, sin embargo, cualquier ocasión podía resultarle oportuna para escenificar la intolerancia absoluta del más mínimo asomo de alzamiento popular. Condenar a Jesús como rey de los judíos —mucho menos inquietante si falso que si cierto, desde luego— le venía a pelo para grabar en la mente de los súbditos judíos que el único rey posible para ellos era el César.

El imperio había llegado y se había instalado para quedarse.

Roma eterna

Como todos los imperios, la retórica del Imperio Romano era que la suya era la única política posible, su orden el único orden de verdad, por cuanto todas las alternativas que se postulasen serían en verdad una invitación al caos. La *pax romana* era la única paz posible y la única alternativa era volver a una situación de guerras más o menos constantes.

La economía imperial —basada en mano de obra esclava y en la desviación del producto de toda la cuenca del Mediterráneo para beneficio de la metrópoli romana— era también la única economía posible. Los esclavos lo eran porque su condición era naturalmente inferior; habían nacido para esclavos y sólo podían ser felices como esclavos, libres de las

responsabilidades y preocupaciones que padecían las personas de nacimiento superior. Es interesante que la literatura romana cultiva el tópico idealizado de los esclavos que aman a sus amos y estarían dispuestos hasta a dar la vida por sus amos, por cuanto reconocían su natural superioridad humana y la nobleza que les era propia de nacimiento. Pero a la vez está ese otro tópico de la literatura sobre los esclavos, donde se ven como necios, ingratos, poseídos de una absurda ambición de libertad, moralmente torpes y por tanto traicioneros, ladrones e incapaces de trabajar esforzadamente si no era a golpe de látigo.

Pero en fin, y volviendo a lo que nos interesaba aquí, esta economía esclavista romana, cuyo único fin era mantener encumbradas las familias senatoriales y abastecida la ciudad de Roma aunque en las periferias del Imperio se padeciese hambre y carencias, era la única economía posible. Cualquier alternativa que se pudiese postular sería infinitamente peor para todo el mundo. La única prosperidad posible era la que garantizaba el Imperio, por imperfecta que pareciese.

En la parte oriental del Imperio, acostumbrada a ser gobernada por imperios con más o menos esta misma ideología desde hacía siglos, se empezó a fomentar el culto al emperador como hombre divino. Los beneficios que se dignaba difundir entre la humanidad sólo podían compararse a los beneficios que regalaban los propios dioses. En Roma misma todavía no se había llegado hasta eso en tiempos de Jesús; pero es cierto que uno de los títulos de Octavio César Augusto, era «hijo de dios». Esto es porque había sido adoptado por Julio César, que al morir se entendía haber ascendido al cielo para seguir gobernando la humanidad junto con los demás dioses. Esta creencia —tal vez más propaganda política que creencia real— se aplicaría a la postre a todos los emperadores. El emperador sería considerado, en la feliz frase acuñada por uno de los oradores romanos, «el menor entre los dioses, pero el más grande entre los mortales».

Roma, por cierto, era eterna. Había que creer en la eternidad de Roma porque no había alternativa posible. O Roma o el caos. O Roma o el fin del mundo.

Esta ideología no la había inventado Roma, por cierto. A lo largo de la Biblia, el mensaje de esperanza profética tiene que vérselas siempre con más o menos esa misma ideología.

Cambian las formas, cambia la metrópoli que domina durante las generaciones o siglos que le toque, cambian los nombres de los soberanos y los de los dioses que los avalan y los adoptan como hijos predilectos. Van evolucionando los armamentos y las tácticas militares en que se apoyan y lentamente va cambiando y evolucionando también la tecnología a todos los niveles. Lo que siempre permanece es ese discurso de que otra política que la del régimen es imposible. El discurso de que cualquier alternativa que se quiera postular a las presentes, conducirá irremediablemente al caos, el hambre y la proliferación de guerras.

Podríamos llamarlo el discurso de la desesperanza, el discurso del fatalismo y la resignación, el discurso del poder y la dominación irresistibles.

Ya lo estaba ensayando, en el libro de Génesis, el faraón egipcio. Aunque las pirámides ya tenían miles de años cuando llegaron a Egipto los patriarcas de Israel siendo José primer ministro del reino, la propaganda oficial seguramente seguía siendo bastante parecida. A saber, el faraón garantizaba el orden y la cultura y la prosperidad y la agricultura. El faraón se contaba entre los dioses tanto o más que entre los mortales y era impensable proponer otra forma de entender la sociedad, que la que lo tenía a él como cima y cumbre. Egipto había pasado ya varias edades medias entre dinastía y dinastía, y eran recordadas como tiempos de guerra, inestabilidad, hambre e infortunios de todo tipo. Aquellos que el régimen faraónico oprimía con esclavitud, los campesinos que a duras penas conseguían sobrevivir, la soldadesca enviada a los territorios periféricos para agrandar la gloria y las posesiones del faraón —y sus padres, novias y esposas e hijos que jamás los volverían a ver cuando caían en combate—, todos estos debían aceptar con resignación y agradecimiento el maravilloso privilegio de vivir gobernados por un dios presente materialmente entre su pueblo.

El régimen político de los faraones, como a la postre se diría de Roma, era eterno. Las pirámides tenían que ser eternas, porque el propio régimen faraónico era también eterno.

Desde Asiria y Babilonia —a la postre también desde Persia y Macedonia— llegarían a imponer sus políticas en el territorio de Israel otros imperios. En todos ellos se estilaba la misma cantinela, la misma propaganda oficial, la misma religión donde los dioses bendicen a los

poderosos y mandan a los villanos y campesinos y esclavos entera sumisión y obediencia.

El efecto era siempre el mismo: los de nacimiento humilde y anónimo debían entregar el grueso de sus cosechas para el fausto de la corte y de los templos. Los reyes y sacerdotes, por otra parte, fieles representantes de la gloria de los dioses, naturalmente tenían el deber de vivir vidas gloriosas, lujosas y mullidas para que la gente pudiera imaginar cuánto mayor era la gloria y pompa de los dioses, y así multiplicar su adoración.

Todo estaba predeterminado. Todo estaba ya hecho y arreglado para beneficio de la humanidad entera. Los dioses elegían con infinita sabiduría quiénes debían dominar a las masas sociales de gentes empobrecidas y embrutecidas, que eran así porque para eso habían nacido, naturalmente. Los nobles se llevaban lo mejor de las cosechas y el ganado, lo mejor de hijos e hijas para esclavos y soldados, y el pueblo había de responder con alabanzas y sumisión porque no había alternativa. Era esto o el caos, esto o un destino infinitamente peor, el fin de la civilización, la cultura y la prosperidad.

La dinastía eterna de David

Curiosamente, el relato de la Biblia nos muestra que en Jerusalén se practicaban las mismas políticas, con la misma ideología política. Durante cuatro siglos y hasta ser absorbida por los grandes imperios de la Mesopotamia, Jerusalén fue gobernada por los descendientes de David. Estos reyes también creían estar en especial relación de elección y privilegio con la deidad. Jerusalén y su templo eran considerados el punto natural de encuentro entre Dios y los hombres. En realidad Salomón había construido el templo como parte de su complejo palaciego, porque como es natural, los reyes de Jerusalén debían habitar junto al Dios de Israel. Alguno de los salmos de Sion relata la adopción del rey —es decir el ungido o mesías— como hijo de Dios. En el salmo, el Señor se ríe de cualquiera que se atreva a alzarse en rebeldía contra el Señor y contra su ungido. Conceptos perfectamente equivalentes con los que se manejaban en los templos y cortes de cualquier otro reino de aquellos tiempos.

Esta es, otra vez entonces, una política y a la vez filosofía religiosa de la desesperanza, del fatalismo y de la resignación ante la desigualdad y la

injusticia. La rebeldía contra la dinastía de David es imposible, porque viene a ser lo mismo que rebelarse contra el mismísimo Dios único, Creador del universo. Había que resignarse a que el rey de Jerusalén se quede con lo mejor de las cosechas y el ganado, con lo mejor de hijas e hijos para esclavas y soldados, porque esto era lo que había dispuesto el Señor en su infinita sabiduría y bondad eterna. Lo contrario sería volver al caos primigenio, abocarse al juicio divino y el fin del mundo.

En la propaganda oficialista, entonces, la dinastía de David tenía que ser eterna. Tan eterna como antes la eternidad del régimen faraónico y a la postre la eternidad de Roma.

Lo sorprendente no es esta filosofía político religiosa en Jerusalén ni estas formas de opresión y violencia sistémica contra las masas sociales, ni esas pretensiones de eternidad. A fin de cuentas, es lo mismo que había en todas partes. Lo sorprendente en Israel es que a pesar de todo se abrió un lugar la esperanza. Se oyó un mensaje a contracorriente, que se atrevieron a predicar los grandes profetas bíblicos.

Quiero hablar de tres grandes momentos en la historia bíblica cuando fue posible imaginar otra política, otra forma de vivir en sociedad humana. Es algo que a mí, miles de años después, me sigue produciendo un sentimiento de emoción y esperanza y optimismo. Y esperaría que al concluir nuestro tiempo juntos esta tarde, ustedes también sientan latir en su pecho emoción y esperanza y optimismo. Porque ante la desesperanza de que se está haciendo lo único que es posible hacer, descubriremos lo que los grandes profetas de Israel ya descubrieron hace miles de años: que el primer paso para que las cosas puedan cambiar, es ser capaces de imaginar que el cambio sea posible.

Aprender otra vez a soñar con un mundo mejor que este, otra sociedad más justa, más solidaria, más equitativa que esta, una civilización donde todos tengan bastante y nadie tenga fortunas colosales ni un poder de dominación sobre el prójimo. Una política diferente, que dimana de un Dios diferente de los dioses de este mundo. Un Dios que no adopta como hijos predilectos, por sistema, a los poderosos y a los ricos sino que está dispuesto a adoptarnos a cualquiera como hijas e hijos amados. Un Dios que se propone velar por nuestros intereses a pesar de la rapacidad de los que nos quieren quitar lo poco que tenemos.

Esos tres grandes momentos serían, entonces, primero la historia de Moisés y la liberación de los esclavos egipcios. En segundo lugar la resistencia de los profetas bíblicos contra el abuso de las cortes de Samaría y Jerusalén. Y por último el evangelio anunciado a los pobres por Jesús de Nazaret, Rey, Salvador y Mesías de la humanidad.

La liberación de los esclavos egipcios

La historia de Moisés es extraordinaria, totalmente fuera de lo común para lo que es la literatura de la Antigüedad. Criado en la corte de Faraón como miembro de la familia real, se identifica sin embargo con los esclavos que están siendo utilizados para la típica construcción monumental de los faraones. Su primera acción es un asesinato cuyo único desenlace es tener que huir él al exilio sin haber conseguido nada. Cuando vuelva protagonizará la liberación de los esclavos por métodos no violentos. El régimen sabía muy bien cómo tratar con sublevaciones violentas. Donde no podía vencer, sin embargo, era en el dominio de la naturaleza. Las plagas de Egipto son ante todo una demostración eficaz de la vanidad del presunto respaldo divino del régimen faraónico, por cuanto cada plaga ataca directamente el ámbito de acción de diferentes dioses de Egipto, poniendo en evidencia que eran dioses falsos y que por tanto la monarquía que sustentaban era también falsa y mentirosa.

Esa dignificación y liberación de los esclavos culminará, en el relato bíblico, en un encuentro con Dios en el desierto, donde recibirán instrucciones divinas sobre cómo han de vivir. Es asombrosamente revolucionario el carácter de la instrucción divina recibida en el desierto. Procura establecer una sociedad igualitaria y solidaria. Será una sociedad de campesinos libres, cada cual con su parcela de tierra suficiente para sobrevivir. Desdeñando una élite militar que los defienda pero a la vez los oprima y viva del trabajo de campesinos subyugados, dependerán solamente de la protección divina.

Todos los israelitas serán hermanos y aprenderán a tratarse como hermanos de una gran familia que ha aprendido a vivir en armonía.

Los grandes profetas de Israel

El segundo de los tres grandes momentos de esperanza en el cambio político que recoge la historia bíblica, es la prédica de los profetas de Israel, varios siglos después.

La primera cosa que observaríamos en ellos es que sin llegar a oponerse nunca frontalmente a la existencia de la monarquía, su programa y su prédica regresaba siempre a Moisés. Los profetas mantuvieron en alto los ideales de Moisés cuando los reyes de Samaría y Jerusalén estaban imponiendo unas políticas y una religión que eran típicas de los faraones y de cualquiera de los reyes de naciones vecinas. Los profetas hablaban de volver a tener un encuentro con Dios en el desierto, de proteger y proveer para los huérfanos y las viudas que las guerras constantes de los reyes hacían multiplicar en cada generación. Denunciaban que los campesinos estaban siendo despojados de sus tierras y acababan teniendo que venderse —ellos y sus familias— a esclavitud para pagar deudas —deudas provocadas por impuestos demenciales y por usureros sin escrúpulo.

Hacia el final, que llegó en el siglo VI a.C., los profetas anunciaban la destrucción inevitable y total de Jerusalén, por lo mucho que se había apartado del Señor. Porque a pesar de su templo y sus sacrificios y ritos, la política que seguían era una política pagana y por consiguiente, los dioses que adoraban eran los de los paganos —aunque lo llamaran Yahvé o Jehová.

Y sin embargo ahora, curiosamente, en medio de la más absoluta destrucción—ese punto final de la historia nacional donde Jerusalén pasaría a ser una pequeña capital de una provincia insignificante de imperios extranjeros— vemos que el mensaje de los profetas bíblicos es un mensaje de esperanza.

Porque la renovación de la política, vieron ellos con claridad, empieza con la renovación de las personas. Nada se puede esperar de los ricos y poderosos, de los nobles y los reyes. Todos ellos son iguales, buscan inevitablemente afianzar el privilegio y el prestigio a que se han acostumbrado. Son incapaces de entender el padecimiento de sus súbditos. Esta es la gran lección de los pocos siglos de independencia nacional israelita. A partir de ahora, la única esperanza reside en el pueblo, ya nunca más en los gobernantes.

Porque los judíos descubrieron que se estaba igual de bien —o igual de mal— bajo la tiranía de emperadores paganos extranjeros, que como habían estado con sus propios reyes. Había que buscar la protección de Dios al margen de la política de los políticos. Los políticos se habían manifestado irrelevantes para la felicidad humana, que ahora entendieron por fin, sólo puede llegarnos de Dios. Nunca de los hombres.

Pero si se buscaba a Dios, era todavía posible la esperanza en nuevas realidades que transformasen la vida humana a todos los niveles. Como afirmaría uno de los rabinos en el Talmud —que son los escritos sagrados del judaísmo medieval—, con que todo Israel guardase como es debido el Sábado aunque fuera una sola vez, entonces vendría el Mesías. Los cristianos, naturalmente, entendemos que el Mesías ya ha venido y que es Jesús. Pero la idea no deja de ser importante: el gobierno perfecto y maravilloso de Dios sobre la humanidad es posible. Pero lo que eso exige es que nosotros, los seres humanos, nos demostremos dispuestos a la santidad y la justicia y la obediencia a Dios. Porque Dios no pretende gobernarnos como los soberanos de este mundo, por la imposición, por la fuerza, desde arriba. Dios solamente consentirá en gobernarnos desde nuestro interior, desde nuestra propia disposición voluntaria a aceptar su gobierno. Dios no quiere ser otro tirano más, del montón. Dios exige ser diferente. Y su autoridad será siempre moral, jamás una imposición.

Jesús, Señor y Cristo

El tercer gran momento de esperanza de cambio en la historia bíblica es la persona de Jesús.

Jesús es seguramente el máximo exponente de una política tan novedosa, tan esperanzadora y diferente a la habitual a que nos tienen acostumbrados los que son poderosos o aspiran al poder, que la mayoría de la gente ni siquiera cae en la cuenta de que sea política y no solamente religión interiorista. Sin embargo todo el Nuevo Testamento coincide en aplicar a Jesús títulos claramente políticos.

Podríamos observar diferentes ejemplos pero quedémonos con dos palabras que emplea Pedro en la culminación de su sermón el día de Pentecostés. Dice así Pedro en Hechos 2,36: «Sepa, pues, ciertísimamente toda la casa de Israel, que a este Jesús a quien vosotros crucificasteis, Dios

le ha hecho Señor y Cristo». Estos dos términos, «Señor» y «Cristo», κύριος y χριστός en griego, son vocabulario expresamente político. *Kýrios* —señor— es como se conocía al emperador, entre otros muchos títulos que tenía. Alegar que Jesús es el señor, entonces, era mucho más incendiario que la acusación hecha ante Pilato cuando el juicio de Jesús, de que él pretendía ser el rey de los judíos. Si Jesús es *kyrios*, ya no es rey solamente de los judíos sino de todo el Imperio Romano —competidor directo del César en Roma. En tanto que *Cristo* o Mesías, es un término que ya habíamos visto en la teología oficialista de la monarquía en Jerusalén en tiempos del Antiguo Testamento. Los reyes de la dinastía de David eran ungidos como hijos adoptivos del Señor, de tal suerte que su autoridad y la del Señor eran la misma cosa y rebelarse contra el monarca era atentar contra Dios.

Ahora Pedro rescata este término, más de medio milenio después, para aplicárselo a Jesús. Pero no solamente Pedro. Sabemos que Pablo emplea tan habitualmente este título para referirse a Jesús, que acaba funcionando como si fuese su nombre personal. Ya no es solamente «Jesús, el Cristo» —es decir Jesús el Mesías o el Ungido— sino «Cristo» a secas, o «Jesucristo».

Está claro, entonces, que los apóstoles no veían a Jesús en primera instancia como una figura religiosa sino como un soberano político. Aunque llegados a este punto, hace falta recordar que nadie entendía que hubiese diferencia alguna entre política y religión. Afirmar que el César era divino era propaganda política, desde luego, pero en cualquier caso también una afirmación teológica. Como ya hemos comentado, miles de años antes que los césares romanos, los faraones egipcios ya eran reverenciados como dioses a la vez que obedecidos como soberanos políticos. De manera que casi cualquier afirmación teológica que se hiciese respecto a la persona de Jesús en aquella era, encerraba necesariamente una alegación también política.

Aquí hay que recordar también a los mártires de la Iglesia Primitiva. Hoy día solemos pensar que fueron perseguidos por su religión. Pero esa es una interpretación falseada del martirio. Roma no perseguía minorías religiosas. Lo que no toleraba era disidencia política, otra lealtad que compitiera con la lealtad debida al César.

Pero si las afirmaciones sobre la deidad de Jesús eran francamente políticas, hay que insistir que su sus políticas son tan excepcionalmente diferentes a las habituales, que en generaciones posteriores ha sido posible

marginarlas como políticamente irrelevantes. La política de Jesús se descarta, entonces, como políticamente imposible y seguramente también indeseable. Se circunscribe en todo caso a la interioridad de los sentimientos religiosos, donde todo el mundo está dispuesto a adorar a Cristo pero nadie está dispuesto a hacerle caso político.

Y así el último gran momento de esperanza de cambio histórico en la Biblia se transforma otra vez en un mensaje de desesperanza, resignación y la imposibilidad de ninguna política diferente que la impuesta universalmente por los poderosos de esta tierra. En estos últimos dos mil años ha habido mucho adorar a Cristo, para que en el fondo de los fondos, todo siga igual que siempre. Los campesinos y esclavos de la era romana son ahora los trabajadores mal pagados y los millones de parados y decenas de miles de desahuciados de sus casas. Pero la realidad de injusticia social sigue como un cáncer y una lacra en todas las sociedades y civilizaciones humanas y si Cristo no era la solución, entonces va a ser que no existe solución.

Las políticas de Jesús

¿Cuál fue, entonces, esa política de Jesús que de tan novedosa y extraordinaria ni siquiera se suele reconocer como tal política?

La síntesis más breve y escueta —seguramente hasta el día de hoy la mejor síntesis de sus políticas— fue el doble mandamiento: «Amarás al Señor tu Dios con toda tu mente, con todo tu ser y con todas tus fuerzas; y amarás a tu prójimo como a ti mismo».

La idea de amar no tiene que ver aquí con sentimiento o sentimentalismo, sino con la disposición a honrar, respetar la dignidad personal, tratar bien, perdonar las ofensas, ignorar los males padecidos, apartar permanentemente la violencia y la venganza.

Empezar con el amor a Dios es reconocer que para amar al prójimo —a todo prójimo, incluso enemigos personales, enemigos de la familia y enemigos nacionales— hay que haber sufrido primero una transformación interior que sólo es posible en relación con Dios. Cuando nos relacionamos con Dios descubrimos la enormidad de su perdón y misericordia. Descubrimos que es solamente por su gracia, su mirar hacia otro lado e ignorar

nuestra maldad, su paciencia infinita y su renuncia a vengar nuestras malas actitudes y acciones, que podemos seguir con vida un día más.

Pero la segunda mitad del mandamiento nos impulsa a aplicar ahora a todos los demás, la misma actitud de perdón y paciencia y renuncia de venganza y violencia, que Dios nos está aplicando permanentemente a nosotros. Se diría que nadie ha entendido el amor de Dios, que no esté aprendiendo a aplicar esa misma consideración a los demás. Especialmente a los enemigos. Porque como bien observó Jesús, hasta los más malvados aman a los suyos y a los que los aman; mientras que Dios nos amó cuando éramos todavía sus enemigos. Y esa es la actitud que nos invita a aplicar a los enemigos nuestros.

Las aplicaciones prácticas de este principio son infinitas. Pero para no extenderme excesivamente, lo dejo en tres ideas sencillas:

En cuanto a la economía, Jesús nos enseña una economía redistributiva. Una economía donde en lugar de unas pocas familias con fortunas fabulosas a la par con multitudes de familias que apenas tienen para subsistir, la riqueza se reparte lo más equitativamente que sea posible. Aunque parezca una utopía, no es posible renunciar a la meta de poner otros cimientos económicos que los de un darwinismo donde sólo sobreviven los más fuertes.

En cuanto a la justicia, Jesús nos enseña una justicia no retributiva. Una justicia donde en lugar de que el malhechor sea castigado con un mal más o menos equivalente, lo que se busca es restablecer relaciones de convivencia y armonía pacífica. Esto a veces supondrá reconocer que lo justo es perdonar. Otras veces exigirá fórmulas creativas de restitución, donde el malhechor pueda compensar con obras buenas las malas obras que ha cometido.

En cuanto a política exterior, Jesús inspirará una diplomacia que renuncia absolutamente a la guerra, por cuanto en la guerra es imposible mostrar amor al prójimo en la persona del enemigo. Esto exige creatividad e imaginación en la diplomacia, para ver a los enemigos nacionales como aliados en potencia. Exige aprender a buscar juntos complicidades para fines en común, en lugar de la descalificación del enemigo como inhumano e intratable.

Una economía redistributiva. Una justicia no retributiva. Una diplomacia que renuncia absolutamente a la guerra.

En cualquier caso, desde hace miles de años nos llega este testimonio literario —la Biblia— de que es posible soñar con un mundo diferente, soñar con una civilización menos cruel y egoísta, imaginar otras políticas que las que nos dicen machaconamente que son inevitables y necesarias. Si tenemos la valentía de soltar amarras y creer en la vida como nos la propone nuestro Creador, existen, sí, alternativas dignas de ser exploradas.

ENSAYO 4.

La espiritualidad de la guerra y la violencia

CUANDO HABLAMOS DE *ESPIRITUALIDAD*, por mucho que los cristianos del siglo XXI nos valgamos de textos sagrados redactados en tiempos remotos, no hay nada que garantice que entendemos lo mismo que entendían quienes los escribieron. Considerando los enormes cambios habidos desde entonces en todas las ramas del pensamiento, sería agudamente sorprendente que nos entendiésemos mutuamente con los contemporáneos de los apóstoles cuando empleamos palabras como «espíritu», «dioses», «ángeles», etc.[1]

Para la gente que vivía cuando se escribió el Nuevo Testamento los astros, por ejemplo, eran dioses y otros seres endiosados —o sea en estado de espíritu puro— que resplandecían en el cielo e influían poderosamente en la marcha de los asuntos de la tierra. Con su monoteísmo, no cabe duda que los judíos concebían de estas realidades de una manera algo distinta. Sin embargo a Mateo no le resulta en absoluto chocante informarnos que Jesús sana a un *lunático* (Mat. 4.24). ¿Qué era un lunático? Se trata obviamente de una persona que ha caído bajo el poder de «la luna», concebida como un ser maligno capaz de trastornar la salud. Mateo, por cierto, no indica qué síntomas indicaban el lunatismo, dando por supuesto que sus lectores ya lo sabrían.

El concepto de ir al cielo cuando se muere no era una novedad del dogma cristiano, sino una creencia de la cultura popular de la época. Cualquier persona especialmente ilustre, un emperador, por ejemplo, ascendía al cielo al morir, y brillaba como un astro más en el firmamento.

---

[1] Me parece recordar que el presente artículo empezó como apuntes para una de varias conferencias que di en Colombia allá por el 1997. La forma presente viene de una conferencia para un encuentro para estudiantes de SEUT, que a la postre se publicó en la *Separata* (Nº 2, Vol. 2, 2001) de la revista *Cristianismo Protestante.*

Dice así el apologista cristiano Lactancio, del siglo III, criticando la admiración que profesaban los romanos por sus generales victoriosos:

> *Los romanos desprecian la valentía del atleta, porque no produce heridas. Pero en el rey, ya que da lugar a desastres tan enormes, la admiran tanto que imaginan que los generales valientes y aguerridos son admitidos a la asamblea de los dioses . . . Si alguien mata a un solo hombre, se le considera corrupto y malvado; indigno tan siquiera de entrar a los templos terrenales de los dioses. Pero quien haya masacrado millares incontables de hombres, quien haya inundado los valles e infectado los ríos de sangre, es admitido de buena gana ya no sólo en los templos sino incluso en el cielo.*

Que Jesús ascendiera al cielo cuarenta días después de su resurrección no tenía, entonces, nada de curioso o inverosímil (salvo la resurrección en sí). Sí era nuevo el concepto de que así como había ascendido, un día volvería. Eso, que yo sepa, nadie se lo había planteado respecto a un humano endiosado en el cielo. ¿Para qué «volver» si al resplandecer en el cielo como un dios ya estaba en todas partes?

Con ideas como estas, es comprensible el fenómeno de la astrología, que el Nuevo Testamento ni predica ni niega, sino que acepta como un factor más de la realidad del mundo en que vivimos. (Los Reyes Magos llegan hasta Jerusalén buscando al rey nacido porque han visto su astro en el cielo.) El cielo y la tierra son uno, y lo que pasa en el cielo es otra dimensión de lo que pasa en la tierra, por lo que uno puede ver en el cielo lo que está pasando y previsiblemente va a pasar en la tierra.

La realidad pneumática o espiritual

Si la *espiritualidad* de los astros nos resulta un concepto extraño es porque hemos olvidado lo que todo el mundo en la antigüedad «sabía» acerca del *espíritu*. (Al decir «todo el mundo en la antigüedad», obviamente también hay que incluir a los primeros cristianos.) El *pneuma* —palabra que traducimos al castellano como «espíritu»— era antes que nada aire o viento o aliento. Pero el aire se concebía como vivo, dinámico, lleno de poderes y potencias. Piénsese, por ejemplo, en «el aire» en Efesios 2.2: «[…vuestros delitos y pecados,] en los cuales anduvisteis en otro tiempo […] conforme al príncipe de *la potestad del aire, el espíritu* que ahora opera en los hijos de desobediencia».

Los antiguos concebían del aire, para todos los seres vivos, algo así como nosotros concebimos de la sangre dentro de un organismo. El aire va de aquí para allá, bañando todos los seres vivos con las mismas esencias y las mismas realidades, haciendo de comunicación directa entre un ser y otro. Los cuerpos humanos no se veían como algo totalmente autónomo, único, separado de los demás sino que, inmersos todos en un mismo aire, todos estaban sometidos a las mismas influencias.

Y si esta era la idea que tenían del aire, entonces el espíritu, el *pneuma*, era lo mismo pero más dinámico, más concentrado y más propicio para lo divino (o lo demoníaco: las palabras «dios» y «demonio» eran sinónimos perfectamente intercambiables).

> *Se consideraba que el* pneuma *era el elemento o la materia propia del raciocinio, el pensamiento y la percepción sensorial; siendo este el caso estaba peligrosamente sujeto a la contaminación y la corrupción. No permanecía en un enclaustramiento seguro, dentro de una ontología separada; al contrario, penetraba las demás formas de la naturaleza y por tanto los demás elementos naturales podían actuar sobre él, dañarlo, incluso alterarlo.*[2]

Para los filósofos, entonces —y ¿quién sabe hasta qué punto estos conceptos habían llegado a penetrar la cultura en general hasta ser ideas de uso corriente?— los «espíritus inmundos» (*pneúmata akátharta*) que Jesús y los apóstoles echaban fuera para sanar a la gente, bien podían concebirse como una especie de emanaciones perjudiciales o gases tóxicos. La característica concreta del *pneuma* en este caso sería su impureza, suciedad, inmundicia, contaminación o corrupción. El *pneuma* que está en todas partes y en todas las personas, en este caso concreto estaba sucio, contaminado, corrupto. Esa contaminación, lógicamente, lo afectaba todo: la conducta, la cordura, la pureza formal para los ritos judíos, pero especialmente la salud. Si los romanos decían aquello de *mens sana in corpore sano*, un corolario lógico sería que quien tuviera contaminado o en mal estado el *pneuma*, ¡difícilmente iba a poder gozar de un cuerpo sano!

El que se les concibiera como seres personales, con voluntad y deseos análogos a los humanos, y que incluso podían hablar empleando como portavoz a un ser humano, no quita nada de lo anterior. Estamos

[2] Dale B. Martin, *The Corinthian Body* (New Haven and London: Yale University Press, 1995) p. 24. Tradujo D. Byler.

hablando de dioses o demonios, a fin de cuentas, que por definición son personales y tienen voluntad propia y un poder sobrecogedor para influir en el destino de la tierra y de la humanidad, por mucho que su ámbito natural es el *pneuma*.

Podríamos decir que la dimensión *psíquica* era donde el ser humano se muestra plenamente humano, con todas sus facultades sensoriales, pensantes, racionales, de personalidad e individualidad y voluntad como persona, carne, alma, todo su ser. Entonces la dimensión espiritual, lo que aquí venimos llamando *pneuma*, era donde los seres divinos o demoníacos se manifiestan como plenamente divinos y demoníacos, con toda su capacidad para influir en el mundo, para maldecir y bendecir la existencia humana, para dominar, recibir honra y quizá adoración de los humanos, ser respetados por su fuerza, poder e influencia y quizá ser temidos por los humanos. Es aquí, en la dimensión del *pneuma*, que manifiestan su fuerza de voluntad, la astucia de sus razonamientos, sean justos y veraces en caso de los espíritus sometidos a Dios, sean falsos, corruptos y destructivos en caso de espíritus endiosados o rebeldes contra Dios. Es desde esta dimensión espiritual o *pneumática*, que penetran con total naturalidad hasta el interior del ser humano y pueden tomar posesión de los pensamientos y del habla humana, hasta que los hombres y las mujeres puedan profetizar verazmente en el nombre de Dios, o proclamar a voces, como en los evangelios «¡Déjanos en paz, Jesús! ¡Sabemos que eres el Cristo, el Hijo de Dios!».

El *pneuma* —la realidad espiritual en que creían todos los antiguos, fueren paganos, judíos o cristianos— se concebía que está entonces antes que nada en el aire, y especialmente en esa vitalidad del aire en movimiento perpetuo que llamamos viento, aliento, respiración, soplo, aquello que transporta unas mismas realidades de aquí por allá a todas partes.

Está, en segundo lugar en el cielo, el lugar de los dioses (o del Dios único para los judíos, aunque ellos también admitían que junto a Dios en el cielo estaban sus ángeles, y también aceptaban la existencia en el aire de seres *pneumáticos* de signo negativo). En realidad el cielo es en cierto sentido la misma cosa que el aire: ¿dónde acaba el aire y empieza el cielo —a no ser que uno crea que el cielo carece de aire, un concepto impensable para los antiguos, ya que el cielo es, por excelencia, donde moran los seres

«espirituales» (cuando «espíritu» es, como ya hemos dicho, viento, respiración, aire vivo, dinámico y en movimiento)?

Obviamente el *pneuma* sopla también sobre la tierra y entra y sale de cada ser que respira. Se concentra en ciertos lugares más *pneumáticos* que otros, (donde, por ejemplo, los espíritus divinos se han aparecido espontáneamente a la gente, o donde «moran» en templos dedicados a su culto). Puede concentrar su esencia también en personas con especiales facultades para ello (por virtudes personales o por consagración al sacerdocio), o en quienes sencillamente se «derrama» como acto de gracia divina.

Todo esto para venir a parar a lo siguiente:

Como es natural, si uno cree todo esto, una de las manifestaciones más notables, poderosas e influyentes de la realidad *pneumática* o espiritual sobre el destino de la humanidad, tiene que hallarse en la dimensión social y política de la vida humana. Si hay un lugar donde sería natural buscar la presencia de lo *pneumático* o espiritual —si es que creemos que de verdad es una realidad poderosa, que de verdad importa, que de verdad influye en las vidas de los humanos— ese lugar tiene que ser la política.

No nos sorprende descubrir, entonces, desde la más remota antigüedad, que la religión y el Estado han estado siempre estrechamente vinculados.

En algunos lugares, como —emblemáticamente— Egipto, los reyes *eran dioses*. En otros lugares como Canaán, los reyes tan sólo eran *hijos* de un dios. En otros lugares o momentos, como hemos visto respecto al Imperio Romano, la divinización sucedía *después* de la muerte del emperador y su ascensión al cielo (aunque no faltaron emperadores que aceptaran ser adorados como dioses ya en vida).

En el mundo de tiempos bíblicos, si hay una cosa que queda clara acerca de los dioses (o acerca del Dios único, en el caso de los judíos), es que lo que más les interesa es el poder político, los reyes, las guerras, bendecir o maldecir la economía nacional, y en general todo lo que tiene que ver con reinos, principados, imperios, tribus, naciones y grupos étnicos. El Antiguo Testamento carece de sentido si se pone en duda que lo espiritual, lo *pneumático*, donde se desenvuelven Dios y sus ángeles —y

los dioses de todas las naciones vecinas— tiene que ver, *por definición*, con la política tanto como con el individuo.

Y ya que es imposible hablar de política, especialmente política internacional, sin hablar de guerras y ejércitos, ésta también tenía que ser un área especialmente propensa a la actividad divina/demoníaca.

Y efectivamente, desde que se tiene conocimiento de que existieran guerras entre distintos grupos humanos, siempre se ha dado por supuesto, como un dato incuestionable, el interés divino en ellas. Los sumerios, los babilonios, los egipcios, los hebreos (el Antiguo Testamento), los griegos (piénsese en la *Ilíada* de Homero), los romanos, los señores feudales de la Edad Media, los musulmanes con su *jihad* o guerra santa, los papas cuando declaraban una cruzada: *todos, siempre,* han dado por sobreentendido que la guerra es, *por definición*, producto de las voluntades de los dioses (o de la voluntad del Dios único, según el caso).

Yo, sinceramente, no sé exactamente qué hacer con todo esto. Pero creo que debemos aceptar que los antiguos quizá no eran tan tontos como pueden parecer. Aunque nosotros hoy día ya no podemos concebir de las cosas en exactamente los mismos términos que ellos, sin embargo tal vez ellos eran conscientes de una dimensión de la problemática humana —el problema de la violencia y la guerra en este caso— que a los modernos se nos escapa. Como ya no podemos hablar con naturalidad de *pneuma* ni espíritus maléficos, «el príncipe de este mundo» se pasea por el mundo occidental moderno sin que los cristianos nos percatemos de ello ni le opongamos resistencia.

Nunca he estado en El Ejido.[3] Pero ¿es justo que nos indignemos todos con los brotes de violencia xenófoba que se han producido allí? ¿Son tanto peores que los demás españoles los pobladores de El Ejido? ¿Y si resultase que en su violencia y racismo son víctimas de una «contaminación moral», un «no se qué» que les ha invadido desde realidades espirituales, tanto más eficaz en su capacidad corruptora una vez que los cristianos ya ni creemos en ello ni sabemos cómo oponerle resistencia?

[3] Cuando escribía este artículo, eran noticia ciertos actos de violencia contra inmigrantes en aquella población española, un episodio que con el paso de los años ha quedado relegado al olvido.

Y ETA: ¿Va a desaparecer de España el terrorismo meramente por la persecución policial —como plantean unos— o porque se acepten sus tesis políticas —como parecen opinar otros? ¿Y si resultase que hay una «espiritualidad» del terrorismo, un «espíritu de violencia» que se ha apoderado del País Vasco, un espíritu terriblemente maligno, que se goza en la destrucción, la muerte, el odio, la separación de una sociedad entera entre «nosotros» y «ellos»?

Resistir el pneuma de la violencia y la guerra

Si todo esto resultase cierto (aunque no necesariamente en los términos exactos como lo concebían los antiguos), ¿cómo hemos de prevalecer contra la violencia y la guerra en el siglo XXI? De hecho: ¿es *posible* prevalecer contra los espíritus que asolan a la humanidad con violencia y guerras? ¿No sería más lógico sencillamente dejarse arrastrar por la corriente de los hechos y procurar sobrevivir gracias al cultivo de una paz interior y la esperanza en un paraíso prometido más allá de la muerte?

Sabemos que Jesús y los apóstoles echaban fuera a los «espíritus inmundos», y que de muchas otras maneras se opusieron frontalmente siempre que se encontraron con corrupción y maldad en el ámbito de lo *pneumático*. Para los contemporáneos de ellos, nada daba fe del poder real que gozaban en el ámbito *pneumático*, como las curaciones milagrosas. Como hemos visto, la enfermedad se debía (según se entendía) al «mal aire» o sea los «espíritus inmundos». Curar repentina y dramáticamente a un enfermo manifestaba claramente que éstos habían sido expulsados del cuerpo del enfermo.

Aprendemos de Jesús y los apóstoles, entonces, que sí es posible resistir contra una «espiritualidad contaminada», maléfica, perjudicial para el individuo y la sociedad.

Para empezar, debemos recordar que la violencia y las guerras no son *necesarias*. No son *inevitables*. Aprendemos en Génesis que hubo un tiempo anterior a la violencia y las guerras: el ser humano fue humano *antes* de ser pecador; vivió tan libre de la influencia de «espíritus inmundos», que podía presumir de inmortal.[4] Y en el Apocalipsis aprendemos que habrá

[4] *Cf.* Walter Wink, *Engaging the Powers* (Minneapolis: Fortress, 1992), pp. 36-39

una eternidad posterior al pecado: «el reino de Dios» cuya consumación aguardamos, donde tampoco estaremos sometidos a la influencia de «espíritus inmundos» con los males corporales, psíquicos y sociales que los acompañan. Es decir que el ser humano no es violento *por naturaleza* sino por corrupción. Y aquello que se ensucia, contamina y corrompe, puede ser también lavado y restaurado a su pureza inicial.

Esto significa que el refugio en una piedad interior no es opción para los seguidores de Jesús. Si el proyecto magno de Dios en la historia de la humanidad es «el reino de Dios», la restauración de todas las cosas hasta su perfección edénica —o sea la creación de una sociedad sin violencia ni ninguna manifestación de malos aires (espíritus inmundos)— esa visión tiene que inspirar las metas, las aspiraciones y la actividad de todo aquel que ama a Dios, los «mansos», los «pacificadores», los que «tienen hambre y sed de justicia».

En los últimos 10-15 años algunas personas vienen proponiendo la «guerra espiritual» como método para cambiar las ciudades y naciones sometidas bajo lo que ellos llaman «espíritus territoriales». Esto suena prometedor, particularmente porque parece tomar en cuenta las realidades *pneumáticas* en que creían los apóstoles y contra cuya corrupción luchaban. Sin embargo estas ideas modernas sobre «guerra espiritual» contra «espíritus territoriales» acaban defraudando —o por lo menos me han defraudado todos los libros escritos por sus practicantes que yo he leído hasta ahora. Este es un tema complejo, que en todo caso merecería tratamiento aparte.[5]

Sin embargo, sí podemos coincidir con los que practican la «guerra espiritual», en que si creemos, como se creía en el siglo I, que detrás de las realidades visibles de violencia y guerras hay un ámbito espiritual —innegablemente real y profundamente influyente sobre el destino de la humanidad—, entonces, hagamos lo que hagamos aparte de orar, nada conseguiremos sin la oración.

La oración es un acto de rebeldía contra la presente realidad y el espíritu viciado, contaminado, del presente. Frecuentemente para los más débiles, las víctimas de la violencia, la oración es el único acto de rebeldía que se pueden permitir. Ellos, con su clamor a Dios, tienen la osadía de

[5] Cf. Varios autores, *Poder y misión* (San José: INDEF, 1997)

imaginar que el reino de Dios sea posible y proclamar con fe la esperanza en que un día las cosas serán distintas. Y por esa misma fe y al ser oído su clamor, dan lugar a que en los cielos las cosas se empiecen a mover para que esa nueva realidad imaginada y reclamada de Dios, un día se haga realidad.

¿Durante cuántas generaciones clamaron a Dios los hebreos oprimidos por Faraón? Y el «espíritu» de Egipto se encargaba de declarar absurdas e inútiles esas oraciones. Pero un día por fin llegó la hora de la liberación, el fin de esa violencia. ¿Por qué tardó tanto en llegar esa liberación? No nos es dado saberlo. Lo que sí sabemos es que cuando por fin llegó, fue porque *Dios escuchó el clamor de su pueblo* (Exod. 3.7). La lección es clara: sin clamor no hay liberación. Con clamor puede tardar generaciones, incluso siglos; pero si su pueblo no levanta su voz hasta el trono de Dios, la violencia jamás desaparecerá de la sociedad humana.

ENSAYO 5.

¿Es compatible ser militar y cristiano?

LA FUNCIÓN DE «PRINCIPADOS Y POTESTADES» EN LA SOCIEDAD HUMANA

mayo de 2013

El 16 de mayo (2013) apareció un breve artículo por Vanesa Moreno en Protestante Digital, con el título: «A debate. Cristiano y militar, ¿es compatible?»[1] Allí se comentaba un acto reivindicativo celebrado en Madrid por policías y militares evangélicos, con las respuestas dadas sobre esa compatibilidad o no, por un servidor y un militar anónimo español, al ser consultados por la autora.

Como el formato en Protestante Digital admite comentarios de lectores, no tardó en aparecer toda una larga cadena de comentarios. En algunos aspectos esos comentarios me resultaron esclarecedores. Por una parte nadie ofrecía argumentos de peso contra los breves esbozos que me citaban; pero también estaba claro que mis argumentos no resultaban persuasivos. En algunos casos —unos pocos se limitaban a atacar mi persona— estaba clara la intensidad del sentimiento que suscita el tema.

Todo esto me ha hecho volver a abordar, en los siguientes párrafos, un tema que yo pensaba que había agotado hace años. No deja de ser, al fin y al cabo, uno de los temas —juntos con la interpretación de la Biblia— que más me han ocupado como autor.

---

1 http://www.protestantedigital.com/ES/Espana/articulo/16568/Cristiano-y-militar-es-compatible

Historia del debate

Los cristianos nos aferramos con pasión a nuestras creencias, que frecuentemente no son las mismas que sostienen otros cristianos. Los debates han sido y siempre serán frecuentes. Por consiguiente, nadie debería sorprenderse de que existan minorías confesionales en el cristianismo que proponen una manera alternativa de entender la profesión militar, cuestionando que sea apropiada para los que confiesan el nombre de Jesús.

Durante las décadas finales de la Guerra Fría —que fue, además, un enfrentamiento entre potencias nucleares capaces de acabar con la vida en este planeta— el debate sobre la teoría de la guerra justa fue bastante intenso. Hubo militares cristianos que tuvieron que plantearse como cuestión de conciencia, lo que significaba ser parte de una institución (en la cadena de mando y obediencia jurada) que se preparaba y los adiestraba para acabar con la vida en la Tierra.

Tengo en mi biblioteca dos libros de aquella época cuyo contenido es debates entre teólogos —en algún caso militares— donde un panel de varias personas pudo cada cual desarrollar extensamente sus argumentos y responder a los de los demás. Lamentablemente esos libros están en inglés, publicados en USA y el Reino Unido (sendas potencias nucleares, donde por consiguiente el debate fue especialmente intenso).[2]

Han pasado dieciséis siglos desde la transformación radical —de arriba abajo— del cristianismo que supuso su adaptación para que sirviese los intereses del Imperio Romano como religión estatal. En estos dieciséis siglos, en el debate sobre la guerra justa se han esgrimido argumentos serios, matizados y profundos, hondamente comprometidos con los valores del cristianismo a la vez que con lo que significa vivir en sociedad humana. Es difícil imaginar que ningún pasaje pertinente de la Biblia haya quedado sin explorar —y sin explicaciones diferentes y contrarias sobre lo que aportaban al debate.

Por cuanto el debate de finales del siglo pasado (así como el que pudiera haber ahora) no nace en un vacío sino que hereda dos milenios de

[2] Robert G. Clouse, ed. *War: Four Christian* Views (Downers Grove: Inter Varsity Press, 1981). Oliver R. Barclay, ed. *Pacifism and War* (London: Inter Varsity Press, 1984).

experiencia cristiana, ha contribuido mucho el estudio también de la Iglesia Primitiva, la iglesia imperial, la iglesia medieval, y la proliferación de iglesias estatales nacionales. La historia de la cuestión tiene que abarcar no solamente lo que han dejado escrito los teólogos, sino especialmente lo que ha sido la guerra practicada por cristianos en Europa (y América) durante estos dieciséis siglos —culminando en Hiroshima, Nagasaki y el dedo en el gatillo para la destrucción atómica de la vida en la Tierra.

Expongo los siguientes puntos, entonces, bien enterado de que pueden ser contestados —y han sido contestados reiteradamente— para la entera satisfacción de los que sostienen que la profesión militar es apropiada para los que siguen a Jesús.

Hay muchos otros aspectos de la cuestión, pero estos a continuación son los temas que han aflorado en el debate reciente en Protestante Digital sobre si es compatible ser militar y cristiano:

Primero

Ni Juan el Bautista ordenó a los soldados abandonar las armas (Lc 3,14), ni Jesús al centurión (Mt 8,5-13), ni Pedro a otro centurión (Hch 10). No hay, de hecho, ninguna instrucción expresa en todo el Nuevo Testamento, de que la carrera militar sea incompatible con el cristianismo.

Respuesta: La mujer que ungió los pies de Jesús, descrita como «una pecadora en la ciudad» es claramente una prostituta. Jesús alaba su fe y su amor y no la manda abandonar la prostitución. A lo largo de los evangelios los «publicanos» (colaboracionistas judíos con el régimen de ocupación militar imperial) son denostados como enemigos del pueblo; pero tampoco les dice Jesús nunca que abandonen su profesión. En todos estos casos y otros muchos —y desde luego también en el de los militares— hay que suponer que la iglesia apostólica desarrolló una prédica y unas prácticas consonantes con el ejemplo y el evangelio de Jesús, aunque ello no venga explicitado en el Nuevo Testamento.

Aunque la documentación disponible para las primeras generaciones cristianas es exigua, sí nos permite ver una tendencia sobre esta cuestión, conforme el cristianismo iba ganando cada vez más adeptos (con las dificultades consiguientes de «control de calidad») y hasta culminar en su adaptación para los fines propios del Imperio. Los documentos más

antiguos son los más intolerantes con los hermanos cristianos que pretendían compatibilizar esta fe con la carrera militar. Con el correr del tiempo, sin embargo, las reglas se van suavizando. En cualquier caso hasta el final de este período, los militares y jueces (con facultad de condenar a muerte) debían renunciar a su cargo —lo cual podía provocarles el martirio— si se viesen en situación inevitable de matar (o condenar a muerte) al prójimo.

Esto en cuanto a los que ya eran militares cuando se bautizaron. Los que se hacían militares después del bautismo eran excomulgados y a los catecúmenos que expresaban la intención de hacerse militares, les era negado el bautismo. [3]

Supongo que se comprenderá que aquellas confesiones cristianas con cierta pretensión (justificada o no) de «radicalismo primitivo«, se den por satisfechas con aquellos indicios de la Iglesia Primitiva y pierdan interés en la extensa justificación filosófica de los grandes teólogos de la iglesia imperial y medieval. Agustín de Hipona, por ejemplo, cuyos argumentos son el cimiento del pensamiento mayoritario sobre la cuestión, tiene infinitamente más en común con los filósofos paganos romanos que con la resistencia no violenta hasta la muerte practicada por Jesús. (De Jesús se recuerda que salvase muchas vidas; nunca que matase él ni justificase a nadie matar.)

Segundo

Romanos 13,1-7 y las autoridades puestas por Dios. Tiene su origen en Dios la función del Estado y por consiguiente de las fuerzas militares y policiales, para ordenar una vida pacífica, segura y próspera para la sociedad humana, libre del peligro de individuos y bandas criminales armadas, libre de invasiones de ejércitos extranjeros. Naturalmente, si esto

[3] Jean-Michel Hornus, Evangile et Labarum: Etude sur l'attitude du chritianisme primitif devant les problèmes de l'Etat, de la guerra et de la violence (Ginebra: Labor et Fides, 1960); trad. al inglés: It Is Not Lawful For Me To Fight: Early Christian Attitudes Toward War, Violence, and the State (Scottdale y Kitchner: Herald Press, 1980); trad. al alemán: Politische Entscheidung in der alten Kirche (Munich: Beiträge zur evangelischen Theologie, XXXV, 1963).

es bueno en sí mismo, no puede ser incompatible con el cristianismo ni puede quedar excluido para personas cristianas.

Respuesta: Es imposible entender lo que pone Romanos 13,1-7 si se arranca de su contexto.

En primer lugar el contexto literario, que tiene que abarcar —como mínimo— desde Rom 12,17 hasta Rom 13,10. El pasaje empieza instruyendo: «No devolváis a nadie mal por mal» y acaba ensalzando el amor como regla única necesaria, para culminar especificando: «El que ama no hace daño al prójimo». Parecería difícil alegar que Pablo puede estar brindando, entremedio, motivaciones claras para matar al prójimo. Y sin embargo es así como lo interpreta la extensa tradición eclesial que arranca con Agustín de Hipona. Agustín también justificaba la necesidad de la tortura, naturalmente, y otras muchas cosas que hoy nos parecen moralmente repugnantes. Es lo que pasa cuando la ética cristiana se cimienta en filosofía pagana y no en la majestuosa claridad de las palabras y el ejemplo de Jesús y sus apóstoles.[4]

En cualquier caso, como he argumentado detalladamente en diferentes escritos, todos los autores del Nuevo Testamento (exceptuando Judas, tal vez por su extrema brevedad) traen alguna versión de la regla diáfana de conducta cristiana de no devolver mal por mal. He leído extensos trabajos escritos donde se intenta demostrar que matar a una persona es una forma de manifestarle no solo el amor humano sino también el amor divino. Los militares que son honestos —los que de verdad han participado en una guerra, por ejemplo— saben muy bien que la justicia es siempre la primera víctima en las guerras y que cualquier intento de conducir una guerra siguiendo los principios del evangelio sería emocionalmente imposible y militarmente desastroso. Los veteranos de guerra suelen preferir no hablar de lo que han hecho, esperando con el tiempo conseguir olvidarlo aunque oscuros recuerdos los asaltan inoportunamente en cualquier momento.

[4] Entre los estudios importantes de la historia de la cuestión, ver: Roland H. Bainton, *Christian Attitudes Toward War & Peace: A Historical Survey and Critical Re-evaluation* (Nashville: Abingdon Press, 1960); John H. Yoder, *Christian Attitudes to War, Peace, and Revolution: A Companion to Bainton* (Elkhart: Goshen Biblical Seminary, 1983); Arthur F. Holmes, ed., *War and Christian Ethics* (Grand Rapids: Baker, 1975).

Hasta aquí el contexto literario de Rom 13,1-7 —la regla de vencer con el bien el mal y de amar al prójimo con un amor que no hace daño al prójimo.

El pasaje tiene también un contexto histórico y social, que es la propia vida del apóstol. Sabemos que Pablo sufrió reiteradamente —de forma absolutamente injusta— a manos de las autoridades que aquí parece estar alabando tan efusivamente. La leyenda cuenta que Pablo al final murió mártir. Sabemos que en cualquier caso, el mensaje de evangelio que predicaba Pablo tenía que ver con alguien que esas mismas autoridades condenaron injustamente y torturaron hasta la muerte en una cruz. Tal vez, entonces, aquello de que si no quieres temer a la autoridad has de comportarte y sólo recibirás elogios, requiera ser leído con bastante menos ingenuidad que la que manifiestan muchos.

Hay —naturalmente— otras maneras menos optimistas e ingenuas de interpretar lo que está queriendo hacer Pablo en estos versículos. Puede por ejemplo —aunque sé que a muchos les ofende la idea— que Pablo esté hablando con ironía y segundas intenciones, que cualquier cristiano de la era apostólica comprendería perfectamente por tener siempre presente lo que le pasó a Jesús y les estaba pasando a ellos.

Si la idea de la ironía no convence, yo observaría que si dejamos de lado lo que Pablo dice acerca de «ellos» (nunca «nosotros») —es decir las autoridades— y nos limitamos a lo que es claramente instrucción para la conducta cristiana, lo que nos dice es que debemos obedecer las leyes y pagar nuestros impuestos. Tal vez sorprenda que Pablo tenga que mandar obedecer las leyes y pagar impuestos. Parecería algo bastante obvio, ¿no? Lo sería si no fuese por la condición de marginalidad de los cristianos en aquel entonces, como «superstición extranjera» que alegaba, además, seguir las órdenes de otro señor y rey y soberano que el César.

El principio que los cristianos aprendían del libro de Daniel, de que es importante obedecer a Dios antes que al rey estaba tan hondamente arraigado, que Pablo creyó necesario mandar acatar las leyes y pagar impuestos. No sólo eso. Se dio cuenta que era necesario argumentarlo detenidamente. Es eso, en efecto, lo que hace aquí Pablo para explicar por qué los emperadores romanos, paganos redomados que se hacían adorar como dioses, sin embargo pueden ser obedecidos y que los cristianos tienen que entregarles una proporción importante de su dinero.

Esto no es lo mismo que mandar a los cristianos ponerse a matar gente a las órdenes de esos emperadores paganos, como si la espada del soldado romano fuese tan pura e inocente como la azada del campesino o la rueda del alfarero. Pero esto último es lo que quieren que pensemos los que ven en la explicación de Pablo acerca de por qué hay que obedecer y pagar impuestos, una «licencia para matar» para cristianos.

Lo que dice Pablo en Rom 13,1-7 sobre «la autoridad» tiene que entenderse dentro del contexto total del pensamiento apostólico sobre «principados y potestades». En su inmensa trilogía sobre «los poderes», Walter Wink explicó hace dos o tres décadas lo que significaban estos términos (y otros parecidos) en el mundo grecorromano y por tanto también en el pensamiento de los primeros cristianos.[5] En síntesis, los «principados y potestades» son entidades espirituales que tienen, sin embargo, claras manifestaciones materiales y sociales. Las instituciones —y las propias personas humanas cuando ostentan un cargo— materializan y hacen socialmente presente un «no sé qué» espiritual —divino (pero en ocasiones diabólico)— que les da un poder real sobre las vidas de los mortales.

Como la civilización humana es imposible sin esta realidad de poder, cargos e instituciones, los apóstoles entienden que los «principados y potestades» han sido creados por Dios para beneficio de la humanidad, para posibilitar nuestra convivencia civilizada y pacífica. Sin embargo se han rebelado contra Dios. Se han endiosado y exigen una sumisión y obediencia absolutas, con pretensiones de soberanía que son incompatibles con la soberanía de Dios. La máxima evidencia de esa condición «caída» de los principados y potestades, es que fueron ellos quienes dieron muerte a Jesús en la cruz. Al final, sin embargo, el propio Crucificado lo someterá todo bajo sus pies (incluso la muerte, esa fiel servidora de los principados y potestades), sometiéndolo todo por fin a los pies de Dios. El Señor no destruirá los principados y potestades, entonces, sino que les devolverá la función necesaria de servidores del bien humano,

---

[5] Walter Wink, Naming the Powers: The Language of Power in the New Testament (Philadelphia: Fortress, 1984); Unmasking the Powers: The Invisible Forces That Determine Human Existence (Philadelphia: Fortress, 1986); Engaging the Powers: Discernment and Resistance in a World of Domination (Philadelphia:Fortress, 1992).

pero incapaces ya de actuar con una soberanía independiente de la de Dios.

Viviendo, como vivimos, en un período anterior a que todas las cosas se sometan a los pies de Cristo, los principados y potestades siguen teniendo su función en la civilización humana —claro que sí. Pero los cristianos sabemos que su soberanía nunca es tan absoluta como pretenden y que el beneficio que nos aportan exige a muchas personas unas conductas absolutamente contrarias a las que nos instruye nuestro Maestro y Señor Jesús. Siguiendo la instrucción de Rom 13,1-7, entonces, obedeceremos las leyes y pagaremos nuestros impuestos. Sin embargo amaremos al enemigo nacional en lugar de procurar destruirlo, devolveremos bien por mal aunque el Estado (y la sociedad entera) no lo comprenda. Y practicaremos una justicia de reconciliación y no una justicia de castigo.

Este compromiso previo a amar siempre y nunca matar, es incompatible con el juramento de obediencia que exige el Estado de sus militares. El cristiano que no se da cuenta de esa incompatibilidad y acepta las armas del Estado, se mete en la boca de una fiera que engulle con singular facilidad los escrúpulos personales y tiene largos milenios de experiencia manipulando los sentimientos humanos para conseguir sus fines. Fines que son siempre hondamente idólatras. Lo que se nos propone es, entonces, adorar al Señor y también a la Bestia, por cuanto la autoridad de ambos sería —según nos lo pintan— en el fondo la misma cosa.

Tercero

Aquí voy a tratar algunos aspectos que aparecen en los comentarios sobre el artículo en Protestante Digital. En realidad, sigue esto muy relacionado con todo lo anterior sobre Rom 13,1-7 y sobre los «principados y potestades»:

Hubo comentarios a efectos de que los policías y militares hacen mucho bien a la sociedad y nos proporcionan a todos (menos los criminales, naturalmente) un sentimiento de seguridad y protección. Supongo que esto es más cierto con los policías que con los militares, aunque si estuviésemos en guerra, es posible que un sentimiento parecido de seguridad ciudadana inspirarían por lo menos los del bando de uno

mismo. Y en tiempos de paz, cuando aparecen en misiones de socorro ante desastres naturales, creo que nadie nos fijamos ni nos importa si la asistencia y la protección nos la están prestando militares o policías. Hubo protestas, entonces, de que hoy día los militares hacen muchas otras cosas —desde luego tienen habitualmente otros tipos de misión— que no solamente matar en combate.

Hubo por último un comentario sobre la hipocresía de vivir bajo la protección de militares y policías pero negar en principio la posibilidad ética o moral de prestar ese servicio uno mismo. Está claro que la profesión de las armas entraña un enorme riesgo personal. Los militares y policías asumen unos riesgos —por protegernos a los demás— que pueden alcanzar el preció máximo de dar la vida y dejar viuda y huérfanos a la familia. Descalificarse por motivos de conciencia de este servicio a la sociedad, parecía al opinante una actitud bastante deshonesta.

Respuesta. Reconozco que mis actitudes y la fuerza e intensidad de mis convicciones sobre esta cuestión, se forjaron en otro contexto muy diferente al del papel de las fuerzas armadas españolas en estos días cuando ya hasta ETA ha dejado de atentar. En mi juventud, habiendo nacido con dos ciudadanías que exigían, ambas, el servicio militar obligatorio, me las tuve que ver con otro papel muy diferente de lo militar en la sociedad.

En aquellos años EEUU estaba inmerso en la Guerra de Vietnam. Los militares estaban para la guerra; para eso nos llamaban a filas. Y los que no iban a Vietnam, estaban desplegados por todo el mundo en la Guerra Fría: un juego de nervios que podía desembocar en el fin del mundo en explosión nuclear. Las fuerzas armadas de EEUU no estaban entonces (ni están hoy) para misiones humanitarias descafeinadas. Se adiestraban para matar, su profesión era matar y esperaban matar mucho mejor y más eficazmente que el enemigo. En tanto las fuerzas armadas de Argentina —mi otro país de nacimiento— estaban para protagonizar cada tantos años un nuevo golpe de Estado para traer «orden» a la sociedad civil. Tampoco estaban ellos para misiones humanitarias. Estaban para imponer la voluntad de los generales sobre toda la sociedad argentina. Se alegaba, sí, que Argentina llevaba muchas décadas sin ir a la guerra; pero eso dejó de ser cierto cuando tomaron las Islas Malvinas y contraatacó Inglaterra.

Reconozco que estas experiencias vitales de mi juventud afectan cómo entiendo la cuestión de lo militar frente a las conductas y actitudes que nos enseña el evangelio.

Admitido lo cual, diría que es digno de explorar aquí el pensamiento apostólico sobre «principados y potestades».

No tengo problemas para reconocer que han sido creados por Dios para beneficio de la humanidad. Hay que reconocer las virtudes de una sociedad civil en paz, una sociedad constitucional y democrática, que ha firmado tratados y participa en instituciones internacionales donde las aventuras bélicas de otras generaciones son casi imposibles. No me cabe duda de que en una sociedad así, las fuerzas armadas hacen mucho bien y bastante menos daño que el habitual en la historia humana. No tanto bien, naturalmente, como el que sería posible hacer si desaparecieran de los presupuestos de las naciones los gastos en armamento e infraestructura militar. Lo ahorrado se podría invertir en alimentar a los hambrientos, investigar nuevos medicamentos y vacunas, conseguir agua potable para todos, educar a los analfabetos y crear puestos de trabajo productivos para los que están en paro. Pero en fin, es cierto que en una sociedad como la nuestra, las misiones militares de ayuda humanitaria son un gran beneficio para la sociedad civil.

Admitamos, entonces, que los «principados y potestades» —entre ellos las fuerzas armadas— fueron creados por Dios para beneficio de la humanidad.

Esperaría que otros admitiesen, por su parte, que los «principados y potestades» —entre ellos las fuerzas armadas— son frecuentemente contrarios al espíritu de Cristo. No generan una cultura de amor al enemigo, actitudes de perdonar en lugar de castigar, servir con humildad en lugar de mandar con pretensiones de autoridad. A pesar de todo el bien que indudablemente contribuyen a la sociedad (si se olvida la enormidad de los gastos en armamentos e infraestructura militar), no es posible decir —no seriamente, sin reservas— que los principados y potestades están ya hoy sometidos a los pies de Cristo. Ningún ser humano —por tanto tampoco ninguna institución humana— es enteramente maligno. Pero tampoco está nadie —ni tampoco ninguna institución humana— sometido ya perfectamente a los pies de Cristo. Eso queda todavía para el futuro.

Quien es capaz de servir a Dios y también a los «principados y potestades» sin que le produzca una sensación de conflicto, responde ante su propia conciencia, no la mía desde luego. Siempre que tenga claro que su máximo compromiso es con Cristo y que por consiguiente su ética medular será el amor al prójimo —que según Jesús tiene que incluir al enemigo— y no el principio de «autoridad» institucional humana. Siempre que tenga claro que ese amor al prójimo excluye hacer ningún daño al prójimo, y en los términos más absolutos imaginables, excluye matarlo. Quien tenga claro, siempre y en todas las circunstancias, su compromiso anterior y superior de no matar, supongo que está en condiciones de ejercer como cristiano cualquiera profesión, al servicio de cualquiera de los «principados y potestades».

¿Es cobardía, hipocresía o ventajismo aceptar vivir en una sociedad que extiende a todos la protección de policía y fuerzas armadas, y sin embargo objetar a servir en ellas por conciencia cristiana? Entiendo que lo parezca. Desde luego, sí que sería hipocresía si no nos produce espanto y horror la sola idea de que alguien mate a un ser humano para protegernos a nosotros. ¡Algo que jamás aceptaríamos!

A mi juicio una profesión que conlleva ir armado con armas letales, una profesión cuya delegación de autoridad por los «principados y potestades» incluye expresamente la «licencia para matar» (en determinadas circunstancias), difícilmente puede encarnar, a la vez, el espíritu de Cristo y la promesa de gracia y perdón infinito que nos ha sido encomendado como evangelio a anunciar a las naciones.

Se quiere poder decir, por una parte: «Estoy dispuesto a matarte, si las circunstancias me obligan a ello», y por otra parte: «Soy un fiel representante ante ti del amor y el perdón y paciencia infinitos de Dios, donde Jesús prefirió morir él que castigar a los malhechores».

¿Es hipocresía considerar que esos dos mensajes son contradictorios e incompatibles? Aunque no sea posible estar todos de acuerdo en que es incompatible, al menos debería ser posible comprender que algunos así lo entendamos.

Otra cuestión adicional —que para muchos cristianos no es baladí— es la del juramento de lealtad y obediencia. La Iglesia Primitiva entendía que el juramento de lealtad al Emperador y el rito bautismal cristiano operaban al mismo nivel y que el uno anulaba el otro. Quien siendo militar se

bautizaba, perjuraba de su juramento al César (corriendo por ello peligro de martirio). Quien siendo cristiano aceptaba el juramento militar, perjuraba de su bautismo y era expulsado de la iglesia. Si hoy día el juramento militar tiene ya otro carácter mucho menos serio y comprometido, eso es algo que tendrán que explicar los que pretenden compatibilizarlo con el bautismo cristiano.

Volvemos siempre a una cuestión de «nosotros» y «ellos». Nosotros, los cristianos, tenemos el deber ante Dios de ser ciudadanos obedientes y pagar nuestros impuestos, viviendo por la regla de amor (al prójimo y al enemigo) y renunciando a hacer mal a nadie. Ellos —los principados y potestades y sus agentes autorizados— ya sabrán lo que consideran que es su deber. Nunca les ha importado mucho a esos efectos lo que ponga la Biblia que es el propósito de Dios. En cualquier caso, siempre hallarán religiosos dispuestos a decirles lo que quieren oír: que cuentan con la aprobación divina o algo así. Actúan con atribuciones de soberanía y dominio que en realidad son atributos divinos. Algún día acabarán sometidos a los pies de Cristo y entre tanto, harán lo que les parezca oportuno. «Ellos» y «nosotros», entonces, nos movemos con diferentes motivaciones.

Podemos participar, sí, en consultas democráticas con nuestro voto, entendiendo que en ello no ejercemos soberanía (aunque nos la atribuyan) sino que opinamos ya que nos consultan. Porque, para nosotros, es falsa e idólatra toda atribución de soberanía que no sea solamente la de Dios.

Externamente, entonces, podemos ser ciudadanos modelo. Obedecemos las leyes, pagamos nuestros impuestos y en democracia expresamos nuestras opiniones con el voto. Y rogamos a Dios por las autoridades, para que gobiernen con sabiduría. En nuestro fuero interior, sin embargo, nos sabemos ciudadanos de otro reino, tenemos otro Rey. Nuestra identidad está en Cristo y no en ninguna nación de este mundo. Es natural, entonces, que rehusemos ciertos cargos que por su naturaleza expresan una identificación demasiado importante con los «principados y potestades» de este mundo.

ENSAYO 6.

Números 31

HISTORIAS INMORALES EN EL TEXTO SAGRADO

HACE UNA DÉCADA[1] Edwin M. Good, de la Universidad de Stanford, escribía:

> *Si* [...] *(1) la Biblia es androcéntrica y (2) el androcentrismo es una construcción inaceptable del mundo* [...] *entonces la Biblia ha dejado de ser una base adecuada de autoridad para la verdad religiosa y una fuente adecuada de discernimiento religioso.* [...] *Desde los primeros destellos por los que empecé a ver la justicia de las varias formas de crítica feminista de las tradiciones de nuestra concepción del mundo, he pensado que probablemente acabaríamos así. A medida que ha ido tomando forma esa consciencia, me he sentido cada vez más seguro de que quienquiera desee ofrecer una lectura feminista positiva de la Biblia ha emprendido una tarea imposible.* [...] *Prefiero ocupar una construcción del mundo feminista generosa y moralmente aceptable que aferrarme a una autoridad religiosa que se caracteriza hoy como siempre se ha caracterizado, por un prejuicio desagradable y una ocupación ilegítima del poder.*[2]

---

[1] Este artículo, salvo algunos pequeños retoques posteriores, apareció en *Alétheia* Nº 18 (Barcelona: Alianza Evangélica Española, 2000). El director de dicha revista lo publicó con una introducción severamente crítica y encargó a José de Segovia un artículo de réplica. En el número siguiente respondí con las consideraciones hermenéuticas adicionales que se adjuntan aquí a partir de la p. 278.

[2] Edwin M. Good, «Deception and Women: A Response», *Semeia 42* (1988), p. 132. El presente artículo podría haber abierto con una cita de, por ejemplo, Mieke Bal, Tina Pippin, Esther Fuchs o Renita Weems, entre otras. Cito a Good, aunque es un hombre, por el efecto personal que han tenido sobre mí sus conclusiones sobre adónde nos hubo traído la crítica bíblica feminista ya en la década de los 80.

Desde que leí esto en aquel entonces, siempre ha rondado por mi mente: una preocupación levemente molesta con la que no he sabido exactamente qué hacer. En el ínterin he escrito un libro sobre un tema más o menos relacionado,[3] pero el reto planteado por la crítica feminista de la Biblia no deja de rondar por mi cabeza.

Está claro que la cuestión de las mujeres en la Biblia no es el único tema donde ciertos pasajes específicos de la Biblia entran en conflicto con su mensaje moral globalmente positivo. Por ejemplo los menonitas, a la vez que nos hemos propuesto vivir un pacifismo que toma a Jesucristo por modelo, siempre hemos tenido que tratar con el barbarismo inquietante de la guerra mandada por Dios en el Antiguo Testamento. Sin embargo los menonitas no hemos optado por desechar la Biblia. Todo lo contrario, normalmente nos hemos caracterizado por un apego profundo a la Biblia. El que esto haya sido posible puede encerrar una clave acerca de cómo la Biblia puede seguir funcionando como autoridad incuestionable para la iglesia, en una era cuando también hemos caído en la cuenta acerca de lo profundamente no liberadores que resultan muchos de sus pasajes respecto a las mujeres.

Lo que quiero hacer aquí entonces es, en primer lugar, examinar con atención una de las historias de violencia inexplicable que la Biblia registra y en segundo lugar, intentar comprender qué pinta esta historia en un libro que, pese a Good, me niego a rechazar como Sagrada Escritura.

El episodio en cuestión se halla en Números 31.[4]

El capítulo abre atribuyendo inequívocamente a Dios la iniciativa respecto a las acciones emprendidas. Todo empieza con un mandamiento de Dios por medio de Moisés. Aunque más adelante Moisés continuará dando órdenes de las que no se dice específicamente que le vengan como palabra de Dios, el sentido que les otorga el contexto en el Pentateuco es que cuando Moisés da una orden, ésta es regular y normalmente palabra

[3] Dionisio Byler, *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (Terrassa: CLIE y Bogotá: CLARA, 2002).

[4] Susan Niditch, «War, Women, and Defilement in Numbers 31» (*Semeia 61*, (1993), pp. 39-57 también ha escrito acerca de esta historia. Curiosamente, descubro que su lectura, aunque feminista, resulta más académica, menos horrorizada respecto al contenido real de lo narrado, que la mía.

de Dios. Es ese el punto de partida, la presuposición que funciona siempre y cuando el texto no estipule lo contrario.

El texto designa esta guerra antes que nada como una de venganza y represalia (heb. *naqam*). Es imposible reconstruir la naturaleza exacta de la ofensa contra el Señor en Baal-Peor que pudo requerir que, incluso después de resuelta la crisis, siguiera siendo necesario el exterminio genocida de un pueblo que hasta ese momento no había sido considerado hostil, ni contrario a la religión de Moisés (Jetro el madianita había recibido a Moisés cuando huía de Faraón, y le había dado su hija en matrimonio). Si podemos suponer que Núm. 31.16 hace referencia a Núm. 25 (donde, sin embargo, se nos informa que el episodio tuvo que ver con los moabitas, que no los madianitas), parecería que «el» (obviamente *algunos* de los *hombres* del) pueblo de Israel tuvo que ver con «las» (obviamente *algunas* de las) mujeres madianitas y adoraron a los dioses de Madián, dando lugar a una enfermedad mortal (¿que afectó a esos mismos hombres?), todo lo cual llega a su fin cuando Finees mata a un hombre hebreo y a una mujer madianita pillados en el acto sexual.

Una de las maneras que podríamos imaginar lo sucedido sería suponer que los madianitas, padeciendo el brote de alguna enfermedad contagiosa, recurren a rituales para la curación mediante la invocación de sus dioses, rituales que habrían requerido que sus mujeres mantuviesen relaciones sexuales con hombres ajenos a su propio grupo. Los hebreos habrían resultado un grupo natural del que solicitar esta colaboración, dada la amistad que existía entre ambos pueblos. El resultado habría sido entonces el contagio también en el campamento hebreo, contagio que tan sólo cesó con la muerte de aquellos que habían contraído la enfermedad y porque se puso freno a que los hebreos se prestaran a participar en tales rituales.[5]

Pero incluso partiendo de tal reconstrucción puramente hipotética, sigue siendo difícil comprender el porqué de la necesidad de proceder a un genocidio contra toda la población madianita una vez que hubo pasado la crisis. Habría que suponer que los madianitas que sobrevivieron a tal plaga, así como los sobrevivientes hebreos, serían precisamente los que *no*

[5] Geroge E. Mendenhall, The Tenth Generation (Baltimore and London: The Johns Hopkins University Press, 1973), pp. 105-121, opina —con razonamientos apoyados en abundante investigación histórica— que se trataba de una epidemia de peste bubónica y sugiere más o menos lo que pongo aquí respecto a lo sucedido en Baal Peor.

tuvieron que ver con los rituales que hemos imaginado, evitando así el contagio y la muerte. Es tan difícil atribuir culpa a los sobrevivientes madianitas como lo sería atribuirles culpa a los sobrevivientes hebreos, a pesar de lo cual son estos últimos los que ahora han de ejecutar el genocidio castigador.

Por mucho que lo intente, entonces, lo que da lugar a la necesidad de esta venganza está sencillamente más allá de mi comprensión. Parece haberse perdido en las nieblas del tiempo y de una cultura tan distante, tiene que ver con un pueblo y una religión y sistema de creencias tan distintas a las mías, que ningún ejercicio de la imaginación puede salvar las distancias. Sencillamente no me puedo imaginar lo que sería servir a un Dios que requiere una carnicería tan carente de sentido.[6]

La segunda cosa que observo en Números 31 es la naturaleza de la batalla contra los madianitas.

Sé que para algunos propósitos podría resultar útil o al menos interesante jugar con los números que esta narración nos da respecto a los madianitas. Pero para efectos del presente ensayo creo que sólo resultaría una distracción, de manera que me propongo tomar estas cifras tal y como vienen. La narración bíblica nos da estas cifras, que son por tanto las que se espera que tengamos en mente para la reconstrucción de los hechos que sucede en la imaginación cuando leemos.

Ahora bien: El número de chicas vírgenes que pone para la población madianita es de 32 mil. Supongamos que una de cada tres hembras, desde bebés hasta ancianas, fueran vírgenes. Esto nos daría un total de 96 mil hembras madianitas, lo cual seguramente es una cifra demasiado baja, pero de todas maneras válida para nuestros propósitos. Podemos suponer que había un número parecido de varones, de los cuales quizá un tercio podrían haber participado en la guerra. De manera que tenemos algo así como 32 mil hombres madianitas en armas.

¿Qué clase de «batalla» tendría que tener lugar para que todos y cada uno de los combatientes de un ejercito mueran, sin una sola baja entre sus

---

[6] He escrito «Dios» con mayúscula aquí porque a pesar de la dirección en que esta oración parece tender con bastante claridad, el marcionismo no me resulta una solución satisfactoria ante los problemas a que esta historia da lugar [cf. Dionisio Byler, Los genocidios en la Biblia (Terrassa: CLIE y Bogotá: CLARA, 1998), pp. 15-17, reproducido en el presente libro, pp. 107-9].

contrarios? Sugiero que esto no puede propiamente describirse como una «batalla» sino como una «masacre». Creo que cualquiera que conozca el idioma español coincidirá conmigo en que el término «masacre» describe mucho mejor un evento de tales características. ¡Está claro que las fuerzas madianitas no opusieron resistencia! Aunque hubieran sido cogidos totalmente desprevenidos al no esperar un ataque de sus aliados hebreos, si los madianitas hubieran opuesto resistencia es difícil imaginar que nadie, en todo el ejército madianita, hubiera causado una sola baja entre los hebreos durante el tiempo que éstos se dedicaron a clavar sus lanzas y espadas en fila tras fila de madianitas. Sin embargo los madianitas muertos no son tan sólo los 32 mil combatientes potenciales, sino la totalidad de la población masculina salvo los niños más pequeños (heb. *tapim*).

No importa lo cruel e inhumana la obediencia fanática a la que hemos de creer que los hombres de Moisés se ven impulsados (el contexto nos lleva a pensar que están condicionados a una sumisión mecánica por la muerte y destrucción que cae sobre ellos inflexiblemente cuando las órdenes de Moisés no se cumplen a rajatabla), siempre tiene que llegar un punto en el que se cansan de tan salvaje carnicería, y por fin toman algunos prisioneros, aunque tan sólo mujeres y sus bebés (vers. 9). Ahora Moisés sale del campamento a su encuentro en un arrebato de ira justiciera, y les reprende duramente por haber tomado prisioneros. Insiste que la mayoría de los prisioneros también deberán ser masacrados.

Sólo las hembras vírgenes podrán vivir. Arrancan a todos los niños pequeños de los brazos de sus madres y los destripan. A continuación hemos de imaginar una escena en que una por una obligan a las miles de cautivas a desnudarse ante el ejército, para que quienes las inspeccionan abran con los dedos sus vulvas y examinen el himen por si mostrase señas de penetración.

Las que no son aptas reciben instrucciones de dirigirse a la cola donde serán atravesadas por una lanza, decapitadas, o cual sea el método de exterminio que se haya escogido. Las demás, que presumiblemente deberían mostrarse agradecidas por salvar la vida, abandonan los campos de muerte. Moisés ha especificado que los soldados las pueden conservar «para vosotros» (heb. *lekem*) dando a entender el disfrute sexual del botín de guerra, ¡aunque espero que se me permita abrigar la esperanza de que

a las decenas de miles de niñas impúberes primero se les permitiese acabar de crecer![7]

Para nuestro intento por comprender la matanza de los hombres madianitas, el texto nos ofrece la hoja de higuera de la presunta «batalla». Quizá había algo de sensación real de peligro, esa anegación en el terror y la adrenalina del campo de batalla, que pudo impulsar a los soldados hebreos a matar, matar, matar, arrancar la lanza ensangrentada de un cuerpo que aún se agita y chilla de dolor y terror, para hundirla en el siguiente. Nada semejante se nos ofrece respecto a la masacre de bebés y mujeres. Es simplemente carnicería a sangre fría. Mi imaginación me abandona en el intento de hacerme idea de los corazones irremisiblemente perversos y sin piedad necesarios para matar a miles de niños pequeños uno tras otro con armas de bronce y piedra.

¿Puede acaso alguien dudar de que Moisés, Josué, y todos sus secuaces, de haber vivido en nuestra generación, hubieran sido llevados al Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra en La Haya para ser juzgados por crímenes contra la humanidad? Sin embargo el ser humano no es más moral hoy que en el pasado. No hemos evolucionado hasta alcanzar un estadio de menor violencia y maldad. Si en el siglo XX, a pesar de toda la crueldad y violencia que lo ha caracterizado, hemos creado una institución como el Tribunal de la Haya, hay que pensar que se debe a algo profundo en el alma humana. La compasión por el prójimo y el horror ante la crueldad tiene que ser un rasgo con el que todos, en todas las épocas de la humanidad, hemos sido creados. Sugiero que cualquier generación en casi todas si no todas las culturas, sentiría un profundo rechazo de la conducta que describe Números 31. Está claro que hay hombres capaces de comportarse así, siempre los ha habido y siempre han intentado justificarlo. Pero las personas «normales», cualquier observador imparcial por ejemplo —ni siquiera personas especialmente morales o religiosas—, siempre sabrán sin la más mínima duda que tal conducta es absolutamente depravada.

---

[7] Harold C. Washington, en «Violence and the Construction of Gender in the Hebrew Bible: A New Historicist Approach», *Biblical Interpretation*, V, 4, (Oct. 1997), pp. 324-363, observa que la violación de las cautivas fue considerada normal en las guerras de los hebreos bíblicos. La legislación de Deut. 21.10-14 pretendía limitar esa costumbre, aunque distaba mucho de prohibirla.

La ideología de Moisés acaba pareciéndose a la de Hitler. En compañía de este Moisés, la aberración de Pol Pot ya no resulta tan aberrante. Lo que sucedió en Ruanda hace algunos años encuentra aquí un paralelo, así como el genocidio de Bosnia.

¿Qué hemos de hacer, entonces, con este texto en nuestra Biblia?

Una manera de intentar suavizarlo, como ya he mencionado, es jugar con los números. Los escritos históricos de edades pasadas jamás se han caracterizado por la precisión en sus números, y muchas veces incluyen exageraciones de bulto. Sin embargo no veo gran diferencia moral si toda esta escena se mantiene en pie, pero resulta que nunca había habido más que, digamos, mil quinientos madianitas. Alguna diferencia sí qué hay, quizá incluso una diferencia importante, pero no tanta en cuanto a la cuestión de fondo.

Otra manera de tratar a este texto es una que me enseñaron a evitar. La alegorización. Cuanto más me he enfrentado con cuestiones tales como la violencia y la perspectiva masculina del Antiguo Testamento, más simpatía siento por la alegorización sin disculpas con que generación tras generación de lectores cristianos han intentado entender nuestras Escrituras. Puede que nuestra hermenéutica moderna aún resulte ser un callejón sin salida respecto a la edificación a largo plazo de la Iglesia. Tomar el texto al pie de la letra bien puede conducir más fácilmente hacia el marcionismo y el antisemitismo por un lado[8], o un relativismo religioso por el otro, que al estímulo del pueblo de Dios en santidad y adoración.

¡Si tan sólo pudiésemos de alguna manera volver a la convicción que muchos cristianos sinceros y de corazón sencillo de todas las generaciones hasta la nuestra misma siempre han mantenido, de que bajo la superficie de estas historias yacen mundos enteros de significado escondido, esperando ser espiritualmente discernidos! Si pudiésemos leer alegóricamente, dejaríamos de horrorizarnos ante la crueldad, la violencia y el comportamiento inexcusable de todo tipo. Todo lo contrario, veríamos esos problemas en la superficie como señales seguras de que hay que buscar en otro lugar el verdadero significado espiritual del texto. La

[8] Se recordará que Marción (Siglo 2), con saña antisemita, arremetía contra el Antiguo Testamento y contra el Dios del que habla, considerándolo muy inferior al Padre de Jesucristo que revela el Nuevo Testamento.

masacre de los madianitas en realidad es acerca de —nunca jamás tuvo que ver con otra cosa que— ¡el desarraigo del pecado en nuestras vidas!

Cuando oigo a predicadores con menos estudios que yo explicar las Escrituras alegóricamente, muchas veces me siento conmovido. Y me doy cuenta de que hay un poder y una gracia en su predicación a los que yo no puedo acceder porque nunca veo más allá de la superficie de las historias mismas en toda la crudeza de su violencia y sexismo.

Por cierto, sospecho que es así como los menonitas han encajado tradicionalmente la violencia del Antiguo Testamento. Nunca la hubieran visto como un ejemplo a seguir salvo en el más alegórico de los sentidos.

Pero antes de recurrir a la interpretación alegórica, examinemos más detenidamente el texto bíblico echando nuestras redes en un contexto mucho más amplio, más allá de Números 31. Tal vez la Biblia misma nos ofrezca pistas que nos ayuden a superar el escándalo moral que supone este capítulo.

Hallamos, por ejemplo, en Núm. 13.1-3 y en Deut. 1.22-23, descripciones muy distintas de un mismo evento. En Números es el Señor el que toma la iniciativa de decirle a Moisés que envíe a los doce para espiar la tierra. En Deuteronomio Moisés asevera (¿se queja de?) que los líderes de Israel le propusieron el plan, al que él consintió sin darse cuenta de que caía en una trampa, dando pie a que luego se excusaran de tomar posesión de la tierra, cosa que dio lugar a 40 años adicionales en el desierto.

Así descubrimos que no todo lo que Números atribuye directamente a la palabra de Dios, lo era en realidad. «La palabra de Dios» aparentemente le venía a Moisés a veces mediante las iniciativas de otros líderes, en conversaciones, mientras calculaba cuál sería el mejor camino a seguir. Y lo que en cierto momento a Moisés le podía parecer que era una palabra clara de Dios, la reflexión posterior a veces podía indicarle que no había sido más que una trama urdida por un pueblo rebelde que buscaba excusas para no obedecer a Dios. Las palabras de Dios que le venían a Moisés de repente parecen mucho más corrientes, más humanas, mucho más parecidas a la manera que la palabra de Dios nos viene a los demás en nuestro propio caminar con Dios. Y como nosotros, Moisés quizá no siempre acertaba cuando atribuía una idea a Dios.

En el caso de los espías enviados a la tierra, disponemos de la versión de Deuteronomio que cuestiona la certeza con que podemos saber que de

verdad Dios le haya hablado a Moisés sobre el particular. ¿El hecho de que no dispongamos de una versión alternativa respecto a la masacre de los madianitas, versión que diera pie a cuestionar si las pretendidas «palabras de Dios» de verdad lo fueron, supone que plantearnos de todas maneras tal duda sería forzosamente imposible o contrario a las Escrituras? Supongo que en efecto estoy planteando esa duda, dando a entender que no creo que al hacerlo atente contra el empleo piadoso y cristiano de las Escrituras para los fines que les son propios.

De hecho, estoy dispuesto a ir mucho más lejos que sencillamente plantear una interrogante. Estoy dispuesto a dar una respuesta contundente. La única manera posible de evitar llegar a conclusiones marcionitas acerca del Dios del Antiguo Testamento en contraposición con el Dios del Nuevo Testamento, es negar que Dios haya tenido nada en absoluto que ver con la comisión de un crimen tan espantoso.

La doctrina cristiana mantiene estas dos verdades (entre otras, por supuesto) como datos incontrovertibles: (1) Jesucristo, en cuanto Hijo de Dios, es la Palabra encarnada de Dios, la revelación más perfecta y completa posible para la humanidad de la naturaleza de Dios, especialmente la naturaleza *moral* de Dios: cómo trata Dios con la humanidad descarriada. (2) La totalidad de las Escrituras cristianas, a través de ambos testamentos, trata sobre un único y mismo Dios: *Yahveh* Dios de los hebreos *es* el Dios de Jesucristo, y no hay otro Dios.

Si es cierto que hay un único Dios, y si él de verdad se encarnó en Jesús de Nazaret, manifestándose en Jesús tal cual de verdad es, *entonces* Moisés cometió un error trágico cuando (¡si es que!: léase más adelante) pensó que oyó que Dios ordenaba este monstruoso crimen contra los madianitas.[9]

A pesar de que las interpretaciones alegóricas de las Escrituras ya no estén de moda en algunas partes de la Iglesia (los elementos con más estudios entre las iglesias occidentales), sin embargo me parece que

---

[9] Aunque quisiera intentarlo, jamás podré evitar leer el Antiguo Testamento desde mi condición de *cristiano*. No siento más necesidad de pedir disculpas por esto que la que puedan sentir las feministas al leer la Biblia como mujeres, las «womanistas» al leerla como mujeres norteamericanas de raza africana, o los liberacionistas al leerla desde su propio trasfondo y experiencia. Incluso así, léase más adelante, estoy convencido de que la interpretación que ofrezco es plausible dentro del marco de, por ejemplo, el judaísmo de la época del Segundo Templo.

seguimos teniendo que admitir el discernimiento de que ante una incoherencia tan enorme y manifiesta como la que existe entre la palabra atribuida a Dios en Números 31, y todo lo que sabemos acerca de Dios por medio de Jesús de Nazaret, ¡tienen que encenderse todas las señales indicando que este texto trae «gato encerrado»! ¡El significado de la superficie sólo puede alcanzar un cierto grado de absurdo antes de que se espere que debamos empezar a preguntarnos si no habría que buscar significado en otra parte!

¿Podemos, después de todo, estar tan seguros de que los autores de la historia bíblica procuraban seguir fielmente las expectativas de los occidentales modernos acerca de cómo se deben sentar los hechos, en lugar de seguir la tendencia universal a redactar los eventos de tal manera que sirvan para propugnar una determinada perspectiva política, étnica, religiosa, etc.?[10] ¿Acaso alegan los autores bíblicos en algún lugar que lo que nos están dando sean «hechos» imparciales y no opiniones e interpretaciones espiritualmente medidas? Y ¿puede el significado de un texto de verdad permanecer inalterado si de ser una crónica de eventos, pasa a servir como Sagrada Escritura para una comunidad religiosa? ¿Es que pueda cosa alguna escrita, de verdad significar lo mismo que significaba antes, una vez que se lee con ojos de fe en el contexto del Canon que guía la visión espiritual de un pueblo?[11]

Una vez que hemos establecido que es imposible que un determinado pasaje pueda querer decir lo que en la superficie claramente dice, que no lo puede querer decir en ningún sentido que pueda resultar de interés o utilidad para la comunidad cristiana, entonces nos hallamos en libertad

---

[10] Obviamente estoy de acuerdo con la idea de que toda redacción de historia está siempre, inevitablemente, marcada por el prejuicio ideológico; quizá nunca tanto como cuando la persona que escribe alega ser objetiva, lo cual sólo puede querer decir que el autor ni siquiera es consciente de lo interesada que resulta su redacción de la historia.

[11] Aunque esta última pregunta retórica quizá requiera explicación, no es este el lugar para darla. Piense solamente el lector qué interpretación merecería el Cantar de los Cantares si nos hubiera llegado en el cuerpo de la literatura griega y no mediante la Biblia. Es tan sólo *porque está en la Biblia* que entendemos que pueda tener significado espiritual. Antes de su reconocimiento como Sagrada Escritura sin duda circuló entre los hebreos como un poema erótico más. Pero desde el día que ocupa su lugar en la Biblia, se lee de una manera radicalmente distinta.

para tratar de descubrir por qué es que de todas maneras figura en el Canon cristiano.

Huelga decir que no me parece necesario imaginar que Moisés haya escrito Números 31. Por lo que a mí respecta, doy por imposible el intento de averiguar quién por primera vez contó esta historia ni con qué propósito. ¿Contiene acaso el recuerdo de la antigua práctica *hapiru*/ hebrea[12] del *herem*[13], al estilo de las historias de las victorias sobre Sihón y Og (Deut. 2.31-34; 3.3), o el recuerdo de una incursión *hapiru*/hebrea en busca de botín similar a las que realizaba David en cierta época (1 Sam. 27.9)?

Sea cual fuere el motivo por el que se escribió esta historia, y el motivo por el que se redactó precisamente de esta manera (dando una imagen de Dios, Moisés y el ejército hebreo precisamente de esta manera tan devastadoramente negativa), el hecho es que la información acerca de Israel premonárquico nos ha llegado mediante la literatura postexílica de Judá. Sabemos que el Libro de Números (como el resto del Pentateuco), con una forma esencialmente igual a la que conocemos hoy, fue leído por la antigua nobleza jerosolimitana que volvió a Palestina en el siglo VI a.C. patrocinada por Ciro de Persia, que pretendía así asegurarse la lealtad del flanco occidental de su imperio. Se deba o no la composición de Números en su forma actual al período preexílico, lo cierto es que fue conservada para los tiempos postexílicos por esa antigua elite jerosolimitana, y llegó a funcionar (junto con el resto del Pentateuco) como la ley civil para los judíos étnicos de todo el Imperio Persa.

Es a aquella edad, entonces, que elijo remitirme para descubrir el sentido de esta historia. Es en el contexto del conflicto entre esta élite sacerdotal y real acabada de llegar desde Babilonia, y la población indígena de Judá o Palestina, que esta historia inmoral sobre un antiguo genocidio había de transformarse en instrucción edificante respecto a la pureza étnica. Lo mismo se podría decir acerca de todos los relatos que conserva la Biblia sobre el *herem* que habían practicado los antiguos *hapiru*.

---

[12] En mi opinión, Norman K. Gottwald, *The Tribes of Yahweh* (Maryknoll: Orbis, 1979) ha argumentado de una manera bastante convincente que existe algún tipo de conexión, aunque más no sea semántica, entre los antiguos forajidos *hapiru* de Canaán, y los hebreos primitivos.

[13] La consagración del botín de guerra (incluso prisioneros) a la destrucción total.

La Biblia, en el mismísimo acto de conservar estas historias antiguas como parte de un libro sagrado, transforma su significado. Desarraigadas de sus orígenes inmorales y criminales muchos siglos ha, estas historias sirven ahora para inspirar una lealtad intransigente para con el proyecto del Segundo Templo, o sea el judaísmo emergente.

En tal contexto es posible «hacer vista gorda» a la inmoralidad y la criminalidad absolutas de estas acciones. Nadie en Judá postexílica proponía seriamente el recurso al genocidio. No tenemos la menor evidencia de que tales medidas se hayan contemplado en ese momento (ni jamás posteriormente) en el judaísmo[14]. Puestos al caso, tampoco existe el menor indicio de *herem* para las monarquías preexílicas. Estas viejas historias groseras y monstruosas podían ser recicladas como parábolas morales precisamente porque a nadie se le podía cruzar por la mente imaginar que Dios jamás pudiese ordenar semejantes crímenes.

En mi opinión entonces, para el tiempo que toma forma el Pentateuco, los judíos conocían lo suficientemente bien al Dios que nos revela la Biblia, como para hacer que el genocidio por motivos religiosos fuese algo absolutamente impensable.

Es esa Biblia, al revelarnos a ese Dios, la que nos enseña a rechazar de cuajo cualquier significado literal que pudiera tener cualquier historia dentro de esa misma Biblia, si contiene un presunto mandamiento divino al genocidio. Números 31 puede significar cualquier cosa menos una. La única cosa que jamás puede significar, la única cosa que jamás pudo significar, es que Dios alguna vez haya ordenado el genocidio del pueblo madianita.[15]

---

[14] Esdras, caps. 9-10, da cuenta de la primera vez que se lleva a cabo un programa destinado a obligar la pureza étnica y racial de los judíos. Las narraciones anteriores de la Biblia dan cuenta con toda naturalidad de por ejemplo la cananea Tamar, antepasada de la mayoría de la tribu de Judá (Gén. 38) o la moabita Rut, bisabuela del rey David. Pero el programa de Esdras se limita al divorcio y al repudio de los hijos mestizos. Jamás se le cruza por la cabeza llevar a cabo un genocidio.

[15] Puestos al caso, la Biblia misma nos indica que tal genocidio jamás tuvo lugar, por lo menos no en las dimensiones y proporciones que indica el texto de Números. La Biblia conserva, además del relato de Números 31, la no menos curiosa e intrigante historia de Gedeón. Según Jueces 6, los madianitas encabezaron una alianza de pueblos del oriente que durante al menos una generación logró tener totalmente dominadas a las tribus de Israel, asentadas ya en toda la extensión de su territorio

Es así, entonces, como propongo que la Biblia, a pesar de algunas historias moralmente inaceptables que contiene, puede seguir funcionando como reveladora para nosotros de los caminos de Dios. Si de verdad Moisés pensó que Dios ordenaba un genocidio, sencillamente se equivocó. En el caso mucho más probable de que el nombre de Moisés haya quedado posteriormente asociado al relato de los crímenes de otra persona, el propósito jamás fue la justificación de esos crímenes, sino que sirviese como parábola o ilustración acerca de la pureza y lealtad étnica y religiosa.[16] Habría que seguir una línea parecida respecto a otras historias

---

nacional. A todo esto los madianitas eran «como langostas en multitud», lo cual no cuadra con la erradicación total y absoluta de esa etnia que nos había contado Números 31.

El relato acerca de Gedeón tiene dos efectos importantes en relación con Números 31. En primer lugar entronca la guerra contra los madianitas dentro de la corriente menos violenta del pensamiento hebreo. Como bien demuestra Millard C. Lind, *Yahweh is a Warrior* (Scottdale: Herald, 1980) existe una tradición profética dentro de Israel, que entiende que la fidelidad a Yahveh exige dejarle a él derrotar a los enemigos. Con el Mar Rojo a modo de paradigma, esta corriente del pensamiento hebreo confía que Dios defenderá los intereses de su pueblo, en lugar de pensar que el pueblo de Dios tenga que defender mediante las armas los intereses de Dios. Si Dios quisiera destruir a los madianitas, medios tiene él mismo para hacerlo sin que su pueblo tenga que mancharse con crímenes monstruosos.

El segundo efecto que tiene la historia de Gedeón en relación con Números 31 es que, negando tan rotundamente por inferencia que haya habido tal cosa como un genocidio total de los madianitas, nos *exige* entender Números 31 de otra manera que la literal. Números 31 puede servir de inspiración a la fidelidad al proyecto del Segundo Templo, por ejemplo y como hemos sugerido; pero no puede dar a entender que ni Dios ni Moisés hayan de verdad, literalmente, ordenado jamás crímenes de dimensiones tan horrendas como los descritos aquí.

[16] Esto no viene a ser lo mismo que la alegorización. Una cosa es entender que la historia sirva de inspiración en general; otra cosa distinta es buscar una concordancia, punto por punto, entre la historia y nuestras circunstancias presentes. Sin embargo es fácil acabar exagerando la diferencia entre entender que una historia sirva de inspiración en general, y leerla como una alegoría. Después de todo, a efectos prácticos, no es muy importante la distancia entre recibir ánimos para mantener una pureza étnica y religiosa, y decidir que éste y otros pasajes parecidos «en el fondo» enseñan a exterminar el pecado en nuestras vidas.

Richard B. Hays (*The Moral Vision of the New Testament*, San Francisco: HarperCollins, 1996) opina que «Sea cual fuere la validez de tal interpretación a efectos de la

bíblicas igualmente inaceptables. El resultado neto, si no el método, acabará siendo sorprendentemente parecido a la instrucción alegórica ofrecida por los predicadores cristianos a través de los siglos.[17]

Respecto a las críticas feministas de la Biblia, esta propuesta sólo afecta directamente la interpretación de ciertos «textos de terror», como los calificó Phyllis Trible en su obra ya clásica[18] sobre la victimación de algunas mujeres en la Biblia. Pero también puede tener cierta pertinencia respecto a la acusación más generalizada de androcentrismo en la Biblia.

Es innegable la realidad de que los textos bíblicos, quizá especialmente los del Antiguo Testamento, fueron escritos por varones para varones sobre cuestiones que a varones interesan. Sin embargo, si la comunidad de fe siempre instintivamente alegorizó las masacres genocidas, no menos instintiva y regularmente ha entendido que donde pone «hombre» se debe leer «ser humano» siempre que tal interpretación sea posible. Aunque puede ser discutible en algunos particulares específicos una traducción «inclusiva» de la Biblia como la NRSV inglesa, en el fondo es «conservadora» en el sentido de que no hace más que poner textualmente lo que

edificación privada, resulta inaceptable como exégesis» (p. 336). Eso sería cierto si pudiésemos estar seguros de que los autores bíblicos no esperaban que incluso los pasajes no alegóricos fuesen a interpretarse alegóricamente. Lo que hace Pablo con la historia de Sara y Hagar en Gál. 4.22-31 (por poner tan sólo un ejemplo del Nuevo Testamento), lo hace con tanta soltura que da la impresión de que tiene que proceder de una larga tradición de recibir instrucción de las Escrituras precisamente de esa manera.

Lo que estoy exponiendo aquí es que, dado que el genocidio era impensable en el período del Segundo Templo (o en el de la monarquía preexílica, puestos al caso), el autor de la presente versión y el presente contexto literario de la historia bien pudo haber esperado una interpretación más o menos acorde con la que los lectores piadosos siempre han hecho instintivamente.

[17] También resultarán aparentes algunas semejanzas con ciertas variantes de la crítica bíblica *postmoderna*, aunque estoy seguro de que a la mayoría de los críticos postmodernos les resultaría curiosa y pintoresca mi necesidad de encontrar edificación e inspiración en la Biblia. Las lecturas inspiracionales (ni qué hablar de las alegóricas) siempre serán altamente personales y subjetivas, algo que el postmodernismo alega que de todas maneras sucede siempre, no importa cuánto se pretenda evitar.

[18] Phyllis Trible, *Texts of Terror* (Philadelphia: Fortress, 1984).

siempre se ha sobreentendido, ante la innovación reciente de suponer que «hombre» tenga forzosamente que significar «varón». De manera que, por ejemplo, donde el texto hebreo de Salmo 1.1 pone, literalmente, «Bienaventurado *el varón* que no anduvo en consejo de malos» (*cf.* RV60), no sólo es justificable sino probablemente más correcto, en el sentido de que se ajusta más al sentido que la iglesia y la sinagoga siempre han entendido aquí, traducir «Bienaventurada *la persona…*».

Aquí también, incluso en algo tan aparentemente objetivo como el significado de una palabra hebrea o griega, el apego excesivamente riguroso al sentido superficial del texto podría resultar en significados inaceptables.

En otras palabras, y respondiendo por fin a la cita de Good con que abríamos, la aceptabilidad o no del texto bíblico como orientación moral y guía espiritual depende mucho más de *cómo se lee*, que de las palabras que contiene. Siempre que se lea como Sagradas Escrituras podrá funcionar como Sagradas Escrituras. Y siempre será posible en la Iglesia (y tengo que suponer que también en la Sinagoga) interpretarla positiva y moralmente si se lee desde un conocimiento personal de la naturaleza positiva y moral de Dios. A los que de verdad aman a Dios, la lectura de la Biblia al final siempre les debería llevar a amar incondicionalmente al prójimo,[19] incluso, pradójicamente, si hace falta, *contra* el sentido de la superficie del texto.

¿Podemos estar seguros de haber entendido un texto?

Aunque no hubiera otros motivos por los que volver a tomar la palabra en el debate de *Alétheia* nº 18, me veo obligado a ello para denegar una

[19] Esto debería ser cierto, pero dos mil años de existencia del cristianismo dan fe de sobra de que esto no es así. La religión cristiana ha resultado históricamente tan inútil como cualquier otra para refrenar no sólo el sexismo, sino la más pavorosa violencia y crueldad de que es capaz el corazón humano. Así las cosas, no me sorprende que haya quien achaque las culpas a nuestro Texto Sagrado. Yo me mantengo, sin embargo, en que el problema reside en cómo se lee ese Texto, que no en el Texto mismo. Ver D. Byler, *La autoridad de la Palabra en la Iglesia* (Terrassa: CLIE y Bogotá: CLARA, 2002), pp. 135-164.

imputación que figura en los comentarios editoriales introductorios.[20] Allí se me atribuye la siguiente opinión propia de la herejía marcionista del siglo II: «…rechaza que el Dios de Números 31 pueda tener nada que ver con el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo».

Sin embargo, al observar en el Antiguo Testamento el mismo fenómeno de violencia humana atribuida a la inspiración divina que observó Marción, *mi reacción es precisamente la contraria*: Yo opino que ya que toda la Biblia revela un único y mismo Dios y ya que es Jesús quien le revela a la perfección, se deduce que es necesario dejar de lado el literalismo cuando se leen algunas narraciones del Antiguo Testamento. Interpretar esas narraciones literalmente, como expliqué detalladamente en mi artículo citado, conduciría a auténticos absurdos morales, donde quien es auténticamente espiritual debería estar dispuesto a cometer crímenes espantosos en el nombre de Dios. (Esto sería anecdótico si no fuese por la triste realidad de que esas conductas, con esos argumentos, han existido de verdad entre los cristianos: sin ir más lejos, en Bosnia y Kosovo hace muy pocos años.)

¿Qué está pasando aquí? ¿Cómo es posible que se me atribuya una opinión exactamente contraria a la que mantengo? Siempre he mantenido una relación cordial y respetuosa con S. Stuart Park, donde las lógicas diferencias de énfasis en la doctrina cristiana —derivadas de habernos nutrido de distintas fuentes eclesiales— jamás han dado lugar a la animadversión. Tengo que suponer, entonces, que Park y yo somos aquí víctimas de un problema hermenéutico, un problema de *falla de comunicación escrita*, que es precisamente el tema de fondo al que intentaba dirigirme en aquel artículo.

El problema es que un texto, *cualquier texto*, incluso obviamente lo que escribo yo, siempre admite una pluralidad de interpretaciones. ¿Y quién puede estar seguro de que la interpretación que hace de un texto cuadra de verdad con lo que fue la intención de su autor? Me ha frustrado enormemente leer el artículo «La ira del Cordero» de José de Segovia en *Alétheia* nº 18, porque aunque presumiblemente era una réplica al mío, sin

[20] Carta al director de *Alétheia* (Nº 19, 2/2002). Se publicó, pero sólo con modificaciones sustanciales. En esta ocasión el director de la revista, S. Stuart Park, se encargó personalmente de descalificar como heréticas las opiniones del autor. La versión presente es la original, sin censura.

embargo trata extensamente sobre temas que considero tangenciales al mismo y sólo aborda bastante superficialmente —en las páginas 22-25— el tema hermenéutico que yo pretendía que se debatiese.

Sin embargo un texto, una vez escrito, está siempre a la merced de sus lectores. Y descubro que mi artículo deja ya de reflejar las ideas mías y pasa a reflejar las ideas de un tal Dionisio Byler *según es entendido y percibido por sus lectores.* En este caso, por ejemplo, mi artículo sobre cuestiones de hermenéutica bíblica ha servido meramente como provocación contra la que poder montar una «teología bíblica» sobre la inmoralidad de Dios. Y una vez que ha sucedido eso, mi artículo ya no dice lo que yo pensaba que decía, sino lo que era necesario que dijese para que el artículo de Segovia resultase más convincente.

Al describir la teología de Segovia como una que predica la «inmoralidad» de Dios, quiero decir que *según lo que yo entiendo* que defiende aquel artículo, Dios no actúa conforme a criterios éticos y morales que el ser humano pueda reconocer como tales. Admito que también es posible que cuando describo ese artículo con estas palabras mías, puede que una vez más se repita el mismo fenómeno, y que seamos ahora Segovia y yo víctimas de una nueva *falla de comunicación escrita*, donde a pesar de sus mejores esfuerzos como escritor, yo como lector haya interpretado mal lo que él quería comunicar.

Esto mismo, curiosamente, le pasa a la Biblia en el debate de *Alétheia* nº 18. Allí —muy al margen de lo que pensaban que querían decir los autores bíblicos cuando escribían— la Biblia *como la leo yo* apoya sobradamente mis tesis sobre la necesidad de renunciar a un literalismo que justifique crímenes contra la humanidad; mientras que *como la lee Segovia*, apoya sobradamente sus tesis sobre un Dios violento y un Cordero iracundo. La única diferencia es que yo admito con toda naturalidad que mi lectura de la Biblia viene de algo tan posterior a la Biblia como mi tradición menonita y algo tan subjetivo como «el Espíritu de Cristo que mora en mí»; mientras que Segovia pretende que pensemos que su lectura de la Biblia es literal, imparcial y objetiva.

Me siento tentado a responder a la argumentación que tanto Park como Segovia esgrimen en contra de la validez universal de los métodos de

---

resistencia no violenta contra el mal[21] que enseñó Jesús. Sin embargo mi artículo no pretendía tratar ese tema —sobre el que ya he escrito abundantemente en otras ocasiones— sino ofrecer una reflexión ante el reto de la hermenéutica feminista.

Las eruditas feministas de la Biblia nos llevan a reconocer que la perspectiva de la Biblia es claramente androcéntrica: los autores humanos de la Biblia eran varones y escribían para varones desde una perspectiva masculina. ¿Cómo hemos de responder para argumentar que a pesar de ello la Biblia ha sido divinamente inspirada y sigue siendo útil para los cristianos del siglo XXI? Como una aportación a la reflexión y el debate sobre este tema, pensé que sería útil ofrecer a mis hermanos de otras iglesias algunas ideas que me vienen desde mi tradición menonita, donde se acepta la enseñanza no violenta de Jesús sin rechazar la inspiración del Antiguo Testamento. Algunos leemos la Biblia sin ver en ella un Dios violento ni un Cordero iracundo. ¿Nos ofrece ello un ejemplo de cómo leer la Biblia sin ver en ella un Dios que hace acepción de personas a favor de los varones?

Antes que nada, entonces, permítaseme un botón de muestra respecto a la verdadera dimensión del problema que suscita la consciencia feminista en la lectura de la Biblia:

Algún tiempo después de escribir mi artículo sobre Números 31, descubrí uno por Harold C. Washington, cuyo título en inglés podríamos traducir como: «La violencia y la construcción de género en la Biblia Hebrea: una propuesta desde el Nuevo Historicismo»[22]. «Ya empezamos bien», piensa uno al ver que el artículo abre con la cita del Salmo 137: «Dichoso el que tomare y estrellare tus niños contra la peña». Uno de los subtítulos de este extenso e interesantísimo artículo, es «Ancient Israel as a Rape Culture» (traducción: «El Israel de la antigüedad como ejemplo de una cultura de violación»). No sorprende observar que trae varias páginas sobre Números 31.

[21] La palabra «pacifismo» —con sus ecos de conformismo y pasividad ante el mal y la maldad— dista enormemente de describir adecuadamente cómo entiendo yo que debe actuar el cristiano en situaciones límite.

[22] Harold C. Washington, «Violence and the Construction of Gender in the Hebrew Bible: A New Historicist Approach», *Biblical Interpretation*, V, 4, (Oct. 1997), pp. 324-363.

Washington sostiene que el Israel bíblico resulta ejemplo típico de culturas que no han sabido proscribir la violación, sino que su literatura la consiente a la vez que niega que exista. Así, por ejemplo, Tamar en 2 Sam. 13.12 exclama: «¡No mi hermano! No abuses de mí, porque tal cosa no se hace[23] en Israel». ¿No se hace? ¡Pero si es precisamente lo que le hacen a ella! Y a Hagar (Gén. 16.3-4); y a Dina (Gén. 34.2); y a las madianitas cuyo horror procuré describir en mi artículo sobre Números 31; y a la concubina del levita (Jue. 19.25), a las doncellas de Jabes-galaad y Silo (Jue. 21), a Rizpa (2 Sam. 3.7), a Betsabé (2 Sam. 11.2-4)[24] y a las mujeres de David (2 Sam. 16.21-22).

La ley hebrea no contiene prohibiciones contra la violación en el sentido de violencia contra mujeres, sino sólo en el sentido de violencia contra la propiedad de otro varón. Quien viola a una mujer casada o prometida a otro hombre ha de morir; pero quien viola a una mujer soltera y sin compromiso ha de casarse con ella pagando a su familia la dote correspondiente (Deut. 22.23-29). Esto evita que la familia tenga que cargar con la «mercancía estropeada» que supone una chica desflorada; la suerte que espera a la violada obligada a convivir a perpetuidad con su violador, no parece preocupar a quien redactó la ley.

Mientras tanto, la conducta réproba que describe Números 31 viene legislada en Deut. 21.10-14. Aquí no tenemos ya, entonces, un episodio aislado y espontáneo como el caso de las madianitas, sino la ponderación y premeditación propias del acto de legislar. En efecto es esta la institucionalización de la violación, todo lo contrario de su prohibición.

---

[23] Los traductores de la versión RV60 observaron claramente la contradicción que señalo aquí, por lo que en lugar de limitarse a traducir *lo' ye'aseh ken beyisra'el*, prefirieron sacarse de la manga la frase: «no se **debe** hacer así en Israel».

[24] Aunque Washington no dice nada al respecto, observo que el caso de Betsabé es uno donde se ve cómo actúa el mecanismo de negación de la violación cuando ocurre. El texto no dice claramente que David violara a Betsabé. No obstante, es difícil imaginar cómo ella podría haber rechazado la orden del rey, sin que tal rechazo ocasionara precisamente el desenlace trágico que sin embargo sucedió de todas maneras: el asesinato de su marido por un autócrata sin escrúpulos. Sin embargo Betsabé es casi universalmente tratada como una vulgar vampiresa cuando se comenta este texto, ocultando así la enorme diferencia de poder entre el rey y su súbdita. En la parábola con que el profeta Natán reprocha al rey, él la compara con un corderito indefenso que ha sido devorado.

Aquí se estipulan las condiciones bajo las que la violación es perfectamente aceptable. (Aceptable para la sociedad hebrea, se entiende; qué pensarían de ello las víctimas, una vez más no parece importar.)

Deryn Guest, en otro artículo reciente,[25] demuestra hasta qué punto el libro de Lamentaciones acepta y da voz a la cultura de violación: Sion, la virgen violada y expuesta públicamente en su desnudez menstruante, se confiesa culpable de la violencia que sufre. Es esta la sospecha con que hasta el día de hoy —tal vez en parte por influencia de algunos textos bíblicos— las mujeres violadas tienen que contender: la sospecha de que de alguna manera «se lo buscó». El artículo de Guest al final me deja insatisfecho, por cierto, porque ella se resiste a imaginar que sea posible una lectura aceptable de un texto como Lamentaciones, mientras que a mí no me cabe duda de que un lector piadoso siempre sabrá ingeniárselas —con la ayuda del Espíritu Santo— para sacarle provecho a cualquier parte de la Biblia.

Este es el cometido, entonces: Explicar cómo este libro tan antiguo, tan culturalmente extraño y lejano de nuestras propias ideas, puede seguir funcionando a pesar de todo como Sagrada Escritura para los cristianos del siglo XXI.

No es esta una labor fácil, a no ser que se lea superficialmente y se haga vista gorda a inmoralidades de bulto defendidas y legisladas allí como naturales y divinamente ordenadas. Sin duda hay otras maneras legítimas, que no sólo las que yo propuse en mi artículo sobre Números 31, para explicar cómo es posible seguir usando esta Biblia, con estos relatos y estas leyes, como Texto Sagrado para gente moral y civilizada. Se recordará que en mi artículo yo proponía que hay pistas en la Biblia misma que nos conducen a pensar que no es obligatorio creer que los eventos narrados en Números 31 sucedieron literalmente como se relatan; y que incluso bien puede ser que quien redactó este capítulo *no pretendía* que se creyese que estas cosas habían sucedido literalmente como las narró.

Satisfaga o no la solución que propongo, a mí me cuesta aceptar que se dé por bueno —sin más— que la naturaleza del Dios que revela la Biblia sea tal que pudiera de verdad inspirar a los hombres a actuar como

[25] Deryn Guest, «Hiding behind Naked Women in Lamentations: A Recriminative Response», *Biblical Interpretation*, VII, 4 (octubre 1999), pp. 413-448.

describe Números 31. Y me cuesta aceptarlo por el papel que ocupa Jesús de Nazaret en mi teología. Si ese hombre Jesús es el Verbo preexistente, la Palabra de Dios por excelencia, la revelación directa y personal de cómo trata Dios a la humanidad pecadora, entonces me parece que hay conductas que hay que decir claramente que Dios sencillamente **no** es capaz de inspirar.

La violación y el genocidio serían dos ejemplos, entre otros que podríamos poner.

Nunca sabremos del todo, aunque no es baladí seguir pensando e investigando en ello, qué pasaba por la mente de los autores humanos de los textos bíblicos cuando los redactaban: o sea qué pensaban que querían decir cuando pusieron lo que pusieron. Sin embargo, en la medida que creemos que el Espíritu Santo inspiró estos textos, yo propongo que es necesario suponer que ese Espíritu espera hallar lectores con la suficiente fibra moral como para escandalizarse ante hechos escandalosos y reprobables, y lo suficiente inteligentes como para leer «contracorriente del texto» cuando hace falta, arrancando del texto interpretaciones inspiradas (aunque humanas), dignas de un texto inspirado (aunque también humano).

Quiero creer también que los autores inspirados de estos textos eran lo bastante profundos espiritual e intelectualmente, como para pretender en efecto despertar en el lector[26] las alarmas morales que conducen a una lectura sofisticada, no superficial —o sea, no limitada a las apariencias de la superficie del texto—, algo así como mis reflexiones en torno a Números 31.

En estos párrafos y en todo lo que escribo intento expresarme con claridad. Sin embargo a estas alturas tengo bien asumido que si la hermenéutica bíblica es todo un reto, entender lo que escriben nuestros colegas y contemporáneos también lo es… y que hay personas que con las mejores

[26] Sí, *el lector*, en masculino. Si hubieran tenido los autores bíblicos la sensibilidad que empieza a caracterizar a nuestra propia cultura hoy día, probablemente habrían podido imaginar que además de lectores habría también *lectoras*. Y seguramente habrían evitado también expresarse como lo hicieron respecto a determinados episodios históricos y determinadas cuestiones sociales. Pero esa es una suposición superflua, por anacrónica. Eso nos daría una biblia del siglo XXI, no la Biblia inspirada —aunque extremadamente antigua— que es la que interesa.

intenciones y el mejor de los intelectos, sin embargo no se enteran adónde quiero ir a parar y me acabarán atribuyendo convicciones que no asumo. Dicho al revés: si es tan difícil entendernos entre nosotros, ¿de verdad osa alguien opinar que sea fácil entender un libro redactado en el Medio Oriente hace entre dos y tres mil años? ¿Es tan sencillo y obvio el salto entre «lo que pone» y «lo que quiere decir»? ¿De verdad piensa alguien que sea posible una lectura «objetiva» de la Biblia?

Pues… yo opino que no. Pienso que sólo podrán oír su mensaje los que tienen oídos para oír.

En cuanto a mí, me confieso un «ciego» que sólo ve «como en un espejo, confusamente» cuando leo la Biblia. Pero me mantiene vivo la esperanza de que un día «veremos cara a cara» y que «conoceré como fui conocido». Y entre tanto, sé que «ahora permanecen la fe, la esperanza y el amor, estos tres; pero el mayor de ellos es el amor» (1 Cor. 13.12-13).

Ensayo 7.

La familia de Dios en un mundo violento y cruel

Quisiera empezar contando una historia antiquísima, que nos viene en el libro de Jueces.[1] Antes de empezar quiero recordar que el narrador del libro de Jueces crea un marco de interpretación para toda su colección de historias y leyendas sobre la vida en Israel y Judá antes de la monarquía. Esto es porque no escribía historia porque sí, porque fuera interesante o para no olvidar el pasado. Es que tenía unas teorías muy concretas acerca de la vida y acerca de la organización política que convenía a las tribus de Israel. Antes de empezar sus narraciones, entonces, nos explica que en cuanto murió Josué, Israel entró en un ciclo de cuatro etapas: (1) Cada generación se olvidaba de Dios; entonces (2) Dios los castigaba levantando enemigos que los oprimieran; entonces (3) los israelitas se arrepentían y clamaban a Dios; y (4) Dios escuchaba el clamor de su pueblo y les enviaba un libertador.

Pero no era un ciclo meramente reiterativo. El autor de Jueces quiere que sepamos que en realidad se trataba de una espiral descendente, que derivaba en cada vez más y peor corrupción. Una espiral de declive que sólo pudo ser atajada, en su opinión, por la monarquía.

La tiranía humana es el castigo del pecado

Es así como nuestra historia, como tantas otras en el libro de Jueces, empieza con la observación de que los hijos de Israel volvieron a hacer lo malo ante los ojos del Señor. La consecuencia de esta maldad es que el

[1] Esta fue una de cuatro conferencias que di en el Congreso Menonita del Cono Sur, en Uruguay, enero de 2007. Las cuatro conferencias se pueden leer en www.menonitas.org/textos.htm.

propio Señor, el Dios de Israel, fortalece a Eglón, rey de Moab. Éste consigue reunir bajo su mando también a los amonitas y amalecitas. Con esta alianza de tres pueblos, Eglón presenta batalla a Israel y la derrota, tomando Jericó, a este lado del río Jordán. A la postre los israelitas sirven a Eglón durante dieciocho años.

Quizá habría que observar que tenemos aquí afirmaciones teológicas a la vez que —o tal vez más que— históricas. A fin de cuentas, ¿cómo constataríamos, históricamente, que un rey se hace fuerte porque el Señor lo fortalece? ¿En qué se distingue un rey que prospera porque el Señor lo fortalece, de otro que prospera porque sí, porque hace bien las cosas, gobierna con sabiduría y sus soldados luchan con más destreza? Ya hemos dicho que Israel había hecho lo malo ante los ojos del Señor. ¿Y los moabitas no? ¡Claro que sí, ellos también son pecadores; de hecho, ni siquiera conocen al Señor!

¡Vaya! ¡Esto sí que es interesante! ¿Quiere decir esto que todos los que llegan al poder por la fuerza cuentan con el beneplácito de Dios? ¿Fortalece Dios, entonces, la mano de todos los tiranos con el fin de castigar a los pueblos que los tiranos tiranizan? Hay mucha doctrina social cristiana que tiene esto como su punto de partida. De hecho, esta teología cristiana del derecho divino de los gobernantes es mucho más exigente que la historia que estamos viendo en el libro de Jueces. Parece bastante claro que Eglón sólo exigía tributo, es decir dinero. Pero durante gran parte de los siglos XIX y XX los gobiernos de todo el mundo exigieron los cuerpos y las almas de sus súbditos, con leyes de servicio militar obligatorio que venían a ser una especie de ley de esclavitud universal, si bien de duración limitada, cuyo fin era obligar a la gente a estar dispuesta a matar y morir según el capricho de sus gobernantes. Pagar un tributo y entregarse de cuerpo y alma, son dos cosas muy distintas. Y confundir una cosa con la otra me parece a mí que es abandonar toda esperanza de conducirnos por criterios de moral y de conciencia.

De todas maneras, la lógica aquí en Jueces parece bastante sencilla y comprensible y tenemos que ver si se sostiene a lo largo de nuestra historia. Quien peca contra Dios. merece ser gobernado por un tirano. Puesto que Dios ha dispuesto este sistema, sería rebeldía contra Dios desobedecer a nuestros gobernantes, que desde luego no gobiernan para nuestro bien sino precisamente para castigarnos.

Pero Dios oye el clamor de los oprimidos

Pero en cuanto hemos establecido esta lógica, observamos que nuestro texto ya la empieza a desestabilizar. Porque por mucho que a Eglón lo fortaleciera el Señor —y aunque desde el punto de vista de Eglón el tributo era un derecho que él había conseguido en batalla— nuestro narrador califica la condición de Israel como servidumbre, es decir esclavitud, y como castigo. Y a nadie le entra en la cabeza que ni la esclavitud ni los castigos sean una condición positiva, deseable, permanente. Los castigos son para que escarmentemos. Y desde que el libro de Éxodo viene antes en la Biblia que el de Jueces, sabemos que Dios está predispuesto a liberar a los esclavos que claman a él, aunque para ello tenga que derrotar a los faraones que él mismo venía fortaleciendo.

Entonces no nos sorprende enterarnos, a continuación, que Dios levanta un libertador, un tal Ehud,[2] hijo de Gera, benjaminita y zurdo. Bueno, no es del todo cierto que no nos sorprenda. Hubiéramos esperado enterarnos de alguna expresión de arrepentimiento, algún reconocimiento de la maldad que había cometido Israel ante los ojos del Señor. Pero el texto no nos dice nada ni de arrepentimiento ni de confesión. Sólo nos habla de clamor. Hemos perdido de vista, entonces, el marco de interpretación donde Eglón se ha hecho fuerte porque Israel había abandonado al Señor, donde la opresión de Eglón es un justo castigo por la maldad de Israel. Volvemos a otro patrón mucho más antiguo, el del clamor del pueblo esclavizado. Un pueblo aparentemente sin culpa, sin nada que confesar porque su reducción a la esclavitud lo exime de toda culpabilidad. El tirano ya no representa la voluntad ni el castigo de Dios sino que es sencillamente eso: un tirano.

Dios castiga con esclavitud a los hombres libres que actúan con maldad. Pero Dios libera a los esclavos, sin importarle por qué hayan sido reducidos a la esclavitud. Desde luego que aquí tenemos otros valores, otra construcción política, que la que justifica automáticamente a los gobernantes. Si hay que hablar de justificación automática, ahora sería la de la queja de los súbditos oprimidos, cuyo clamor se antepone incluso a

---

[2] Algunas traducciones ponen Aod. Yo prefiero la pronunciación hebrea Ehud, donde la *h* se pronuncia como en inglés y alemán: una *j* muy suave.

la mismísima obra de Dios que había fortalecido la mano de quien ahora los oprime.

Nuestro narrador nos cuenta que Israel mandó con Ehud el tributo a pagar a Eglón y a continuación aprendemos que Ehud se forja una espada corta, de unos 60 centímetros de largo y se la ata al muslo derecho, disimulada bajo la falda de su vestido. Aquí descubrimos por qué nuestro narrador indica desde el principio que Ehud era zurdo. Las personas diestras, que entonces como ahora eran la inmensa mayoría de las personas, llevan la espada a su izquierda, desde donde es posible desenvainarla con facilidad. Es hacia la izquierda de la persona, entonces, donde se dirigen las miradas siempre que se quiera ver si alguien viene armado. Pero Ehud era zurdo y por tanto para él era natural llevar la espada a la derecha. Si además la llevaba debajo de su ropa, el engaño era doblemente eficaz. Ehud podía ir armado con su espada corta especial y nadie sospecharlo.

De momento no sabemos a quién quiere engañar Ehud. Quizá quiera engañar a Eglón y a la guardia palaciega, pero también es posible que Ehud sea un colaboracionista del régimen y vaya armado secretamente por temor a las represalias de los israelitas. El caso es que sus siguientes actos son propios de un colaboracionista. Recoge los tributos y se presenta ante Eglón al frente de la delegación israelita.

El narrador nos cuenta ahora que el rey Eglón era extremadamente obeso, un detalle cuya importancia se descubrirá más adelante.

Concluido el acto de presentación de los tributos, la delegación se marcha del palacio. La comitiva llega a Gilgal, que —yendo a pie— está a unos diez o quince minutos de las murallas de Jericó. Es importante tener en cuenta estos detalles geográficos. Jericó no ha sido identificada por su nombre, quizá porque se la supone destruida y arrasada varias décadas antes, en tiempos de Josué. Pero sí se ha mencionado que la corte de Eglón se ha instalado en «La Ciudad de las Palmeras», que no puede ser otra que Jericó. Si Jericó no estaba habitada por israelitas, que la habían arrasado pero no se habían asentado en ella, Gilgal en cambio sí es un centro israelita. Y nuestro autor deja escapar, como quien no da importancia al asunto, que al llegar a Gilgal desde Jericó hay que pasar por donde en aquel entonces había unos ídolos. Sin embargo, cualquiera que conozca los textos bíblicos sabe que la palabra «ídolos» no es una palabra neutral. Derivada del verbo *pasal*, «tallar» o «esculpir», un *pésel* o ídolo, en este

caso el plural, *pesilim*, ídolos, es un término polémico. Es una indicación clara de apostasía, de apartarse de uno de los mandamientos más elementales de Israel. Estos ídolos no se encuentran en la Jericó de Eglón, sino en la Gilgal de los israelitas.

El narrador de nuestra historia parece querer seguir enturbiando las aguas. Parece que no quiere que concibamos la historia en términos de blanco y negro, en un mundo donde los buenos luchan contra los malos, donde los que impulsan la venganza justa luchan contra «el Eje del Mal». Dios fortalece la mano del tirano pagano Eglón, pero también levanta un libertador para los israelitas oprimidos. Los israelitas han hecho lo malo ante los ojos de Dios, pero Dios oye su clamor aunque no hay mención de arrepentimiento y ahora vemos que siguen conservando sus ídolos paganos. En nuestra historia los buenos y los malos están todos revueltos, Dios está con unos y también con los otros. O quizá resulte al final que Dios no está permanentemente con nadie.

Ehud se despide de la comitiva israelita para volver donde el rey Eglón, al que indica que tiene información secreta que comunicarle. Aquí es donde resulta verosímil imaginar que Ehud venga siendo un confidente del tirano desde hace algún tiempo, un estrecho colaboracionista con el régimen. Porque Eglón le indica que calle, luego despide de su presencia a toda su guardia personal y a toda la servidumbre del palacio, para quedarse a solas con Ehud y escuchar lo que le quiere contar.

A continuación lo que tenemos es una especie de discontinuidad, un cambio de escenario donde no sabemos cómo hemos llegado aquí desde donde estábamos antes.

Nuestro texto dice, literalmente, que «Entonces Ehud vino a [Eglón], que estaba sentado arriba en el lugar fresco que era para él solamente». Cuando busquéis esta historia para leerla por vuestra propia cuenta, veréis que muchas versiones de la Biblia hablan aquí de una «sala de verano» o de una terraza. Pero, por razones que explicaré, a mí me parece mucho más verosímil entender que al rey le apretaban las tripas y se sentó en aquel lugar donde Sancho Panza opinó que todos, desde los reyes hasta los siervos, somos iguales y donde nadie puede hacer por uno lo que uno tiene que hacer.

Entonces, como siempre, no era posible guardar secretos en Palacio; y quién sabe, quizá era éste el único lugar donde el rey Eglón podía reunirse

y hablar con su confidente israelita sin que escucharan personas que no debían enterarse de sus informes confidenciales.

Imaginemos, entonces —con perdón— a Eglón sentado en esta situación tan especial cuando Ehud le dice que lo que tiene que contarle no es información sobre algún israelita rebelde, sino un mensaje de Dios. A la vez que dice esto, Ehud también se levanta las faldas, no por atrás como las tiene levantadas el rey, sino por delante. Desde luego, puesto que los calzoncillos todavía no se habían inventado, la escena rompe tabúes y resulta bastante repugnante para la sensibilidad moral israelita. El rey se incorpora, sorprendido. Pero sin mediar palabras, Ehud desenfunda su espada de debajo de su falda y se la clava en el vientre. Traspasa todos los pliegues de su amplísima grasa, con tanta fuerza que la grasa abdominal del rey se la traga entera, hasta esconder la empuñadura. Y por este nuevo orificio salen también ahora los excrementos del rey.

Ehud huye por el pasillo. Al huir, cierra la puerta y echa el cerrojo, llevándose la llave para que parezca que la puerta sigue cerrada desde dentro.

Aquí el relato abandona unos instantes a Ehud, para quedarse con los siervos del palacio, que piensan que el rey está tardando mucho en hacer sus necesidades en el lugar fresco de marras, que no «salón de verano». Llamaron y nadie contestaba, probaron la puerta y dedujeron que el rey seguía ahí dentro, puesto que estaba echado el cerrojo. Nuestro narrador dice, literalmente, que «esperaron hasta la vergüenza». Naturalmente, una vez descubierto el magnicidio, se ve que en efecto es una vergüenza que se haya esperado tanto en buscar otra llave para abrir y acudir a prestar auxilio al rey. ¡Desde luego, si no contestaba tenía que ser porque algo le había pasado!

A todo esto Ehud había huido —pasando por donde los ídolos israelitas, que nuestro narrador no quiere que olvidemos— y siguiendo hasta Seirat.

Acto seguido, refugiado en la región montañosa de Efraín, reúne un número indeterminado de israelitas. Los israelitas se apoderan de los vados del Jordán que están frente al territorio de Moab. Todo moabita que quisiese volver desde Jericó a Moab tenía que pasar por ahí. No había puentes sobre el Jordán y no había otro lugar donde cruzar. Allí, entonces los israelitas van matando —según las traducciones habituales— a diez

mil moabitas. Confieso mis dudas sobre esta cifra, puesto que me inclino por la opinión de que la palabra *alaf,* que en el hebreo posterior significa claramente «mil», anteriormente significaba «una compañía de soldados» de número indeterminado[3]. Los diez *alafim* pueden entonces haber sido tan pocos como cien o menos personas. Esto tiene sentido si imaginamos un repliegue generalizado de los moabitas, de Jericó a su propia tierra, una vez muerto su rey. Desde luego que Ehud no pudo haber reunido en media hora ni en dos días un grupo importante de israelitas dispuestos a seguirle. Pudo haber tardado uno o dos meses. Estos diez *alafim* de moabitas que consiguen atrapar y matar los israelitas, en ese caso, no habrían sido todo un ejército sino pequeños grupos rezagados que se hallaban en el lado equivocado del río.

Si esto es así, si los moabitas se daban por derrotados con la muerte de su rey y habían vuelto a su propia tierra, resulta un poco trágica e inútil esta matanza posterior. Aunque quizá tuviese su utilidad como disuasión y advertencia a los moabitas, para que se quedasen permanentemente en su propio territorio.

No hay ninguna diferencia entre «los buenos» y «los malos»

En ningún caso, sean cien los moabitas muertos o diez mil, parece haber ninguna diferencia moral entre un bando y el otro, como no parece haber ninguna diferencia moral entre Eglón y su asesino Ehud. Ni siquiera parece haber ninguna diferencia importante a nivel espiritual o religioso. Ambas victorias, la inicial de Eglón sobre los israelitas y la victoria final de Ehud sobre los moabitas, se atribuyen directamente a la intervención del mismo Dios, el Señor, que favorece ora a uno y ora al otro bando, indistintamente y sin siquiera tomar en consideración sus creencias religiosas. Al fin y al cabo hemos de suponer que los moabitas eran idólatras pero sabemos a ciencia cierta —puesto que el autor nos lo ha querido recordar reiteradamente— que los israelitas seguían con su idolatría por mucho que hubiesen clamado al Señor cuando se hallaron sometidos a la opresión. Ambos bandos son sanguinarios y crueles. En el

[3] Me parecen convincentes los argumentos de Norman Gottwald, *The Tribes of Yahweh* (Maryknoll: Orbis, 1978) pp. 270-78.

caso de los moabitas lo sabemos por su disposición a tiranizar a los israelitas; y en el caso de los israelitas, el magnicidio cometido a traición por Ehud y las redadas de moabitas en los vados del Jordán (donde no toman prisioneros), dan fe de igual crueldad y disposición a la violencia.

Nuestro narrador bíblico cierra su relato con una última afirmación, que resulta muy interesante. Dice que tras esta actuación de Ehud, «la tierra estuvo tranquila ochenta años». La conclusión ineludible es que la acción de Ehud fue providencial, el asesinato de Eglón tuvo efectos benéficos sobre varias generaciones de los israelitas. No hubo que arrepentirse del mal cometido delante del Señor, no hubo que quitar ídolos, no hubo que renovar el pacto con el Señor; sólo hizo falta un asesino a traición para arreglar el desarreglo que supone el hecho de que Dios fortaleciera a un rey extranjero. Y ahora, a continuación, todos «vivieron felices y comieron perdices».

Desde luego, si buscamos en esta historia alguna moraleja, alguna lección moral o espiritual, alguna indicación de que es más conveniente una manera de vivir que otra, una forma de espiritualidad que otra, nuestra historia resulta desesperante. El pueblo escogido por Dios, «la familia de Dios» —por decirlo así—,[4] vive en un mundo cruel y violento y se amolda perfectamente a las reglas de juego de ese mundo cruel y violento, adoptando la crueldad y la violencia como estilo de vida. Nuestra historia ha sido sórdida y cruel, desagradable y violenta; si me lo permitís yo diría que incluso inmoral —o por lo menos amoral— en sus particulares y en su final feliz que parece tan inmerecido.

Jesús y la ética del exceso y la gracia

Con esta observación quiero hacer un salto de más de un milenio para recoger un pensamiento de Jesús.

El mundo en que vivía Jesús era también sórdido, cruel, inmoral, violento y sanguinario. Era un mundo donde gobernaban con tiranía y crueldad, a capricho personal, los emperadores romanos. Un mundo donde la forma más popular de entretenimiento no era ni la televisión ni

[4] Mis cuatro conferencias que di en Uruguay en enero de 2007 tenían como hilo conductor el tema de «la familia de Dios».

el fútbol sino el circo romano, donde la gente no iba a ver a actores fingir que mataban y morían, como hoy día en el cine, sino que iban a ver matar y morir de verdad, porque les resultaba así especialmente emocionante y morboso el espectáculo. En todas las ciudades importantes se ofrecía regularmente este espectáculo de la muerte humana, procurándose siempre agudizar el morbo hallando nuevas formas de convertir la muerte en diversión popular.

El mundo en que vivió Jesús era despiadadamente cruel, haciendo de la esclavitud el fundamento de la economía, condenando a la mayoría de la población a vidas miserables y sin esperanza para que unas pocas familias pudieran gozar de riquezas inimaginables. Era un mundo sin una moralidad reconocible como tal, donde la fuerza y el poder eran tenidos como evidencia del favor divino, donde los esclavos eran esclavos porque habían nacido para eso como seres inferiores que eran, mientras que los emperadores eran dioses que condescendían a habitar entre los mortales durante algunas décadas, antes de ascender al firmamento y brillar con luz propia entre las estrellas y demás dioses.

En este mundo también era posible imaginar que el Dios de Israel favorecía a los emperadores y había dispuesto las cosas para que la humanidad entera les rindiera pleitesía y sumisión incondicional, alabándolos como benefactores a la vez que padecían con resignación religiosa la consecuencias de sus abusos de poder.

En este mundo, Jesús hace una pregunta muy sencilla a todo aquel que pretende conocer a Dios y vivir conforme a su voluntad:

¿En qué es vuestra conducta superior a la de cualquier otro?

> *Habéis oído decir: «Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo». Pero yo os digo: «Amad a vuestros enemigos e interceded ante Dios por los que os persiguen. Así llegaréis a ser hijos de vuestro Padre en los cielos, que hace salir su sol sobre malvados y buenos y hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué premio tenéis? ¿Acaso no hacen esto mismo los funcionarios del régimen de ocupación? Y si saludáis solamente a vuestros correligionarios, ¿qué habéis hecho más que cualquier otro? ¿Acaso no hacen esto mismo los paganos? Sed por tanto morales como vuestro Padre celestial es moral* (Mt 5,43-48).

Jesús nos invita a superar la pobre y deprimente moral —en este caso la de las reglas de juego de la enemistad, el odio y la venganza— que es el

común denominador del mundo cruel y violento en el que vivimos. Nos invita a una moral del exceso, del superlativo, de ir más allá. Es la moral de la diferencia. Una moral de la superioridad ética. Una moral que refleja fielmente la imparcialidad y beneficencia del Padre celestial.

Habíamos observado ya esa imparcialidad divina en nuestra historia del libro de Jueces. Dios estaba de parte de Eglón pero también de parte de Ehud. Castigaba el pecado de Israel pero también intervenía para salvarlos aunque siguieran sumidos en su idolatría. Jesús, como toda la Biblia, nos invita a ver más allá de las distinciones entre buenos y malos, más allá de la presunta predilección divina por unos y no por otros. Jesús nos invita a observar que Dios no da a nadie su justo merecido sino que nos otorga a todos la luz del sol y la fertilidad de las lluvias —de pura gracia. Porque Dios no gobierna el mundo por nuestras reglas de retribución, de justos merecimientos, sino que nos concede a todos la gracia de la vida, del aire, de los recursos de este planeta, del sol y la lluvia.[5]

Y aunque en esta vida que nos ha sido concedida de pura gracia divina, hay acciones terribles, crueles, violentas, de injusticia que clama al cielo, sin embargo Dios mismo ni provoca esos males ni los consolida acercándose a los poderosos y alejando su presencia de los pobres y oprimidos. Más bien al contrario, como todos hemos comprobado alguna vez en nuestra vida, es con quien peor lo está pasando que más cercano está el Señor. Es en nuestros momentos de especial vulnerabilidad y fragilidad, en las épocas cuando desesperamos de poder pagar nuestras facturas, en los tiempos cuando parece que a los que nos odian les va siempre bien mientras que a nosotros nos sale todo mal, que descubrimos el calor deslumbrante del Espíritu en nuestro interior, recordándonos que él jamás nos abandonará. Que su gracia nos sostendrá. Que llegará el día, aunque parezca demorar demasiado, cuando él mismo enjugará toda lágrima y ya no habrá más llanto, ni más dolor, ni más tristeza, ni perocupaciones ni injusticias.

[5] Antonio González, *Reinado de Dios e imperio* (Santander: Sal Terrae, 2003) describe la ética de justos merecimientos como el pecado «adámico»; aquí y también especialmente en "Gracia y libertad" (ponencia para el congreso MERK, Barcelona, mayo 2006, publicado en http://www.menonitas.org/niv2/ textos.htm#libcomp), explica la importancia que tiene en la Biblia, al contrario, el concepto de *gracia.*

Jesús nos invita a imitar ese exceso irracional de la gracia divina. Nos invita a nosotros a hacer lo que no hacen los demás, los que no conocen a Dios ni siguen a su Hijo, el Cordero inmolado. Que aunque nos traten con injusticia nosotros sigamos siendo justos. Que aunque nos traten con odio, desprecio y crueldad, nosotros sigamos amando, perdonando y haciendo lo que es correcto y bueno y de beneficio para el prójimo. Que aunque estemos en medio de una guerra no seamos de los que matan sino de los que recogen a los heridos sin preguntar de cuál bando son.

Por pura gracia vivimos y respiramos y por eso vivimos por la gracia; es decir, vivimos conforme a los valores de la gracia: sin medida, sin calcular si alguien merece nuestro favor y nuestra ayuda. Puesto que de gracia recibimos, de gracia damos, alegremente y porque nos sale de dentro, donde habita nada menos que el mismo Espíritu de aquel Dios que hace brillar el sol y caer la lluvia sobre buenos y malos, sobre justos e injustos indiscriminadamente.

La justicia de Dios resulta ser maravillosamente injusta, porque todos —sin excepción— hemos recibido de pura gracia mucho más beneficio que el que jamás hubiéramos merecido. Y si existe alguna esperanza para este mundo cruel y violento en que vive el pueblo de Dios —es decir, «la familia de Dios»— esa esperanza consiste en que nuestra justicia sea tan injusta como la de Dios: una justicia de gratuidad, de gracia, de exceso, de actuar mucho mejor, mucho más generosamente, mucho más amablemente, con mucho más perdón que lo que jamás sería posible si nos rigiéramos por los cánones crueles y violentos del mundo en el que nos ha tocado vivir.

El mito de la violencia justificada

Desde los más antiguos documentos escritos de la civilización humana, las personas vienen siendo educadas con el mito de «la violencia justificada». La forma clásica del mito es la historia del héroe reacio, que se resiste a desempeñar su deber sagrado, un deber establecido por los dioses, de defender a los indefensos y proteger a los débiles. En esta historia, la maldad y villanía cruda y cruel de los que no respetan la vida ajena, obligan por fin al héroe a hacer frente a la realidad y abandonar sus escrúpulos loables pero ingenuos, para acabar vengando las víctimas

inocentes y destruyendo a los malvados. Y entonces, en ese preciso instante, intervienen los dioses para corregir todos los males y traer al mundo una nueva era de paz y prosperidad.

Parece ser que en la historia de la humanidad, la civilización, la guerra y la religión surgieron a la vez.[6] No me sorprende, porque una de los las razones de ser de la religión ha sido desde siempre su utilidad para convencer a la gente que es no sólo necesaria sino inevitable una conducta tan antinatural como la guerra (que es, si uno se detiene a pensar en ello, absolutamente grotesca). Se diría que es imposible la guerra sin actitudes religiosas, siempre que recordemos que pueden haber otras abstracciones —que no solamente la deidad— capaces de suscitar sentimientos religiosos en las personas. Pienso por ejemplo en el nacionalismo, el fascismo o el comunismo. Estas ideologías modernas—presuntamente no religiosas en sí— inspiran lealtades tan hondas y emocionales, tan imposibles de cuestionar, que constituyen adoración y fervor religioso; y sabemos que son capaces de motivar a las personas no sólo a entregar sus vidas, sino también a tomar la vida ajena.

Está claro que siempre habrá individuos excepcionales que estén dispuestos a morir por el prójimo —y a matar también, si hace falta; pero la disposición a hacerlo a escala masiva, y por una causa tan abstracta como la justicia o la patria o un dios, exige que la sociedad entera se movilice para adoctrinar a los individuos desde su más tierna infancia.

Por eso hallamos el mito de la violencia justificada en todas partes. Está tan difundido y se nos repite tan machaconamente, que desde pequeños nos hemos visto sometidos, sin jamás sospecharlo, a un verdadero lavado de cerebro. Es el fundamento moral de gran parte de la nuestra literatura, del teatro y del cine y de la televisión. El mito de la violencia justificada es tan irresistible en su repetición incesante, es tan fundacional desde nuestra primera formación en los valores humanos y en nuestras actitudes, tan ampliamente aceptado como una verdad indiscutible, que la mayoría de los cristianos jamás caen en la cuenta de lo profundamente pagano, lo irremediablemente no cristiano —y anticristo— que es.

---

[6] Uno de los argumentos interesantísimos de Jared Diamond, Guns, Germs, and Steel: A Short History of Everybody for the Last 13,000 Years, 1997; traducido al español como Armas, gérmenes y acero: breve historia de la humanidad en los últimos trece mil años (Barcelona: Debate, 2006).

Sin embargo la mayoría de los cristianos están convencidos de que el amor y el perdón, la no violencia y la reconciliación, al final de los finales no serán capaces de vencer contra el mal. Al final, tal como entienden el libro de Apocalipsis, Dios mismo tendrá que admitir que el amor no es una fuerza capaz de acabar con el mal, que la cruz de Jesús no ha sido suficientemente poderosa. En el momento culminante de la historia Jesús mismo —según creen— tendrá que abandonar la cruz y empuñar una espada para que puedan establecerse para siempre jamás la justicia y la paz. El mito de la violencia justificada los tiene tan cegados que ya no son capaces de observar que en el Apocalipsis la espada del Cordero siempre procede de su boca. El arma que al final vencerá al mal es el poder de la persuasión, el poder de las palabras llenas de verdad que pronunció Jesús en su enseñanza, las palabras que se recordaron y se conservan en los evangelios.

Ese mito de la violencia justificada es el código moral por el que viven *al Qaeda* y también el presidente Bush. Es la creencia fundacional de los israelíes y también de los palestinos, de los suníes y también de los chiítas en Irak, como lo fue de los conquistadores españoles y también de los Libertadores de América, y un largo etcétera de los conflictos bélicos de la humanidad. Es así como los dioses de la guerra que adoraban en Egipto y Babilonia y Roma siguen imponiendo hoy su ley sobre la humanidad. Siguen inspirando hoy la misma devoción y el mismo amor profundo en sus adoradores y es por eso que hay tantas personas que realmente están dispuestas a entregar sus vidas y a tomar la vida ajena para fines loables y perfectamente justificables.

Los que actúan en consonancia con este mito no se inhibirán de ninguna acción, por despiadada y horrorosa que pueda parecer a los demás; y en ningún caso les detendrá la inocencia de sus víctimas. Fue el sumo sacerdote Caifás quien expresó esta actitud con las palabras inolvidables: «Es mejor que muera un hombre, antes que perezca toda la nación». No es sólo una coincidencia el hecho de que Caifás dijese eso refiriéndose a alguien que él tenía buenos motivos para sospechar que era inocente de la mezcla incoherente de acusaciones pronunciadas por testigos mentirosos. Porque siempre, inevitablemente, acaban cayendo víctimas inocentes al paso de nuestros guerreros tan llenos de buenas intenciones, cuando proceden a desempeñar su presunto deber de forjarnos a todos un mundo más seguro.

Ahora bien, algunos ya abandonamos a los dioses de Babilonia hace dos mil años. Nuestros ojos fueron abiertos, el lavado de cerebro de este mundo cruel y violento ya no nos afecta. Hemos sido liberados, salvados y sanados por el testimonio de Jesús el Mesías.

Y por eso nosotros, «la familia de Dios», declaramos:

Todo lo que no se conforma al Espíritu de Jesús es vana palabrería, mentiras piadosas, sin ningún poder real para llevarnos desde este presente mundo cruel y violento a aquel otro mundo de paz y justicia que la humanidad entera anhela de todo corazón.

ENSAYO 8.

¿Hasta cuándo, Señor?

1ª Parte: La Biblia cristiana y la Biblia hebrea

EL CANON JUDÍO SE CIERRA en la era cristiana.[1] No carece de interés el dato de que la Biblia cristiana toma su forma canónica antes que la Biblia hebrea. O en todo caso, aproximadamente a la vez. El cristianismo fue en su inicio una forma de la religión de Israel. Por consiguiente, las grandes tomas de posición de la fe de la Iglesia, dieron lugar a su contrapartida en definiciones más o menos análogas dentro del judaísmo rabínico.

Bien es cierto que los parámetros generales de «La Ley y los Profetas» venían de dos o tres siglos AEC.[2] El impulso de la cultura helenista había producido las sinagogas como centros de estudio de la literatura nacional israelita. Esto había obligado a decidir cuáles libros serían los que se estudiaría. Aunque el debate sobre unos pocos libros no se resolvería hasta finales del siglo II EC, en general el perfil de la colección ya era aceptado como tradicional en la era apostólica.[3]

[1] Esta fue una ponencia preparada para la Jornada de Reflexión Teológica de SEUT (Seminario Evangélico Unido de Teología, El Escorial, España) el día 14 de noviembre de 2009. Fue publicado en formato digital en el *Boletín Encuentro Nº 6* de SEUT: http://www.centroseut.org/articulos/e2/enc06-1.pdf.

[2] A lo largo de este artículo estaré empleando las siglas EC (Era Común) y AEC (Antes de la Era Común), términos «neutros» —no religiosos— de uso corriente reciente para designar fechas.

[3] Philip S. Alexander, «Jewish Believers in Early Rabbinic Literature (2d to 5th Centuries)», en Oskar Skarsaune and Reidar Hvalvik, ed., *Jewish Believers in Jesus: The*

Lo que tiene de novedosa la situación a partir de la fijación del canon de la Biblia cristiana, es la intencionalidad expresa con que se establecen los límites de la colección. El proceso canónico propiamente dicho —que es lo que estoy intentando identificar aquí— significó para los Padres de la Iglesia del siglo II EC, el rechazo de autores que juzgaban ser «heterodoxos». Para los rabinos, el proceso análogo constituyó antes que nada el rechazo del Nuevo Testamento cristiano. Luego también el rechazo de la literatura apocalíptica en general, dentro de la cual entendían situarse los escritos cristianos. También rechazaron algunos escritos sapienciales e históricos, por claramente posteriores al cese de la era profética en el período persa. El principio de no aceptar nada posterior a esa era había suscitado el fenómeno de la literatura pseudepigráfica, con la que autores más modernos intentaban hacer colar sus conceptos como si tuvieran la antigüedad exigida. Este propio fenómeno indica a las claras que el principio operante era ya, dos o tres siglos antes de nuestra era, el de haber sido escritos en un pasado remoto.

Entonces lo que estoy identificando como el cierre final del canon de las Biblias, tanto la cristiana como la hebrea, responde claramente a polémicas intestinas. Los Padres de la Iglesia iban marcando su autoridad en la iglesia marginando diversas corrientes del cristianismo que juzgaban inaceptables. El impulso inicial fue el reto del marcionismo, que proponía dejar enteramente de lado los escritos sagrados de Israel y también muchos escritos propiamente cristianos. El extremismo de esta limitación suscitó la respuesta «católica» de reivindicar una Biblia amplia, que abarcase todos los libros de la Biblia israelita en griego, y además todos los escritos considerados auténticamente apostólicos. Por contrapartida, cerraron el canon de tal suerte que quedaran claramente marginadas las tendencias gnósticas y otras formas de cristianismo que consideraron deficientes.[4]

Early Centuries (Peabody, Mass.: Hendrickson, 2007), pp. 859-709, esp. p. 680-1. Karel van der Toorn, *Scribal Culture and the Making of the Hebrew Bible*, pp. 233-64) sostiene que la delimitación canónica ya estaba definida en el siglo II AEC. Christoph Levin, *The Old Testament: A Brief Introduction* (Princeton: Princeton University Press, 2005), pp. 169-72), indica la era entre las guerras con Roma (70-132 E.C.) como punto final.

[4] Aunque Hans von Campenhausen, *The Formation of the Christian Bible* (alemán, 1968; tr. ing. Philadelphia: Fortress, 1972) se ha quedado desfasado en muchos particulares, su reconstrucción de la formación del canon cristiano como reacción al

Sin embargo, la intencionalidad excluyente con que los Padres de la Iglesia se apropiaron de la colección de libros sagrados de Israel, negaba la validez de la tradición rabínica que seguía vigente entre los judíos.[5] Esto

---

reto marcionita sigue siendo persuasiva en sus lineamientos generales. John W. Miller, *How the Bible Came to Be: Exploring the Narrative and Message* (New York: Paulist, 2004) brinda una narración excelente de cómo fue creciendo el canon hasta la añadidura de los libros cristianos para formar la colección llamada inicialmente «Los Profetas y los Apóstoles», conocida a la postre como «La Santa Biblia». Christoph Levin, *op. cit.*, brinda una narración sucinta de los procesos que produjeron la Biblia Hebrea (el Antiguo Testamento). *Cf.* también Frank Moore Cross, *From Epic to Canon: History and Literature in Ancient Israel* (Baltimore: Johns Hopkins U. Press, 1998), pp. 219-229. El interés de los Padres de la Iglesia en identificar y desautorizar tendencias «gnósticas» viene descrito minuciosamente en Karen L. King, *What is Gnosticism?* (Cambridge: Harvard University Press, 2003) y en Antonio Orbe, S.J., *Introducción a la teología de los siglos II y III* (Salamanca: Sígueme, 1988). King, siguiendo la tendencia más reciente, tiene mucho menos claro que Orbe que de verdad hayan existido «gnósticos» en el siglo II EC, opinando que ésta tal vez haya sido sencillamente una designación artificial necesaria para los intereses polémicos de autores como Ireneo.

[5] Muchos opinan que esa exclusión ya viene dictada por los propios escritos del Nuevo Testamento. El debate sobre cuándo se produce el cisma definitivo entre el judaísmo y el cristianismo como religiones *diferentes*, que no ya dos formas de enfocar una misma religión, ha cobrado bastante vida en los últimos años. En mi opinión, la propia polémica contra «los fariseos» en Mateo, indica que éste se redactó para una comunidad en plena crisis de distanciamiento de sus orígenes cristiano-fariseos en Galilea en la primera o segunda generación postapostólica (ver Anders Runesson, «Rethinking Early Jewish-Christian Relations: Matthean Community History as Pharisaic Intragroup Conflict», *Journal of Biblical Literature* Vol. 127, No. 1 [Spring 2008], pp. 95-132). Algo parecido se produce con la polémica contra «los judíos» en Juan; y en el Apocalipsis, contra «los que dicen ser judíos pero no lo son» (ver Peter Hirschberg, «Jewish Believers in Asia Minor according to the Book of Revelation and the Gospel of John» (Skarsaune and Hvalvik, *op. cit.*, pp. 217-238). La división en todos estos casos no resultaba en absoluto obvia sino que era necesario indicarla y argumentarla. La separación absoluta tardó varios siglos y dependió siempre de factores locales. Los textos del Nuevo Testamento no indicarían, entonces, la culminación sino los comienzos de ese distanciamiento, cuando todavía no era posible adivinar que «Israel» acabaría produciendo dos religiones diferentes.

Ver también, con una diversidad de opiniones sobre la cuestión: James D. G. Dunn, ed., *Jews and Christians: the Parting of the Ways, a.d. 70 to 135* (Grand Rapids: Eerdmans, 1992); George W. E. Nickelsburg, *Ancient Judaism and Christian Origins: Diversity, Continuity and Transformation* (Minneapolis: Fortress, 2003); la colección imponente de artículos por diversos autores en Skarsaune and Hvalvik, *op. cit.* David Instone-

exigió que en paralelo, los rabinos fueran estableciendo también su autoridad sobre el judaísmo, marginando diversas corrientes dentro del judaísmo que ellos juzgaban inaceptables. Hasta ese momento venía siendo posible aceptar la colección tradicional hebrea y *también* los manuscritos de Qumran, por ejemplo —o los escritos del Nuevo Testamento. A partir de entonces, esto se fue haciendo cada vez más difícil.

De no haber reaccionado tan claramente, el judaísmo rabínico corría el riesgo de quedar teológicamente marginado de sus propios libros sagrados por un cristianismo que se tornaba agresivamente intolerante de

---

Brewer, *Traditions of the Rabbis from the Era of the New Testment: Vol. 1, Prayer and Agriculture* (Grand Rapids: Eerdmans, 2004) es el primer volumen de lo que promete ser una serie importantísima, de comparación del Nuevo Testamento y aquellas tradiciones rabínicas que datan del siglo I EC. Philip A. Harland, *Associations, Synagogues, and Congregations: Claiming a Place in Ancient Mediterranean Society* (Minneapolis: Fortress, 2003) brinda una perspectiva sociológica a la relación entre judíos y cristianos y el mundo pagano en el Imperio Romano.

Mención especial merece Yohn H. Yoder, (ed. Michael G. Cartwright and Peter Ochs), *The Jewish-Christian Schism Revisited* (Grand Rapids: Eerdmans, 2003), que sostiene la opinión de que el cisma entre el judaísmo y el cristianismo no sólo *no era necesario* entonces, sino que sigue sin serlo *ahora*. En algunos sentidos —a su juicio— el judaísmo ha sido más consecuente con la enseñanza de Jesús (y de todo el Nuevo Testamento) que el cristianismo. Una opinión que, a la inversa, también compartía Clarence Bauman, en *On the Meaning of Life: An Anthology of Theological Reflection* (Napannee: Evangel Press, 1993), p. 133-8. Es decir, Bauman sostiene que es menester establecer el diálogo contemporáneo entre judíos y cristianos, sobre el reconocimiento de que ambas tradiciones *han rechazado por igual* al Jesús histórico como Mesías de Israel. Salvo que los cristianos lo han hecho solapadamente, adorándolo como Dios aunque ignorando su enseñanza específica —a la que Yoder opina que, sin pretenderlo ni reconocerlo, el judaísmo tradicional se aproxima más. El presente párrafo se justifica en que ambos, Yoder y Bauman, identifican el punto de fidelidad judía (e infidelidad cristiana) en el rechazo del empleo de la defensa armada de su religión y sus vidas, confiando al contrario en que Dios les levantaría posteridad en cada generación. Precisamente lo que hay en juego también en las diferentes visiones escatológicas: si lo que se espera es *venganza* o al contrario, *vindicación*. (Yoder, y también su amigo el rabino Steven S. Schwarzschild, eran conscientes de la transformación fundamental del carácter del judaísmo en el siglo XX, como consecuencia de la *shoa'* nazi y la fundación del estado de Israel. El judaísmo tradicional está siendo marginado por un militarismo nacionalista que imita el enaltecimiento «cristiano» de la guerra.)

la diversidad. Parte de la reacción rabínica fue el florecer de sus propias interpretaciones, que culminan con el Talmud Babilónico hacia el año 600 EC.[6] Otra parte de la reacción fue negar la exactitud y fiabilidad de las traducciones de sus Escrituras al griego, de uso corriente entre los cristianos, reafirmándose en los textos en lengua hebrea como única versión autorizada. Y no bastaba con que los libros estuvieran en hebreo; tenían que ser copias de una forma homologada del texto, que los rabinos consiguieron imponer frente a la diversidad textual del período inmediatamente anterior.

Cuando por fin se establece de forma inamovible la colección hebrea, ésta está ordenada de tal manera que concluye con 1-2 Crónicas. Así las últimas palabras de la Biblia son:

כֹּה־אָמַר כּוֹרֶשׁ מֶלֶךְ פָּרַס כָּל־מַמְלְכוֹת
הָאָרֶץ נָתַן לִי יְהוָה אֱלֹהֵי הַשָּׁמַיִם וְהוּא־פָקַד עָלַי
לִבְנוֹת־לוֹ בַיִת בִּירוּשָׁלַםִ אֲשֶׁר בִּיהוּדָה
מִי־בָכֶם מִכָּל־עַמּוֹ יְהוָה אֱלֹהָיו עִמּוֹ וְיָעַל

Así dice Ciro, rey de Persia: El Señor Dios de los cielos me ha dado todos los reinos de la tierra y él me ha mandado construirle un templo en Jerusalén que está en Judá. Quien haya de vosotros de todo su pueblo, El Señor Dios esté con él y suba —es decir, que suba a Jerusalén para reconstruirla.[7]

Es imposible pronunciarse con mayor claridad: La última voluntad expresa del Señor en la colección sagrada hebrea, es la reconstrucción de Jerusalén.

Los rabinos podrían haber dejado en su orden cronológico natural la colección 1 Crónicas-Nehemías, donde el relato de 1-2 Crónicas, que concluye con esta orden de Ciro, continúa con su debido cumplimiento —es decir, la reconstrucción del Templo y de las murallas de Jerusalén en el período persa. Pero entonces la colección de escritos sagrados concluiría con un anticlímax: la desorientación sociológica de los problemas con la población nativa de la región de Jerusalén, la impureza de los matrimo-

---

[6] Jacob Neusner, *Questions and Answers: Intellectual Foundations of Judaism* (Peabody: Hendrickson, 2005), pp. 41-92; Instone-Brewer, *op. cit.*, pp. 6-17.

[7] Mi traducción.

nios mixtos con los lugareños, etc. Pero lo más grave no sería eso sino que el judaísmo rabínico se hubiera quedado sin esa claridad meridiana de la reconstrucción de Jerusalén como labor necesaria que aguarda ser realizada, a la espera de la aparición de una generación de judíos que puedan reconstruir Jerusalén después de la debacle del año 70 EC.

Considerando que los evangelios sinópticos indican que Jesús había profetizado claramente la destrucción del Templo y de la ciudad, que había profetizado la «abominación desoladora»,[8] es asombroso cómo —exceptuando el Apocalipsis— el resto del Nuevo Testamento mira para otro lado como sin querer enterarse del todo que Jerusalén fue destruida.

Aquí es importante observar que lo sucedido con las guerras judías de 66-73 y 132-135 EC es mucho peor que la destrucción de Jerusalén por los babilonios. En aquella ocasión la ciudad y el Templo habían quedado en ruinas; pero aunque fuera en ruinas, el lugar todavía existía y era posible soñar con la reconstrucción. Esta era más o menos la situación con Jerusalén en la época cuando se escriben los evangelios y el Apocalipsis. Pero en el año 130 el emperador Adriano decidió construir la ciudad de Aelia Capitolina en las ruinas de lo que había sido Jerusalén. En Aelia el templo principal estaba dedicado a Júpiter, aunque también los había dedicados a Baco, Sérapis, Astarte y los Dióscuros Cástor y Pólux.[9] Jerusalén ya no sólo desaparece entonces en cuanto ciudad judía, sino que en su lugar existe una ciudad agresiva y prósperamente pagana, un enclave de la cultura romana en el alma de las aspiraciones judías de volver a vivir otra vez algo parecido a lo descrito en Esdras-Nehemías. Esta iniciativa de Adriano motivó el alzamiento de Bar Cojba de 132-135 EC, pero la rebelión judía esta vez fue incluso más breve que en la guerra anterior. «Jerusalén» dejaba así de existir definitivamente, ya no sólo como ciudad, sino como **lugar**. Judea también dejaba de existir. La provincia pasó a denominarse Siria Palestina, en honor a los filisteos, ensalzados por los romanos como enemigos de los judíos en la antigüedad.[10]

---

[8] Empleando el mismo término que había empleado Daniel para describir el sacrilegio de Antíoco Epífanes (Dn 11,31).

[9] Martin Goodman, *Rome and Jerusalem: The Clash of Ancient Civilizations* (New York: Random House, 2007) p. 464.

[10] *Ibíd.*, p. 471.

Los judíos tenían prohibido entrar a Aelia Capitolina. Siglos más tarde San Jerónimo escribiría con mal disimulado regocijo acerca de un grupo de mujeres y viejos harapientos que se lamentaban y lloraban amargamente en el sitio donde había estado el Templo; judíos que seguían incapaces de asimilar la enormidad de la tragedia padecida con la desaparición de Jerusalén.[11]

Constantino —y especialmente su madre— se dedicó a construir basílicas cristianas en Palestina —notablemente la del Santo Sepulcro en un emplazamiento presuntamente descubierto por milagro y para el cual hubo que derribar el templo a Astarte.[12] Sin embargo, para todo el mundo aquella ciudad seguía llamándose Aelia. En la propaganda estatal bizantina, Constantinopla era secularmente la Nueva Roma; y espiritualmente, la Nueva Jerusalén. ¿Qué necesidad había entonces de la Vieja Jerusalén? Aunque los bizantinos fomentaron en gran manera la peregrinación a los lugares mencionados en los evangelios,[13] los nombres de aquella tierra y ciudad seguirían siendo sus nombres romanos hasta que fueron conquistadas por Mahoma.

Todo esto —con la salvedad de la destrucción del Templo en el año 70 EC— es posterior al Apocalipsis y no necesariamente imaginable por Juan de Patmos y los demás autores del Nuevo Testamento —aunque sí era de sobra conocido por los rabinos talmúdicos.

En cualquier caso, el único autor del NT que aborda claramente el problema planteado por la destrucción de Jerusalén y del Templo, es precisamente Juan de Patmos —al vaticinar no una reconstrucción de la Jerusalén terrenal, sino el descender a la tierra de la Jerusalén celestial.

La solución resulta harto interesante. Pero a continuación —¡Vaya sorpresa!— descubrimos que en la Jerusalén celestial que desciende a la tierra… ¡Falta el Templo (Ap 21,22)! Ahora si en la Jerusalén celestial resulta que no hay templo, ¿entonces qué hacemos con la idea de que Moisés se basó en la visión del templo celestial para el diseño del

---

[11] *Ibíd.*, p. 549.

[12] *Ibíd.*, pp. 536-9.

[13] Ver una descripción de Palestina como destino de peregrinación para el cristianismo bizantino en James C. Skedros, «Shrines, Festivals, and the Undistinguished Mob», en Derek Krueger, ed., *Byzantine Christianity* (Minneapolis: Fortress, 2006), pp. 87-89.

Tabernáculo,[14] que es el diseño exacto que se había seguido para la construcción del Templo de Jerusalén?

La idea de Juan de Patmos es revolucionaria.[15] El autor anónimo de Hebreos reinterpretaba todo el ritual templario de la Torah para aplicarlo al sacrificio de una vez por todas efectuado por Jesucristo —quién sabe si inspirado también a estas reflexiones por la destrucción del Templo, en cuyo ritual, según Hechos, los cristianos de Jerusalén siguieron participando activamente hasta el fin. Pero Juan de Patmos va mucho más lejos. Juan deslegitima de un plumazo toda la tradición templaria, al alegar que en la Jerusalén celestial no hay templo —ni falta que hay de templo en el cielo, puesto que el Señor Dios Todopoderoso y el Cordero constituyen en sí mismos el único Templo celestial necesario.[16]

A la par que lo que todavía no era más que la «secta mesiánica» del judaísmo —es decir los cristianos— ensayaban esta manera de afrontar la religión después de la desaparición de Jerusalén, el judaísmo rabínico se reafirmó en la necesaria reconstrucción de la Jerusalén terrenal, la ciudad

[14] Ex 25,9.40; 26,30; 27,8.

[15] El autor de la carta «de Pablo» a los Efesios ya apuntaba a algo parecido, al describir un edificio figurado, construido sobre el fundamento de los apóstoles y profetas y con Cristo como piedra angular, que se erige ahora como templo santo y morada de Dios en el Espíritu (2,19-22). Si los propios adoradores constituyen el templo y la morada del Señor, desaparece la necesidad del templo de piedra en Jerusalén. Así se resta dramatismo a la destrucción del templo en el 70 EC Juan 4,21 también tiende en esa dirección.

[16] Richard A. Horsley, *Scribes, Visionaries, and the Politics of Second Temple Judea* (Louisville: Westminster John Knox, 2007), p. 166, indica que en los capítulos 89-90 de 1 Enoc (siglo II AEC) ya era posible imaginar una reconstrucción de Jerusalén donde no hay templo. Dios personalmente se involucra en restaurar «su casa» Israel y está presente de tal suerte que el templo ya no hace falta. Esto indicaría la agudización de los conflictos entre diferentes partidos sacerdotales en Jerusalén, del tipo que dio lugar también al establecimiento de la comunidad de Qumrán. Aquí sin embargo no solamente se deslegitima el sacerdocio que está en el poder, sino incluso la propia existencia del templo. Está claro que algunos de los autores del Nuevo Testamento conocían 1 Enoc u otras tradiciones más o menos equivalentes; y el razonamiento para la ausencia del templo en la Jerusalén celestial en el Apocalipsis es el mismo que en 1 Enoc 89-90 respecto a la Jerusalén reconstruida en la tierra.

de sus antepasados, con su Templo dedicado al Señor Dios de Israel.[17] Esto se ve de innumerables formas en las tradiciones del judaísmo rabínico, pero indudablemente con especial claridad, como ya hemos indicado, al

---

[17] En las tradiciones de los judíos creyentes en Jesús, también pervivió la esperanza de la reconstrucción material de la Jerusalén terrenal (Skarsaune and Hvalvik, *op. cit.*, pp. 408-14). De hecho, el propio Apocalipsis habría de generar en el transcurrir de los siglos, abundante especulación *quiliástica*, con una salvación escatológica en dos etapas: mil años de restauración y soberanía judía, antes de la instauración definitiva de la vida eterna en el cielo. Los rabinos también dan a entender que tras la resurrección de los judíos y reconstrucción de Jerusalén, existirá una vida eterna celestial (Nesuner, *op. cit.*, pp. 155-7). Esto significa que aunque para la claridad de esta exposición estoy describiendo un *contraste* entre las tradiciones judía y cristiana, la realidad es más bien de matices y puntos de énfasis.

Como indica David Casado, *El Apocalipsis: Revelación y acontecimiento humano* (Terrassa: CLIE, 2004), las interpretaciones del Apocalipsis con un sesgo milenarista abundan. Pero desde luego, el Apocalipsis se presta a otras interpretaciones mucho más recomendables. Algunas de las más interesantes para mí son: Pablo Richard, *Apocalipsis: Reconstrucción de la esperanza* (San José: Editorial DEI, 1994), una interpretación desde un hondo compromiso con la justicia y el cambio social de fondo; Vernard Eller, *El Apocalispsis: El libro más revelador de la Biblia* (Bogotá: CLARA, 1991), un anabaptista pacifista con una sorprendente interpretación no violenta del Dios del Apocalipsis, que me ha resultado muy esclarecedora; Bruce J. Malina, *On the Genre and Message of Revelation: Star Visions and Sky Journeys* (Peabody: Hendrickson, 1995), de la escuela de la hermenéutica bíblica desde el análisis sociológico, que se centra en el sentido cósmico que tenía para lectores del siglo I EC, el lenguaje astral que emplea el Apocalipsis. Adela Yarbro Collins, ed., *Early Christian Apocalypticism: Genre and Social Setting* (Decatur: *Semeia No. 36*, 1986), sitúa el Apocalipsis de Juan en el contexto de la apocalíptica cristiana de su era. J. Massingberde Ford (en clase; pero a la postre en *Revelation* [Garden City: Doubleday *Anchor Bible*, 1975]) ya opinaba hace 40 años que el autor del Apocalipsis fue Juan el Bautista y que manifiesta un estadio temprano en la transición entre el judaísmo y el cristianismo (adelantándose a quienes hoy día creen que ese cisma no cuajó del todo hasta siglos más tarde). Richard Bauckham, *The Theology of the Book of Revelation* (Cambridge: Cambridge U. Press, 1993), merece mención especial como estudio magistral de la *teología* del Apocalipsis. Luego hay obras que exploran la relación del Apocalipsis con el Imperio Romano: J. Nelson Kraybill, *Imperial Cult and Commerce in John's Apocalypse* (Sheffield: *JSOT Supplement Series* No. 132, 1996); Wes Howard-Brook and Anthony Gwyther, *Unveiling Empire: Reading Revelation Then and Now* (Maryknoll: Orbis, 2002); Christopher A. Frilingos, *Spectacles of Empire: Monsters, Martyrs, and the Book of Revelation* (Philadelphia: University of Pennsylvania Press, 2004). Especial mención merece aquí Loren L. Johns, *The Lamb Christology of the Apocalypse of John* (Tübingen: Mohr Siebeck, 2003).

establecerse el orden de los libros de su colección sagrada de tal suerte que concluye con la invitación a reconstruir la ciudad y el Templo. Ese orden canónico de la Biblia hebrea también es posterior a la aparición del canon de la Biblia cristiana. En los primeros siglos de nuestra era no había un orden fijo para la colección hebrea. Ni tampoco era necesario. Los rollos de pergamino en que se copiaba la Biblia hebrea, eran cada uno enorme, compuesto de las pieles de muchas ovejas. Si bien es posible ordenarlos de una manera fija en la vitrina donde se guardan, cada rollo se lee de una forma materialmente separada. El lector toma el rollo que desea leer —y no la colección entera como si fuera una sola cosa.

Y sin embargo —precisamente lo que quiero destacar— ese orden en que se guardaban los rollos sí acabó por consolidarse canónicamente. Y lo que vengo en sugerir es que ese orden se establece precisamente como reacción contra el mensaje de la Biblia cristiana, una Biblia escrita por ambas caras en códices cosidos por el lomo como un único libro.[18] Un libro que empieza con el Génesis y concluye con el Apocalipsis de Juan. Porque la Biblia cristiana se olvida de la Jerusalén terrenal y ya sólo sueña con el descenso de la Jerusalén celestial, donde no hay Templo ni necesidad de Templo. Pero la Biblia hebrea se niega a olvidar la Jerusalén terrenal y en ella pervive el sueño de que llegue la generación cuando el Templo pueda ser reconstruido.

Es así como la Biblia hebrea y la Biblia cristiana son dos colecciones enteramente diferentes, con un final diferente y por consiguiente un propósito religioso diferente.[19] El canon hebreo y el canon cristiano

---

[18] Miller, *op. cit.*, pp. 55-94.

[19] Según indica Oskar Skarsaune, Israel J. Yuval ha desarrollado la teoría de que la recitación de la *Haggadá* en la Pascua judía fue también —como indico acerca del cierre canónico de la Biblia Hebrea— una reacción frente a las presiones del judaísmo *mesiánico* («cristiano»). Las iglesias en Asia celebraban la Pascua en la misma fecha que los judíos (Skarsaune and Hvalvik, *op. cit.*, pp. 516-528), pero conmemorando los hechos salvíficos de la pasión y resurrección de Jesucristo. Para dar respuesta a lo que no podían más que interpretar como una tergiversación del significado auténtico de la Pascua, los judíos *no mesiánicos* (no «cristianos») empezaron a incorporar a su celebración la recitación de los hechos salvíficos de la liberación de la esclavitud en Egipto. No he tenido oportunidad de leer el artículo de Yuval (citado en Skarsaune and Hvalvik, p. 527), pero entiendo que el sentido del argumento resulta parecido a lo que vengo sosteniendo en esta ponencia con respecto al canon.

abrazan proyectos diferentes para el futuro de la humanidad. Asimilan diferentemente las lecciones a aprender de la historia de Israel. La magnitud de la diferencia se entiende fácilmente si nos imaginamos cuál sería el mensaje de una Biblia cristiana sin el Apocalipsis. Supongamos que concluyese sencillamente con la Epístola de Judas o desplazando hasta el final el libro de Hechos.

Desde luego, en la Biblia hebrea existen importantes amagos hacia algo parecido a la idea de una Jerusalén celestial que desciende a la tierra. Pienso por ejemplo en la idea de Isaías, que imagina el humilde monte de Sion como la más alta de todas las montañas de la tierra, aludiendo claramente a un acercamiento en ese preciso lugar entre el cielo y la tierra (Is 2,3). O la visión de Ezequiel, de Templo, ciudad y tierra de Israel con una simetría estudiada, imposible de construir materialmente en ningún territorio natural (Ez 40-48). Esa visión de la tierra de Israel como un lugar paradisíaco también constituye un acercamiento, un borrar las distinciones, entre la Jerusalén del cielo y la de la tierra. Pero de esos amagos la Biblia hebrea nunca pasa. Isaías y Ezequiel quedan enterrados a buen recaudo en el medio de la colección, para que ésta pueda culminar con Esdras y Nehemías, y al final de todo, como hemos visto, con la invitación y esperanzas que suscita el último versículo de 2 Crónicas para la Jerusalén material y terrenal.

Luchando agresivamente en defensa de sus tradiciones frente a la aparición del cristianismo, entonces, los rabinos dieron carpetazo a la larga y rica tradición judía de literatura apocalíptica. Haciendo dogma del antiguo principio de que la era de los profetas había concluido en el período persa, se excluye expresamente a Jesús de Nazaret y los escritos cristianos. Entonces la visión de Juan de Patmos, que culmina con el descenso de la Nueva Jerusalén a la tierra, tiene que parecer una vana especulación apocalíptica más, entre todas las otras que quedaban expresamente rechazadas.[20]

[20] La naturaleza «sectaria» de la literatura apocalíptica con respecto al judaísmo rabínico se puede constatar no sólo por lo idiosincráticos que resultan muchos manuscritos de Qumrán o los de Nag Hammadi (King, *op. cit.*, pp. 191-217), sino también por el hecho de que los que fueron conservados durante la Edad Media, aparecen en bibliotecas *cristianas*.

Pero si para el mensaje y los fines de la Biblia cristiana es tan importante —imprescindible— el Apocalipsis, entonces es menester que entendamos claramente cuál es la propuesta del Apocalipsis en cuanto a la esperanza última para la humanidad. Y una manera de captar el carácter de esa esperanza es teniendo siempre presente la comparación con la esperanza que encierra la Biblia hebrea, que es la esperanza en una reconstrucción material de la Jerusalén terrenal.

2ª Parte: ¿Hasta cuándo, Señor?

Ambas ramas de la religión de Israel, el judaísmo «mesiánico» o *cristiano* y el judaísmo rabínico, tienen sus mártires que aguardan la vindicación final por parte de Dios. En ambas viene a haber un clamor de **¿Hasta cuándo, Señor?** con respecto a esa vindicación. Ambas tradiciones entienden que ese **cuándo** está relacionado con la llegada del Mesías. Bien es cierto que los cristianos afirman que el Mesías ya estuvo y se marchó pero volverá. En cualquier caso y con la salvedad de ese matiz, los cristianos también sostienen que tiene que venir el Mesías para el desenlace final.

¿**Hasta cuándo** habrá que esperar al Mesías, entonces?

La respuesta rabínica es bastante sencilla. Cuando Israel lo quiera.[21] Con que todo Israel celebre un solo sábado como manda la Ley, ya vendría el Mesías. En tanto que Israel no sea digno del Mesías, él seguirá retrasando su llegada.

¿Cuál es la vindicación que esperan los mártires? Quizá habría que empezar recordando, como le recordó el rabino Stephen Schwartzschild a su amigo el teólogo menonita John H. Yoder,[22] que los libros de Macabeos figuran en la Biblia cristiana, pero no en la hebrea. Para lo que nos interesa aquí, esto significa que la exaltación del martirio pero especialmente el tipo de vindicación de los mártires que incluye su resurrección así como el castigo eterno de los verdugos, son doctrinas propiamente cristianas, no judías. Aunque si leemos con cuidado el relato de los siete hermanos en 2

[21] Neusner, *op. cit.*, p. 144-5.

[22] Yoder, *op. cit.*, p. 200, n. 40.

Macabeos 7 —los martirios más emblemáticos del libro— descubrimos que esperan una resurrección de los que han visto truncadas sus vidas, pero una muerte eterna para los idólatras. El propósito de esa resurrección, parece ser, consistiría en restaurarles los años de vida en esta tierra que el martirio les había robado. La resurrección tal vez sirviese también para enterarse de cuál haya sido el castigo del déspota y para regocijarse por el hecho de su muerte eterna sin esperanza de resurrección.

En el libro de Daniel, partes del cual sí están en el canon hebreo, los tres jóvenes que son echados al horno de fuego, así como el propio Daniel, están dispuestos a morir antes que desobedecer a Dios, pero van a su presunto martirio, el horno de fuego o la fosa de los leones, sin amenazar al rey con castigos terribles y eternos. Para ellos, pareciera que la propia muerte es en sí misma la vindicación de su fe. Su propia disposición a morir antes que desobedecer, da testimonio de la superioridad de su confianza en Dios. Si Dios escoge librarlos, para eso es Dios; pero si escogiera dejarlos morir, para eso también es Dios. Esa muerte mártir no exige castigos ni vindicación ulterior. Ni siquiera exige resurrección. La obediencia se reivindica por sí sola como obediencia; si se esperase otra recompensa que la propia satisfacción de obedecer hasta el final, la obediencia sería interesada y egoísta. Ya no constituiría la máxima expresión de adoración de un Dios que es digno de cualquier sacrificio.

Esto nos conduce a observar que la esperanza en la Biblia hebrea no es que los justos resuciten, sino que sobrevivan por medio de su descendencia o simiente. Tan trágico era morir sin descendencia —por lo que suponía de desaparición eterna— que ahí está en la Torah la ley del levirato para que un hermano pueda levantar descendencia para el difunto con su viuda (Dt 25,5-10). A finales del libro de Jueces tenemos la escena rocambolesca donde las otras once tribus, después de casi aniquilar enteramente a la tribu de Benjamín, caen en la cuenta de que si desaparece la tribu muere uno de los patriarcas emblemáticos de Israel; y por tanto ayudan a los sobrevivientes a raptar esposas para que no desaparezcan del todo (Jueces 21). Los que descienden al Seol ya no pueden adorar al Señor (Sal 6,6; 115,17) ni se enteran de nada (Ec 9,10). Han dejado de existir (Job 7,9; Is 38,18). Pero su vida continúa en todas las generaciones de sus descendientes (Gn 3,15; Is 61,9; 65,23; *cf.* He 7,9-10).

Vistas así las cosas, lo importante para los judíos es desafiar a los gentiles con el sencillo hecho de su supervivencia a pesar de todas sus

tribulaciones y persecuciones. Se aferran a la vida y levantan descendencia, generación tras generación, sabiendo que mientras esa descendencia no desaparezca, Abraham, Isaac y Jacob siguen vivos. Así burlaron a su peor enemigo de toda la historia, a Hitler, que murió sin dejar hijos mientras que sesenta años más tarde, ellos se cuentan en millones y poco a poco vuelven a Alemania. ¿Qué necesidad hay de especulación escatológica o celestial, siempre que los judíos puedan conservar una descendencia viva sobre esta tierra?

Al margen de la austeridad de la Biblia hebrea, sin embargo, el judaísmo rabínico siguió manteniendo algunos de los elementos resultantes de los siglos de especulaciones apocalípticas judías:

Según los rabinos, cuando venga el Mesías restaurará a Adán al Eden y a Israel a su tierra.[23] También resucitará a los justos a la vida eterna. A la luz del desastre del alzamiento de Bar Cojba (132-135 EC), sin embargo, las autoridades rabínicas advierten sobre la aparición de falsos mesías. El Mesías verdadero será inconfundible por el propio hecho de que Adán volverá al Edén, Israel volverá a su tierra y los muertos resucitarán. A falta de esos tres elementos, cualquier otro hombre que pretenda ser el Mesías se revela como impostor. Así no sólo se explica el fracaso rotundo de Bar Cojba; también se demuestra la falsedad obvia del cristianismo.

En cuanto a la resurrección, sólo resucitará todo Israel y algunos pocos que han sido señalados para un castigo que no sufrieron en vida. (En ningún caso ese castigo para el que sean resucitados, superaría el año de duración; al cabo del cual morirían para siempre.[24]) Quedan descalificados para la resurrección los que no creen en ella. El Mesías no resucitará a los que no creyeron que él los resucitaría.[25] Hay algunos otros cuya resurrección queda expresamente negada: la generación cuyo pecado provocó el Diluvio, los habitantes de Sodoma, los partidarios de Coré que fueron tragados por la tierra por rebelarse contra Moisés, la generación que murió en el desierto por no querer entrar a la Tierra Prometida, y la generación cuyo pecado provocó la Dispersión. Tampoco las Diez Tribus

[23] Neusner, *op. cit.*, p. 153.

[24] *Ibíd.*, pp. 153-4.

[25] *Ibíd.*, p. 151-3.

de Israel que se separaron de Judá. Cuando los rabinos afirman que «todo Israel» resucitará, éstos quedan excluidos.[26]

La resurrección, en cualquier caso, se entiende de una forma absolutamente material y terrenal. La única diferencia entre el mundo que ven nuestros ojos ahora y el de entonces, será que los gentiles habrán sido juzgados y habrán dejado de existir. Los muertos resucitados olerán a pestes y su ropa estará podrida. Además de que van a necesitar ropa nueva, una vez que el Mesías los haya resucitado, los tendrá que sanar de lo que los mató. ¡Natural![27]

Vemos entonces que en general el castigo del Juicio Final es sencillamente la muerte o no resurrección de los gentiles, así como de los israelitas que se han descalificado de la resurrección por la especial dimensión de su pecado.

Una vez que Israel ha sido restaurada a su tierra por el Mesías, se reconstruirá el Templo. Pero como ya no habrá pecados que propiciar, los únicos sacrificios serán los de acción de gracias.[28] Más allá de esto, los rabinos sencillamente se niegan a especular.

En cualquier caso, la especial virtud que pareciera tener la resurrección y el Juicio Final, es sencillamente la de la supervivencia eterna de Israel como nación escogida por Dios. La atención no se fija en el individuo que resucita sino en el milagro de que cuando todos los impíos hayan desaparecido y no quede de ellos ni tan siquiera el recuerdo, ahí seguirá eternamente Israel, *erre que erre*, en la Tierra que Dios les prometió.

¿Esta manera de concebir de la vindicación de los mártires nos puede ayudar a interpretar el **¿Hasta cuándo, Señor?** de nuestro texto?

Si interpretamos ese **¿Hasta cuándo, Señor?** a la luz del resto del Nuevo Testamento y a la luz del resto del libro del Apocalipsis, podemos aventurar el siguiente esbozo de respuesta:

---

[26] Ídem.

[27] *Ibíd.*, pp. 156s.; *cf.* Juan 20,24-27, con la misma presuposición: Jesús, aunque resucitado, tiene todavía abiertas las heridas que lo mataron. Escrito en un contexto cultural judío, el evangelio de Juan comparte con los rabinos las mismas nociones sobre la resurrección.

[28] *Ibíd.*, p. 157.

¿Hasta cuándo, Señor?

Pues si lo que ese clamor está reclamando es **venganza**, la respuesta va a ser que «¡Hasta nunca!».

Los siete hermanos mártires de 2 Macabeos morían regocijándose con la idea de los castigos que iban a sufrir sus verdugos, pero Jesús y Esteban ensayan otra forma de morir mártires, que es bendiciendo en lugar de maldecir, perdonando en lugar de desear ser vengados (Lc 23,34;[29] Hch 7,60). Entendían la vindicación no como venganza sino como **justificación** de su vida, de su actitud ante la vida, de sus prioridades vitales, incluso de su disposición a dejarse matar indefensamente. En ese sentido, Jesús y Esteban se parecen mucho más a Daniel y sus amigos, que a los siete hermanos mártires. Su muerte se reivindica por sí misma en cuanto obediencia a ultranza y disposición a morir. No hace falta pronunciar amenazas ni vaticinar castigos eternos, que a nadie ayudarían ni harían desaparecer el mal padecido.

Hasta cierto punto, **todo el libro de Apocalipsis** es la vindicación de Jesús, el «testigo (*mártys*) fiel» (Ap 1,5; 3,14). La fidelidad de su testimonio tiene que ver con **todo su testimonio**, no sólo el testimonio de su muerte. Su testimonio como declaración correcta de las realidades últimas, la voluntad de Dios y el proyecto reconciliador de Dios con la humanidad.

Hay quien ve el «Padre perdónalos, porque no saben lo que hacen» como una amenaza, un «Nosotros sí sabemos lo que hacen, y lo que hacen es digno de castigos ejemplares y eternos».[30] Pero esa lectura falsifica el testimonio de Jesús, vacía de contenido real las palabras que pronunció. ¡Naturalmente Jesús sabía lo que hacían con él y sabía que estaba mal! ¡Por eso mismo él decidió pronunciarles una bendición de **perdón**, que no una maldición de **venganza**!

---

[29] Una frase que sólo Lucas recoge —en una tradición textual que dista mucho de ser unánime. Quizá se justifica aceptarla como *lectio dificilior*, precisamente por carecer de paralelo en los otros tres evangelios. Es posible que Lucas se basara en la enseñanza previa de Jesús (*cf.* Mt 5,44) o incluso en el profeta Isaías (Is 53,12). En la medida que Jesús no podía ser *menos benigno* que Esteban, la tradición recogida en Hch 7,60 pudo haber influido en la redacción (o transmisión textual) de Lc 23,34.

He buscado en todos los lugares que se me han ocurrido, pero no he sido capaz de recuperar dónde fue que leí esta forma curiosamente suspicaz de entender las palabras de perdón de los mártires.

Si ahora Dios castigase a los que lo crucificaron, esa no sería una vindicación sino una **desautorización**. Sería lo mismo que decir que Jesús se equivocaba al perdonar. Pero eso constituiría, en sí mismo, una vindicación de quienes lo mataron —es decir, de las fuerzas del orden y la estabilidad político-social-religiosa— con su empleo «sabio y prudente» de la violencia controlada con el fin de evitar la violencia descontrolada («Es mejor que perezca uno solo, que no todo el pueblo» —*Caifás*[31]).

3ª Parte: La vindicación de la muerte de Jesús en el evangelio de Marcos

Volveremos al sentido último que tiene el martirio cristiano, pero antes quisiera anotar algunas observaciones sobre la vindicación de Jesús en el evangelio de Marcos. Últimamente hay cada vez más reconocimiento de que los autores de los evangelios en el Nuevo Testamento no eran solamente narradores de los hechos, sino teólogos con una profundidad inusual en su reflexión teológica.[32] Con el evangelio de Marcos parecerá que me desvío una enormidad de nuestro texto en el Apocalipsis de Juan. Pero confío que se verá que estas observaciones guardan relación estrecha con el tema de la vindicación de Jesús, el mártir (testigo) fiel de Ap. 3,14 (*cf.* 1,5) —y nuestro intento de desentrañar lo que puede significar en el Apocalipsis la reclamación de: «¿Hasta cuándo, Señor?»

[31] Jn 11,50. Juan entiende que Caifás habló rectamente por ser Sumo Sacerdote, pero la mitologización de la muerte de Jesús —donde ésta responde a un plan preconcebido e inevitable de Dios— también es una desautorización, que no una vindicación. Nos permite eludir la responsabilidad por el crimen de la humanidad entera contra Jesús y esconde el escándalo de que ese crimen no sea vengado sino perdonado.

[32] Robert R. Beck, *Nonviolent Story: Narrative Conflic Resolution in the Gospel of Mark* (Mariknoll: Orbis, 1996) me abrió los ojos a una forma nueva de entender el evangelio de Marcos y valorar la contribución creativa que aportó el propio evangelista. Beck compara la trama de Marcos con las novelas de cowboys del oeste americano, para pronunciar la opinión de que Marcos es una cosa extremadamente rara en la historia de la literatura: una trama nueva, diferente, que se salta todos los tópicos y propone un desenlace nunca antes ensayado.

Hace algunos meses oí un sermón sobre la parábola del propietario de la viña, cuyos obreros acabaron matando a su hijo cuando fue a cobrarles la renta.[33]

Según la parábola, la única repuesta que se podía esperar del propietario era la venganza sin misericordia, la muerte y destrucción total de los campesinos malvados y de todas sus familias y parientes. Entonces en el sábado después de la crucifixión, Dios no actúa, pero lo previsible es que sí actúe —tal vez al tercer día, por qué no. El problema es que con esta parábola en mente, la idea de que Dios intervenga después de la crucifixión no puede ofrecernos ninguna esperanza. La única respuesta previsible, lo único que se puede esperar de Dios, es la ejecución de su venganza sin misericordia contra esta raza ingrata de los humanos que habíamos matado a su Hijo. Sin embargo, cuando Dios habló, no fue para ejecutar su venganza sino sencillamente para resucitar a Jesús y exaltarlo a la gloria del trono de Dios en el cielo.

En lugar de venganza, perdón; en lugar de justicia, misericordia; en lugar de condenación, salvación.

Esto tiene que suponer un enorme disgusto para todos los cristianos que creen que Jesús —y por tanto Dios mismo— padecen de lo que antes se llamaba «Trastorno de personalidad múltiple» pero la psicología moderna llama «Trastorno de identidad disociativo».[34] Las personas con este trastorno desarrollan dos o más personalidades diferentes, que nada tienen que ver entre sí. Es como si dos personas diferentes vivieran en un mismo cuerpo. Según esta manera de entender a Jesús y a Dios como una persona hondamente trastornada, cuando Jesús vino hace dos mil años era el Mesías, sí, pero con una personalidad de buenazo, dulce de carácter, que enseñó sobre todas las cosas el perdón y el amor. Esta historia que cuentan los evangelios es hermosa por todo lo que nos comunica de amor y paz y reconciliación, pero al final resulta incompleta y deja demasiadas cosas en el aire.

---

33 Julián Mellado, sermón del domingo 5 de abril, en la Iglesia Menonita de Burgos. Esta 3ª Parte de la presente conferencia, es lo esencial de mi sermón del domingo siguiente, Pascua de Resurrección, 2009.

34 El caso es que entiendo muy poco de psicología. ¡He tenido que buscar el nombre y la descripción de este trastorno en internet (en la Wikipedia)!

Según esta manera de entender, entonces, hace falta no sólo que Jesús vuelva sino que cuando vuelva al final de los tiempos, Jesús y Dios sean fundamentalmente **diferentes** que como fueron hace dos mil años. Cuando el regreso de Cristo en el futuro, Jesús y Dios serán vengativos, rencorosos, incapaces de perdonar ni de amar ni de salvar. Los impulsará una única idea: La destrucción de todos los que no aclaman al Padre y al Hijo con una adoración ciega, fanática y febril. Según esta manera de entender, la vida de Jesús el hijo de María fue un fracaso. Su muerte en la cruz no valió para nada, porque los malos siguen sin castigar. Según esta forma de imaginar el futuro, la venganza sanguinaria y el castigo inmisericorde son los valores supremos y eternos de Dios. Dios se habrá curado de su locura. Habrá borrado todo rastro de dulzura, de amor tierno, de perdón y misericordia, de salvación por las buenas. Al final, la idea de que Dios perdona a la humanidad el que hayamos asesinado a su Hijo va a ser un engaño. Va a ser que fue un trastorno pasajero, una locura que Dios se acabará quitando de la cabeza. Cuando Dios se cure de ese trastorno pasajero, entonces por fin ejecutará su venganza. Entonces, por fin, correrán ríos de sangre y por fin Jesús se proclamará vencedor sobre todos sus enemigos y reinará para siempre.

Su reinado no tendrá nada que ver con la clase de persona que fue Jesús, sino una tiranía eterna, donde no se tolerará la más mínima desviación del frenesí de adoración fanática colectiva de toda la creación.

En fin, es evidente por lo caricaturesca que ha sido esta descripción, que a mí esa manera de entender a Jesús y a Dios me parece equivocada. Yo entiendo que si en los evangelios cuando por fin Dios interviene tras la crucifixión, es para resucitar a Jesús y ascenderle al trono del cielo… y nada más —ni venganza ni rencor ni castigo—, es que **Dios es así.**

Fue así hace dos mil años, es así ahora y será así por los siglos de los siglos amén. Lo que vimos en la Pascua de Resurrección es lo que hay, ni más ni menos. Dios es así y no hay otro dios. Esto del perdón y el amor y la reconciliación y el olvido de las ofensas sufridas, no es una locura pasajera sino que es la realidad eterna de Aquel que nos creó y nos ama y nos salva por las buenas, aunque no nos lo merezcamos.

Este es el evangelio de la salvación por la gracia de Dios, no por las buenas obras de los hombres. Es las buenas noticias que necesitábamos oír una vez que nos hemos dado cuenta de que todos somos culpables, que todos hemos participado en la crucifixión de Jesús, que todos hemos sido

rebeldes contra Dios. Las buenas noticias de que a pesar de todo, Dios sigue ahí, abriéndonos sus brazos para recibirnos sin reproches ni recriminaciones.

Veamos entonces con más detenimiento la cuestión de la vindicación de Jesús en Marcos.

Este evangelio arranca a un ritmo trepidante. Marcos no tiene tiempo ni para el embarazo de la adolescente María ni para sus versos más o menos revolucionarios o comunistas en el Magníficat. No tiene tiempo para tiernas escenas de nacimiento ni para recordar que Jesús fue un niño precoz entre los escribas rabínicos. Jesús aparece en escena en Marcos 1,14, como respuesta inmediata al arresto de Juan el Bautista, como propuesta de continuidad del ministerio de Juan, por mucho que moleste a las autoridades. Los primeros capítulos del evangelio plantean su carrera como una de confrontación directa con los defensores de la religión y las buenas costumbres. Ya en Marcos 3,6, entonces, los fariseos y la policía de Herodes traman juntos para destruirlo, para quitarlo de entre medio. En el mismo capítulo 3, llegan unos escribas desde Jerusalén a investigar el asunto. ¿Su dictamen? ¡Que Jesús echa demonios, sí, pero sólo porque ha pactado con el diablo!

María y los hermanos de Jesús se asustan de la que se está armando y quieren llevárselo a casa.

—Perdonen, señores, es que el chaval está mal de la cabeza, ¿entienden? Nos lo llevamos a casa, lo dejamos atado a la pata de la cama o encadenado al establo del borrico y aquí no ha pasado nada, ¿vale?

Pero Jesús rechaza la salida que le ofrece su familia. Él va a seguir este camino que ha empezado de confrontación, de denuncia de todo mal, de toda maldad, todo pecado, todo lo que pervierte y retuerce y hace inhumanas las vidas de los campesinos de Galilea y de los barrios humildes de Jerusalén.

¡A todo esto no hemos avanzado nada más que tres capítulos en el Evangelio! ¡Así cuenta Marcos las cosas!

Y así de claro queda desde el principio, que esta aventura de Jesús sólo puede acabar mal. No habrá salida fácil. No se llegará a ninguna componenda con las autoridades. Su pueblo, sus hermanos judíos, están atormentados por demonios por todas partes, sometidos bajo la bota del conquistador romano, malgobernados por Herodes y Pilato. Pasan hambre

y hay que alimentarlos. Son como ovejas sin pastor, presa fácil de los lobos. Y él, Jesús, el hijo de María de Nazaret, él es el ungido de Dios para traerles esperanza y luz y liberación, multiplicar panes y peces, echar demonios, curar a ciegos y leprosos.

Según Marcos, Jesús se da cuenta desde el principio que toda esta actividad frenética será inútil; que es humanamente imposible cambiar las cosas. Las multitudes están esperanzadas de que él actuará como un descendiente digno del rey David; que vencerá y echará a los romanos e instalará una teocracia donde la palabra del rey y la palabra de Dios son una misma cosa, porque el rey y Dios serán la misma cosa. Los discípulos piensan así también.

No es que Jesús no se esforzara por aclararles las ideas y moderarles los ánimos:

Salió Jesús con sus discípulos a las aldeas de Cesarea de Filipo; y en el camino preguntó a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?

Y le respondieron, diciendo: Unos, *Juan el Bautista; y otros Elías; pero otros, uno de los profetas.*

Él les preguntó de nuevo*: Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?*

Respondiendo Pedro, le dijo: Tú eres el Cristo.

Y él les advirtió severamente que no hablaran de él a nadie. Y comenzó a enseñarles que el Hijo del Hombre debía padecer muchas cosas, y ser rechazado por los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas, y ser muerto, y después de tres días resucitar. Y les decía estas palabras claramente.

Y Pedro le llevó aparte y comenzó a reprenderlo. Mas él volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro y le dijo : ¡Quítate de delante de mí, Satanás!, porque no tienes en mente las cosas de Dios, sino las de los hombres.

Y llamando a la multitud y a sus discípulos, les dijo: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por causa de mí y del evangelio, la salvará. Pues, ¿de qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma? Pues ¿qué dará un hombre a cambio de su alma? Porque cualquiera que se avergüence de mí y de mis palabras en esta generación adúltera y pecadora, el Hijo del Hombre también se avergonzará de

él, cuando venga en la gloria de su Padre con los santos ángeles (Mr 8,27-38 La Biblia de las Américas).

Sobre estos versículos sólo tengo dos observaciones:

La primera, que Pedro reprende a Jesús y Jesús reprende a Pedro. Pedro quiere la victoria sobre los enemigos sin pasar por la vergüenza, el desprestigio, el sufrimiento y la muerte de la cruz. Pero esas aspiraciones no es que sean equivocadas, es que son diabólicas.

La segunda observación es que cuando el Hijo del Hombre venga en su gloria y la del Padre y la de los santos ángeles, tampoco hay promesas de guerras ni victorias ni venganzas ni sometimiento por obligación. La única cosa que Jesús dice claramente que hará el Hijo del Hombre cuando venga, es pasar vergüenza por el poco radicalismo de sus seguidores. Pues vaya venida gloriosa, ¿no? Cuando el Hijo venga en gloria será igual que como fue Jesús: más pendiente de su identificación con los que fracasan, que de la gloria con que le aclaman.

> *Saliendo de allí, iban pasando por Galilea, y él no quería que nadie lo supiera. Porque enseñaba a sus discípulos, y les decía: El Hijo del Hombre será entregado en manos de los hombres y le matarán; y después de muerto, a los tres días resucitará. Pero ellos no entendían lo que decía, y tenían miedo de preguntarle.*
>
> *Y llegaron a Capernaúm; y estando ya en la casa, les preguntaba: ¿Qué discutíais por el camino?*
>
> *Pero ellos guardaron silencio, porque en el camino habían discutido entre sí quién* de ellos *era el mayor.*
>
> *Sentándose, llamó a los doce y les dijo : Si alguno desea ser el primero, será el último de todos y el servidor de todos.*
>
> *Y tomando a un niño, lo puso en medio de ellos; y tomándolo en sus brazos les dijo: El que reciba a un niño como éste en mi nombre, a mí me recibe; y el que me recibe a mí, no me recibe a mí, sino a aquel que me envió* (Mr 9,30-37 LBA).

Observamos, entonces, que Jesús anuncia otra vez que será crucificado, pero los discípulos se ponen a discutir sobre quién será el más importante entre ellos. Jesús toma a un niño (o a un esclavo, el término griego[35] vale

[35] παιδίον.

para ambos conceptos y viene a describir a la persona sin derechos ni identidad personal propia) y se identifica él personalmente con ese rango social, el más bajo de todos. Quien recibe a estos sin-derecho, lo está recibiendo a él.

> *Pero en aquellos días, después de esa tribulación,* ***el sol se oscurecerá y la luna no dará su luz****,* ***las estrellas irán cayendo*** *del cielo y las potencias que están en los cielos serán sacudidas. Entonces verán* ***al Hijo del Hombre que viene en las nubes*** *con gran poder y gloria. Y entonces enviará a los ángeles, y reunirá a sus escogidos de los cuatro vientos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo* (Mr 13,24-27 LBA).

En todo este capítulo 13 de Marcos, Jesús está profetizando sobre las cosas que en efecto sucedieron en Jerusalén en el año 70 EC. La abominación de la desolación cayó sobre los judíos. El fastuoso templo de Herodes fue destruido, Jerusalén asolada, su población masacrada. Como ya hemos indicado, sobre las ruinas de Jerusalén se construyó Aelia Capitolina, una colonia romana. Ahora bien, después de aquellos días de tribulación, dice Jesús, vendrá el Hijo del Hombre en las nubes con gran poder y gloria.

¿Y qué es lo que hará?

Otra vez no hay ni una palabra de venganza, de rencor, de ajustar las cuentas por su crucifixión. Ni el más remoto asomo de un «Trastorno de identidad disociativo», manifestándose ahora como otra persona muy diferente a como había sido antes de que lo crucificaran.

¿Qué es lo que hará, entonces? Enviará a los ángeles a recoger desde todos los extremos de la tierra y del cielo, por los cuatro vientos, a sus escogidos.

¿Y quiénes son sus escogidos? Marcos no lo pone aquí, pero hay que imaginar que son, como habían sido siempre, los esclavos, los marginados, los pobres, los desesperados, los que les han embargado la casa porque no pueden pagar la hipoteca, los que lloran amargamente la destrucción del templo, los deprimidos, los trastornados, los que una guerra o un tsunami o un terremoto les ha matado a todos sus seres queridos, los oprimidos por demonios, los enfermos… Estos serán —porque siempre han sido— los escogidos del Hijo del Hombre.

> *Entonces el sumo sacerdote levantándose,* se puso *en medio y preguntó a Jesús, diciendo: ¿No respondes nada? ¿Qué testifican éstos contra ti?*

Mas Él callaba y nada respondía.

Le volvió a preguntar el sumo sacerdote, diciéndole: ¿Eres tú el Cristo, el Hijo del Bendito?

Jesús dijo: Yo soy; y veréis al ***Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder*** *y* ***viniendo con las nubes del cielo****.*

Entonces el sumo sacerdote, rasgando sus ropas, dijo : ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Habéis oído la blasfemia; ¿qué os parece?

Y todos le condenaron, diciendo *que era reo de muerte. Y comenzaron algunos a escupirle, a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: ¡Profetiza! Y los alguaciles le recibieron a bofetadas* (Mr 14,60-65 LBA)

Aquí tenemos el último anuncio en Marcos de la venida del Hijos del Hombre, sentado en las nubes a la diestra del Poder divino. La escena es importantísima, porque están por condenarlo y entregarlo a los romanos. Pero Jesús sólo anuncia esa venida y en el anuncio resulta que no hay nada de reproche ni de amenaza. No dice que viene para vengarse, para hacer justicia contra los que lo mandan a la cruz. Nada dice de batallas y conquistas victoriosas para gobernar como un Rey Dios, un rey al que es imposible desobedecer porque todo lo controla, hasta los pensamientos más escondidos de los que sólo obedecen por obligación. No, nada de eso. Sencillamente un hondo sentimiento de tristeza porque ya se está identificando con la vergüenza que van a pasar, el arrepentimiento y la aflicción de sus propias conciencias cuando al fin entiendan lo que ahora son incapaces de entender.

• En el Evangelio de Marcos, entonces, Jesús no necesita ninguna otra vindicación que la de que sus seguidores sigan creyendo en él aunque sus enemigos lo hayan matado. Dios lo resucita, pero la primera versión que escribió Marcos del evangelio, termina en 16,8, con el miedo de las mujeres que habían visto la tumba vacía pero no se atrevían a decírselo a nadie.

Y esa versión inicial de Marcos nos deja entones a nosotros también en esa encrucijada. Dicen que ha resucitado pero no tenemos pruebas, sólo tenemos miedo. Como ellas, tendremos que decidir si callar o si creer y proclamar.

El movimiento cristiano testifica que al final hubo fe y proclamación de que Jesús nos enseñó palabras de Verdad. Más que palabras, nos enseñó con el ejemplo de su muerte, cómo vivir y amar y perdonar y servir a los demás. Nos enseñó a no despreciar a nadie, aunque no estemos de

acuerdo con sus ideas o su religión o su manera de entender la Biblia. Nos enseñó que el amor importa más que todas las reglas y que todas las doctrinas y que la mismísima vida.

Y cada vez que uno de nosotros actuamos así, **Jesús es vindicado** y son vindicados también todos los mártires que entregaron sus vidas por seguirle y por amar como él amó.[36]

4ª Parte: El martirio como Gelassenheit anabaptista

Los movimientos cristianos minoritarios durante los 16 siglos que duró «la cristiandad» occidental, conservan recuerdos *sectarios* de persecución por parte de las iglesias estatales. En el caso de los menonitas, nuestra memoria está marcada por el inmenso tomo martirológico del neerlandés Thieleman J. van Braght, titulado *El Teatro ensangrentado o Espejo de los mártires*, que data de 1660.[37] El libro es una curiosa obra de investigación e interpretación de la historia del martirio cristiano.

Entre las muchas cosas que llaman la atención en este libro de proporciones enciclopédicas,[38] está la naturalidad con la que, empezando con Jesús y los demás mártires del Nuevo Testamento, continúa con las historias (de otras fuentes que el Nuevo Testamento) sobre la muerte mártir de los apóstoles; y después, con mártires cristianos en cada uno de los siglos hasta el surgir del movimiento anabaptista en 1525. Para algunos siglos (por ejemplo los siglos IV o XII), van Braght halla muy poco que

[36] Uno de nuestros colegas de SEUT, Sergio Rosell, ha escrito también sobre el martirio en los primeros siglos del cristianismo: «Amar a Dios… hasta la muerte: El testimonio de los primeros cristianos», *Encuentro Nº 3: Amar a Dios* (El Escorial: SEUT, 2006), pp. 11-23. Una versión actualizada del mismo artículo es: «Loving God… unto Death. The Witness of the Early Christians», *Hervormde Teologiese Studies/Theological Studies* (2010).

[37] El título original, como se estilaba en la época, llena toda una página. En holandés se conoce habitualmente como *Martelaersspiegel*. Ver tr. al inglés on-line en: http://www.homecomers.org/mirror; y magníficos grabados del maestro flamenco Jan Luyken para la edición de 1685, en: http://www.bethelks.edu/mla/holdings/scans/martyrsmirror.

[38] Mi edición de la versión en inglés (*Martyrs Mirror* [Scottdale: Herald, 1972]), es de 1157 páginas de tamaño de folio, a dos columnas.

contar. Pero en general, la idea que quiere comunicar es que ha existido una sucesión ininterrumpida de mártires que han sellado con su muerte el testimonio por la verdad de Jesús. A partir de la página 353, las siguientes 800 páginas se destinan a los mártires anabaptistas de los siglos XVI (especialmente) y XVII.

Naturalmente, esta manera de abordar la historia cristiana es sumamente crítica con la iglesia oficial, que a partir de los primeros siglos, ya es el principal torturador y verdugo de los mártires cristianos reconocidos por van Braght.

No me siento capaz de abstraer conclusiones del libro, que además, nunca he leído más que esporádicamente, de a historias sueltas. En general, sin embargo, mi impresión por el testimonio que el libro conserva de los mártires anabaptistas, es que éstos parecen haberse mantenido en consonancia con la idea de que eran, como reza en parte el extenso título original, «cristianos indefensos»; es decir, cristianos que optaban por negarse sistemáticamente el empleo de la resistencia violenta frente a la persecución. Como no faltaron toda suerte de guerras religiosas y alzamientos «cristianos» violentos en el siglo XVI —entre ellos los anabaptistas quiliásticos de la ciudad de Münster— el hecho de que ninguno de los muertos en tan enorme compendio se defiende con las armas de este mundo, indica a las claras que la «indefensión» o no violencia, es uno de los raseros elementales (el otro sería el rechazo del bautismo infantil) con que van Braght decide quién es o no es un mártir o testigo auténtico de Jesús.

El material que contiene este compendio es sumamente variado. Incluye cartas, escritos, confesiones de fe, copias de actas y sentencias judiciales, copias de actas de interrogación (con el empleo liberal de la tortura para soltar las lenguas, naturalmente), y cartas de testigos presenciales de las ejecuciones y autos de fe.

De vez en cuando se observa que alguno de los mártires advierte (¿amenaza?) a sus torturadores y verdugos del castigo eterno de fuego y azufre que aguarda a quienes persiguen a la verdadera iglesia de Cristo. Los casos donde se producen esas advertencias (o amenazas, según cómo se vea) llaman la atención precisamente porque son más bien la excepción a la regla. Más habitual parece haber sido el entonar himnos o testificar sobre los deleites de la vida eterna que saben que les espera, intentando persuadir a las multitudes que se reúnen para ver con fascinación (un

poco morbosa) sus ejecuciones, que el gozo delicioso de la comunión con Cristo bien vale una muerte tan cruel. Sus últimas palabras suelen ser de consolación e invitación. Consolación para sus hermanos y hermanas en la fe y para sus familiares en la carne. E invitación para todos los espectadores, a unirse a ellos en el deleite del dulce amor de Cristo. **No se sienten en absoluto víctimas sino privilegiados**, sabedores de que muriendo así juntamente con Cristo, también han de resucitar a la gloria eterna juntamente con Cristo.

Uno de los conceptos elementales del movimiento anabaptista es el de *Gelassenheit.*[39] *Gelassenheit* es un término alemán que no se suele traducir, que en el pensamiento anabaptista viene a ser una entrega voluntaria de todo el ser ante la soberanía de la voluntad divina. Su máxima expresión tal vez ni siquiera sea el martirio, sino la disposición a gobernar toda la vida conforme a las palabras de Jesús en los evangelios, especialmente su enseñanza clara, sencilla y práctica en el Sermón del Monte (Mt 5-7 y paralelos). Se entiende que esto significa someterse también a la comunidad local de la iglesia, que encarna como miembros el mismísimo Cuerpo de Cristo en la tierra. Quien vive conforme a *Gelassenheit* es humilde, procura nunca sobresalir ni destacar, se deja llevar por la vida y por la hermandad, confiando en todo momento en la disposición benigna de Dios, quien es capaz de intervenir en caso de que sea necesario, para que esa obediencia humilde no traiga consecuencias negativas. Naturalmente, la actitud de *Gelassenheit* acepta perfectamente que Dios no siempre escoge intervenir, sino que también permite —por motivos que no tiene por qué explicarnos— que sus hijos sufran en esta vida.

En algunas comunidades de los menonitas *Amish*, esta actitud de *Gelassenheit* se lleva al extremo de negar saberse «salvos» en el más allá. Declararse seguros de la recompensa en el Juicio Final sería una actitud arrogante y orgullosa, indigna de un *Amish.* Antes bien, piensan que les

[39] Ver Donald B. Kraybill, «Yieldedness and Accountability in Traditional Anabaptist Communities» y Fred W. Benedict, «Yieldedness and Accountability: Contemporary Applications and Prospects», en Carl F. Bowman and Stephen L. Longenecker, *Anabaptist Currents: History in Conversation with the Present* (Bridgewater: Penebscot Press, 1995). Traducido por Dionisio Byler como «Entrega, sumisión y dar cuenta de la vida en las comunidades tradicionales anabaptistas» y «Entrega, sumisión y dar cuenta de la vida: Aplicaciones y perspectivas contemporáneas», en: http://www.menonitas.org/ vistaprevia/corranab/contenido.htm.

corresponde agachar la cabeza y alabar la gracia y el amor de Dios, incluso aunque esa gracia y ese amor no les tenga asegurado el Paraíso. Quien vive en perfecto *Gelassenheit* entonces, sencillamente se entrega a Dios y confía en los términos más absolutos imaginables, que Dios no defraudará sus esperanzas. Aunque admitiría humildemente que en sus propósitos inescrutables, Dios tal vez sí los vaya a defraudar. ¿Quién es uno, al fin de cuentas, para exigirle nada a Dios a cambio de nuestra devoción absoluta?

El modelo de cristianismo que propone el *Gelassenheit* anabaptista —especialmente en los extremos *Amish* que acabo de describir— probablemente jamás sea visto como aceptable ni mucho menos deseable por el grueso de los cristianos. En su versión primera como actitud de los mártires anabaptistas del siglo XVI, sin embargo, describe el gozo inefable de una confianza en el amor de Dios ya experimentado en la adoración de su culto en pequeñas células clandestinas. Entregar sus vidas por el mismo Cristo que había entregado la suya por ellos, era por una parte reivindicar que el sacrificio de Cristo por ellos había sido acertado y se veía correspondido con igual devoción que la de él. Y por otra parte, esa entrega hasta la muerte constituía en sí misma la vindicación de la calidad de la fe que la inspiraba. Viéndose capaces de darlo todo por Cristo, sabían que su fe y su confianza en Dios no era un engaño.

Vivida con esa intensidad inmediata la entrega absoluta a Cristo, la muerte de Jesús no necesitaba más vindicación que el testimonio de los mártires. Y la muerte de los mártires no necesitaba más vindicación que la de saberse amados por Dios con un amor más fuerte que la muerte y más fuerte que todos los vínculos afectivos que nos amarran a esta vida terrenal.

La pregunta de las almas de los mártires que están bajo el altar celestial —¿Hasta cuándo, oh Señor santo y verdadero, no juzgas ni vengas nuestra sangre de entre los que moran sobre la tierra?—[40] tiene su respuesta inmediata en el versículo siguiente: Falta poco. Hasta que se completen sus consiervos y hermanos que todavía han de ser matados igual que ellos (Ap 6,11).

La respuesta parece —y tal vez sea— una evasiva. Tal vez la intención divina no es «juzgar y vengar», sino dejar que transcurran los hechos

[40] Ap 6,10, mi traducción.

sobre la tierra, con todos los mártires que se irán añadiendo con el paso de los siglos. Tal vez la intención divina sea perdonar con un perdón que de inmenso e insondable, nos deja a todos perplejos y turbados. Puesto que la mayoría de los mártires auténticos de Cristo han muerto —como él— con himnos y bendiciones e invitación en sus labios y con santa y humilde *Gelassenheit* ante Dios, tal vez la intención divina sea honrar esas alabanzas y bendiciones y *Gelassenheit*; y no complacer esas ansias de venganza a que algunos —trágicamente— parece que se siguen aferrando incluso más allá de la muerte.[41]

[41] Puesto que en muchos sentidos el Apocalipsis es una liturgia celestial que incorpora en diversos puntos sendos salmos de alabanza, es significativa la *ausencia* —aquí en Ap 6,10— de un salmo de imprecación al estilo del Salmo 109. El reclamo de juicio y venganza, reducido a su mínima expresión aquí, resulta entonces relativamente modesto y atenuado. Aunque los apóstoles, por ej. las cartas de Judas y 3 Juan, son capaces de descalificaciones de bulto con respecto a sus adversarios eclesiales, no hay nada en el Nuevo Testamento que sea ni remotamente parecido a los salmos de imprecación. La tendencia en el Nuevo Testamento es a seguir la enseñanza de Jesús en Mt 5,44-5 y paralelos (*cf.* Ro 12,14.17.19-21): *bendecir* y *perdonar* a los que los maldicen y persiguen.

ENSAYO 9.

Educar para la justicia y el perdón

21 julio 2012

No sé —ni tampoco he preguntado— qué criterios se ha tenido para la selección de los ponentes para este evento. En cualquier caso por cuanto se me ha invitado a mí, un teólogo protestante especializado en estudios bíblicos, entiendo que se ha hecho suponiendo que hablaré de lo que sé, desde mi perspectiva particular. El tema que se me ha encomendado es «Educar para la justicia y el perdón». Entre tanto, esta última década mi atención se ha ido concentrando especialmente en el estudio del Antiguo Testamento. Pensando en cómo relacionar el tema que se me ha pedido para hoy con esto que a mí me ocupa, se me ha ocurrido desde el principio que la relación es obvia y de hecho sumamente interesante.

Yo estoy convencido que el Antiguo Testamento de la Biblia cristiana es una colección cuyo fin era instruir a los escribas de Israel en los valores, las actitudes y la sabiduría que el pueblo judío creía haber recibido directamente de Dios. En particular, uno de esos valores fundamentales era la perspectiva adecuada para comprender la historia de su pueblo a lo largo de un milenio. El Antiguo Testamento de la Biblia cristiana contiene, entonces, no sólo un importante componente de narración histórica sino también —muy especialmente— una filosofía de la historia. Una explicación del significado y el porqué de los desenlaces históricos. Un significado y un porqué que son altamente éticos y morales y tienen que ver directamente con los valores de la justicia y el perdón. Pero si resulta que el Antiguo Testamento se coleccionó y utilizó como textos para la formación de los sabios escribas de Israel, entonces una parte del cometido del Antiguo Testamento es, precisamente, educar para la justicia y el perdón. Son textos cuyo propósito —entre otros fines— es educar para la justicia y el perdón.

Intentaré, entonces, explicar cómo funciona esto y cómo aborda el Antiguo Testamento esa labor de formar en los valores de la justicia y el perdón. Observaremos que la estrategia pedagógica empleada es contar historias didácticas que invitan a la reflexión. Y vendré a sugerir que esa estrategia, la de contar historias que invitan a la reflexión, sigue siendo eminentemente útil hoy también, miles de años después de que se escribiera el Antiguo Testamento. Y concluiré con una historia verídica sucedida en Sudáfrica hace algunos años, como ejemplo contemporáneo de narraciones que invitan a meditar sobre la relación que existe entre la justicia y el perdón.

El mito de la violencia justiciera

Antes, sin embargo, me parece necesario observar cómo actúa sobre nosotros desde una muy remota antigüedad otra educación, en otros valores. Me refiero al mito de la violencia justiciera que nace a la par con la civilización humana y sin el cual tal vez la civilización —al menos tal cual la conocemos nosotros— jamás hubiera podido existir. Tengo que hablar del mito de la violencia justiciera precisamente porque promulga su propia visión de la justicia, de lo que es justo y de cómo la justicia se obtiene. Es una visión donde la justicia se entiende como algo diferente o contrario del perdón; una justicia que bien es cierto que sabe perdonar pero lo hace como concesión, como magnanimidad que sólo es posible cuando no peligra la justicia misma, cuya naturaleza es esencialmente retributiva o vengadora. Por cuanto está tan honda y extensamente difundida la concepción de la retribución y la venganza como parte de la mismísima esencia de la justicia, tenemos que observar cómo se nos ha educado en ese valor —el de la venganza justiciera o justicia retributiva— para empezar a comprender cómo el Antiguo Testamento va forjando una visión alternativa de una justicia cuya esencia es el perdón y cuyo modelo a imitar es el perdón divino.

Se dice que las historias que contamos los seres humanos suelen seguir el guion de media docena de tramas y que hay pocas cosas tan raras como una trama original. Seguramente una de estas tramas primordiales que en miríadas de mutaciones se cuentan cada día, sería el mito de la violencia justiciera. En su forma más clásica es la historia del héroe que lo es muy a

pesar suyo. El héroe se resiste a asumir la responsabilidad —ordenada por los dioses— de defender a los indefensos y proteger a los débiles. Pero al final la terrible perversidad de los malvados, que no respetan la vida y no les importa provocar toda suerte de sufrimientos, obliga al héroe a entrar en razón, vengar víctimas inocentes, derrotar y dar muerte a los malhechores. Y naturalmente, cuando por fin cumple con esa sagrada responsabilidad, los dioses intervienen para enmendar todo mal y generar una nueva era de paz y prosperidad.

Se reconocerá esta trama con facilidad en la literatura clásica, en el cine y la televisión. Se reelabora de mil maneras en los cuentos para niños, contribuyendo a forjar nuestra visión moral desde la más tierna infancia. Como cuento para niños, la trama brilla en su forma más clásica en la película de dibujos animados de Disney *El Rey León.* Como historia para un público más maduro, probablemente jamás se haya superado la versión que hallamos en la película *Solo ante el peligro*, de 1952, con Gary Cooper y Grace Kelly. En ella, las convicciones pacifistas de una tradición minoritaria del cristianismo quedan en evidencia como irresponsabilidad e insolidaridad frente a la maldad imperante en este mundo. Porque en este mundo, tristemente, hay que saber ensuciarse un poco las manos para luchar contra la perversidad y malignidad de quienes no tienen escrúpulos en absoluto.

El mito de la violencia justiciera se conoce desde los albores de la civilización humana. Porque desde que existe la civilización, ha sido necesario inculcar a la gente la necesidad de obedecer a los soberanos y seguirlos hasta el campo de batalla, donde hay que sacrificar valientemente la vida, a la vez que procurar matar a cuantos enemigos sea posible. Desde luego siempre ha habido individuos excepcionales dispuestos a sacrificar la propia vida por el bien del prójimo; y siempre ha habido individuos excepcionales capaces de vencer nuestros reparos instintivos contra el acto de matar al prójimo. Pero para que grandes multitudes de personas se presten a eso de una forma organizada y sistemática, hace falta empezar con un programa de lavado de cerebros desde la más tierna infancia.

Y el instrumento que ha servido para ese lavado de cerebros a escala masiva que acompaña todas las civilizaciones humanas, es el mito de la violencia justificada. Repetido machaconamente de mil maneras a lo largo de la vida, nos programa con su visión de la moralidad mucho antes de

que sepamos discernir el bien y el mal, mucho antes de que podamos adivinar que nos están programando para un fin ulterior. Aprendemos que es moral y necesario y sagrado matar y dejarse matar como el precio a pagar para poder vivir en un mundo donde existe justicia y orden y paz, donde todos salen ganando a pesar de que algunos, tristemente, hayan tenido que ser sacrificados en el camino.

Quizá quien más claramente lo expresó en la historia de la humanidad, fue el sumo sacerdote Caifás cuando el juicio a Jesús. Caifás dijo: «Es preferible que muera uno, antes que perezca la nación entera». Exactamente. Aunque quepa sospechar que ese uno es inocente, como seguramente se daba cuenta Caifás en el caso de Jesús. Porque la injusticia —incluso la muerte— cometida contra algunos inocentes será siempre el daño colateral que hay que aceptar, el peaje indispensable que hay que sacrificar, para que la sociedad entera se beneficie.

Antes de aprender ninguna otra cosa, entonces, hemos aprendido que para que haya paz y justicia y bienestar general y orden social, tenemos que pagar el precio de vencer nuestros escrúpulos y castigar a los malhechores. Tenemos que estar dispuestos a hacerles sufrir, privarles de la libertad y en última instancia, si no queda más remedio, tenemos que estar dispuestos a acabar con sus vidas. Y como esto nos lo han inculcado desde los primeros cuentos para niños que hemos oído, no importa la religión ni la filosofía ni la ideología política que adoptemos más adelante en la vida. Porque cualesquiera sean nuestras otras convicciones, lo que jamás seremos capaces de cuestionar es que el castigo, la venganza, el devolver mal por mal, es necesario para que haya orden y paz y justicia en este mundo.

Frente a este mito universal de las civilizaciones humanas, entonces, el Antiguo Testamento nos ofrece otra narrativa diferente, otra manera de concebir de la realidad. En última instancia, será también otra manera de concebir de la justicia, ya no como retribución, castigo y devolver mal por mal sino como invitación al perdón y la reconciliación.

Diversidad y evolución de ideas en el Antiguo Testamento

Visto superficialmente, el Antiguo Testamento no parecería ser un lugar donde buscar una construcción alternativa de la justicia; una justicia

basada en el perdón y la reconciliación y no en la retribución y el castigo. El Antiguo Testamento contiene historias de violencia espantosa que se justifica por la clara culpabilidad de las víctimas. Hay genocidios de tribus y naciones enteras, genocidios mandados por Dios para castigar el mal cometido. Existe allí, aparentemente, una concepción de Dios como un ser iracundo, irritable, incapaz de perdonar ni tener en cuenta la debilidad humana, terrible e incapaz de misericordia siempre que sufre la afrenta de la desobediencia humana.

El Antiguo Testamento, sin embargo, no es un libro escrito por un único autor con una única perspectiva o un único punto de vista. Al contrario, es una inmensa colección elaborada a lo largo de varios siglos por toda una secuencia de autores, revisada y perfeccionada cada vez que se copiaron esos documentos durante aquellos siglos. Y una de las características del Antiguo Testamento es que ya empieza a ser notable en él lo que a la postre sería el aspecto que los cristianos hallamos más sorprendente en el Talmud de los judíos. El rasgo más esencial del pensamiento teológico judío es el del diálogo y el debate, donde no se exige que todo el mundo esté de acuerdo sino que participe activamente en la conversación. Todo estudiante del Talmud debe saber bien qué es lo que piensa, pero llega a esas conclusiones participando en un debate donde las opiniones más dispares tienen todas cabida, para ser consideradas y sopesadas en cada generación.

Este rasgo característico del pensamiento teológico judío ya aflora en el Antiguo Testamento, donde por casi cualquier cosa que ponga en una página, es posible encontrar otra afirmación en otra página que diga lo contrario —o por lo menos que matice y condicione esa afirmación inicial. Como con ejemplos nos entendemos mejor, vamos a ver uno que además tiene que ver con la justicia de Dios, si es de castigo y retribución o de perdón y misericordia.

En el capítulo 34 del libro de Éxodo, Moisés asciende al monte Sinaí para uno de sus encuentros con Dios. Cuando llega a la cima, el Señor desciende desde una nube y pasa por delante de Moisés, que escucha la siguiente declaración sobre la naturaleza de Dios:

El Señor, el Señor, Dios amante y bondadoso, lento de rabias e inmenso de compromiso y fidelidad, que guarda compromiso para miles, quita maldad y

traición y error pero en absoluto declara inocente, que por la maldad de padres pide cuenta a hijos, a nietos, a bisnietos y a tataranietos (Éx 34,6-7)[1].

Por lo singular y aparatosa que es esta aparición, esta declaración sobre la naturaleza de Dios acabará siendo emblemática, repetida en diferentes ocasiones a lo largo de todo el Antiguo Testamento. Sin embargo lo interesante es que cada vez que se repite esta declaración, va variando y cambiando levemente de énfasis, según lo que los autores bíblicos estaban convencidos que venía a cuento en cada circunstancia particular cuando la citan.

- *El Señor, lento de rabias e inmenso de compromiso, que quita maldad y traición pero en absoluto declara inocente, que por la maldad de padres pide cuenta a la descendencia hasta bisnietos y tataranietos* (Nu 14,18).
- *Regresad al Señor vuestro Dios, que bondadoso y amante es él, lento de rabias e inmenso de compromiso, y se tranquiliza de la maldad. ¿Quién sabe si regresará y se tranquilizará y dejará a su paso bendición?* (Joel 2,13-14a).
- *…por eso me adelanté a huir a Tarsis. ¡Porque ya sabía yo que tú eres Dios bondadoso y amante, lento de rabias e inmenso de compromiso y que se tranquiliza de la maldad!* (Jonás 4,2).
- *El Señor, lento de rabias y grande de fuerza pero que en absoluto declara inocente* (Nahúm 1,4).
- *Pero tú, mi Amo, eres Dios amante y bondadoso, lento de rabias e inmenso de compromiso y fidelidad. ¡Gira hacia mí y apiádate de mí! ¡Da tu protección a éste tu esclavo y rescata a este hijo de tu esclava!* (Sal 86,15-16).
- *Amante y bondadoso es el Señor, lento de rabias e inmenso de compromiso. No acusará para siempre ni guardará rencor eternamente* (Sal 103,10).
- *Bondadoso y amante es el Señor, lento de rabias y grande de compromiso. Bueno es el Señor con todos, y su amor reposa sobre todas sus obras* (Sal 145,8-9).

Tal vez lo más interesante aquí es cómo tiende a desaparecer el castigo de las cuatro generaciones de descendientes. Como tiende a desaparecer también la idea de que Dios en absoluto declarará inocente (al culpable).

[1] Mis traducciones del hebreo.

¡La propia omisión de ciertos términos ya constituye, en sí misma, una interpretación y transformación del texto anterior! No repetir que Dios es incapaz de declarar inocente al culpable, viene a ser lo mismo que afirmar que tal vez sí sepa perdonar.

Todas las veces que se cita esta declaración en los Salmos, el sentido es el contrario al de la declaración inicial. Porque en los salmos solamente se cita esta declaración para afirmar la supremacía del amor de Dios que perdonará, protegerá y salvará a su pueblo a pesar de sus pecados. Desde luego en el culto de Israel así como en la tradición cristiana, especialmente en los monasterios y conventos, los Salmos fueron cantados repetidamente. Aunque aquellos otros pasajes donde se enfatizan los castigos hasta cuatro generaciones de los descendientes tampoco se desconocen, los Salmos —cantados un día sí y otro también— acabarán siendo determinantes para forjar nuestra idea de cómo actúa Dios. Y allí esta declaración se cita para enfatizar el perdón y la misericordia de Dios.

La justicia de Dios

Es imposible negar que la Biblia —y especialmente el Antiguo Testamento— predica la idea de que los pecados del ser humano han de hallar castigo divino, precisamente por la inflexibilidad de la justicia de Dios, que no puede dejar impunes nuestros crímenes contra el prójimo ni la maldad humana en general. A veces, cuando parece imposible que la tiranía despiadada en el gobierno, la violencia del ejército invasor o la rapacidad de los ricos encuentren jamás quién intervenga, la única esperanza que les queda a las víctimas es la idea de que tarde a temprano —si no en esta vida en el más allá— será Dios mismo quien haga justicia.

En realidad, en el propio Antiguo Testamento la convicción típica es que no es después de esta vida sino aquí y ahora, en esta vida terrenal, cuando interviene Dios siempre para hacer justicia. No eran tontos y se daban cuenta cabal que no siempre pagan sus maldades los malhechores antes de morir. Pero al contrario que las culturas occidentales modernas, que son extraordinariamente individualistas y donde el sentido de identidad propio es siempre personal a individual, ellos tenían su identidad compartida en primera instancia con su familia, luego también con su tribu y en última instancia con todo Israel. De manera que la idea

que ya hemos observado, de que los hijos, nietos y bisnietos paguen los crímenes de sus antepasados les parecía perfectamente lógica y justa.

Contiene esta idea, por cierto, un fuerte elemento de coerción contra la maldad. Si todos pensásemos que nuestra perversidad la pagarían nuestros hijos y nietos con sufrimientos aunque nosotros mismos nos librásemos, sospecho que nos esforzaríamos mucho por no dejarles tan cruel legado. Amamos a nuestros hijos y nietos y preferiríamos sufrir nosotros que verlos sufrir a ellos. Y queremos que nos recuerden con cariño, no que nos recuerden con odio y rencor como los culpables de las desgracias que padecen.

Es decir que no hace falta —no en el Antiguo Testamento, por lo menos— recurrir a la idea del infierno y de castigos de ultratumba, para sostener la idea de una justicia divina. No si el castigo divino puede recaer sobre nuestros descendientes aunque nosotros mismos lo esquivemos.

Y sin embargo se expresa muy frecuentemente también, la idea de que el mismo individuo malvado pagará en sus propias carnes su maldad. La vida puede dar giros inesperados, y el que hoy prospera estafando a sus vecinos menos afortunados, mañana puede encontrarse con que otro más fuerte o más listo que él le despoje de todos sus bienes y lo deje en la ruina. Y quien utiliza la amistad que le profesan otros para utilizarlos y después dejarlos tirados, puede muy bien acabar sus días en la más espantosa soledad, odiado y despreciado por todos. Mientras que quien sea bondadoso y bueno y generoso, cuando lleguen días de infortunio, habrá forjado toda una red de amistades que harán lo que puedan para echarle una mano y ayudarle a superarlo. Así observaban los sabios escribas de Israel que funcionaba típicamente la justicia divina a lo largo de la vida, de manera que lo que hoy puede parecer una injusticia, con el paso de los años se puede corregir y equilibrar notablemente. Porque Dios observa y no olvida ni la maldad ni la bondad, para dar a cada cual según sus merecimientos —aunque tal vez no de inmediato.

El rey Saúl y la exageración hasta el absurdo de la justicia retributiva

La idea de que a cada cual le toca en esta vida más o menos lo que se merece, aunque muy popular en la antigüedad y todavía muy corriente

hoy, tiene limitaciones importantes, sin embargo. Y en su pedagogía narrativa, donde se cuentan historias para enseñarnos verdades y valores, el Antiguo Testamento explora algunas de esas limitaciones.

Lo pudo hacer en el caso de la historia del rey Saúl, por ejemplo, con el recurso de exagerar hasta el límite, hasta que el concepto de justicia retributiva divina se cae de su propio peso.

Saúl empieza bien, escogido en su juventud por el Señor y con la intervención del profeta Samuel, para ser el primer rey de los israelitas. Todo va bastante bien con Saúl hasta que Samuel le comunica el mandamiento divino de ejecutar la venganza divina contra los amalecitas, una nación vecina que se había negado a prestar ayuda a los israelitas dos o tres siglos antes. Los amalecitas también los habían incitado a adorar a sus dioses, que seguramente era visto como una maldad más imperdonable. La justicia divina que ahora debe ejecutar el rey Saúl es el genocidio total y absoluto de los amalecitas, donde no podía quedar ni un solo sobreviviente. Hombres y mujeres, niños y ancianos, bebés de pecho y fetos todavía en el vientre de sus madres, todos debían morir despiadadamente. Y también debían morir todos sus animales domésticos.

Saúl ejecuta casi a la perfección esta justicia divina pero perdona la vida al rey y permite que sus soldados roben —en lugar de matar— lo mejor del ganado de los amalecitas. Volviendo Saúl victorioso de esta masacre, Samuel sale a su encuentro y le anuncia el castigo de Dios por desobediente. Desobediente por no haber completado del todo el genocidio. Por esta rebeldía de Saúl contra Dios —entiéndase que injusticia, por cuanto Dios era su soberano que le había escogido como rey— Saúl y todos sus hijos han de morir muertes violentas, el trono será arrebatado de su casa y entregado a la casa de David. Y entre tanto, hasta el fatídico día de la muerte en batalla de Saúl y sus hijos, el Señor se encarga de mandarle un demonio para que lo atormente con locura e irracionalidad. Un demonio que si es Dios mismo quien se lo ha metido, está claro que no hay exorcismo que valga para librarse de él.

Esta historia es hondamente didáctica, entonces, al llevar hasta su colmo, hasta el absurdo, las nociones de justicia divina como castigo sin posibilidad de perdón. Ambos castigos, el genocidio absoluto de los amalecitas, pero también la locura de Saúl y el exterminio de su descendencia, son tan exagerados que suscitan rechazo e indignación e incredulidad. Esa clase de justicia no es justa. No consigue ningún fin

positivo. No soluciona nada. Esa clase de justicia lo único que hace es empeorar las vidas de los seres humanos.

Aunque la desobediencia a Dios sea una perfidia infinita, por cuanto la diferencia de rango entre Dios y los hombres también es infinita, cuando el castigo también es infinito el resultado final no es que haya mayor justicia, sino que se multiplica la injusticia generando también víctimas cuyo padecimiento no es en absoluto justo.

Esta historia nos deja reclamando que tiene que haber otra justicia, otra forma de concebir la justicia. Cobrarse la injusticia con la misma moneda no puede ser la única forma válida de justicia. Tiene que existir alguna alternativa.

El libro de Job contra la teoría de castigos divinos

Es probablemente más conocida la historia de Job. Una de las historias que más invitan a la reflexión de toda la Biblia, versa sobre un hombre perfectamente justo —y sabemos que es perfectamente justo porque Dios mismo así lo declara— que sin embargo sufre todos los dolores y padecimientos que sea posible imaginar. Desaparecen todas sus riquezas y con ellas, su prestigio y eminencia social. Mueren violentamente todos sus hijos e hijas. Enferma de unas llagas asquerosas, supurantes y malolientes de las que no puede dejar de rascarse. Todo el mundo lo critica, seguros de que es imposible que le hayan caído tantos males de golpe si no fuera que encubiertamente, a escondidas de todos los que lo creían una buena persona, haya estado cometiendo crímenes espantosos contra sus semejantes y contra Dios.

Acusado machaconamente, incluso por sus mejores amigos, de seguir queriendo encubrir sus perversidades a pesar de que sus castigos lo delatan con tantísima claridad, Job lamenta la crueldad de su destino tan injusto. Porque Job se sabe inocente de todo lo que pudiera justificar sus padecimientos y reclama insistentemente una audiencia con Dios, para echarle en cara el injusto desenlace de su vida. Pero Dios calla mientras los amigos de Job multiplican sus acusaciones y Job se cansa de defender su inocencia.

Al final de la historia Dios sí responde, pero jamás para dar explicaciones sobre la injusticia de los padecimientos infernales del hombre justo.

Las palabras de Dios sencillamente establecen —una vez más, como si estuviera en duda— su soberanía para hacer lo que le viene en gana con el universo que ha creado. Y al final Job se acaba doblegando y adora fervientemente a este Dios que siempre será superior y supremo, aunque a veces sea también hondamente injusto en su forma de tratarnos.

El efecto del libro de Job es echar dudas sobre la fácil atribución de justicia a las realidades que vivimos. No siempre se prospera por ser justo ni se padece por ser malvado. Tal vez sea esa la regla, pero aunque lo sea, es una regla con excepciones que claman al cielo por su injusticia patente.

Walter Brueggeman y el arrepentimiento de Dios

Walter Brueggeman ha sido uno de los eruditos más destacados del estudio del Antiguo Testamento en el último tercio del siglo XX. En 2009, ya jubilado, publicó un libro cuyo título en castellano sería algo así como *Un Dios inquietante. El meollo de la Biblia Hebrea*. Allí explica cómo al Dios del Antiguo Testamento sólo se le conoce en relación; que fuera de su relacionarse con la humanidad, no es posible saber nada sobre él. En su capítulo sobre la relación de Dios con Israel, Brueggemann explora magistralmente las cuatro etapas o aspectos de esa relación[2]:

1ª etapa o aspecto

La primera etapa sería la declaración del amor original o inicial de Dios por Israel, declarada en sendos pactos con los patriarcas Abraham y Jacob, reiterada en su intervención por medio de Moisés para liberar al pueblo de Israel cuando se encontraba esclavizado en Egipto. Nada hacía previsible esta elección de Dios. Es un amor inexplicable e inexplicado. Nada hay en Israel que sea superior a ningún otro pueblo y sin embargo Dios lo ha escogido para manifestar por medio de Israel su gloria y dar a conocer su nombre. Es amor gratuito, es elección gratuita, que no se puede explicar pero sí se puede experimentar y vivir en la práctica. El amor de Dios por Israel es intenso e irracional y obsesivo, como el de cualquier enamorado.

[2] Walter Brueggemann, *Unsettling God: The Heart of the Hebrew Bible* (Minneapolis: Fortress, 2009), pp. 19-56.

2ª etapa o aspecto

La segunda etapa o el segundo aspecto de esta relación, sería el de las obligaciones de la alianza sagrada de Israel con su Dios. Por la diferencia de rango entre Dios e Israel, Dios se compromete como soberano a proteger a Israel y a proveer para todas sus necesidades[3]; Israel, en cambio, se compromete a escuchar con atención y obedecer los mandamientos del Señor. Pero lo que el Señor manda es que los israelitas actúen con justicia entre sus semejantes. Que no se desentiendan de los inmigrantes, de los pobres, de las viudas y los huérfanos, de los esclavos, de cualquiera que padezca necesidad. El Señor ordena un nuevo modelo de sociedad, una sociedad equitativa donde todos son hermanos y nadie es señor o rey o soberano, ya que Señor, Rey y Soberano solamente puede serlo Dios mismo.

Dios es celoso de su soberanía, de su monarquía absoluta sobre Israel. Por eso mismo, para que no haya ningún competidor con el Señor, exige que la sociedad israelita sea una sociedad de iguales, sin rangos ni distinción entre las personas. Una sociedad de redistribución, donde la riqueza acumulada por unos pocos siempre encuentre cauces por los que llegar otra vez a los más desafortunados. Este exaltado idealismo de una sociedad de igualdad radical es uno de los aspectos más destacados del Antiguo Testamento. No sin razón hablaban los teólogos de la liberación, hace una generación, de la opción preferencial por los pobres como consecuencia natural del conocimiento del Dios de la Biblia. No es que Dios no ame también a los ricos. Su amor por los ricos se ve en que les ofrece la oportunidad de parecerse a Dios mismo, repartiendo sus bienes materiales para beneficio de los menos privilegiados. Pero esto no es nunca generosidad; es sencillamente justicia divina.

Esta exigencia obligada por la alianza de Israel con su Dios, es esencialmente una exigencia de santidad. La santidad —para los autores del Antiguo Testamento— es esa cualidad de separación o distinción con respecto a todos los demás pueblos. Esos otros pueblos adoran dioses que promueven la monarquía humana, es decir, promueven el privilegio institucionalizado como derechos de los nobles y los reyes sobre el campesinado y sobre los esclavos. La adoración de otros dioses que el

[3] Alan Kreider, *Journey Toward Holiness: A Way of Living for God's Nation* (Scottdale: Herald Press, 1987).

Señor de Israel es abominable porque esos otros dioses promueven sociedades injustas, sociedades de desequilibrio y de contraste entre los encumbrados y los que se hallan reducidos a la miseria. De ahí la obligatoriedad de la santidad, de no contaminarse con ninguno de los valores de los paganos; por cuanto solamente el Señor de Israel promueve y garantiza una justicia donde el esclavo o el campesino tiene los mismos derechos que el noble o el rey[4].

3ª etapa o aspecto

La tercera etapa es la consecuencia de la violación de la alianza. Israel no supo conservar esa santidad o distinción con respecto a las demás naciones. No supo mantenerse fiel a ese Dios diferente de todos los dioses, que ordena una sociedad diferente de todas las sociedades. A pesar de las protestas de los profetas, Israel adoptó la monarquía humana con todas sus injusticias y todos sus desequilibrios sociales. Los ricos se hacían cada vez más ricos, mientras se multiplicaban las masas del campesinado empobrecido hasta el colmo de vender sus tierras y empeñarse en deudas que sólo podían saldar con esclavitud. Hasta que al fin Dios tuvo que cumplir el lado oscuro de la alianza, ejecutar la amenaza de desentenderse de su propio pueblo si este le era infiel.

Los profetas describen este paso como hondamente traumático para ambas partes. Traumático para Israel, desde luego, que perdió su independencia como nación y su propia existencia en su tierra, llevada cautiva al exilio para servir a sus amos babilonios en el delta del Éufrates y el Tigris. Pero no menos traumático para Dios, cuyo amor y ternura por Israel ya hemos descrito como el primer aspecto de esta relación. El rechazo es ahora, sin embargo, tan absoluto y final como había sido aquella primera declaración de amor.

En el exilio, curiosamente, Israel no renuncia a este Dios que ha renunciado a ellos. En primera instancia empiezan a vivir una nueva dinámica de arrepentimiento, que se expresa como fidelidad a Dios aunque Dios ya no quiera saber nada de ellos. Arrepentimiento que se expresa como buscar a Dios porque Dios se ha ausentado, con la esperan-

[4] Sobre esta sociedad diferente establecida por un Dios diferente, ver Norman J. Gottwald, *The Tribes of Jahweh: A Sociology of the Religion of Liberated Israel 1250-1050 B.C.E.* (Maryknoll: Orbis, 1979).

za de que acaso Dios pueda ser todavía hallado, aunque sea en esta dura servidumbre en tierras extranjeras.

Además del arrepentimiento, aprenden prácticas de lamentación. La lamentación, expresada en poemas y cantos que todavía hoy, miles de años más tarde, desgarran el corazón al leerlos, mantiene vivo el recuerdo de la relación perdida. Al mantener vivo ese recuerdo, la lamentación de Israel fomenta también la idea de que acaso sea posible recuperar la relación perdida con Dios.

Curiosamente, en su momento más desesperante, Israel no desespera sino que empieza a esperar en Dios como nunca antes.

4ª etapa o aspecto

La cuarta etapa o el cuarto aspecto de la relación entre Dios e Israel, entonces, es el sorprendente arrepentimiento de Dios. El Señor descubre que no puede mantenerse frío y duro e inflexible. El Señor descubre que eso no le satisface ni jamás podría satisfacerle. Como cualquier madre o padre ante el llanto desconsolado de un hijo aterrado, herido e indefenso, el Señor descubre que se le derrite el corazón. Dios se arrepiente del castigo que ha impuesto. Se arrepiente de su propia justicia con que ha juzgado a Israel. Bien es cierto que al condenar a Israel el Señor no había hecho nada más que cumplir con los términos de la alianza pactada y jurada por ambas partes. La ley y la justicia le daban la razón. Pero lo que no le daba la razón era su propio corazón divino, incapaz de aguantar más el sufrimiento de Israel.

El arrepentimiento de Dios es tal vez la parte más extraña, sorprendente e inexplicable de toda esta macrohistoria contada a lo largo del Antiguo Testamento. El arrepentimiento de los humanos es natural, porque nosotros nos equivocamos constantemente y es de sabios rectificar. Lo anormal, lo sobrecogedor, es que Dios mismo admita haberse equivocado al ejecutar una justicia divina que se atenía a la Ley pero ignoraba los propios sentimientos de amor incondicional a los que el Señor no puede renunciar. Porque si Dios renuncia al amor, deja ya de ser el Dios que conocemos los judíos y los cristianos, para acabar siendo algo menos. Porque si Dios renuncia a su amor eterno para ser fiel con la justicia, resulta que tampoco está siendo fiel con la justicia. Porque no está siendo

justo consigo mismo. ¿Y qué injusticia mayor hay que la de no ser justo con la esencia del ser de Dios?

Descubriendo, entonces, que ha sido incapaz de dejar de amar, que ha sido incapaz de olvidarse y desentenderse de su pueblo, Dios rectifica. Restaura su relación de privilegio con Israel, los trae de vuelta a su tierra para que reconstruyan el templo de Jerusalén y recuperen su identidad nacional cuyo único signo de identidad es esa relación eternamente inviolable que tienen con Dios.

Estos cuatro estadios de la relación entre Dios e Israel —la declaración inicial de amor, la alianza con sus mandamientos, el juicio divino y el arrepentimiento de Israel, y por último el arrepentimiento de Dios— son la trama del Antiguo Testamento. Son a la vez, diferentes aspectos, que existen siempre simultáneamente, en la relación de Israel con Dios y por extensión, en la relación de cada uno de los adoradores de Dios. Los cristianos hemos heredado esto de Israel y también simultaneamos estos cuatro aspectos en nuestra relación con Dios: (1) Nos sabemos inexplicablemente amados por iniciativa divina, (2) nos comprometemos adorarle, escucharle y obedecerle, (3) nos descubrimos incapaces de cumplir nuestro compromiso y por tanto sufrimos el juicio y rechazo divino, pero (4) sabemos que cuando nos arrepentimos, Dios también se arrepiente y nos vuelve a abrazar como hijos.

¿Cómo hemos aprendido esto? ¿Cómo nos lo han enseñado? ¿Cuál ha sido la pedagogía empleada para que sepamos que estos cuatro rasgos están presentes en la relación entre Dios y su pueblo? No ha sido por disquisiciones filosóficas y teológicas. Lo hemos aprendido de la trama de fondo que impulsa toda la narración del Antiguo Testamento. Esta es la historia que cuenta el Antiguo Testamento; y la pedagogía del Antiguo Testamento es la de contar esta historia.

Jesús y la inexplicable gracia de Dios

Que Jesús estuvo hondamente educado con los valores de justicia y perdón que enseña el Antiguo Testamento no es un descubrimiento que vamos a hacer ahora. Es más bien una verdad de Perogrullo. De las narraciones sobre la historia de la relación de Dios con su pueblo Israel,

Jesús aprendió cosas como estas que figuran en su Sermón de la Montaña, en el evangelio de Mateo:

> *Sabéis que se dice «Amarás a tu prójimo y odiarás a tu enemigo». Sin embargo yo os digo: Amad a vuestros enemigos y rogad a Dios por los que os persiguen, para que lleguéis a ser hijos de vuestro padre celestial, que Él hace amanecer su sol sobre malvados y buenos y llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tenéis? ¿Acaso los funcionarios del régimen de ocupación no hacen eso mismo? Y si saludáis solamente a vuestros correligionarios, ¿qué hacéis de más? ¿Acaso no hace todo el mundo eso mismo? Sed entonces vosotros justos como vuestro padre celestial es justo*[5].

¿Cómo sabe Jesús que la justicia de Dios tiene ese carácter sorprendente, donde derrocha el don de su divina providencia sobre toda la humanidad, sobre malvados y buenos, sobre justos e injustos? ¿Cómo sabe Jesús que Dios manifiesta ser justo precisamente cuando actúa así en lugar de con una retribución exacta a cada cual según sus merecimientos? Supongo que se podría afirmar teológicamente que en cuanto Hijo de Dios e integrante de la Santísima Trinidad, Jesús tenía información privilegiada. Pero no hace falta alegar eso porque hay otra respuesta mucho más obvia: Jesús conocía perfectamente la colección de escritos sagrados de su pueblo Israel donde se aprende, precisamente, que Dios amó a un pueblo que no supo amarle; y que Dios intentó rechazar categóricamente y castigar hasta el extermino, pero se acabó arrepintiendo y perdonó y se reconcilió con Israel.

En el evangelio de Lucas estas ideas de Jesús vienen expresadas de otra manera:

> *Así como queréis que se comporten con vosotros los demás, comportaos también vosotros con ellos. Y si amáis a los que os aman, ¿qué gracia tiene para vosotros? Los que van mal encaminados también quieren a los que los quieren a ellos. Y si sois bondadosos con los que son bondadosos con vosotros, ¿qué gracia tiene para vosotros? Los que van mal encaminados hacen eso mismo. Y si prestáis a aquellos de quien esperáis recibir, ¿qué gracia tiene para vosotros? Los que van mal encaminados también prestan a los que son como ellos para que se lo devuelvan. Mejor, amad a los que os detestan y sed*

[5] Mt 5,43-48. Mi traducción del griego.

bondadosos y prestad donde nada podéis esperar a cambio. Y será inmensa vuestra recompensa y seréis hijos del Altísimo, que es clemente con los ingratos y perversos[6].

Curiosamente, la forma más típica de enseñar Jesús fue también contando historias. Y la historia más inolvidable de Jesús sobre el perdón divino es la parábola que se conoce como «del hijo pródigo», pero a la que prefiero referirme como «La parábola del padre que no quiso castigar a sus hijos».

Se trata de un padre con dos hijos. Uno de ellos le dice que está harto de esperar que el viejo estire la pata para heredar y quiere cobrar ya lo que le correspondería ese día tan anhelado que nunca llega. El padre no lo deshereda ni lo echa a patadas de casa sino que le da lo que este hijo ingrato le pide. El hijo se marcha y no se sabe nada de él por mucho tiempo. El padre, sin embargo, está todos los días pendiente de quién llega por el camino, por si acaso no será su hijo que vuelve. Hasta que un día vuelve y entonces el padre sale corriendo a su encuentro y lo abraza y se queda llorando sobre su cuello. Después avisa a todo el pueblo que habrá una fiesta en su casa esa noche por el regreso del hijo y que todos están invitados. Entre tanto el otro hijo estaba trabajando en el campo y al llegar al pueblo, le avisan que hay fiesta en su casa porque ha llegado su hermano. Pero él no quiere entrar ni sumarse a la fiesta. Su padre sale a intentar convencerle. Y así todo el pueblo es testigo atónito del bochorno de esa discusión familiar y de la forma insultante que este otro hijo también trata a su padre. Porque está claro que para él también ha sido y sigue siendo demasiado larga la espera a que el viejo estire la pata[7].

Jesús contó esa historia para venir a decir, inolvidablemente, que así, como ese padre incapaz de poner orden en su propia familia, así es Dios con todos nosotros.

¿Cómo es la justicia de Dios? No es la justicia de desheredar y desentenderse de sus hijos cuando lo ignoran y lo insultan. La justicia de Dios es —según Jesús— la justicia del corazón de un padre que se descubre incapaz de dejar de amar.

---

[6] Lc 6,31-35. Mi tr. del gr.

[7] Kenneth E. Bailey, *Poet & Peasant* (Grand Rapids: Eerdmans, 1976), pp. 158-206.

Tenemos entonces, en estas historias inolvidables de la Biblia, una imagen alternativa de la justicia. No es la imagen típica que conocemos nosotros de la diosa Justicia, que tiene una venda sobre los ojos —para no hacer acepción de personas— y la báscula romana alzada en una mano —donde el mal padecido se resarce castigando al malhechor con otro mal, perfectamente equivalente.

La justicia de las narraciones de la Biblia no es ciega. Tiene los ojos bien abiertos. Es una justicia relacional, que mira a los ojos a ambas partes con igual amor, igual perdón, igual misericordia. Que los ve en su plena humanidad y los valora por sobre todas las cosas. No es una justicia de principios abstractos, sino la justicia de restaurar las relaciones, de hacer todo lo necesario para que se pueda vivir en reconciliación y armonía. Y no tiene una báscula romana con un plato de cada lado, sino una báscula de muelle —o acaso digital— donde no se añade peso por el otro lado hasta llevar el fiel a cero, sino que si se quiere volver a cero hay que quitar peso del único plato. El mal no se equilibra con un mal equivalente, sino que se quita con el perdón, se elimina con el amor; se transforma hasta que ya no pesa más, mediante la capacidad de reconstruir la vida sin vivir condicionados por el mal del pasado.

Una pedagogía narrativa

Llegamos así a mi propuesta de una pedagogía apropiada para educar para la justicia y el perdón. Y vengo a proponer que la pedagogía que descubrieron los sabios escribas de Israel hace miles de años puede ser todavía hoy ideal para todo lo que sea educación en valores.

Una pedagogía narrativa. Donde desde pequeños se nos ha inculcado hasta lavarnos el cerebro con el mito de la violencia justiciera, la violencia justificada que devuelve siempre mal por mal hasta aniquilar a los injustos, lo que hace falta es empezar a contar historias de perdón y reconciliación. Historias que enciendan una luz en nuestra imaginación y en nuestros corazones para que seamos capaces de imaginar otra forma de ser justos. Les dejo, para terminar, con una historia así que no se me borra de la cabeza y de la memoria en todos los años que han pasado desde que primero la leí poco después de que cayera el régimen de *apartheid* de opresión blanca sobre la población negra de Sudáfrica. Desconozco la

procedencia exacta de esta historia, que sin embargo tengo entendido que es verídica.

Desmayarse al son de «Amazing Grace»

Imaginemos esta escena de un juicio en Sudáfrica hacia el año 1996. Una débil ancianita de raza negra se incorpora lentamente. Tiene algo más de 70 años de edad. Ante ella al otro lado de la sala, hay varios agentes de seguridad, policías blancos, uno de los cuales, el Sr. van der Broek, acaba de ser juzgado e implicado en los asesinatos del hijo y del marido de la mujer hace varios años.

Fue en efecto el Sr. van der Broek, queda ahora establecido sin lugar a dudas, quien había venido a la casa de la mujer años atrás, se había llevado a su hijo, le había disparado a bocajarro y luego quemado el cuerpo del joven en una hoguera mientras él y sus subordinados bromeaban y se reían.

Pocos años después, van der Broek y sus secuaces habían vuelto para llevarse también a su marido. Pasaron muchos meses sin que ella supiera nada de él. Por fin, casi dos años después de la desaparición de su marido, van der Broek vino a por la mujer. ¡Con cuánta claridad recuerda ella aquella tarde, cuando fue conducida al lugar junto al río donde le mostraron a su marido, atado y lleno de golpes pero aún fuerte en el espíritu, que yacía sobre un montón de leña! Las últimas palabras que oyó de sus labios mientras los agentes echaban gasolina sobre su cuerpo y le prendían fuego fueron: «¡Padre, perdónalos!»

Y ahora la mujer se incorpora en el juzgado y oye las confesiones que pronuncia el Sr. van der Broek. Un miembro de la Comisión Sudafricana para la Verdad y la Reconciliación se vuelve hacia ella y le pregunta:

—Y bien: ¿qué desearía usted? ¿Cómo ha de ejecutarse la justicia en este hombre que ha destruido su familia con tanta brutalidad?

—Desearía tres cosas —empieza la anciana con calma pero sin titubear—. En primer lugar, quiero ir al lugar donde quemaron a mi marido para poder recoger el polvo y dar una inhumación honrosa a sus restos.

Hace una pausa, luego continúa:

—Mi esposo y mi hijo eran toda la familia que yo tenía. Desearía, por tanto, que el Sr. van der Broek sea de ahora en adelante hijo mío. Quiero que venga a verme al gueto dos veces al mes para pasar el día conmigo y que yo pueda así dedicarle todo el amor que todavía me pueda quedar.

—Y por último —añade—, desearía una tercera cosa. Quisiera que el Sr. van der Broek sepa que le doy mi perdón porque Jesucristo murió para perdonar. Este mismo fue el deseo de mi marido. De manera que ruego que alguien me eche una mano para que pueda cruzar esta sala con el fin de estrechar al Sr. van der Broek entre mis brazos, besarle, y hacerle saber que de verdad ha sido perdonado.

Mientras los alguaciles ayudan a la ancianita a cruzar la sala, el Sr. van der Broek, sobrecogido por lo que acaba de oír, se desmaya. Mientras se desploma los que están presentes, amigos, parientes, vecinos, todos ellos víctimas de décadas de opresión e injusticia, empiezan a cantar suavemente pero con intensidad el viejo himno góspel, *Amazing Grace*, que empieza con las palabras: «¡Sorprendente gracia, dulce de oír, que a un desahuciado como yo salvó!»

UNA IDEA FINAL A MANERA DE EPÍLOGO

La parábola del sembrador

ESTA SEMANA[1] HE ESTADO LEYENDO un libro cuyo título, traducido al castellano, sería algo así como: *El poder destructor de la religión. La violencia en el judaísmo, el cristianismo y el Islam.*[2]

Mi reacción es que en muchos particulares resulta irritante el ataque frontal que hacen los autores a la capacidad de estas tres religiones para derivar en un fundamentalismo violento, asesino y genocida. Uno quisiera objetar que la esencia por lo menos del *cristianismo*, que es lo que uno conoce, es promover luz, paz, reconciliación y armonía entre las personas. Pero el caso es que es difícil saber cómo argumentar esto a la luz de la evidencia histórica de estas religiones y la evidencia de las noticias de cada día.

El judaísmo, el cristianismo y el Islam son tres religiones —aunque no las únicas— cuya capacidad para generar violencia en nuestra generación está sobradamente en evidencia. Luego también, estas tres religiones tienen un mismo punto de partida. Las tres son religiones monoteístas —es decir, sostienen que hay un único Dios, Creador del universo. Las tres sostienen que ese Dios escogió a Abraham para favorecer a su descendencia entre todas las razas de la humanidad, hasta culminar su revelación con los profetas. Para el judaísmo, el profeta esencial sería Moisés. El cristianismo acepta a Moisés pero entiende que la revelación de Dios culmina en Jesús. El Islam acepta a Moisés y también a Jesús, pero entiende que la revelación de Dios culmina en Mahoma.

[1] Sermón predicado en la Iglesia Menonita de Burgos, el 14 de marzo, 2010.

[2] J. Harold. Ellens, ed., *The Destructive Power of Religion: Violence in Judaism, Christianity, and Islam* (ed. condensada, Westport: Praeger Publishers, 2007).

Las tres religiones comparten, además nociones parecidas acerca de la relación entre Dios y los hombres. Son nociones que nacieron en el Medio Oriente de la antigüedad en las cunas de la civilización occidental, en Egipto y la Mesopotamia. En las tres hay una batalla cósmica entre el Bien y el Mal. El ser humano es una especie de eslabón débil en la cadena del orden que ha querido Dios para su creación, puesto que el ser humano puede elegir libremente si ponerse de parte del Bien o de parte del Mal. Dios premia a cada persona según haya elegido el Bien o el Mal. Todos los que eligen el Bien y se ponen de parte de Dios, con mansa y humilde sumisión a su voluntad, serán recompensados con el premio de la vida eterna. Todos los que eligen el Mal y se ponen en contra de Dios por rebeldía, terquedad y soberbia personal, serán castigados por la ira de Dios, con muerte y destrucción.

El símbolo más claro de la naturaleza violenta de la relación entre Dios y los seres humanos en estas tres religiones, es el concepto de sacrificio. En el judaísmo bíblico cuando Dios se enrabietaba por la desobediencia de la gente, la fórmula necesaria para aplacarle los ánimos era matar uno de los animales domésticos que la gente necesitaba para su propia alimentación. Alimentando a Dios con la sangre derramada y la carne quemada en el fuego, se conseguía tranquilizarlo hasta que se la pasaran las ganas de castigar.

En la fe cristiana la dinámica de sacrificio se intensifica. Aquí Dios ya no se da por satisfecho con la muerte de animales sino que es necesario que mueran seres humanos. Como veremos en unos instantes, la idea de que a Dios le satisface la muerte humana no era novedosa aunque sí fue novedosa la solución cristiana. La sed de venganza divina que exige la muerte humana, pone a la humanidad entera en peligro de extinción, por lo que Dios decide encarnarse en un hijo —también humano— y luego manipula a la gente para que lo acaben matando como sacrificio supremo, cuya muerte ahora sí satisface su sed de sangre. Aplacada su rabia asesina por la muerte de su propio hijo, Dios ahora puede volver a tratar bien a la gente por quienes su hijo murió. Naturalmente, ese hijo no ha muerto por todos, sino solamente por los que se comprometen a la obediencia y devoción a Dios siguiendo las fórmulas y ritos de los cristianos. (En realidad, los beneficios del sacrificio de Jesús ni siquiera alcanzarían a todos los cristianos. Cada grupo dentro de las muchas divisiones del cristianismo, sólo apostaría con certeza por que se salven los de su propia

facción.) A todos los demás, Dios los castigará al fin con destrucción universal y muerte eterna.

Naturalmente, todo judío, cristiano y musulmán de bien, rechaza todo lo que acabo de explicar como una burla y caricatura. Y yo sostengo la opinión de que —por lo menos en lo que respecta al cristianismo— es una caricatura contraria a la revelación auténtica de Dios en su Hijo Jesús. Pero el caso es que esta noción de un Dios violento y sanguinario, por falsa, mentirosa, caricaturesca y exagerada que sea —contraria a la verdad auténtica acerca de Dios— es la que opera en muchos judíos, cristianos y musulmanes. Es esta noción de Dios lo que hace del fanatismo fundamentalista de estas tres religiones, uno de los azotes más terribles de la humanidad.

Porque en estas tres religiones, puesto que lo que hay en juego es la propia supervivencia del ser humano frente a la violencia homicida de su Creador, entonces toda la vida se nos plantea en blanco y negro. La vida se constituye en una guerra sin tregua entre el Bien y el Mal, entre la sumisión y la desobediencia, entre la santidad y la impiedad… Y en última instancia, la historia de la humanidad viene en derivar en una guerra entre buenos y malos, entre santos y pecadores, entre *nosotros* —que naturalmente somos los que hemos recibido la sana doctrina— y *ellos*, los adeptos a otras formas de creencia y religión.

Porque estas ideas son ideas de guerra, nacidas de sociedades permanentemente en guerra en la antigüedad remota de la humanidad, y su utilidad final es garantizar la supervivencia en un mundo hostil que está en guerra contra los fieles.

Todo empieza —para las tres religiones— con Abraham, al que Dios promete entregar una tierra que ya está habitada por una población autóctona. La única forma de que Dios pueda cumplir esa promesa es el genocidio. Y el genocidio, efectivamente, es lo que los textos bíblicos vienen en defender, promover, justificar y contar que sucedió. Desde que la promesa inicial a Abraham exige necesariamente la descalificación de los cananeos como indignos de vivir, cuya aniquilación está más que justificada, las tres religiones que descienden de la fe de Abraham tienen el genocidio inscrito en su ADN espiritual. Son religiones que ven a los infieles como dignos de muerte, condenados desde ya por Dios al castigo de la destrucción masiva y la muerte eterna, por lo que se justifica que colaboremos con Dios ya hoy en su exterminio. Un exterminio que de paso

nos viene bien, porque podemos quedarnos sin problemas de conciencia, con sus tierras, sus huertos, sus olivares, sus mujeres, sus casas y sus ciudades.

Decíamos que la idea de que el sacrificio humano —el sacrificio de su propio hijo humano— fuera la única forma de apaciguar a Dios, no fue una novedad que se inventó el cristianismo. Y es que, como acabamos de ver, el Dios de estas tres religiones ya venía exigiendo homicidios y genocidios, la aniquilación de razas y naciones enteras, desde mucho antes de que naciera Jesús. El sacrificio de animales siempre había sido una solución imperfecta, donde el único antídoto perfecto para la ira de Dios era el sacrificio humano.

A mí todo esto me revuelve el estómago. Me lo revuelve por dos motivos.

Me revuelve el estómago porque me parece tan radical y absolutamente contrario a lo que yo entiendo que es el mensaje de la Biblia cristiana y de la fe de Jesús de Nazaret, mi Señor, mi Maestro, mi Guía, mi Héroe y mi Salvador.

Pero también me revuelve el estómago porque observo que quien denuncia la violencia genocida de estas tres religiones lleva algo de razón. Es verdad que los fundamentalistas judíos, los fundamentalistas cristianos —católicos o evangélicos, da igual— y los fundamentalistas islámicos, sí tienden a sacar de su religión esta misma conclusión. La conclusión de que está justificado y más que justificado —que es necesario— eliminar a los infieles que amenazan la purísima verdad de la fe según cada religión la entiende.

El terrorismo islámico jamás se podrá eliminar con el peso de la ley como se está eliminando a ETA, porque cuanto más se lo persiga, más se reafirmará en su convicción de que es necesario luchar por Dios y por el Islam. Y jamás en la historia de la humanidad ha habido una raza como la europea, que basada en los derechos que entendían que les daba su especial relación con Cristo, colonizó, exterminó y desheredó a millones de seres humanos a lo largo y ancho de toda la Tierra: en África, las Américas y Asia, en Oceanía y en el Oriente Medio. Y para no ser menos, los israelíes de nuestra era luchan otra vez hasta extremos genocidas por poseer una tierra que cuando ellos llegaron, volvía a estar habitada por un pueblo autóctono desde hace miles de años. El terrorismo islámico no

surge de la nada, entonces, como por inmaculada concepción. Es la reacción lógica —con unos siglos de retraso, eso sí— al colonialismo e imperialismo de los pueblos cristianos de Europa y a la aparición ahora dentro de sus fronteras, del estado moderno de Israel. Entre tanto que se producía esta reacción fundamentalista islámica, se da la ironía de que la mayoría de los europeos ya no se identifican con los preceptos de la religión cristiana de sus antepasados. Pero eso es imposible de explicarle a un musulmán, que tiene perfectamente interiorizado que todo europeo es cristiano por naturaleza y por nacimiento.

A todo esto estáis más que aburridos y os estáis preguntando qué puede tener esto que ver con nuestro texto para hoy, la Parábola del Sembrador en el evangelio de Lucas.

Como se juntó mucha gente y los de las poblaciones cercanas salían adonde estaba Jesús, él les contó un cuento:

—Salió un sembrador para sembrar su semilla. Y al ir sembrando, una parte cayó junto al camino y acabó pisoteada y comida por lo pájaros. Otra parte cayó sobre piedra, por lo cual aunque germinó, se marchitó porque le faltó humedad. Y otra parte cayó en un cardizal y los cardos crecieron con ella y la acabaron ahogando. Y por último, hubo parte de la semilla que cayó en tierra propicia donde creció y dio fruto, multiplicándose por cien.

Cuando acabó de decir esto, exclamó:

—El que tiene oídos para oír, que oiga.

Pero sus discípulos le preguntaron qué era lo que había querido decir con el cuento. Entonces él respondió:

—Tenéis la suerte de que os explico los misterios del reinado de Dios, porque a los demás sólo les cuento estos cuentos, para que «aunque ven, no distingan y aunque oyen, no entiendan».

—Este es entonces el sentido del cuento: La semilla es la palabra de Dios. Y la tierra junto al camino son las personas que aunque la oyen, sin embargo viene el Acusador y se lleva de sus mentes la palabra. Y el pedregal son las personas que oyen la palabra y la reciben a la ligera de manera que no echa raíces. Creen durante cierto tiempo, pero en cuanto llegan los momentos difíciles se les olvida. Y en cuanto al cardizal, son las personas que ponen atención, pero luego llega la prosperidad y la buena vida que acaba ahogando sus buenas intenciones, y éstas se les quedan en nada. Pero la tierra propicia son esas personas inteligentes y bien pensantes que escuchan la palabra de

Dios y se mantienen en ella con paciencia, hasta que produce en ellos el resultado que se pretendía. —Lucas 8,4-15[3]

Aquí tenemos la enseñanza de Jesús. Al margen de todo el daño que hemos hecho los cristianos desde la relación de privilegio que pensábamos tener con Cristo, el caso es que Jesús mismo tuvo sus propias ideas que enseñó. Y sus ideas eran incómodas e inaceptables para la gente religiosa de su día, porque negaban esa división absoluta entre el Bien y el Mal, entre nosotros (los *buenos*) y ellos (los extranjeros, los paganos, los *malos*). Jesús no plantea la expansión de su verdad como una guerra justa donde será necesario derrotar y aniquilar a los que no aceptan esa verdad y no lo aceptan a él.

No, Jesús plantea la expansión de su verdad como el acto de fe de un sembrador de aquella época. En aquellos tiempos no se labraba la tierra en profundidad como se hace hoy. Por eso nos extraña leer que este sembrador esparce sus semillas donde serán pisoteadas por caminantes y comidas por aves del cielo, esparce semillas sobre tierra poco profunda, donde las plantas que germinen se secarán en cuanto haya unos pocos días de sol, esparce semillas en medio de espinos que ahogarán las plantas cultivadas. Y también esparce sus semillas en tierra buena, donde medra y prospera y se multiplica enormemente. Da la impresión que el sembrador no sabe dónde prosperará y se multiplicará su semilla, por lo que no tiene más remedio que esparcirla por todas partes, con la esperanza de que sí habrá algunos lugares donde sí crecerá y se multiplicará.

Lo que me llama la atención es que Jesús no procede a descalificar y dar por digna de destruir aquella tierra donde la semilla no crece ni se multiplica. Al contrario, Jesús justifica y explica el que en determinados lugares la semilla no crezca ni se multiplique.

Desde luego en los caminos donde pisotea la gente, no habrá multiplicación. Este no es motivo para destruir y aniquilar los caminos, para castigarlos con el exterminio. No, los caminos no dan lugar a la multiplicación del mensaje de la verdad, pero tienen derecho a existir.

Desde luego en la tierra poco profunda, incapaz de retener la humedad entre la siembra y la siega, tampoco habrá multiplicación. Este no es motivo para destruir y aniquilar las parcelas rocosas y suelos que no

[3] Mi traducción.

retienen la humedad, para castigarlos con extermino. No, los suelos que no sirven para la producción de alimento humano siguen teniendo derecho a existir.

Desde luego en la tierra llena de espinos, poca oportunidad tendrá el trigo de medrar y hacerse fuerte y producir y multiplicarse. Las otras plantas lo ahogarán. Este no es motivo para destruir y aniquilar las parcelas con espinos, para castigarlas con exterminio. Esto es curioso, porque hubiéramos pensado que aquí sí Jesús justificaría, por fin, si no aniquilar esas tierras, por lo menos matar y destruir los espinos. Esta es probablemente la parte más curiosa y extraña de toda la parábola. Pero Jesús parece aceptar de buena gana la existencia —el derecho a existir— de esas otras plantas que resultan inútiles e inservibles para el consumo humano. Sospecho que Jesús sabía bastante de ecología y entendía que donde no come la gente, tal vez sí puedan comer las cabras, de cuya leche y quesos y carne al final también nos alimentaremos. De manera que no, ni siquiera los espinos merecen la destrucción, aniquilación y muerte eterna. Es verdad que allí la palabra de la verdad no prospera ni se multiplica, pero Jesús no expresa ninguna enemistad ni animadversión, sino que acepta sin rechistar que sigan ahí, estorbando la reproducción de la buena semilla.

Todo esto es importante porque cuando Jesús explica su parábola, vemos que todas estas clases de tierra son **personas**. Jesús estaba hablando de los seres humanos y cómo reciben —o no— el evangelio. Desde luego es desafortunado para los intereses de Cristo, el sembrador de las verdades de Dios, que haya tanta gente donde su evangelio no prosperará. Pero en ningún caso ve Jesús a toda esa gente como gente mala, gente que no merece vivir, gente a la que hay que castigar, eliminar, dar una buena lección, perseguir y matar hasta el exterminio total. No, aquí en las palabras de Jesús no hay nada de eso, sino una aceptación natural del derecho de esta gente a vivir como les parezca justo vivir, según las ideas y convicciones que tengan.

Si yo fuese judío, supongo que estaría hondamente convencido de que Moisés ofrece la única posibilidad de vivir como agrada a Dios. Y si fuese musulmán, supongo que estaría hondamente convencido de que Mahoma ofrece la única posibilidad de vivir como agrada a Dios. Pero soy cristiano. Y naturalmente, estoy hondamente convencido de que es Cristo el que nos ofrece la única posibilidad de vivir como agrada a Dios.

Como cristiano que soy, entiendo que la verdad de Cristo ha de sembrarse y tiene que reproducirse por toda la tierra hasta llegar hasta todas las personas con la luz del evangelio. Ahora bien, si a la vez de ser cristiano pretendo aprender lo que Jesús enseñó, tengo que entender que —según esta parábola— al fin y al cabo va a ser que Dios respeta el derecho de existir de todos aquellos que rechazan a Cristo y no viven como Cristo manda.

La realidad es que no hay ningún cristiano que se atrevería a presentarse ante Dios si de verdad pensáramos que Dios nos va a castigar como nos lo tenemos merecidos. No hay cristiano que no se agarre a la gracia y el perdón de Dios como un clavo ardiendo. Lo que yo entiendo que enseña Jesús aquí, es que esa misma gracia de la que esperamos recibir nosotros, alcanza también a los que no opinan como nosotros ni comparten nuestra manera de entender la vida. Tal vez desearíamos que toda la gente fuera «tierra fértil» para el evangelio. Pero en esta parábola no veo que Jesús condene a nadie ni amenace con castigar a nadie. Lo que hay es un esfuerzo claro por esparcir la semilla, acompañado de un hondo y reverente respeto al derecho humano a decidir qué es lo que hará con esa semilla.

Si queremos que Jesús sea nuestro Salvador, haríamos bien en aceptarle también como nuestro Maestro y Guía.

El que tiene oídos para oír, que oiga.

Y el que no… pues que no oiga.

Otros libros por el mismo autor:



Trilogía sobre la Biblia:

♦ La autoridad de la Palabra en la Iglesia

♦ Todo lo que te preguntabas sobre la Biblia
(y algunas cosas que preferirías no saber)

♦ Hablar sobre Dios desde la Biblia



Identidad cristiana (en la corriente anabaptista/menonita)

El diablo y los demonios según la Biblia

¡Ánimo! Dios no nos olvida

No violencia y genocidios

Jesús y la no violencia
Los genocidios en la Biblia
y otros ensayos sobre justicia y no violencia

Aquí se reúnen, en un mismo volumen, dos libros y diversos ensayos de Dionisio Byler, sobre un tema de singular importancia en tiempos bíblicos, así como para nuestra propia generación.

Desde que la Biblia cuenta que Dios prometió a Abraham y a su descendencia la posesión de una tierra nacional *que ya estaba habitada* por otras gentes, el problema de la violencia y el genocidio --justificado en la voluntad divina-- se instala de lleno en el pensamiento religioso.

En los cuatro capítulos de *Jesús y la no violencia* (aparecido en 1993), se exploran los textos bíblicos para llegar a una propuesta de vida en comunidades cristianas alternativas, donde los cristianos pueden brindar un modelo ejemplar de sociedad humana a contracorriente de nuestras civilizaciones violentas.

En 1997 se publican cinco conferencias dadas en la Universidad de Valladolid: *Los genocidios en la Biblia.* Aquí recorremos un amplio abanico histórico, desde los textos del Antiguo Testamento, pasando por Jesús y los apóstoles y por la transformación del cristianismo que supuso su adopción como religión del Imperio Romano. Así llegamos al testimonio de una iglesia minoritaria --y pacifista-- derivada de la Reforma Protestante, para desembocar en unas propuestas sobre el futuro de la no violencia cristiana.

Por último tenemos aquí otros nueve trabajos posteriores, donde Byler vuelve a abordar esta temática de diferentes maneras, explorando especialmente la naturaleza de la revelación bíblica acerca del carácter de Dios.

DIONISIO BYLER es profesor de la Facultad de Teología SEUT (El Escorial, España). Ha sido desde hace muchos años Secretario de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo - España). Es autor, entre otras obras, de una Trilogía sobre la Biblia.